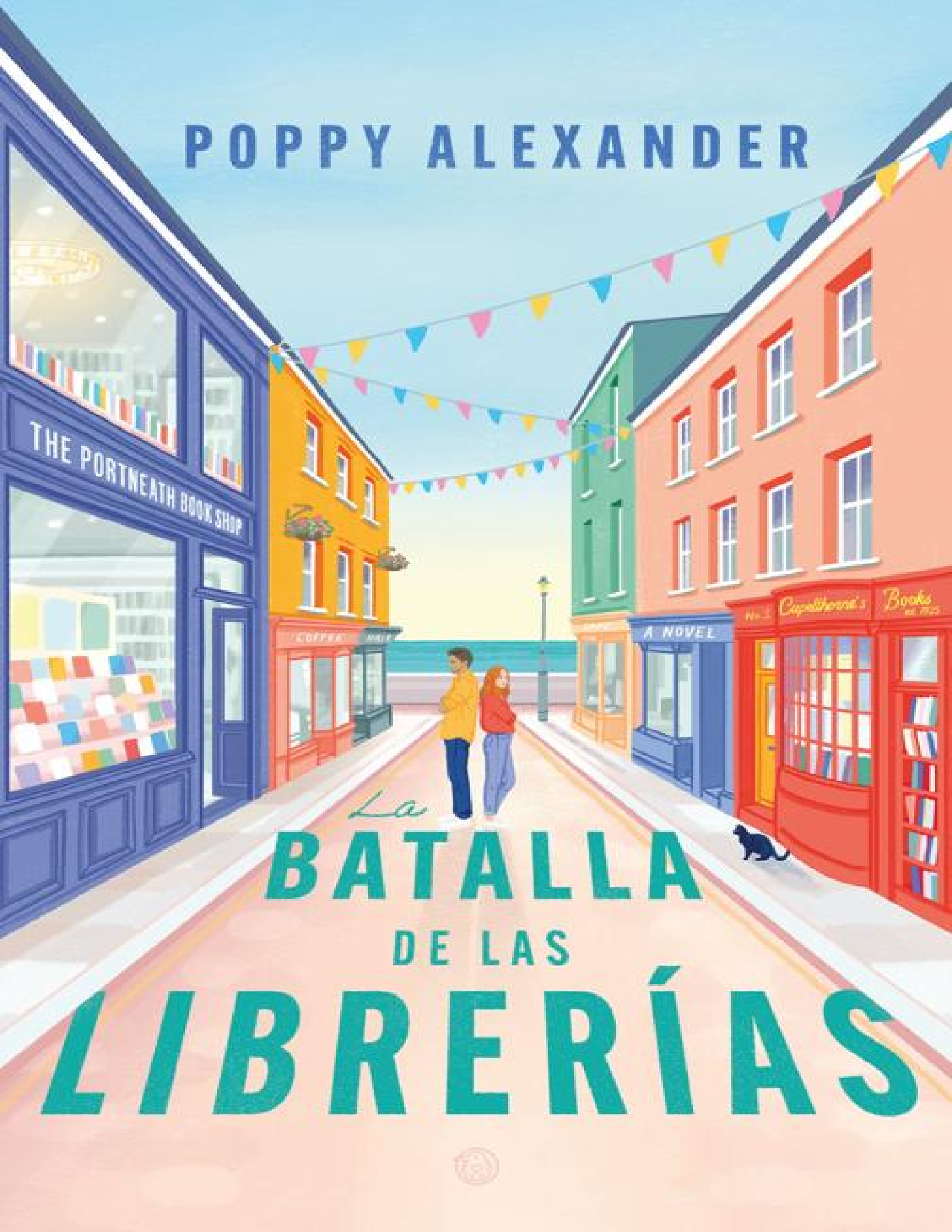

POPPY ALEXANDER
THE PORTNEATH BOOK SHOP
A NOVEL
La
BATALLA
DE LAS
LIBRERÍAS

Copyright

EDICIONES KIWI, 2025
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Título original: *The Battle of the Bookshops*
Primera edición, septiembre 2025

© 2025, Sarah Waights
© 2025 Ediciones Kiwi S.L.
© de la cubierta, Ploy Siripant / Ediciones Kiwi
© de la ilustración de cubierta, Lauren Mortimer
Traducción, Ana González

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
    Nota del Editor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Epílogo
Agradecimientos

Para Caroline y Anthony

Capítulo 1

Técnicamente, su jefa no la había despedido.

Decir, «vuelve a tu escritorio el lunes a las ocho en punto o no vuelvas nunca», estaba a años luz —bueno, a unos centímetros—, de un «estás despedida». Así que, ¿por qué a Jules se le revolvía el estómago cada vez que repasaba la conversación en su mente?

Podía ver las uñas, rojo sangre, de Caroline, tamborileando con impaciencia sobre su enorme escritorio de roble, y una ceja levantada perfectamente delineada, mientras condenaba la petición de Jules de salir una hora antes el viernes, como si fuera un crimen atroz, comparable al genocidio. Bueno, tal vez no un genocidio, pero desde luego al mismo nivel que atreverse a llevarle a Caroline un café con leche templado por la mañana, aunque fuera porque había recogido su ropa de la tintorería de camino.

No, la triste realidad era que la directora editorial Caroline Farquarson —de la pequeña y venerable editorial independiente Farquarson and Trimble—, no era de las que lanzaban amenazas vacías. Habría una cola de entusiastas aspirantes deseando ocupar el puesto de Jules, si se atrevía a decepcionar una vez más a su exigente jefa. Salir temprano el viernes, antes de la Feria del Libro de Londres, era bastante decepcionante.

Jules lo entendía.

Pero el trabajo —su carrera, si es que podía llamarse así—, no importaba ahora. Lo que importaba era subirse al último tren del día, y salir de Paddington hacia el pequeño pueblo costero de Portneath, en Devon. Aunque eso significara llevarse solo su bolsa de trabajo con el portátil, una chaqueta marrón deslucida, el último cuarto de barra de un pintalabios rojo oscuro, que no le quedaba muy bien, y —gracias a los pequeños milagros—, un cepillo de dientes de repuesto. No llevaba mucho más —ni siquiera un par de bragas—.

No había habido tiempo para volver a su deprimente alojamiento: la habitación más pequeña, en una casa adosada compartida, en la Zona Cuatro, con una cocina minúscula y un baño

para los cinco.

Nunca llegó a sentir que ese sitio fuera su hogar.

Su hogar era Portneath.

Sacó su teléfono y volvió a leer ese espeluznante mensaje de su madre:

> Necesito ayuda urgente con la tía Flo.
>
> Vida o muerte.
>
> Date prisa, antes de que sea demasiado tarde.

Y luego —de nuevo—, Jules repasó todos sus mensajes ignorados, cada vez más desesperados.

Su último mensaje —también sin respuesta—, confirmaba que iba en camino, llegada estimada a medianoche, o poco después.

Estaba claro que su madre había perdido el móvil, lo había apagado o —pensamiento horrible—, estaba tan enfrascada en los últimos momentos de su querida tía Flo que lo había dejado olvidado en alguna ambulancia de Devon.

La idea de llegar demasiado tarde y de perder a la tía Flo… Técnicamente, era la tía abuela Flo, y lo más parecido a una abuela que Jules había tenido jamás.

Se secó una lágrima y luego se cubrió la cara con ambas manos para contener la angustia. Pudo ver su pálido reflejo en el cristal del tren, marcado por la lluvia y la oscuridad del exterior, obligándola a observar su pelo rojo y lacio, cortado hasta los hombros; su nariz chata y su rostro más bien redondo, que la hacía parecer más joven de lo que era; su piel blanca como el alabastro, que se llenaba de pecas, en lugar de broncearse, para su gran frustración, y los restos del pintalabios rojo brillante que se había puesto horas atrás, en un intento por parecer sofisticada. Sus enormes ojos verdes completaban el aspecto aniñado que tanto la irritaba, a medida que se acercaba a los treinta, por mucho que la tía Flo insistiera en que pronto le parecería un cumplido que le pidieran el carné en los bares.

Se apartó de la ventana, bostezó y se estremeció.

El tren se había vaciado, poco a poco, con el paso de las horas

y, cuando por fin llegó a la estación de Portneath, era la única que quedaba en su vagón. Bajó al andén, rígida como una anciana, y avanzó renqueante hacia la salida, detrás de una sola figura: un hombre alto, de hombros anchos y cabello negro, como el ala de un cuervo, con un andar despreocupado, que le resultaba familiar de una forma indefinible.

Cuando Jules consiguió convencer a la barrera automática de que aceptara su billete y la liberara a regañadientes del abrazo de la estación, el hombre ya estaba inclinado, hablando a través de la ventanilla de un solitario taxi; el único en la parada de una explanada desierta.

Mierda… Terry, el taxista, era su única forma de llegar a casa, y ahora ese hombre se lo llevaría. Seguro que iba lejos. Suspiró con profundidad.

El sonido hizo que el hombre se volviera hacia ella, y su suspiro se convirtió en un sobresalto.

Roman Montbeau.

Habían pasado casi quince años…

Jules sintió que se le encendía la cara al recordar la última vez que lo había visto, de pie, con sus amigos ricos y aristocráticos, en el baile del pueblo, con las manos en los bolsillos, apoyado en la pared, observando la escena con una indiferencia teñida de burla.

Recordaba perfectamente cómo se había reído.

Reído de ella. Y por una buena razón, lo que no lo hizo menos humillante en su momento.

Apartó el recuerdo con un leve movimiento de cabeza y se dio cuenta de que él la miraba, con una sonrisa perezosa dibujándose en la comisura de sus labios.

—¿Qué? —le soltó, cortante.

—He dicho: «¿Quieres que te lleve?».

Al menos no parecía reconocerla.

Por supuesto que no. ¿Por qué iba a recordar aquel momento fugaz, tantos años atrás? Además, ¿por qué iba a recordarla a ella? Una torpe adolescente de dieciséis años, con su primer vestido de adulta, de seda verde botella, con los hombros al aire, demasiado largo y demasiado serio para ella. En realidad, ¿por qué tendría que

haberse fijado en ella siquiera, a pesar de haber crecido juntos en Middlemass, pero en mundos completamente distintos?

Se envolvió con su abrigo para protegerse del frío y dio un paso atrás, para evitar un gran charco helado a pocos centímetros de sus pies.

—Esperaré, gracias —indicó con rigidez, apartando la mirada.

—No te lo recomiendo —gritó Terry desde el coche, inclinándose sobre el asiento del copiloto para mirarla—. Ahora empiezan las recogidas del *pub*, y después las discotecas. Estoy ocupado hasta las dos de la mañana… Es viernes por la noche, ¿no, querida?

—Ya lo has oído —le dijo Roman, sosteniendo la puerta trasera del coche abierta y haciendo una pequeña reverencia—. Tiraría mi abrigo sobre el charco y todo eso —añadió—, pero acabo de sacarlo de la tintorería, así que… ¿te importa si no lo hago? ¿Adónde vas, por cierto?

Realmente no la reconocía, se dijo, aliviada.

—A Middlemass —murmuró, evitando el contacto visual.

—Perfecto. Yo también. ¿Quieres concretar un poco más?

—Delante del *pub* está bien —soltó con brusquedad.

No iba a darle su dirección, si podía evitarlo.

Por suerte, tampoco creía que Terry la reconociera: apenas había estado en casa en los últimos diez años.

Rodeando a Roman y su puerta abierta, aferrando el bolso contra el pecho, subió al asiento del copiloto, en lugar de sentarse atrás. Le lanzó a Terry una mirada de agradecimiento, al mismo tiempo que intentaba congelar la familiaridad de Roman con una mirada fría. Fue una maniobra complicada y, muy probablemente, solo logró parecer una loca.

Evaluando a sus dos pasajeros, el taxista suspiró y negó con la cabeza, como si estuviera perplejo —y eternamente decepcionado—, por las maneras del ser humano.

—Muy bien, allá vamos —dijo, arrancando el motor.

Ya acomodada en el coche, con la calefacción a tope, los temblores de Jules comenzaron a calmarse gracias al acogedor calor.

Ya habían salido del pueblo, recorriendo caminos estrechos, con los faros iluminando los altos setos que se alzaban a ambos lados.

Miraba fijamente hacia delante, incómoda, consciente de que Roman iba sentado detrás; imaginando sus ojos azul ártico clavados en la parte trasera de su cabeza. Pero luego pensó: ¿por qué lo haría? Él, un Montbeau, de una familia que se consideraba dueña de su diminuto universo devoniano, ¿por qué habría de prestarle atención a ella, una don nadie desaliñada, una simple Capelthorne?

No, ese encanto despreocupado, con un leve tinte de burla… era su configuración por defecto. Lo sabía, porque lo recordaba, a él y a sus compinches, demasiado bien. Siempre parecían insoportablemente seguros de sí mismos, y esa noche no fue diferente. Estaban allí, juntos —el grupo de siempre, con sus ropas caras pero informales de Jack Wills y Abercrombie—, bebiendo cerveza de botella y burlándose de todo. Siempre llevaban Marlboro rojos colgando del labio inferior, con los ojos entornados contra el humo, en esa época —años atrás— en la que fumar todavía parecía rebelde, en lugar de sencillamente estúpido. En el epicentro del grupo *cool* estaba Roman, flanqueado, como siempre, por su inseparable Gabriel y los apuestos hermanos irlandeses, Finn y Ciaran. Todos ellos tan inalcanzables como las estrellas de cine que ella y sus amigas adoraban.

Pero había sido Roman —lo recordaba—, no los Toms Hiddlestone ni Hardy, quien había protagonizado su enamoramiento adolescente más absurdo y desesperado.

Así que, había sido una completa idiotez querer impresionarlo.

Una punzada de ese anhelo adolescente, exquisitamente doloroso, regresó al recordar aquel momento tan humillante, haciendo que su corazón se acelerara y su rostro se encendiera.

Al volver del baño, había caminado de forma altiva frente a ellos —tan exageradamente arreglada al lado de sus sudaderas y vaqueros del tono justo de azul—. Si al menos su frágil ego de dieciséis años hubiera recibido, aunque fuera un momento de aprobación por parte de ellos… Incluso un silbido habría servido como validación. En cambio, hubo una odiosa carcajada, y luego otra, cuando Freya —la querida y leal Freya—, señaló con urgencia su pie. Bajó la mirada y vio el trozo de papel higiénico pegado a su talón. Se le encendieron las mejillas como brasas. Se quedó

congelada durante varios minutos y luego —derrotada—, se fue a casa a llorar lágrimas calientes de mortificación.

Durante meses, incluso años después, aquel recuerdo le hacía enrojecer de vergüenza cada vez que lo revivía.

Al menos había sido una bendición que Roman se marchara de Portneath poco después, rumbo —según había oído—, a una de esas universidades elegantes de la Ivy League en EE. UU. Porque eso era lo que hacían los chicos de la familia Montbeau.

Y ahora estaba de vuelta.

Estupendo.

Justo lo que necesitaba: más complicaciones. Como si le hicieran falta. Porque nada bueno salía jamás de que una Capelthorne tuviera algo que ver con un Montbeau.

***

Tras un tiempo interminable, que en realidad solo fueron diez minutos, se detuvieron frente al *pub*.

Metió su último billete de diez libras en la mano de Terry —decidida a no deberle el viaje al enemigo—, y se bajó del coche.

Este se alejó de inmediato, y el arco de los faros iluminó brevemente la fachada encalada del Middlemass Arms, ya cerrado y con las contraventanas echadas.

En apenas unos segundos, se quedó temblando y sola en la oscuridad. Incluso las pocas farolas del pueblo estaban ya apagadas, lo que significaba que debía de ser pasada la medianoche.

De pronto, le asaltó un pensamiento: su madre podría no estar en casa.

¡Claro! Se dio cuenta de que era probable que estuviera con la tía Flo, esperando su último aliento. Quizás incluso en el hospital de Portneath, el pueblecito que acababa de dejar atrás…, y acababa de hacer que la dejaran varios kilómetros más allá, en su pueblo natal de Middlemass.

Idiota. Todo era culpa de Roman. En cuanto lo vio, todos sus

pensamientos sensatos desaparecieron de su cabeza.

Maldita sea, ¿por qué su madre no podía contestar el teléfono?

Emprendió el camino por el estrecho sendero lleno de baches que llevaba a la casita de su madre —su hogar de la infancia—, con la esperanza de que la llave de repuesto siguiera estando bajo la rana de piedra junto al umbral.

Agotando los últimos restos de batería de su móvil, usó la linterna para alumbrar el camino. Criaturas nocturnas salían disparadas del haz de luz y se escabullían entre los matorrales con ruidos de hojas secas.

Suspiró aliviada al acercarse a la pequeña casa, orientada de lado hacia el camino polvoriento, con su techo de paja de aleros bajos y sus muros encalados de adobe. Incluso a varios metros de distancia, podía ver el resplandor de una lámpara a través de la ventana de la planta baja, con cristales enrejados.

Al asomarse, observó que en la chimenea había fuego, combatiendo el frío de la noche de marzo, y que la lámpara, junto al sofá amarillo, mullido y ajado, también estaba encendida. A pesar de estas señales alentadoras, la sala estaba vacía.

Bajó con cuidado por el camino de losas hacia la puerta trasera, la que todo el mundo utilizaba. No podía recordar que se hubiera abierto la puerta principal en los veinticinco años que su madre llevaba alquilando esa casa; prácticamente toda su vida… —Gamekeeper's Cottage era el único hogar que recordaba—. Miró por la ventana junto a la puerta trasera, y soltó un suspiro de alivio al ver a la mismísima tía Flo.

Era evidente que los rumores sobre su muerte eran muy exagerados.

La anciana estaba sentada en la mecedora frente al Aga, con una pierna —enyesada—, apoyada sobre una silla de madera dura.

—¡Tía Flo! —exclamó al probar la puerta, que estaba sin cerrar. Entró de golpe, casi cayéndose al suelo—. Pensaba que estabas en tu lecho de muerte. —Dejó caer su bolso al suelo y fue a abrazar a la anciana, aspirando su reconfortante y familiar aroma a geranios y rosas.

Enderezándose, miró a su tía.

No solo tenía la pierna escayolada, sino que también uno de los brazos hasta el codo, y su habitual moño gris, normalmente bien estirado, estaba ahora despeinado y mal hecho, con mechones sueltos sobresaliendo en todas direcciones.

—Pero ¿qué demonios te ha pasado?

—Bah, demasiado aburrido para contarlo —dijo Flo, agitando el brazo sano con desdén—. Torpeza. Gravedad. Pero no hablemos de mí, ¿cómo estás tú, mi niña?

—Bien, bien —respondió Jules con impaciencia, arrastrando una de las sillas de madera por el suelo de baldosas hasta acercarse más a su tía, y dejándose caer en ella, aliviada, a continuación. Había sido un día larguísimo—. Mamá me ha enviado mensajes diciendo que viniera corriendo antes de que fuera demasiado tarde. «Vida o muerte», han sido sus palabras…

—¡Ja! Ya sabes cómo es tu madre —explicó, poniendo los ojos en blanco—. Siempre tan dramática.

—La dramática eres tú —replicó la madre de Jules, Maggie, apareciendo desde la oscuridad del pasillo—. Has llegado —observó, constatando lo obvio, mientras madre e hija se daban un abrazo distante y automático, con los cuerpos a una prudente distancia de tres dedos.

—He venido porque me dijiste que lo hiciera —respondió Jules, con un tono de reproche—. Dijiste que la tía Flo estaba a punto de morir.

—Olvídate de ella —se quejó Maggie—. La que está a punto de morir soy yo, de tanto correr de un lado a otro —continuó, llevándose el dorso de la mano a la frente con actitud melodramática —. Me estoy dejando la piel, cocinando, limpiando…

Jules dirigió una mirada significativa a los restos de la cena sobre la mesa de la cocina: dos platos manchados con sobras de judías con tostadas. No era precisamente el Manoir aux Quat'Saisons. Eso sí, había pruebas de que la cena había sido acompañada por al menos un par de copas de vino tinto cada una.

Maggie cogió la botella de la mesa y la agitó, tanteándola.

—Voy a traer otra de estas —señaló con tono ausente, alejándose hacia el pasillo—. Supongo que te vendrá bien una copa

después del viaje…

—No, gracias —empezó a decirle a la figura que ya se perdía de vista, pero Flo, agarrándole la muñeca, detuvo su protesta.

—Tu madre me está volviendo loca —susurró—. Tienes que sacarme de aquí, antes de que nos matemos.

—¿Cómo? —protestó Jules, también en un susurro—. ¡Ni siquiera tengo coche!

—Autobús, taxi… Lo que sea —insistió Flo, con los ojos suplicantes—. Necesito que me ayudes. La librería ha estado cerrada una semana, mientras estoy atrapada aquí, siendo condescendida o ignorada por tu madre, a partes iguales. Dice que ha ido a alimentar a Merlin, pero no estoy segura de creerle. Siempre ha odiado a ese gato. Además, no puedo permitirme perder la temporada de Pascua. Si no abro la tienda pronto, no la abriré nunca. Jamás.

—¿No estarás exagerando? —protestó Jules, con tono conciliador.

Seguro que su tía abuela estaba aprovechando la oportunidad para hacerse la dramática. No podía ser tan grave… ¿O sí?

—Sí que lo es —insistió la tía Flo, como si Jules hubiera dicho sus pensamientos en voz alta—. Nunca ha estado peor…, y aquí estoy, atrapada… No me quitarán estos malditos yesos durante al menos cinco semanas más, y dicen que mi pierna tardará meses en recuperarse. Es un desastre. Mira —rogó—, llévame de vuelta a la tienda y ya nos las arreglaremos desde ahí.

—Iré mañana a primera hora y veré cómo está todo —prometió, apoyando la mano en el brazo sano de su tía, con gesto reconfortante—. Pero, con tres pisos de escaleras hasta el apartamento, no veo cómo vas a apañártelas.

La imagen de no estar sentada en su escritorio a las ocho de la mañana del lunes flotó ante sus ojos. ¿Cómo demonios solucionaría todo ese lío en solo un fin de semana?

A su madre, Maggie, pareció ocurrírsele algo mientras volvía a la sala con su botín: otra botella de vino tinto.

—¿Cómo has llegado desde la estación? —preguntó, curiosa.

—En taxi. Te habría pedido que me recogieras, si hubieras contestado el móvil —dijo, con tono acusador, al ver el teléfono de

esta, oscuro y sin vida, sobre un montón de publicidad, en un rincón de la mesa de la cocina.

—Estaba ocupada. Se me olvidó cargarlo —admitió su madre, sin una pizca de remordimiento.

Ante el interrogatorio, Jules explicó —con tono desapasionado —, cómo Roman había insistido en compartir el único taxi, y cómo, en una situación desesperada, se había visto obligada a aceptar.

—¡¿Cómo has podido?! —exclamó Maggie, abrazando la botella de vino con indignación—. Ahora estamos en deuda con los Montbeau, ¡de entre toda la gente horrible! Dios mío, qué pesadilla…

—¿Y quién es la dramática ahora? —murmuró Jules. Y luego, en voz más alta—: No te preocupes, he pagado mi parte. Además, estaba claro que no tenía ni idea de quién era yo.

***

«Bueno, bueno, bueno», pensó Roman. «De todas las estaciones del mundo…».

Sonrió al recordarla, mientras pasaba junto a la imponente fachada de la casa principal de la familia, que se alzaba con toda su elegancia georgiana al final del camino circular de gravilla.

Su destino no era la pesada puerta de roble, entre las columnas del pórtico, sino un pequeño edificio de piedra independiente, apenas unos metros más allá. Antiguamente, había sido la capilla privada de la familia, pero hacía ya mucho que había sido desacralizada, y Roman se sentía agradecido de haber regresado del frenético ritmo de Nueva York, a la serenidad de su propio espacio.

Además, encontraba más fácil querer a su familia cuando los veía poco.

No había querido regresar.

No fueron las exigencias de su padre, sino las lágrimas de su madre las que lo convencieron.

Podía soportarlo todo, menos eso.

De todos modos, se recordó, su padre tenía razón, por mucho

que le doliera admitirlo. Su madre —y sus leales amigos—, lo echaban de menos, y él a ellos, si era sincero. Además, ya era hora de asumir la responsabilidad de tomar las riendas del negocio familiar y prepararse para ser el cabeza de familia algún día.

No solo de *la familia*, sino de *los Montbeau*.

El nombre detrás de generaciones de poder e influencia en ese pequeño rincón de Devon. Así que…, sin presión.

La distribución de la capilla era sencilla: una gran estancia abovedada con suelos de piedra, con la cocina elevada, un par de escalones en un extremo, y una larga mesa de comedor de madera, hecha con tablones de andamio, en el centro de la sala. En el otro extremo, una zona de estar con una alfombra persa gruesa, lámparas cálidas y cojines de pluma en un par de sofás gemelos, flanqueando una estufa de leña.

Esa parte del espacio se volvía más íntima gracias al techo de madera bajo, creado por la plataforma de descanso de arriba, a la que se accedía por una escalera de caracol de hierro forjado. El antiguo coro se había convertido en un altillo, con poco más que una cama enorme sobre una tarima, con vistas al salón.

Un vestidor y un amplio baño con ducha, escondido tras una pared falsa, completaban el alojamiento: perfecto para una persona. O tal vez un nidito de amor para dos.

Roman había supervisado personalmente los últimos detalles de la reforma, y ahora su única prioridad era aplicar las habilidades empresariales que había perfeccionado en EE. UU. para revertir la decadencia de la fortuna familiar.

Y el trabajo era una distracción bienvenida.

Este le ayudaba a olvidar cuánto había dejado atrás en Nueva York, y cuánta libertad había perdido al verse obligado a regresar.

Pero esa noche, el negocio era lo último que había en su mente, mientras se recostaba frente a la estufa, con la mirada perdida más allá de las llamas. Sostenía un dedo de wiski ahumado en la mano y dejó que su mente vagara…

Sabía exactamente adónde quería ir: a aquella noche. ¿Hace qué? ¿Quince años? ¿Más?

Allí estaba él, con sus amigos, burlándose del baile de pueblo,

en la sala comunal, bebiendo cerveza, mirando a las chicas desfilar, ávidas de su atención… Y entonces la vio a ella, caminando con altivez —angelical—, ignorándolo a él y a sus amigos idiotas, con su pelo rojo zorro recogido en lo alto, y sus hombros color marfil, asomando por aquel vestido verde brillante, ajustado en el corsé y con una falda amplia y esponjosa. Desentonaba con las otras chicas, enfundadas en sus vaqueros ceñidos y pestañas postizas. Era mucho más hermosa. Incluso con aquel trozo de papel higiénico pegado al zapato.

No, ella era diferente.

Y él se había quedado embelesado.

Por supuesto, sabía que era una Capelthorne, así que era un *no rotundo*. Obvio.

Era extraño cómo los recuerdos de aquella noche seguían siendo tan vívidos.

En aquel entonces, tuvo pensamientos descabellados: acercarse a hablar con ella… Y, a lo largo de los años, se preguntó qué habría pasado si lo hubiera hecho.

Pero, para cuando reunió valor, ella ya había desaparecido.

Él se fue a la universidad en Estados Unidos la semana siguiente, y ahora, todos estos años después, él había vuelto.

Y, por lo visto, ella también.

¿Cuáles eran las probabilidades?

Entonces suspiró.

A un romántico empedernido podría parecerle que sus estrellas estaban alineadas… pero él sabía la verdad: no, verla de nuevo aquella noche pudo parecer encantador —incluso predestinado—, pero ahora su prioridad era el negocio.

Negocio y familia eran lo primero.

Tener un lío con una Capelthorne —por tentador que fuera—, iba totalmente en contra de sus objetivos.

Bebió un buen trago, dejando que calentara su interior.

Y, en cualquier caso, cuando se enterara de lo que había hecho, cuando le revelara su último proyecto… La enemistad alcanzaría un nuevo nivel, superando todo lo visto entre las dos familias que habían sido rivales durante los últimos doscientos años.

Sería la guerra.

Capítulo 2

—He llamado a un taxi. Llegará en una hora —anunció Flo, mientras Jules entraba en la cocina, arrastrando los pies, para desayunar, al mismo tiempo que se frotaba los ojos, aún con sueño.

Había dormido mal y —sin haber cenado la noche anterior—, necesitaba varias tostadas con mermelada y una tetera de té fuerte, antes de poder empezar a pensar con claridad y elaborar algo que se pareciera remotamente a un plan sensato para el día.

—Comes como una viejecita —comentó Flo, observando cómo se preparaba su desayuno.

Le lanzó una mirada.

—Tú sabrás cómo es eso —respondió con suavidad.

A pesar de lo complicado de la situación y el cansancio del viaje, estar de vuelta en su querido Middlemass tenía un efecto calmante en ella. Era como si —tras solo unas horas de regreso a casa—, estuviera menos tensa. Su vida en Londres era tan frenética y estresante que, incluso con su madre y su tía en estado de caos, comparándolo, se sentía menos agotada.

Tener un par de cientos de kilómetros entre ella y su jefa tirana también era reconfortante, aunque la amenaza del ultimátum del lunes por la mañana ya comenzaba a producirle ansiedad.

«Literalmente, tenía un fin de semana para resolver aquel monumental embrollo», pensó, suspirando, mientras se servía otra taza del familiar y robusto té de la tetera de barro marrón.

—Lo siento tanto, cariño —dijo Flo en voz baja, como si leyera los pensamientos de Jules—. Me he metido en un buen lío, ¿verdad?

Esta forzó una sonrisa.

—Lo solucionaremos —respondió con firmeza, aunque apenas lograba convencerse a sí misma, por lo que mucho menos a los demás.

Flo y Maggie juntas eran un desastre. Eso estaba claro. Lo cual tenía su gracia si uno lo pensaba bien. Su madre tenía mucho que agradecerle a la tía Flo. Ni siquiera era su abuela biológica. Flo no

tenía ninguna obligación de haber asumido el rol parental, cuando la verdadera madre de Maggie murió, dejándola huérfana siendo aún una niña.

En realidad, Flo, que había criado a Maggie como si fuera de ella, también asumió el papel de abuela sustituta para Jules, cuando Maggie se quedó embarazada en plena adolescencia.

Nadie se lo cuestionó. Nadie se preguntó si a Flo —soltera crónica—, le había molestado quedarse con la carga de criar a una niña.

Para cuando se hizo evidente que Maggie era demasiado egoísta, inmadura y caprichosa para criar sola a su hija, ya resultaba natural que ella estuviera allí para la pequeña Jules.

Sí, Flo era el eje de aquella pequeña familia.

Eran un trío de mujeres fuertes y con carácter, portadoras de la antorcha de tres generaciones de Capelthorne.

También eran las últimas de la familia —salvo un par de primos lejanos—, y eran las únicas que mantenían viva la enemistad ancestral con los Montbeau, por razones que Jules apenas recordaba, y quizás nunca llegó a conocer de verdad.

«Pero eso ahora era secundario», se dijo, tragándose el último trozo de tostada, mientras se levantaba dispuesta a recoger la mesa.

Lo prioritario era ocuparse de la tía Flo. Esta vez era ella quien necesitaba ayuda, y ya era hora de que los papeles se invirtieran.

—Déjame ir a la tienda a ver qué puedo hacer —indicó Jules—. No creo que tenga mucho sentido que vengas tú también…

—Yo voy —la cortó Flo con firmeza.

Y así quedó zanjado.

***

Jules se sentía de mejor humor después de su contundente desayuno, y entre ella y Terry lograron subir a Flo al coche.

Él parecía sorprendentemente animado, para alguien que había estado llevando a borrachos hasta altas horas de la madrugada.

Conducían hacia Portneath, con la tenue luz primaveral haciendo brillar los narcisos del seto y el mar, como una cinta de color aguamarina chispeando a lo lejos.

—Ese Roman está de muy buen ver, ¿eh? —comentó Terry por encima del hombro a las dos mujeres del asiento trasero.

—No le veo el qué —dijo Jules, seca, pero Terry no se dejó desanimar con facilidad.

—Pero vaya familia los Montbeau, ¿eh? —continuó—. De pura aristocracia… Se nota en la sangre, ¿verdad? —No esperó respuesta —. La casa en Middlemass ya es impresionante por sí sola, pero tengo entendido que también son dueños de medio Portneath desde hace siglos.

Esta vez sí esperó a que Jules respondiera, pero ella, mirando por la ventanilla, como si el paisaje fuera lo más fascinante del mundo, fingió no haber oído nada. Estaba claro que Terry no tenía ni idea de la historia, y ella no tenía el menor interés en ilustrarlo. Solo esperaba que Flo pudiera contenerse.

Sin embargo, como era de esperar, esta no demostró ni una pizca de tacto o diplomacia:

—No hay nada venerable en la historia de esa familia —enunció con altanería—. No representan más que una dinastía de ladrones y sinvergüenzas. Estoy convencida de que el joven al que te refieres no es ni un ápice mejor que los demás.

Incluso el jovial Terry captó la indirecta, y el resto del trayecto transcurrió en un incómodo silencio.

***

Sacar a Flo del coche y meterla en la tienda no fue más fácil que al inicio del viaje.

—Ahí fue donde ocurrió —anunció, señalando con su brazo bueno el alto escalón de piedra que daba acceso a la tienda.

Estaba desgastado en el centro, por siglos de pasos, y —Jules lo notó enseguida—, cubierto de un musgo verde brillante.

—Me pesó la cabeza —continuó Flo—. Y claro, era día de mercado. Así que, ahí estaba yo, en el suelo, con la falda subida y las bragas al aire, montando un espectáculo delante de todo el mundo, para colmo… Aunque, he de decir que la gente fue maravillosamente amable.

Jules alzó la vista y vio de inmediato al culpable: un canalón roto justo encima de la puerta, lo que hacía que, incluso sin lluvia reciente, hubiera un goteo constante sobre el escalón. La humedad continua lo había dejado tan resbaladizo como un bloque de hielo.

Ya era tarde para Flo, pero una reparación del canalón, un cepillo de púas y un cubo de agua caliente con lejía eran esenciales si querían evitar demandas en Capelthorne's.

Y no era solo el canalón lo que se había deteriorado desde la última vez que estuvo allí. ¿Cuánto tiempo había pasado? Las visitas ocasionales a Middlemass habían sido superficiales y apenas había pasado tiempo en Portneath cuando venía. Y eso que la tienda —y el piso de arriba donde vivía Flo—, había sido como un segundo hogar durante su infancia.

Pero ahora —por fin—, estaba allí, viendo la tienda con nuevos ojos.

Siempre le habían encantado las ventanas georgianas de muchos cristales, con ese vidrio ondulado que brillaba al sol como una sonrisa luminosa, pero ahora estaban opacas y polvorientas. Los marcos negros brillantes estaban agrietados y despellejados. El letrero pintado a mano sobre las ventanas proclamaba con letras doradas en cursiva Capelthorne's Books, con un pequeño «est. 1925», en la esquina derecha. Ahora estaba descolorido, con partes donde se veía la madera desnuda.

Esa cueva de Alí Babá, repleta de tesoros literarios —la pequeña tienda en el corazón de la calle principal que serpenteaba cuesta abajo desde el castillo hasta el mar—, había pasado de ser una joya y un referente, a convertirse en algo que hablaba de cansancio y decadencia. Tenía aspecto de agotamiento. De rendición.

Jules parpadeó para contener unas lágrimas repentinas mientras tomaba la llave que le tendía Flo y forcejeaba con la cerradura. El pasado la inundó, mientras su memoria muscular se activaba: un

pequeño giro a la izquierda, empujar con firmeza, y luego girar del todo a la derecha.

Sí, la tienda —y la tía Flo—, habían sido un refugio para ella en su día. Con una madre despreocupada, que rara vez estaba en casa cuando Jules volvía del colegio, fue una bendición cuando tuvo la edad suficiente para dejar la escuela primaria de Middlemass y empezar el instituto en Portneath.

Entonces, en lugar de coger el primer autobús de regreso, solía bajar la colina hacia la tienda de Flo casi todos los días, entrando con alivio, anunciada por el tintineo de la campanilla de la puerta.

Flo dejaba de inmediato lo que estuviera haciendo para saludarla, la interrogaba sobre su día, le quitaba la mochila del colegio y la mandaba subir los tres pisos de escaleras, hasta el pequeño apartamento del edificio, y, en la diminuta mesa de formica bajo la ventana, la esperaba un vaso de leche y un plato de galletas, o incluso una porción de bizcocho casero.

Una vez tomada la merienda, hacía una de dos cosas: si necesitaba el sabio consejo de su tía para descifrar algún drama entre amigas o reponer su confianza tras un examen que no había ido como esperaba, volvía a la tienda para empaparse del elogio, la indignación o la compasión de Flo, según lo que hiciera falta para sanar la herida.

Si, en cambio, el día había ido bien, se lanzaba directamente a hacer los deberes, intentando acabarlos con rapidez, porque lo que realmente anhelaba era su rato de lectura. En el acogedor salón del apartamento, encajado bajo los aleros, con paredes inclinadas y techo bajo, el pequeño banco acolchado bajo la ventana, con vistas a la calle principal, era su rincón.

Allí, envuelta en una manta de lana a cuadros, se sentaba alternando entre leer y observar en silencio la vida que transcurría abajo. Los últimos rayos de sol atravesaban la ventana, iluminando las motas de polvo suspendidas como luciérnagas, y Jules se sentía restaurada, perdiéndose en libros tan familiares, que los personajes se volvían sus amigos: *Emma*, de Jane Austen; Becky Sharp, de *La feria de las vanidades*; Jane Eyre, y la intrépida Katniss de *Los juegos del hambre*… Todas mujeres jóvenes, valientes y vibrantes,

cuyas vidas parecían mucho más intensas y significativas que la de ella.

Aquel banco era su portal a otros mundos.

Flo lo llamaba el «rincón de lectura de Jules» y se aseguraba de que pudiera refugiarse allí siempre que lo necesitara.

Qué rápido habían pasado los años. Y qué desesperada había estado por dejar atrás su antigua vida, primero yéndose a la universidad, y luego encadenando prácticas editoriales con sueldos de miseria.

Finalmente, consiguió un trabajo modesto que le permitía —con esfuerzo—, alimentarse.

Recordó que el trabajo de los sábados en la tienda, que Flo le obligó a hacer, le sirvió de mucho en la búsqueda de empleo. Lo utilizó para convencer a sus jefes de su amor por los libros y su experiencia temprana en el sector.

Sin embargo, tras varios años, el progreso había sido lento, y últimamente se había visto asaltada por las dudas sobre su vida en Londres. ¿Llegaría alguna vez a ser editora de mesa? Y si lo lograba, ¿sería capaz de soportar aún más presión?

Incluso como asistente editorial, la carga de trabajo era brutal y el estrés inabarcable.

Pero trabajar en edición había sido su sueño desde siempre.

Escapar de su pueblo natal formaba parte de ese sueño, claro. Si le quitaban ese trabajo, tan duramente conseguido, ¿qué le quedaba? Ni siquiera sabía quién era sin él.

Pero, en ese momento, tenía preocupaciones más urgentes. Ya habría tiempo para crisis existenciales más tarde.

Instalando a su tía en la silla tras el mostrador y girando el cartel de la puerta a «abierto», hizo una inspección inicial.

Era obvio que Flo no podía subir los tres pisos hasta su apartamento. Aunque tuviera la fuerza física —que Jules dudaba—, no sería nada seguro.

—Puedo dormir en la oficina —señaló Flo, siguiendo la mirada de Jules hacia la escalera de madera—. Y puedo asearme en el baño de clientes… Al menos cuando la tienda esté cerrada… Estaré bien. ¡Tengo que trabajar!

En ese momento, la campanilla oxidada de la puerta sonó, anunciando la llegada del primer cliente de la mañana.

Flo se volvió con energía en su silla giratoria para recibirlo.

Sin nada más que hacer en la tienda por el momento, Jules fue a la pequeña habitación trasera, la que siempre había sido la oficina de la mujer.

Allí había una robusta mesa de cocina de madera, que hacía las veces de escritorio; con un ordenador viejo, un teclado polvoriento y un monitor arcaico que ocupaba media superficie. El PC era fundamental para acceder a la base de datos, desde donde se podían pedir libros en circulación.

En el pasado, eso había sido el centro del negocio, pero Jules sabía que hoy en día cualquiera podía hacer lo mismo desde su móvil. Dudaba que esas ventas representaran mucho ingreso para Flo.

Todo a su alrededor estaba lleno de desorden organizado.

La bandeja de entrada estaba desbordada de catálogos de ventas, y una estantería sobre el escritorio albergaba años de cuentas en cajas archivadoras, cubiertas de polvo, pero ordenadas por fecha.

Acomodado sobre un cojín, frente a la puerta acristalada que daba al patio, bañado por el sol primaveral, se encontraba un gato negro, viejo y peludo.

—¡Merlin! —dijo Jules con dulzura.

Merlin abrió un ojo y la miró con benevolencia, para luego cerrarlo de nuevo y acurrucarse más aún.

Jules se agachó y le acarició con suavidad entre las orejas con un dedo, recibiendo como recompensa un ronroneo.

Merlin había sido su amigo y confidente cuando era joven.

«Dios mío», pensó, «debía tener ya cerca de veinte años…».

Una vez más, la asaltó la culpa por todo el tiempo que había pasado sin verlo, persiguiendo egoístamente sus propias metas, sin pensar en quién dejaba atrás.

No es que eso le hubiera llevado tan lejos, admitió.

No, su culpa estaba más que justificada.

Su relación con Flo había sido completamente unidireccional,

recordó con vergüenza, pensando en toda la entrega y sacrificios que había dado por sentados. Dios, debía de haber sido insoportable de adolescente. Ahora, los papeles se habían invertido, y Jules agradecía tener la oportunidad de empezar a compensarlo.

Suspirando, retomó su evaluación de la oficina.

En realidad, era una sala bastante agradable, con acceso al soleado jardín interior, que ahora estaba en sombra, pero que debía de ser glorioso en una tarde de verano.

Inexplicablemente, todo el lateral opuesto al escritorio estaba ocupado por muebles de jardín. El sofá exterior de hierro pintado y dos sillas a juego ocupaban la mitad del espacio, con una mesita también de hierro, obstruyendo, en parte, el paso hacia la puerta.

Con las manos en las caderas, miró pensativa a su alrededor.

Flo tenía razón: podría funcionar con un poco de esfuerzo.

Había un baño de clientes junto a la oficina, e incluso una pequeña cocina: nada lujoso, pero quizás…

—¿Tía Flo? —llamó, asomando la cabeza de nuevo a la tienda, donde Flo estaba sentada, otra vez sola, tras el mostrador, tal y como la había dejado.

—Dime, cariño —respondió, girándose con tanto ímpetu, por lo que estuvo a punto de caerse de la silla o, como mínimo, de descolocar su pierna escayolada.

—¡No te muevas! —exclamó Jules, corriendo hacia ella—. Solo me preguntaba por qué todos los muebles del jardín están apilados en la oficina.

—Ah, bueno, es que se estaban oxidando ahí fuera, a la intemperie. Pensé que al menos deberían estar bajo techo durante el invierno. Hemos tenido un par de tardes cálidas últimamente y he pensado en volver a sacarlos, pero…

—Entonces, ¿no te importaría si lo hago yo?

—Hazlo, por favor. Ojalá pudiera ayudarte.

Sacar todos los muebles del jardín ella sola fue un trabajo polvoriento y sudoroso.

Merlin se retiró con dignidad a la pila de libros de contabilidad, sobre el escritorio, para observar la acción. Sin ninguna duda, estaba molesto porque Jules lo había desalojado de su cálido cojín.

El último mueble en salir por las puertas francesas fue el largo banco de hierro forjado, y no tuvo más remedio que arrastrarlo, produciendo un chirrido tan agudo que le hizo apretar los dientes.

Con una mano sucia, se apartó el pelo de la cara y se tomó un momento para recuperar el aliento. Luego, continuó, organizando los muebles, como los recordaba, antes de dar un paso atrás para admirar su trabajo. La primavera llegaría pronto, y ahora la tía Flo estaría lista para disfrutarla, pero amueblar el jardín no era el objetivo principal de todo aquello.

Volvió al interior y examinó el espacio que había despejado.

Sí. Funcionaría muy bien. Ahora, necesitaba un destornillador.

—En el armario bajo la escalera del primer piso —indicó Flo en respuesta a su pregunta—. Pero ¿qué estás tramando?

—Ya lo verás —respondió.

Volver al pequeño piso, en lo alto del edificio, después de tantos años, fue revelador.

Le parecía mucho más pequeño ahora.

No había manera de bajar la gran cama de hierro forjado de Flo, y, aunque pudiera, no cabría en la oficina. Pero la camita individual de la segunda habitación, que había sido de ella, era otro asunto.

La habitación que tanto había querido de niña no tenía más de dos metros y medio por lado. Incluso la cama parecía más pequeña de lo que recordaba.

Se acordó del día en que Flo la trajo, en una caja para montar; una dulce camita blanca de madera pintada, que su tía abuela le dejó elegir ella misma, en una tienda de colchones en Exeter. Tenía un cabecero con forma curva y un agujero en forma de corazón. Era como la cama de Ricitos de Oro, del cuento que Jules adoraba que su tía le leyera.

Todavía recordaba la emoción de verla montarse y saber que —cuando quisiera—, podía quedarse allí, ya que, con solo cuatro años, había empezado a pasar una o dos noches por semana con Flo.

Aquella habitación diminuta había sido acogedora, cálida y segura, con la cama cubierta —como ahora—, de mullidas almohadas de plumas, un cojín en forma de corazón, bordado por la misma Flo, y un precioso edredón de patchwork en verdes y azules

suaves.

Jules adoraba ese edredón.

Se sentó un momento en la cama, sintiendo, de forma inesperada, que las lágrimas se formaban en sus ojos. Luego, se enderezó, resopló y se levantó. Tenía trabajo que hacer.

Flo tenía un buen juego de herramientas en el armario, bajo la escalera, por lo que desmontó la cama con rapidez.

Una vez en piezas, fue relativamente fácil bajarla a la tienda.

Volver a montarla en la oficina no fue complicado, pero acabó sudando otra vez, al arrastrar el colchón por los tres tramos de escaleras de madera, estrechas e irregulares.

Estaba exhausta, cuando por fin terminó de hacer la cama, con su cojín en forma de corazón, un camisón con olor a lavanda del armario de la colada y un par de toallas blancas, bien lavadas.

Flo echaría de menos su querida bañera, pero al menos podría estar en la tienda durante el día y tener un sitio accesible donde dormir por la noche.

Lo cual no significaba que pudiera apañárselas sola. ¿Quién podría ayudarla…?

Aún quedaba el resto del fin de semana para resolver eso.

Mientras tanto, las tostadas con mermelada ya quedaban muy lejos.

—¿Cómo van las ventas esta mañana? —preguntó, cuando, finalmente, el único cliente terminó su compra y se marchó.

—Bah —resopló Flo con desánimo—. Un mapa local y un par de postales. Ese es el total de la jornada. Casi ni vale la pena abrir.

Jules la miró con simpatía.

—Voy a por algo de comer. ¿Dónde se consiguen buenos bocadillos hoy en día?

—¿Bocadillos? ¡Ni hablar! —protestó Flo—. Te invito a comer, sin discusiones. Además… —admitió—, nos están esperando.

—¿Adónde vamos?

Flo dudó un momento y luego señaló. Justo al final de la calle principal, la carretera se bifurcaba, dejando un triángulo adoquinado, con dos tiendas muy juntas en la base. Una era una charcutería —Jules recordaba que antaño era una heladería italiana—, y la otra, un

restaurante encantador con el nombre Freya's escrito en blanco, sobre un fondo verde oliva.

—Muy mono —dijo Jules—. Parece caro. ¿Y qué quieres decir con que «nos están esperando»?

—No es asunto tuyo, cuánto cuesta —replicó Flo—. Y nos esperan, porque he llamado y reservado una mesa, mientras tú subías y bajabas esas escaleras como una locomotora.

—Esto va a sonar tonto —dijo Jules—, pero por un momento he pensado que sería mi amiga Freya del colegio… ¿Te acuerdas? Pero creo que está en París haciendo algo de alta cocina, así que no puede ser.

Le dio un vuelco el estómago al recordar su culpa. Había sido una amiga terrible. Nunca había intentado mantener el contacto.

—Ah, bueno… Sería bonito si lo fuera —comentó Flo, enigmática. Y luego soltó de golpe—: Oh, está bien, te lo diré. *Sí, es* tu Freya. La verdad, se me había olvidado lo mala que eres para las sorpresas, siempre intentando sonsacármelas antes.

—¡Dios mío! —chilló Jules, con el corazón desbocado—. ¿Qué hora es? ¿Pasadas las doce? ¡Vamos ya!

Esperó con impaciencia a que Flo se organizara, colocándose el bastón para el «despegue», como decía ella. Con su mano buena en el bastón y Jules sosteniéndole el brazo escayolado, caminaron —más o menos—, bajando el escalón y cruzando la calle.

Flo pisaba con cuidado sobre los adoquines, pero llegaron al restaurante sin contratiempos.

La metre, encantadora, les estaba hablando mientras las acompañaba a su mesa, cuando una figura diminuta, vestida con uniforme de chef y pantalones de cuadros, apareció de la nada.

Capítulo 3

—¡Dios mío, Jules! —chilló la diminuta mujer, con los brazos abiertos.

Antes de que Jules pudiera reaccionar, ella y Freya ya se estaban abrazando, hablando las dos a la vez y riéndose, mientras se secaban las lágrimas.

Cuando Jules volvió a mirar a su alrededor, vio que la metre ya había acomodado a Flo en la mesa, y esta observaba la reunión que había organizado con una sonrisa radiante.

—Es increíble que estés de vuelta —exclamó Freya, entusiasmada.

—¡Igualmente! —chilló Jules.

—¿Te vas a quedar?

—Ah, no —respondió Jules, con tristeza—. Me voy mañana por la noche. Tengo que volver a Londres por trabajo.

—¡Mierda! El fin de semana no es precisamente el mejor momento para mí —dijo Freya—. Estoy con todo reservado. No tengo ni un rato libre hasta el martes.

—No te preocupes, se queda —aseguró Flo.

—¡No me quedo! —protestó Jules.

—Ya veremos —dijo Flo, y Jules se rindió, riéndose.

Una vez Freya les explicó personalmente los *plats du jour*, tuvo que regresar corriendo a la cocina, dejando a Jules y a Flo disfrutar de su almuerzo.

La metre las había sentado junto a la ventana, con una vista gloriosa de la calle principal, que subía hasta el castillo en lo alto de la colina.

El pequeño restaurante estaba lleno, con un murmullo agradable de conversaciones y el tintinear de los cubiertos.

Ambas pidieron el risotto de remolacha, por recomendación de Freya; un plato terroso, dulce y cremoso, servido con una cucharada de queso de cabra fresco y blanco, procedente —según les contó la simpática camarera—, de Hollytree Farm, justo al final del camino.

—Esa es la finca de Finn —comentó Jules—. Me acuerdo de él, y de su hermano… ¿Ciaran, era?

—Ah, esos chicos —dijo Flo, sonriendo—. Traviesos. Formaban una buena pareja… Aunque ya están bien creciditos. Ciaran lleva la granja y Finn la charcutería de al lado. Él y Freya… Bueno, que te lo cuente ella.

Jules se quedó intrigada, pero Flo no soltó prenda, así que se centró en el almuerzo.

Tenía frente a ella un risotto perfecto, en un amplio cuenco blanco de porcelana: exquisito, sin resultar recargado, contundente, sin ser pesado. Pensó que no podría con el postre, pero Flo la convenció de compartir una porción de tarta de limón, y también fue perfecta: masa fina y crujiente, relleno ácido, pero suave como la seda, y una cucharada generosa de *crème fraîche* por encima, digna de una pastelería parisina.

«Seguro que Freya aprendió a hacerla allí», pensó Jules, saboreando el último bocado con su pequeño tenedor de postre, y dejándolo sobre el plato vacío con pesar.

Mientras la camarera retiraba los platos y traía un café francés, deliciosamente amargo, se detuvo a contemplar la vista. Era un brillante día de primavera, y las nubes blancas y esponjosas cruzaban el cielo, lanzando sombras y luz alternadamente sobre la calle principal. Todo resultaba reconfortantemente familiar: las aceras adoquinadas, los edificios que bordeaban la calle, con vigas Tudor torcidas, fachadas georgianas de piedra y ventanales victorianos, y los tejados recortados en silueta dentada contra el cielo.

—¿Qué ha pasado con Bootles? —exclamó Jules, horrorizada.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Bootles Lingerie, el famoso emporio de ropa interior de Portneath, ya no existía.

Tras más de cien años de historia, mujeres imponentes habían atendido largos mostradores de madera, con cajones repletos de todo tipo de prendas, desde braguitas de seda hasta corsés con ballenas. Las adolescentes acudían allí con sus madres para comprar su primer sujetador; en el caso de Jules, había sido la tía Flo, por supuesto. Las novias iban en busca de la ropa interior para su

vestido; y las señoras de busto generoso afirmaban en voz alta que no habían comprado su ropa interior en otro sitio durante décadas. Y ahora… estaba tapiada. Toda la fachada, incluida la acera, cubierta de tableros pintados de negro.

—Ah, sí —dijo la tía Flo, asintiendo con tristeza—. El fin de una era. Una víctima más de las compras por internet y del Marks & Spencer grande de Exeter, según nos han dicho —añadió con pesar.

—¡Pero si era una institución! —se lamentó Jules—. Además… —añadió, con la mente empresarial encendiéndose—, es una tienda enorme, ¿no? Tenía ese atrio impresionante y… ¿cuántos pisos? ¿Dos, tres? Solo los impuestos ya deben ser astronómicos. Me pregunto qué pondrán ahí.

—¡Nos lo preguntamos todos! —exclamó Flo—. Y yo tengo más derecho que nadie a saberlo, que está justo enfrente, pero no ha habido nada. Solo rumores.

—¿Qué clase de rumores?

—Oh, ya sabes…, de todo: hamburgueserías, salas de juegos… Algo espantoso, seguro. Parece que lo están manteniendo en secreto a propósito —indicó Flo, perdiendo el interés—. Ya verás cómo al final será otra tetería. Es en lo que apuesto yo.

—Pero el cartel dice que abre el lunes —señaló Jules, con sus agudos ojos centrados en el pequeño aviso blanco, clavado en la madera, donde antes estaba la puerta principal—. Debes haber visto que han traído mercancía, ¿no?

—He estado peleándome con tu madre en Middlemass casi toda la semana —le recordó Flo—. Tenía otras cosas en la cabeza. Solo espero que sea algo que traiga clientela al pueblo. Necesito con desesperación una buena temporada de verano.

—¿Y quién es el dueño? —insistió Jules, casi sin escuchar, mientras intentaba ver algo a través de las ventanas del piso superior, pero el reflejo del sol en el cristal se lo impedía.

—¡Ja! —exclamó la tía Flo—. Los malditos Montbeau, ¿quién si no? Tienen sus garras metidas en la mayoría de las tiendas de Portneath. Incluida la mía, por desgracia.

—¿Qué? ¿De verdad? Pensaba que ese edificio había estado siempre en manos de los Capelthorne.

—Desde el principio de los tiempos —asintió Flo—. Pero algo sucede. El terreno es de los Montbeau, o algo por el estilo.

—Uf… ¿Y qué significa eso en la práctica?

—No gran cosa —respondió Flo, restando importancia con un gesto de la cucharilla del café—. Pago una renta simbólica cada año… De hecho, eso me recuerda que tengo que buscar los papeles en algún momento. Mi viejo abogado está encima de mí, con no sé qué lío de un «contrato de arrendamiento» de hace cien años. Más papeleo, y otra factura gorda, seguro.

—Oh, sí —dijo Jules, girándose con pesar y levantando su taza de café—. Hablando de cien años… Este año es el centenario de Capelthorne's, ¿no? Eso sí que hay que celebrarlo.

—La librería más antigua de Portneath —afirmó Flo.

—La única librería de Portneath —corrigió Jules.

—Y gracias, porque con el poco negocio que hay…

—Tienes que hacer algún tipo de celebración del centenario —insistió Jules—. Podría darte visibilidad. Un articulito en el periódico local, ¿no? O mejor aún, moverlo en Instagram, algún sorteo…

Flo suspiró.

—Supongo que sí —dijo cansada—. Parece que no hay suficientes horas en el día. Tal vez podríamos hacer algo en agosto, porque tendría más impacto entonces. —Revolvía la cucharilla sobre el platito con inquietud—. Quizás podrías volver de Londres y echarme una mano. —Sus miradas se cruzaron y, de inmediato, Flo apartó la vista—. Olvídalo —anunció con firmeza—. Es totalmente irrazonable. Sé que siempre estás muy ocupada con el trabajo, cariño. No es justo que te lo pida.

Pero ahí estaba otra vez: ese empujón de responsabilidad, esa punzada de culpa que hacía que Jules sintiera que debía llenar el vacío que se había abierto en la vida de Flo, sin que fuera culpa de ella.

Después de todo, se trataba de su tía Flo, su mayor defensora en la vida. Le debía eso, al menos…, ¿no?

***

La mañana del domingo pasó volando.

Jules instaló a Flo en la oficina para que trabajara en el inventario, mientras ella se dedicaba a una limpieza largamente postergada.

Incluso Maggie apareció y sacudió un plumero sin mucho entusiasmo, con cara de pocos amigos y de estar haciendo un sacrificio.

Jules tenía demasiadas cosas en la cabeza como para preocuparse por el mal humor de su madre. En su mente, redactaba un correo para su jefa. Era difícil encontrar una manera de expresarlo que lo hiciera sonar aceptable, pero, en el fondo, sabía que su elección era decepcionar a su familia o decepcionar a sus colegas.

Decidir a quién defraudar, en función de quién le daba más miedo, no era precisamente el camino ético.

Le debía todo a su tía Flo. Y la quería… Pero también temía perder su trabajo.

De verdad que sí. Por supuesto, sería totalmente irrazonable pensar que la despedirían por tomarse un tiempo libre. El problema era que Caroline Farquarson no entendía lo que significaba «razonable»…

«Pero Flo la necesitaba ahora», se dijo Jules con determinación. «Y la había descuidado durante demasiado tiempo. ¿Deseaba, en el fondo, que su madre diera un paso al frente? Tal vez…, pero no era culpa de Flo que su madre fuera tan inútil».

—Bueno, por mi parte, creo que quedarse unos días más suena muy sensato —dijo Maggie, con un ánimo más alegre del que había mostrado en toda la mañana—. Puedes quedarte aquí, hasta que la tía Flo esté recuperada, y luego volver a Londres y retomar desde donde lo dejaste. Con todas las horas que echas… Te deben un poco de tiempo libre.

Jules estaba bastante segura de que «ellos» no lo verían así.

—Solo serán un par de semanas, como mucho —advirtió, antes de que su madre se hiciera ilusiones.

Decidió no estropear el momento, señalando que su madre tendría que volver a encargarse cuando se marchara. Era agradable,

por una vez, estar de acuerdo con ella.

Flo, la causa de toda esa negociación silenciosa, las miró a ambas, frunciendo el ceño.

—Bueno, no sé… No puedo decir que no esté agradecida… —Y entonces asintió con resignación—. Gracias, cariño —dijo, tomando la mano de Jules y dándole un apretón sincero—. Solo dos semanas, ¿de acuerdo? ¡Nos lo pasaremos bien!

Había tardado literalmente años en abrirse paso en el mundo editorial.

Nunca se lo habría admitido a Flo —la preocuparía—, pero Jules temía que, si lo echaba todo por la borda con ese trabajo, no conseguiría otra oportunidad. Porque no era solo perder ese empleo, sino perder su posición en todo ese edificio tambaleante, y a menudo tóxico, que era la edición en Londres.

Aunque una vocecita dentro de su cabeza llevaba tiempo creciendo, preguntándose si todavía quería de verdad alcanzar esa meta. Porque, si no era eso… ¿entonces qué?

Al final, fue breve y directa: esperaba que su jefa comprendiera, pero tenía que pasar las próximas semanas en Portneath por razones familiares. Sentía mucho las molestias, pero tenía días de vacaciones pendientes. Incluso se ofrecía a trabajar parte en remoto, si eso ayudaba.

—Me siento fatal por esto —le dijo Flo, mientras almorzaban unos bocadillos de atún y una exquisita tarta Bakewell de Freya's. Jules intentó borrar cualquier signo de tensión de su cara. Por la expresión de su tía abuela, falló—. No. Pensándolo bien, te lo prohíbo —anunció, limpiándose la boca con la servilleta de papel y lanzándola con decisión al plato—. Debes volver. Hoy. Me las arreglaré.

—No es decisión tuya. De todas formas, ya está hecho —le indicó Jules.

Miró su teléfono, con nerviosismo, por centésima vez en el día, pero el silencio era ominoso. Su jefa era famosa por mandar correos los fines de semana…, pero no tanto por leer los que recibía.

***

A la mañana siguiente, al despertar y recordar su promesa a Flo, una oleada de felicidad invadió a Jules, haciéndola sonreír antes incluso de abrir los ojos.

Era el comienzo de una nueva semana, y tenía por delante quince días de libertad.

Su ánimo la llevó de vuelta a esa mezcla embriagadora de emoción que sentía de niña el primer día de las vacaciones escolares.

Dos semanas completas lejos de Londres, un verdadero descanso del trabajo, fuera de su minúscula habitación en el piso compartido, del viaje diario, sucio y deprimente, y de todo ese estrés laboral… *Un paraíso*.

Se estiró con gusto, intentando no pensar en si su jefa habría leído ya el correo esperanzado y disculpatorio.

«Seguro que Caroline preferiría que trabajara desde casa unas semanas, antes que perderme del todo».

No era el momento de perder su trabajo…

Trató de no pensarlo.

Somnolienta, observó cómo el amanecer pintaba rayas rosadas y anaranjadas en el cielo, y escuchó los primeros trinos adormilados del coro matutino. La ventana de la pequeña habitación, bajo los aleros, no daba a la calle principal, sino a las callejuelas traseras, con vistas a la playa y a las filas desordenadas de casitas de pescadores pintadas en tonos pastel.

Era una fresca y fría mañana de primavera, pero Jules estaba arropada en la cama alta de hierro de Flo, con sábanas blancas de lino, una reconfortante capa de mantas de lana con bordes de seda y, encima, un mullido edredón de plumas.

Jules acarició el edredón con los dedos. Era el mismo bajo el que se acurrucaba de niña, cuando se colaba en la cama de su tía abuela por la mañana, para hacerse un ovillo y debatir sobre las posibles aventuras del día.

Se estiró de nuevo y se permitió soñar con un café recién

hecho. Por supuesto, no habría café a menos que se levantara y lo hiciera ella misma. Peor aún: su pobre tía Flo dependía completamente de ella, y siendo madrugadora, con seguridad, ya estaría desesperada por una taza.

Con ese pensamiento, se levantó y se puso la ropa del día anterior. Agradeció haber cogido, al menos, algo de ropa interior vieja, con elásticos dudosos, y un par de camisetas suaves del Gamekeeper's Cottage.

Menos mal que no había nadie en Portneath ante quien tuviera que lucir glamurosa. Ni siquiera podía cruzar a Bootles, a por un paquete económico de ropa interior.

Cepillándose con rapidez los dientes y el pelo, se echó agua fría en la cara, evitando mirar demasiado de cerca el tono pálido londinense que le devolvía el espejo.

***

—Eres un auténtico sol —dijo Flo mientras Jules le entregaba una taza humeante.

Estaba sentada en su estrecha cama, con el cabello suelto cayéndole por la espalda, luciendo elegante y ágil, sin esfuerzo. Si la luz de la mañana no hubiera iluminado cada arruga y línea de expresión, podría haber pasado por una mujer de cuarenta años.

—¿Qué edad tienes, tía Flo? —preguntó, demasiado curiosa para resistirse.

—Tantos como mi lengua, y un poco más que mis dientes. —Rio Flo—. Qué pregunta tan rara, de repente. —Su dulce sonrisa dejó claro que no se había ofendido—. Ochenta y seis, ya que preguntas —añadió, lanzándole una mirada de reojo.

—¿Cuántos? —chilló Jules, boquiabierta.

Entonces Flo soltó una carcajada.

—Vas a tener que decirme si estás sorprendida, porque parezco mucho más joven… o porque parezco mucho más vieja de lo que soy.

—La primera opción —aclaró, ahora más seria—. Definitivamente la primera, pero… —Dio un sorbo a su café, pensativa.

Flo estaba llegando a una edad en la que necesitaría más ayuda, incluso dejando de lado los huesos rotos y curados —al menos para dirigir una tienda tan grande como aquella a tiempo completo—. ¿Qué tipo de apoyo podía ofrecerle Jules desde Londres? No mucho. Y, por lo que fuera, no creía que su madre fuera a dar un paso al frente.

—El tiempo pasa, te guste o no —continuó tía Flo con energía —. Envejecer es una lata, pero sigue siendo muchísimo mejor que la alternativa. Estás aquí por ahora, al menos, y tenerte es un milagro encantador. Así que…, ¡manos a la obra! ¿No?

Jules no dejó que Flo se pusiera de nuevo con el papeleo, hasta que bajó un poco de avena con crema y azúcar moreno. Luego, la ayudó a entrar al pequeño baño y esperó fuera con ansiedad, mientras su tía se daba lo que ella misma llamó «un buen lavado».

Pasaron una mañana tranquila, con Jules en la oficina del fondo, organizando una pila bastante grande de archivos. La tienda siempre había cerrado los domingos y los lunes, lo que le daba a Flo un fin de semana tardío para recuperarse de lo que solía ser un sábado muy ajetreado. Aunque ahora, no lo era tanto.

—Bueno, querida, ya son las doce y media —gritó Flo al cabo de un rato—, pero vamos a almorzar más tarde. Todavía estoy llena de avena, ¿y tú?

—Sí, y, ¿sabes qué? —dijo Jules, saliendo de la oficina—. Quiero hacer algo más de trabajo físico durante un rato. —Se encogió de hombros, rígidos por estar encorvada sobre papeles—. ¿Qué tal si limpio los escaparates? —declaró, metiéndose en el armario de limpieza y saliendo con un pulverizador de vinagre.

—Te he enseñado bien, hija mía —aprobó Flo—. Usa papel de periódico para el último toque. Hay una pila en la oficina. Mira en el suelo… —señaló.

Pronto, Flo estaba enfrascada con los pedidos de libros en la oficina y Jules había retirado con cuidado el escaparate que, en pleno marzo, seguía anclado en Navidad, con montones de libros

para regalo y un poco de espumillón polvoriento.

«Flo jamás habría dejado que esto se quedara así antes», pensó, mordiéndose el labio con preocupación.

Se puso a limpiar los cristales, por dentro, con vinagre y periódico. Era un trabajo minucioso, pero absorbente.

Y justo, mientras pulía distraídamente el vidrio recién limpio, lo notó: las planchas negras que cubrían el antiguo Bootles habían desaparecido.

«Claro», pensó. «Hoy es la gran inauguración».

Esperaba que fuera una tetería. No recordaba la última vez que ella y Flo habían compartido un buen *cream tea*. A ambas les encantaba el clásico de Devon y se lo tomaban en serio: puntuaban la calidad del té, lo esponjoso del scone, lo afrutado de la mermelada, y si el lugar tenía el descaro de ofrecer solo mantequilla o solo nata, cuando lo correcto, sin duda, era ofrecer ambos.

«Sí», pensó Jules mientras trabajaba. «Si era una nueva tetería, Flo y ella se darían el gusto de visitarla el primer día. Tal vez para un almuerzo tardío».

Sus gafas de lectura le desenfocaban la vista lejana, así que se las subió a la cabeza, y entonces, como un torrente helado, la curiosidad se transformó en un choque que le robó el aliento.

No era una tetería.

Detrás de los amplios ventanales brillantes había una exhibición deslumbrante de… ¡libros!

Estaba la portada vibrante e inconfundible del esperadísimo *thriller* de Bruce Telford, la habría reconocido en cualquier parte. Cualquiera del mundo editorial lo haría. Y allí, en el escaparate del lado opuesto, había una selección que Jules estaba bastante segura de que era la última lista larga del premio Costa.

Aunque, desde esa distancia, era difícil confirmarlo.

Por si había alguna duda, la última plancha de madera había sido retirada, revelando un letrero gris claro con una elegante tipografía latina en negro que decía: The Portneath Book Shop.

«¿The Portneath Book Shop? ¿Cómo se atrevían…?».

Jules tragó saliva, furiosa, y —impulsada por una oleada de adrenalina—, salió disparada por la puerta y cruzó la calle con la

vista fija en su objetivo. Ni siquiera notó al conductor que le tocó el claxon al frenar para no atropellarla.

Al llegar a la acera, la puerta se abrió y apareció su amor de adolescencia y actual némesis: Roman Montbeau, que no pareció ni remotamente sorprendido de verla.

«Así que era él. Claro que lo era».

—Ah, qué maravilla —le soltó, con una amabilidad engañosa—. Sé que el sol apenas pasa del mediodía, pero ven a tomar una copa de champán, o un *buck's fizz*, si lo prefieres. En realidad, no es champán. Es vino espumoso de la bodega que hay aquí cerca, que es incluso mejor —añadió con aire cómplice, haciéndose a un lado y sujetando la puerta—. De verdad que está muy bien, deberías…

—Preferiría beber veneno —gruñó Jules.

Roman sonrió con suficiencia.

—¡Qué dramática! Me encantaría complacerte y, no pienses que soy poco hospitalario, pero no creo que tengamos… —Hizo un gesto teatral de desesperación y disculpa.

—¿Por qué no has abierto una tetería? —le espetó Jules.

—Eh… porque no quiero —dijo Roman, rascándose la cabeza como si estuviera realmente confundido—. Además, desde el punto de vista comercial, el pueblo no necesita otra tetería.

—«Eh…», «desde el punto de vista comercial», tampoco necesita otra librería —lo imitó, señalando con el pulgar hacia Capelthorne's, manteniendo la mirada fija en la del joven, y el mentón alzado, furiosa.

—Ah…, bueno. —Se atrevió a sonreír con tristeza—. Siempre hay sitio para una competencia sana. Quiero decir, Capelthorne's ya lleva un tiempo…

—Exactamente. Sí. Lo lleva —declaró Jules, con su respiración entrecortada y el corazón desbocado—. Cien años, para ser precisos, y pienso hacer que dure otros cien más.

Reprimió el impulso de inclinarse a tomar aire.

—Palabras de lucha —dijo Roman, admirado, recorriéndola con la mirada de forma descarada—. Tengo muchas ganas de batirme contigo. Pensé que solo me enfrentaría a la anciana. Es tu tía, ¿verdad? Y eso no habría sido ni la mitad de divertido. Que gane la

mejor tienda —añadió, extendiendo la mano para estrechar la de ella.

—Ja. Así será —respondió Jules, mirando su mano con desdén, sin moverse, con los puños bien cerrados a los costados.

Se miraron, sin hablar, y, en ese instante eterno, Jules sintió, con absoluta claridad, que había toda la razón del mundo para el odio ancestral entre las dos familias. Lo sentía en sus huesos.

—Montbeau —escupió.

—Capelthorne —replicó él, con una sonrisa burlona, sin molestarse en ocultar su diversión.

Durante unos segundos, Roman sonrió y ella ardió llena de furia, y luego —sin nada más que decir—, se giró sobre sus talones y cruzó de nuevo la calle, sintiendo su mirada clavada en la espalda.

Puso especial cuidado en no resbalar al subir el escalón.

Entró como una tromba en la tienda, descargando su furia al cerrar la puerta, con tal energía que una pila de libros, que había quitado del escaparate, se cayó al suelo.

En el breve rato que había estado fuera, Flo había conseguido llegar desde la oficina hasta el mostrador, donde ahora estaba sentada tras la caja registradora.

—Tu móvil no ha parado de sonar —indicó su tía abuela, tendiéndoselo.

Miraba a Jules con simpatía por su angustia, pero, curiosamente, sin un atisbo de furia, a pesar de lo ocurrido.

Jules tomó el teléfono y lo desbloqueó distraídamente, para ver un mensaje de solo dos palabras de su jefa:

Estás despedida.

Capítulo 4

Aun riéndose y negando con la cabeza, Roman volvió a entrar en la tienda.

El equipo había invitado a una lista de personas cuidadosamente seleccionada para la inauguración, y la librería estaba agradablemente llena. Era increíble cuánta gente influyente y respetada de Portneath estaba dispuesta a aceptar una copa de vino espumoso un lunes, a la hora del almuerzo… Quizás, especialmente, si venía de parte de los Montbeau, famosos por ser anfitriones generosos y espléndidos.

Observó la escena con satisfacción.

El murmullo de voces subía de volumen, cargado de cordialidad. Los canapés —los más deliciosos y elegantes que se podían conseguir en Portneath—, venían de Freya's, el restaurante más nuevo y de moda del pueblo, tal como le había aconsejado su hermana Perdita.

Y tenía razón.

El personal de servicio de Freya, impecablemente entrenado, se movía entre los invitados con sus pulcros delantales gris pizarra, llevando bandejas de madera con canapés deliciosos, con los dedos extendidos con gracia.

Desde su posición junto a la puerta, podía ver a su padre, Henry, al otro lado de la tienda, tomando una botella, envuelta en una servilleta de manos, de los camareros del bar, y recorriendo la sala, mientras rellenaba copas, con una palmada en el hombro aquí y un saludo jovial a un amigo allá.

Henry —un hombre apuesto y corpulento de sesenta y tantos años—, irradiaba carisma e importancia. Era, como Roman solía bromear, el epítome del privilegio masculino, blanco y aristocrático, a pesar de su afición por proclamar, a quien quisiera escucharlo, que era un hombre hecho a sí mismo.

Aunque era cierto que toda una vida de astutas decisiones comerciales había ayudado a llenar las arcas familiares de los

Montbeau, también había cometido errores costosos. Especialmente, en los últimos tiempos.

Por supuesto, de esos no hablaba nunca.

Cuando su padre se ponía demasiado engreído, solía recordarle que la forma más fácil de hacer dinero era tenerlo, y que poseer una extensa finca campestre, además de una libreta negra llena de amigos ricos y aristócratas de Eton y Oxford, no había sido precisamente una desventaja.

Después de diez años fuera, Roman se sentía un poco avergonzado de su origen.

De adolescente, rodeado de sus amigos pijos y chillones, había sido —bueno, ahora lo admitía—, un auténtico imbécil.

Hoy en día, se había propuesto que esa no fuera otra cosa que compartía con su padre.

No tardó en darse cuenta de que en Estados Unidos el privilegio de nacimiento no contaba para nada —al menos en los negocios—. Socialmente, eso sí, su buen aspecto y su acento británico le habían abierto las puertas a las mejores fiestas, cenas y lanzamientos de libros en Manhattan, intercalados con fines de semana en Long Island.

Fue divertido.

Al principio.

Profesionalmente, le había llevado varios años en Estados Unidos, escalando en empresas de primera línea, para aprender a sacar lo mejor de su equipo —y no lo consiguió imponiéndose—. Lo más satisfactorio, fue descubrir que tenía un verdadero talento, y pasión, por el comercio.

Y allí estaba ahora.

Había sido convocado para rellenar el cofre del tesoro familiar y, en el proceso, ir asumiendo poco a poco su nuevo rol como patriarca de los Montbeau, le gustara o no.

Desde que volvió, no habían faltado las discusiones. Era la vieja historia de siempre: el cabeza de familia cediendo el poder —a regañadientes—, a su sucesor, reflexionó Roman. El joven que reemplaza al viejo.

Suspiró mientras recorría con la mirada la sala abarrotada y una

pesada sensación se instaló en su estómago. Se suponía que debía desear esto. Era su derecho de nacimiento, aunque para él se sentía más bien como una maldición; y que su madre le presentara a jóvenes «adecuadas» cada cinco minutos no ayudaba en absoluto.

Buscando algo que pudiera considerar suyo, la oportunidad de asestar el golpe final —duro, pero necesario—, a Bootles, y lanzar una nueva empresa en su lugar, fue algo demasiado bueno para dejarlo pasar.

Vale, no tenía por qué haber sido una librería.

Con sinceridad, no tenía intención alguna de hacerle un daño innecesario a la familia Capelthorne.

«Los negocios son negocios, y justo ese local era perfecto para una librería», reconoció para sí, mientras lo observaba todo.

Reluciente, nuevo y reformado con mucho dinero, el lugar estaba espectacular. Era luminoso, moderno, pero impregnado de historia, con su impresionante balcón curvado en el piso superior, techos altos y una enorme lámpara de araña art déco resplandeciente.

Era lo opuesto a Capelthorne's, que estaba al otro lado de la calle: un laberinto oscuro, torcido y acogedor.

«Le gustara o no a esa mujer Capelthorne —a Jules—, Capelthorne's ya estaba sentenciada», se recordó Roman con una punzada de pesar.

Le daba seis meses.

Y aunque la competencia con The Portneath Book Shop no la acabara por destruir, el equivalente financiero a una granada de mano ya estaba activado y listo para explotar. Por desgracia, cuando eso ocurriera, también sería culpa de la familia Montbeau. Sí, la antigua enemistad estaba destinada a continuar, lo cual era una pena.

En su momento, había preguntado por su nombre discretamente, fingiendo que no le importaba, aunque se ganó las burlas de sus amigos por ello.

Descubrió que era una Capelthorne y —en ese tiempo—, eso solo la hizo más fascinante.

Y ahora, aquí estaba.

En circunstancias normales, podría haberse planteado intentarlo con ella… Hasta su reciente encuentro en la estación, solo tenía vagos recuerdos de adolescente, pero ahora no podía dejar de pensar en ella. Se había vuelto aún más hermosa de lo que recordaba. Y tenía carácter, sí, pero eso le encantaba. A diferencia de su padre, Roman no tenía interés alguno en mujeres complacientes. A él le gustaban los desafíos y Jules —sospechaba con cierto placer—, era una digna rival.

«No es que le faltaran oportunidades románticas, si las quisiera», pensó Roman mientras observaba a una mujer alta y delgada, con una cascada de cabello rubio brillante, presentarse con encanto a una morena igualmente pulida, vestida con ropa discretamente cara. Debía de ser una de las *influencers* locales que su glamurosa mano derecha, Cally, había identificado.

Cally era un activo valioso. Tenía credenciales impecables en el ámbito del marketing en redes sociales; de hecho, parecía no tener límites en sus habilidades. Bella, educada en la Ivy League y estadounidense, Cally aceptó sin dudar la invitación de Roman para volver con él a Devon desde Nueva York. Y no había ocultado su disposición a llevar su relación a un plano más personal…

Roman —poco habitual en él—, todavía no había aprovechado la oferta.

Era bueno saber que la opción existía, se admitió a sí mismo, mientras aceptaba una copa de uno de los camareros y cruzaba una mirada con el alcalde, sonriendo.

Pero no podía permitirse distracciones con mujeres.

No ahora.

Apartó de su mente a Jules y a Cally, y, concentrándose en recibir a sus invitados, se lanzó a la refriega. Minutos después, mientras conversaba con un sofisticado diputado local, de traje azul, sobre su trabajo en Estados Unidos, sintió una mano pesada en el hombro y la voz atronadora de su padre:

—¿Mi hijo te está contando cómo se hace? —preguntó con tono jocoso—. ¡Una copia del viejo modelo, ¿no crees?

El diputado murmuró unas palabras aduladoras, y Roman hizo un esfuerzo por mantener una expresión agradable y neutral. No era

que no compartiera con su padre el deseo de triunfar en los negocios —ambición no le faltaba—, pero este solo estaba satisfecho si el éxito incluía aplastar al oponente. Era rencoroso. Un abusón.

«En ese sentido», se recordó Roman, «él no se parecía en nada a su padre».

***

Era tarde, pero Jules estaba demasiado alterada como para dormir.

Acurrucada a los pies de la cama de Flo, en la pequeña oficina, sostenía una taza de chocolate caliente entre las manos. Su tía la observaba, con ternura, por encima del borde de su propia taza, mientras ella se presionaba el pecho con la mano, intentando calmar su desbocado corazón. Llevaba todo el día así, desde que revivía una y otra vez el momento en que quitaron las planchas del escaparate, seguido por su breve, pero intensa discusión con Roman.

Tía Flo alzó una ceja en señal de interrogación, y Jules le dedicó una sonrisa temblorosa.

—Estoy bien —dijo—. Solo que no dejo de pensar… Tenemos que encontrar una forma de contraatacar.

—Por supuesto, pero… Mira, cariño, lo último que quiero es que pienses que me estoy rindiendo —empezó Flo.

—Bien, porque no lo harás —insistió Jules—. Por encima de mi cadáver.

—Es más probable que sea sobre el mío, estadísticamente hablando —replicó con naturalidad—. Creo que tenemos que ser razonables y no dejar que esta enemistad entre las familias se interponga en decisiones comerciales sensatas.

Jules no la escuchaba.

—No tenía por qué abrir una librería —estalló, por enésima vez, ese día—. Quiero decir, ¿una librería? Eso es una provocación deliberada. Es una declaración de guerra.

—Lo sé, lo sé… pero esta tienda no ha ido bien desde hace un tiempo —razonó Flo—. Incluso si los Montbeau dan el golpe final, no

se les puede culpar del todo cuando Capelthorne's ya estaba llegando a su fin. Llevamos mucho tiempo sin invertir. Necesitamos nuevos sistemas, una renovación completa, más personal…

—Yo amo la tienda tal como es —protestó Jules—. No quiero que cambie.

—Por desgracia, no hay suficientes clientes que piensen como tú —respondió Flo con una sonrisa triste, posando la mano sobre la de Jules y dándole un apretón reconfortante—. Si ha llegado el momento… Ha llegado.

—Bueno, ¿y si no? —declaró—. Estoy aquí. No tengo adónde ir, no ahora que he perdido mi trabajo, y no voy a dejar que ese hombre horrible me derrote. Que *nos* derrote.

La cabeza de Flo se inclinó, reconociendo el gesto con lo que parecía una profunda fatiga. Era una mujer mayor, recordó Jules, con un pinchazo de remordimiento.

—Solo digo que puedo ayudar —explicó con un tono menos enérgico—. No todo está perdido.

Y, aun así, incluso ahora que la habían despedido, Jules sabía que debía volver pronto a Londres y empezar a buscar un nuevo empleo. La idea la sumía en un profundo desánimo. No había olvidado la amenaza de su jefa: convertirla en una persona «no contratable». No era una amenaza vacía.

Bebieron su chocolate, en silencio, durante un rato, perdidas cada una en sus propios pensamientos.

—Háblame sobre la enemistad entre los Montbeau y los Capelthorne —dijo finalmente—. ¿Por qué están enfrentadas las familias? Quiero decir, yo sé por qué lo estoy yo…

Tía Flo suspiró y se acomodó contra el cabecero de la pequeña cama, haciendo que Merlin, que dormía sobre su regazo, clavara las uñas con fastidio. Ella lo acarició en señal de paz antes de comenzar:

—Las dos familias llevan siglos viviendo una al lado de la otra en esta zona —explicó—. Ambas eran aristocráticas, aunque muchos dirían que los Capelthorne, al menos a principios del siglo XIX, eran los más respetados; muy queridos por el Príncipe Regente, según dicen… De hecho, podrías decir que el siglo XIX fue la época dorada

de los Capelthorne, aunque, por muy distinguidos que fueran, nunca parecieron alcanzar el nivel de riqueza ostentosa que disfrutaban los Montbeau. En realidad, al principio las familias eran aliadas. La ruptura comenzó hace más de trescientos años… Fue en 1814. Edward Capelthorne, hijo y heredero, cortejaba a Lucinda, la hija mayor y heredera de Charles, conde de Havenbury, en Middlemass Hall. Ambas familias aprobaban la unión y se esperaba un anuncio de compromiso en cualquier momento. Entonces, esa Navidad, el viejo compañero de escuela de Edward, Troy Montbeau, volvió de las guerras napoleónicas, y según cuentan, le había ido muy bien.

»Así que ahí estaba, de nuevo en escena, un joven soldado valiente, apuesto, triunfante… y dejó muy claro que él también pretendía cortejar a Lucinda. Por supuesto, Edward Capelthorne se sintió completamente traicionado por su antiguo amigo y no pudo ver semejante intromisión más que como un ultraje al honor y la reputación de Lucinda.

»Lleno de ira, y para horror de su madre, retó a Troy Montbeau a un duelo al amanecer.

Los ojos de Flo se perdieron en la pared sobre la cabeza de Jules, completamente inmersa en la historia que relataba.

—¿Y qué pasó? —preguntó Jules, fascinada.

—El desenlace fue, por supuesto, desastroso —continuó Flo, volviendo en sí—. Dos jóvenes apuestos, decididos a destruirse el uno al otro. Pero aquel día, el herido de muerte fue Edward Capelthorne. La familia quedó devastada. Lucinda también. Llena de culpa por haber sido la causa de la pelea, rechazó a Troy y jamás se casó. La historia cuenta que murió soltera, muchos años después.

»Esa tragedia marcó el inicio de una etapa de desgracias, aparentemente interminable, para los Capelthorne. Se podría decir que fue el comienzo de una lista de infortunios que continúa hasta hoy: muertes prematuras, herencias truncadas, malas decisiones empresariales y una caída progresiva en la relevancia… En un episodio particularmente lamentable, tu… ¿tatarabuelo? Rory Capelthorne, un jugador empedernido, dilapidó una herencia enorme en solo unos años. Hubo una noche fatídica, hará unos cien años, más o menos. Rory estaba borracho, como de costumbre, y perdió

en una partida de cartas contra un Montbeau de su generación. En un solo giro de cartas, perdió la mayoría de las propiedades de los Capelthorne en Portneath, porque —interrumpió Flo para explicar—, históricamente los Montbeau siempre poseyeron el lado oeste de la calle principal, y los Capelthorne el lado este.

—Por eso la librería Capelthorne está aquí —señaló Jules—. En el lado este, como tú dices.

—Exactamente —asintió Flo—. Y después de eso, de ese giro de cartas desastroso, los Capelthorne tuvieron que entregar las escrituras de media calle. Así que, aquí estamos hoy. —Suspiró, sonando agotada—. La familia Capelthorne ya no tiene nada de noble. No tenemos tierras, ni fortuna, y no digo que todo sea culpa de los Montbeau, pero en cada momento clave, ha habido lo suficiente de su parte como para que la enemistad entre las familias siga viva. La historia repitiéndose, una y otra vez. Tanto conflicto inútil…, y ahora esto —terminó con tristeza.

—Bueno, lo que hemos visto hoy ya es un motivo lo bastante grande como para mantener viva la enemistad, otra generación más —indicó Jules con determinación, apurando su chocolate caliente y extendiendo la mano para recoger la taza vacía de Flo—. Y estoy totalmente dispuesta a ello.

—Pero ¿es una batalla que vale la pena luchar? —preguntó la anciana, sujetando su taza mientras Jules tiraba con suavidad, mirándola con firmeza.

—Sí —replicó Jules—. Capelthorne’s lo significa todo para mí. Y si vamos a perderla, después de todos estos años, estoy decidida a que no sea porque un Montbeau ha decidido enfrentarse a nosotras —añadió Jules—. El pasado será vengado.

—¿Sabes lo que dicen sobre la venganza? —le advirtió Flo—. Antes de empezar, más vale que caves dos tumbas.

***

Ni siquiera el chocolate caliente consiguió calmarla: Jules no lograba

conciliar el sueño.

Se deshizo de las sábanas calientes y húmedas, que parecían querer atraparla en la cama, y fue hacia la ventana, presionando la nariz contra el cristal.

De niña —y luego de adolescente rebelde—, sentía que estar atrapada en Portneath era como ser enterrada viva en ese pequeño pueblo costero.

Pero ahora las cosas eran diferentes, ¿no?

Además, su vida en Londres tampoco era nada del otro mundo: tenía una jefa tóxica que solo necesitaba mencionar el despido —el palo—, o una promoción —la zanahoria—, para que Jules y sus compañeras corrieran a obedecer. Trabajaba hasta tarde cada noche, y cualquier edición que pudiera disfrutar debía hacerla en su tiempo libre. Su sueldo era un desastre absoluto; como ella —y, para ser justa, la mayoría de sus compañeras—, vivía en constante sobrecarga y sobregiro, sacrificando sus veintitantos años por una recompensa que apenas cubría el alquiler y el transporte.

Después de diez años, aún se preparaba los sándwiches del almuerzo cada mañana para ahorrar un poco.

Una parte diminuta de ella había soñado con estar ya almorzando con sus autores favoritos en el Groucho, o —al menos— tener permitido adquirir alguna joya que llegara a su escritorio.

Pero no.

En contadas ocasiones había rescatado algo prometedor de la «pila de rechazados», para que lo leyera alguien con más rango… Sin que jamás se aceptara ninguna de sus recomendaciones.

Eso le hacía sentir que no valía para ese mundo.

No tenía lo que hacía falta para ser editora.

Tal vez era hora de aceptarlo.

Así que, perder el trabajo —aunque doliera—, no era ninguna pérdida real.

Pero quizás existía más de una forma de dedicar la vida a los libros.

Increíblemente, nunca se le había ocurrido hablar con Flo sobre la librería. Portneath siempre había sido el lugar del que necesitaba huir para que su vida pudiera comenzar. Pero… ¿estos últimos días?

El mensaje de texto urgente, el viaje hacia abajo, ver cómo la indomable tía Flo se había hecho mayor —más frágil—, y ahora esto. Tenía la impresión de que todo era una cadena de dominós cayendo, una secuencia inevitable de eventos, que la habían traído hasta aquí. Ahora. Y tal vez eso estaba bien. Quizás era parte de crecer: marcharse para elegir volver.

A pesar de la situación desesperada de Flo, a pesar de la apertura de Portneath Books, a pesar de que, en su caso, la distancia no había hecho crecer el cariño hacia su madre… ¿Quizás sí fuera bueno estar de vuelta?

Además, había sido absolutamente maravilloso reencontrarse con Freya.

Si no fuera por el tenebroso panorama con Roman y el negocio, ya de por sí en decadencia, que su pobre tía había sostenido sola durante años, incluso se sentiría un poco emocionada por el desafío que le esperaba los próximos meses.

Pasó la mano por el cristal, quitando el vaho, y abrió la ventana con esfuerzo.

Un escalofrío recorrió su espalda al contacto con el aire frío de la noche primaveral. La estrella polar brillaba con intensidad, y el viento que llegaba del mar traía consigo el aroma salado característico.

«Había una nitidez en el aire de Devon», pensó, respirando hondo. «Estar aquí era como despertar de un sueño largo y agotador. Una pesadilla. Eso era su vida en Londres: una especie de ensueño grasiento, sucio, estresante… Sin sentido. Y ahora había vuelto. Tal vez —solo tal vez—, había vuelto al lugar al que realmente pertenecía».

***

Tía Flo soltó un jadeo.

—¡Mierda! —exclamó, haciendo que Jules girara la cabeza con brusquedad.

Su tía *nunca* decía palabrotas.

—¿Qué pasa?

—Acabo de mirar la maldita agenda de esta semana —dijo Flo, frunciendo el ceño—. Ayer se me olvidó revisarla, y el jueves es el Día del Libro.

—¿Y?

—Pues que hay cosas que hacer. Cosas que habría hecho hace semanas si no fuera por esto. —Chasqueó la lengua, señalando con su brazo sano su pierna rota.

—No hay problema —indicó Jules, dejando el plumero con el que estaba retirando una cantidad verdaderamente asombrosa de polvo de la sección de *thrillers* y novelas policiacas—. Puedo encargarme de lo que sea. Solo dime…

—Bueno, tenemos grupos de niños de tres escuelas primarias locales que vendrán para la hora del cuento y a canjear sus vales de libros —enumeró Flo, marcando con los dedos—. Tenemos los libros en oferta por una libra; la mayoría de los niños escogen eso, así que necesitaremos un montón, y ni siquiera sé si tengo *stock* suficiente… O al menos creo que no…

Y ahí estaba otra vez.

Para cuando Jules les preparó una taza de té a ambas, y Flo revisó sus papeles, quedó claro que los planes para el jueves no estaban totalmente arruinados. Resultó que Flo *sí* había recordado pedir *stock*, y los libros necesarios estaban en una pila de cajas sin abrir, al fondo de la tienda.

Jules decidió dejar de lado, conscientemente, su preocupación más profunda: Flo parecía olvidar con más frecuencia de la que sería razonable qué cosas había hecho y cuáles no. Pero ¿acaso no era normal, para una mujer de ochenta y tantos años? No lo sabía. Aunque fuera menos grave de lo que temía, era otra señal más de que su tía necesitaba *mucha* más ayuda con el negocio.

Volviendo al tema del Día del Libro, había un área al frente de la tienda que se usaba habitualmente para la hora del cuento, y Jules solo necesitó mover algunos libros y desplazar un par de estanterías, para dejar espacio suficiente en la alfombra para que los niños se sentaran con las piernas cruzadas. La sección infantil estaba un poco

descuidada, pero Jules la limpió bien, la abrillantó y apiló los libros especiales en una mesa en la esquina.

Eso tendría que bastar.

—Por suerte no nos mandan a toda la clase de treinta de golpe —explicó Flo, más relajada cuando se reunieron luego—. Quince es lo máximo que caben aquí. Así que, eso son seis sesiones de cuentos durante la jornada escolar. Hasta yo termino un poco harta al final —admitió.

—Vale. ¿Y quién lee el cuento?

—Yo —respondió Flo.

—¡Mis respetos! ¿Vas a hacerlo este año también, a pesar de todo?

Flo asintió, y Jules soltó un suspiro de alivio. No le gustaban los niños. Y, definitivamente, no se veía contándoles cuentos.

Al ver su cara, Flo se echó a reír.

—Es divertido —señaló—. Y me disfrazo, por supuesto. Si no recuerdo mal, va de una bruja, así que puedo ponerme un sombrero de bruja… Si me encuentras uno.

—¡Por supuesto! Y puedes llevar a Merlin como tu acompañante. Es tan magníficamente negro que parece hecho para ser gato de bruja. Sobre todo, con ese nombre.

Capítulo 5

El jueves estaba yendo muy bien.

Casi era la hora del almuerzo y Flo lo estaba haciendo de maravilla, leyendo a su segundo grupo de niños de seis años, con todas las voces adecuadas y tanto aspaviento y dramatismo como sus lesiones le permitían.

Jules y Jess —la coordinadora de bibliotecas escolares del distrito—, estaban de pie a un lado, observando con admiración cómo Flo lo daba todo. Los niños —cada uno disfrazado de su personaje favorito de algún libro—, estaban embelesados y quietos, con los ojos muy abiertos; algunos incluso con la boca entreabierta.

—Eres muy amable por hacer esto —susurró Jess, una mujer de rizos oscuros, de la misma edad que Jules, por la que sintió simpatía inmediata—. Capelthorne's siempre ha sido increíblemente generosa con las escuelas de la zona. Estoy muy agradecida.

—Encantadas de ayudar. Sabemos lo importante que es que empiecen a leer cuanto antes —susurró Jules también, pero entonces notó que Jess miraba por encima de su hombro, hacia Portneath Books, al otro lado de la calle—. ¡Ja! —susurró Jules con aire triunfal—. Esa gente jamás organizaría una hora del cuento. Solo piensan en el beneficio económico.

—Umm… —murmuró Jess, sin comprometerse, y evitando la mirada de Jules.

—Vale, dime… ¿qué pasa? —Suspiró. Fuera lo que fuera, seguro que era malo. Y Roman seguro que estaba detrás.

—Es solo que… Bueno… En realidad ha sido un gesto increíble por su parte: han donado una caja grande de libros a cada una de las escuelas primarias del distrito —admitió Jess, con los ojos brillantes al recordarlo—. Digo «ellos», pero en realidad conocí a ese tal Roman, que se ha hecho cargo. Fue su idea. Mi pareja, Aiden, y Roman son amigos desde hace años, pero yo no lo conocí hasta que volvió de Nueva York el año pasado, y yo no llevo mucho aquí. En fin, no es que esté interesada, porque «Aiden y yo…», pero ¡madre

mía! Genial, ¿verdad? —Jess se llevó las manos a las mejillas, completamente sonrojada al pensarlo.

—¿Los libros? —le recordó Jules, con tono ácido. Ya estaba oficialmente harta de escuchar lo *irresistible* que era el pequeño Jeff Bezos de Portneath.

—¡Los libros! —respondió Jess, avergonzada—. Y no eran saldos, sino novedades, superventas recientes, todos los formatos, para todas las edades. ¡Hasta audiolibros! —Entonces notó la expresión de Jules—. Perdón —añadió enseguida—. Obviamente, no esperamos que Capelthorne's…

«Y ahí estaba la cuestión, ¿no?», pensó Jules, dándole una palmadita en el brazo a Jess en señal de perdón y forzando una sonrisa con esfuerzo.

Capelthorne's, simplemente, no tenía presupuesto para hacer gestos grandilocuentes como ese. Pero Portneath Books, sí. Por supuesto que sí. ¿Y cómo competir contra eso? Jules solo podía rezar porque el presupuesto de marketing de Roman se agotara antes de que Capelthorne's tuviera que cerrar.

«Estaba casi segura de que eso no ocurriría: con la flamante reforma de su librería y los bolsillos profundos de su familia, Roman había abierto esa tienda por capricho», pensó Jules con furia —el juguetito de un rico—, y la librería de cien años de antigüedad era la que iba a pagar el precio.

«¿O no? No si ella podía evitarlo», se dijo, captando la mirada preocupada de Jess y obligándose a borrar el ceño de su rostro.

Pobre Jess —tan dulce—, era evidente que estaba mortificada por haber dicho algo ofensivo sin querer.

Los niños, con una pequeña indicación de Jess, aplaudieron a Flo al terminar su cuento, y luego se levantaron emocionados para gastar los vales de libro que llevaban aferrados en sus manos pegajosas. Algunos tenían dinero adicional que sus padres les habían dado —billetes de cinco, diez e incluso veinte libras—, pero la mayoría estaba feliz eligiendo entre las ofertas especiales de una libra del Día del Libro.

Finalmente, cada niño pasó solemnemente por la caja con Flo —que todavía llevaba su sombrero de bruja—, y recibió su preciado

libro envuelto en una bolsa de papel marrón, con el logo de Capelthorne's impreso.

Flo suspiró aliviada cuando sonó la campanita de la puerta indicando la salida del último pequeño —al menos hasta que llegara el siguiente grupo—.

—Esto está siendo genial —dijo Jules con entusiasmo, decidiendo no contarle a Flo el gesto grandioso del enemigo.

—Es agotador, pero vale la pena —asintió—. Deberíamos tener más cosas así en el calendario. Supongo que he dejado un poco de lado la parte promocional en los últimos años…

—Eso es comprensible —intervino Jules con rapidez—. Ahora me tienes a mí. Pensaba armar un plan de marketing y un calendario de eventos para los próximos meses, ya que voy a estar por aquí… El centenario, por ejemplo. Puede ser el tema del año.

—Ah, sí… Eso —dijo Flo, sin energía—. Y eso me recuerda que tengo que ocuparme de lo del contrato de arrendamiento, si es que realmente vence. Voy a buscar el archivo y pediré cita con el abogado para ver qué pasa.

***

—Me alegra *taaanto* que te quedes —anunció Freya por enésima vez, con una sonrisa enorme.

—Sí, bueno… Tía Flo me necesita y, seamos sinceras, ya no tengo carrera. Así que, ¿por qué no?

—¿Quieres decir que tu jefa no te daría una carta de recomendación o algo así? —Freya puso cara de hastío al pensarlo.

—Quiero decir que mi jefa ya se habrá encargado de hablar mal de mí por todas partes. Este mundo es muy pequeño.

—Pasa lo mismo en los restaurantes franceses —admitió Freya —. Uf… ¡Qué mala suerte!

Las dos estaban tumbadas en la cama de Freya y Finn, viendo *Friends* en Netflix y comiendo *pizza*, que, sorprendentemente, su amiga tenía guardada en el congelador.

Era la única noche libre de Freya en el restaurante y Finn estaba en Hollytree Farm, ayudando a su hermano Ciaran a hacer la limpieza anual del establo de ordeño.

—Dios, qué buena está —exclamó Freya, chupándose los dedos y agarrando otra porción—. Me muero de hambre.

—Pensé que estarías por encima de una *pizza* congelada, con todo tu refinamiento francés —bromeó Jules—. ¿Te acuerdas de cuando hacíamos esto? —Agitó la *pizza* en el aire—. Los sábados por la noche, en tu casa de Middlemass. Tu madre nos hacía palomitas y nos dejaba ver pelis en su habitación.

—Me acuerdo de comer chocolate en su cama, contigo —rememoró Freya—. ¡Llenamos las sábanas de migas! Me hizo cambiarlas al día siguiente. Fue cuando vimos *Chicas malas*.

—¿Cuál de todas? —Rio Jules—. ¡Si estábamos siempre viendo *Chicas Malas*!

Las dos se quedaron en silencio. Aquella película había sido una experiencia crucial para ambas. Les había hecho más llevadero el acoso de las verdaderas «chicas malas» del instituto de Portneath.

«La madre de Freya había sido tan amable», recordó Jules.

Las sentaba con solemnidad en la mesa de la cocina, con té y pastel casero, y las dejaba hablar durante horas sobre todo lo que preocupaba a dos adolescentes que no estaban en la cima de la cadena alimenticia. En aquel momento, todo parecía vital: quién besó a quién, qué dijo fulanita a menganita… Ella las escuchaba con paciencia y les daba sabios consejos cuando estaban dispuestas a escucharlos. La madre de Jules, en cambio, no podría haber mostrado menos interés.

Incluso con esa atención, recordaba que se sintió demasiado avergonzada como para contarle la historia del papel higiénico pegado al zapato y las carcajadas de Roman y su pandilla. Incluso ahora, la sola idea hacía que se sonrojara.

¿Por qué, después de tantos años, seguía importándole tanto? Las viejas cicatrices, al parecer, calaban hondo.

—Pero en serio, ¿volver a Portneath no te resulta raro? —insistió Freya, sacando a Jules de sus pensamientos—. Las dos no veíamos la hora de largarnos, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —afirmó Jules.

Había estado contando los días para irse a la universidad, aunque dejar a Flo y la librería le había roto el corazón. ¿Dejar a su madre y la casita de Middlemass? Eso no tanto.

—Pero eso fue entonces —dijo Freya, con aire satisfecho, girando sobre su espalda y estirando los brazos—. Yo era como tú, y me vi obligada a volver. Pero luego, al llegar, pensé: vaya, esto podría estar bien.

—Además, por lo que tengo entendido, enganchaste a Finn bastante rápido —se burló Jules, dándole un codazo en las costillas.

—Cierto, ¿eh? —dijo feliz. Luego, de pronto, se la notó inquieta —. Estamos bien, ¿verdad? Lo digo por lo de Finn…

—¿Qué dices? Por supuesto que estamos bien.

—Pero tú recuerdas…

Jules suspiró y puso los ojos en blanco.

—Eso fue en su momento —indicó, girándose para hacerle una mueca a su amiga—. ¡La idea era absurda! Yo diciendo que Finn era «mío» y tú prometiendo no acercarte… Ridículo. Como si él nos hubiera prestado atención alguna. ¡Ja!

—De todos modos, aunque tú no quisieras admitirlo, siempre creí que el verdadero objeto de tu deseo incontrolable era Roman —confesó Freya, contenta, sin notar el gesto de Jules.

—Fuimos un par de ridículas —concedió Jules, deseando cambiar de tema—. Entonces, ¿tú y Finn qué tal? Cuéntame.

—Pues, increíble, obviamente. —Suspiró Freya, mirando al techo, como si la cara de Finn estuviera flotando sobre ella—. Tan perfecto, ¿sabes? En cuanto lo volví a ver, todo encajó. Y, gracias al cielo, él sintió lo mismo… Aunque fue una época horrible —añadió, oscureciendo el rostro.

—Lo de la muerte de tu madre… —dijo Jules, con ternura—. No me lo imagino… Qué manera tan triste de tener que volver a casa.

—Sí… Fue demasiado —admitió Freya, limpiándose unas lágrimas que habían aparecido de pronto, y sonándose—. Finn fue prácticamente la primera persona con la que me crucé. Me sorprendió que se acordara de mí —añadió con una sonrisa—. ¡Diez años! Y, como tú misma habrás visto, ahora está aún más guapo. Y

—añadió con picardía, lanzando una mirada de soslayo—, te diré quién más ha vuelto y está que arde…

—Anda, dilo ya, ¿quién? —Suspiró, sabiendo perfectamente a quién se refería y preguntándose qué tendría que hacer para sacar a Freya del tema de Roman.

—Roman Montbeau. Ay. Por. Dios —opinó Freya, cerrando los ojos con éxtasis. Luego los abrió de golpe y su expresión se desplomó—. No me lo puedo creer… ¡Se me ha ido la pinza! Olvidé por completo… Lo de la librería…

—Ojalá yo pudiera olvidarlo —dijo Jules con sarcasmo—. Y sí, objetivamente es guapo. Pero también es una persona horrible, horrenda, ¿recuerdas? Ya era un imbécil arrogante antes, y mira lo que está haciendo ahora. No importa lo que diga: no tenía que abrir una librería justo enfrente de Capelthorne's. Eso es una declaración de guerra. Pero claro, es un Montbeau… Una familia codiciosa, despiadada y con derecho a todo, y él no es la excepción. Si tuviera un retrato en el desván, estaría hecho un asco ya.

—O sea que tú nunca… —bromeó Freya.

La cara de Jules fue toda la respuesta que necesitó.

***

A la mañana siguiente, aceptando que su vida en Londres se había derrumbado como un castillo de naipes, reunió valor y escribió al grupo de WhatsApp de su casa para avisar que estaba retenida en Devon por tiempo indefinido.

Sus compañeros de piso —a quienes nunca llegó a conocer demasiado bien—, se mostraron sorprendentemente comprensivos, le ofrecieron su apoyo y se comprometieron a empacar sus pocas pertenencias para subirlas al desván, en cuanto encontraran a una nueva inquilina.

Por suerte, eso ocurrió en menos de 24 horas, y su reemplazo se hizo cargo del alquiler.

Solo quedaba ir a recoger sus cosas.

Como su habitación era minúscula, y Jules vivía con lo justo, un viaje a Londres con un coche normal sería suficiente.

Aunque, claro, no tenía coche.

En cualquier caso, decidió que ese era un problema para otro momento. Lo último que necesitaba en Portneath era su armario de ropa formal de trabajo y su colección de libros cuidadosamente seleccionada. Libros, desde luego, no le faltaban en su nueva vida.

***

Vale, puede que Jules estuviera limpiando los cristales de la puerta un poco más de lo necesario.

Lo había hecho cada mañana durante la última semana.

Y —¿qué más da?—, tal vez los frotara con más fuerza de la habitual, probablemente por la rabia que sentía cada vez que su vista se posaba en Portneath Books, justo enfrente.

Lo hacía… bastante seguido.

¿Y quién era esa impecable e irritante chica rubia que giraba el cartel de «cerrado» a «abierto» a las nueve en punto? ¿Que meneaba tanto ese pelo rubio, liso y brillante? ¿Era algún tipo de tic físico? ¿Por qué tanto meneo?

—¡Deja de mirar con odio al enemigo! —Rio la tía Flo, desde su sitio, tras la caja—. Ese cristal es auténtico georgiano. Si sigues así, vas a dejarlo transparente del todo.

Jules se forzó a soltar una risita.

—Estaba pensando —dijo—, que tal vez deberíamos abrir la tienda a las nueve, en vez de a las nueve y media. ¿Tú qué opinas?

—¿Lo dices porque Portneath Books lo hace?

—¿Ah, sí? —respondió Jules, fingiendo indiferencia—. Bueno, tampoco haría daño.

—A mí sí me haría daño —protestó Flo—. Tardo una eternidad en asearme y vestirme con todo este andamiaje —dijo, agitando el brazo escayolado—. Nueve y media me va muy bien, gracias. Y, de todos modos, ¿puedes decir sinceramente que han tenido algún

cliente en esa media hora? Lo pregunto porque, si alguien lo sabe, eres tú, plantada todo el día en el escaparate…

—Vale, vale… Punto para ti —admitió Jules, alejándose a regañadientes del cristal—. Solo era una idea.

Flo tenía razón. Estaba hiperatenta a cualquier ventaja comercial que el odioso Roman pudiera tener sobre ella. Sin su estresante trabajo en Londres, para ocupar su mente, su cabeza hervía —día y noche—, con ideas para transformar la suerte de Capelthorne's.

Era útil que Jules tuviera experiencia previa con el sistema de la tienda, gracias a su trabajo de sábados en la adolescencia, pero también era alarmante ver que no había cambiado casi nada desde entonces.

El sistema de pedidos y gestión de *stock* estaba en las últimas, y se colgaba varias veces al día. Y había un enorme acumulado de libros sin vender que deberían haberse devuelto a las editoriales hacía tiempo.

Jules había limpiado poco a poco el sistema, empaquetando y devolviendo los títulos que sabía que no venderían, antes de que fuera demasiado tarde para obtener un reembolso.

Pero eso ni siquiera era lo peor.

Cuanto más investigaba, más claro veía que la situación era insostenible.

Flo ya casi no recibía visitas de representantes de ventas, lo que, lejos de ser una bendición, indicaba que la tienda había perdido visibilidad y relevancia entre las distribuidoras y editoriales.

Para remediarlo, Jules pasó buena parte del tiempo al teléfono con las principales distribuidoras y editoriales, tratando de hacerse notar y recordarles que Capelthorne's aún existía.

Pero el mensaje era claro: Capelthorne's no era un jugador importante y no podía competir con las grandes cadenas, que pagaban por promociones y estaban presentes en todas las grandes ciudades.

Por supuesto, todos los grandes editores y distribuidores decían lo políticamente correcto: las librerías independientes eran elogiadas con entusiasmo… Pero mucho de eso, no era más que eso: palabras.

Portneath, al estar en la costa, quedaba al final de la línea; demasiado lejos de Exeter como para entrar en las rutas de los representantes comerciales, y mucho menos en los itinerarios de las grandes giras de autores.

Capelthorne's, que en su día había tenido cierta reputación —modesta, pero respetada—, ahora parecía irrelevante.

Incluso llamó a una antigua compañera del departamento de marketing de Farquarson and Trimble, quien, después de pasar del susurro emocionado de rigor, pidiéndole que le contara todos los detalles escabrosos sobre su repentina salida, le prometió tener en cuenta a Capelthorne's al planificar próximas campañas.

El tiempo diría si cumpliría o no su promesa.

Jules no contaba con ello.

—Trabajas demasiado —le dijo Flo, pero su suave regañina fue interrumpida por el sonido de la campanita que anunciaba la entrada de un cliente.

Jules vio cómo el rostro de Flo se iluminaba en reconocimiento y alegría, y se giró para ver quién era: un hombre alto, de aspecto distinguido, encorvado ligeramente por la edad, sonreía con timidez a su tía, saludándola con una leve inclinación de sombrero, en un gesto de cortesía un tanto anticuado.

—Buenos días —dijo, mirando de Jules a Flo con cierta reserva, como si no quisiera interrumpir.

—Yo me voy —anunció Jules, saludando con una manita.

Incluso con las extremidades rotas, Flo era más que capaz de atender a un solo cliente. Sobre todo, a uno que claramente le hacía tanta ilusión.

Jules se ocupó de algunas cosas en la oficina, y, cuando alzó la vista de nuevo para ver cómo iban, el caballero ya se había marchado.

—¿Y ese galán quién era? —preguntó con tono alegre mientras su tía fingía distraerse, ordenando la mesa junto a la caja, alineando pilas de libros que ya estaban perfectamente alineadas.

—¿Quién? ¿Ah, él? —dijo, con tono poco convincente—. Un hombre muy agradable. Creo que es viudo. Ha venido varias veces a comprar libros de cocina y hemos charlado un poco. Pobrecillo, me

pedía recomendaciones porque estaba empezando desde cero, así que le vendí el *Cómo cocinar de Delia, libro uno,* de Delia Smith. Tuvimos que pedirlo, claro.

—¡Ese lo conozco! —señaló Jules—. Tiene instrucciones hasta para cocer un huevo, y una foto preciosa de huevos en un bol en la portada. Una joyita *vintage*, pero quizás un poco básico, ¿no?

—Ni hablar —replicó tía Flo, con firmeza. Se enorgullecía de sus recomendaciones literarias para los clientes—. Volvió a por los libros dos y tres. Dijo que eran perfectos para él.

—¿Y qué quería comprar hoy?

—*El arte de la cocina francesa* de Julia Child —respondió Flo con una sonrisilla de satisfacción.

Jules soltó un silbido bajo.

—Un aplauso para él —soltó—. Eso es avanzar.

—Y ha ganado unos kilitos, que le sientan bien. Es un tipo curioso —musitó Flo—. Quiere charlar, o eso parece, pero luego… No sé si es por timidez, porque agarra el libro y sale disparado.

—¡Ja! Le gustas.

—Disparates —indicó Flo, indignada. Pero Jules notó que esa sonrisilla cómplice le apareció y desapareció durante el resto del día.

Flo nunca había tenido un «amigo especial», al menos no en los años que Jules la había conocido. ¿Sería posible que, por fin…? ¿Y si había llegado el momento? Aunque… ¿no era raro imaginar a la tía Flo interesada en *ese* tipo de cosas?

Capítulo 6

El mejor café de Portneath se servía en la pequeña cafetería frente a la charcutería de Finn.

Desde las ocho y media, empezaban a formarse filas discretas, que muchas veces llegaban hasta la calle, y Jules solía unirse a ellas, en busca de café para ella y su tía.

El único inconveniente de esta costumbre tan civilizada era que también formaba parte de la rutina matutina de Roman.

Se había vuelto extremadamente cuidadosa para elegir el momento adecuado, observando con disimulo desde la librería, para ver si él ya estaba allí, y esperando a que su necesidad de cafeína venciera su reticencia.

Esa mañana, en particular, acabó —horror de los horrores—, justo detrás de él en la fila.

Su única salvación era que Roman no parecía haberse dado cuenta.

«Incluso si se giraba, probablemente la miraría por encima de la cabeza», pensó Jules. «Por fin una ventaja de ser bajita».

Estaba lloviendo, y la fila se había comprimido para que más devotos del café pudieran entrar y resguardarse, lo que significaba que apenas había un centímetro entre ella y la ancha espalda de Roman, vestida ese día con una impecable camisa celeste.

«Con seguridad, la había elegido para combinar con sus ojos azul bebé», pensó Jules, conteniendo un bufido de desprecio.

Vanidad. Sí, definitivamente podía añadir eso a su lista de «Razones para detestar a Roman Montbeau».

No es que tuviera una lista física, porque, obviamente, eso sería ridículo…

—Si te paso esto, ¿me prometes no tirármelo a la cara? —dijo Roman, girándose con un vaso de cartón en cada mano.

—¿P-por qué iba a querer sostener tu café? —balbuceó Jules, sorprendida, tratando de sonar desdeñosa.

—Porque en realidad es tu café —insistió este, afable,

aparentemente ajeno a su desprecio—. *Flat white* con leche de avena, y un capuchino para tu tía, ¿no?

—¿C-cómo lo sabes?

—«Conoce a tu enemigo» —respondió con calma—. Primera regla de la guerra.

—En realidad, creo que es «matar o morir».

—Me parece un poco extremo —indicó él, sereno—. Solo por tener librerías rivales, digo.

—No tanto —insistió Jules, pero, como si su cuerpo actuara por su cuenta, sus manos ya se acercaban a los vasos.

Necesitaba ese café con urgencia. Y sí, era leche de avena, con eso y todo.

Una parte de ella se ablandó, ante aquel pequeño gesto de consideración. Pero la empujó de vuelta con fuerza, recordándose que ese era su enemigo mortal. Y el de tía Flo.

—De todos modos, soy amante, y no luchador —continuó Roman, empujándole los vasos a las manos sin fuerza, y cuando se aseguró de que los sostenía, tomó el suyo—. Vamos, pasa —añadió, abriendo la puerta y levantando el brazo para que pudiera pasar por debajo.

«Parecía que lo hacía adrede, para recalcar lo bajita que era, pensó Jules, con resentimiento, al agacharse.

—Pues más te vale ser amante de los libros —replicó ella, débilmente—. Porque, para mí, esto es una lucha a muerte.

Roman le sonrió con tranquilidad, como si sus amenazas de muerte fueran tan inofensivas como un comentario sobre el tiempo.

—Que tengas un buen día, pequeña Jules —le dijo, levantando su taza en un gesto de saludo, antes de girarse y marcharse.

***

Sin necesidad de hablarlo mucho, Jules se hizo cargo de toda la parte administrativa del negocio, dejando que Flo se quedara al frente.

Atender la caja y charlar con los clientes era lo que más le gustaba, aunque la tienda rara vez estaba concurrida; de hecho, preocupantemente vacía la mayoría del tiempo.

Flo quitaba importancia al escaso movimiento:

—Cuidado con lo que deseas —le advirtió—. Ni siquiera es Semana Santa. Ya verás cuando llegue el aluvión de verano, antes de darnos por vencidas.

Jules deseaba con todas sus fuerzas que tuviera razón, pero las cuentas decían otra cosa, y el panorama no podía parecer más desalentador. Por eso, se sintió aliviada cuando, una tarde tranquila y lluviosa, apareció Freya en la tienda, con una caja blanca de cartón entre las manos.

—Tengo tarta de chocolate, por si te interesa —dijo Freya, con timidez—. Aunque también venía a pedirte un favor enorme.

—Soy capaz de hacer cosas indecentes a cambio de chocolate —confesó Jules—. Y ni te cuento lo que estaría dispuesta a hacer por caramelo salado.

—Eso lo traigo la próxima vez. Sin condiciones —prometió su amiga.

—Venga, dispara, ¿qué necesitas? —dijo minutos después, con la boca llena de una porción celestial de tarta de chocolate con *crème fraîche*.

—Bueno, pues… Finn y yo… —empezó Freya, bajando la mirada a sus manos, mientras una sonrisa se extendía por su rostro.

Jules tragó en seco.

—No me dejes con la intriga —imploró—. O estás embarazada o comprometida. ¿Cuál es?

—Primero lo primero —dijo Freya, riendo, y le extendió la mano izquierda para que Jules admirara el precioso anillo de diamantes y zafiros que adornaba su dedo anular.

—¡Hombre, claro! —exclamó Jules, dando pequeños saltitos en su asiento—. Boda primero, hijos después. Qué elegante todo, ¡qué clase tienes! —bromeó.

Al parecer, todo había ido muy rápido —y tal vez así era—. Jules sabía que Freya y Finn se habían reencontrado de nuevo en Navidad. Tres meses. Casi cuatro. Pero bueno, cuando lo sabes, lo sabes. Qué

maravilla debía ser, tener esa certeza sobre otra persona. No podía ni imaginárselo.

—¡De verdad, qué maravilla! —exclamó, volviendo en sí, y levantándose para darle a Freya un abrazo y un beso—. ¡Qué notición! Quiero saberlo todo. Cuenta, cuenta.

Freya bajó la cabeza.

—No vamos a hacer una boda grande ni lujosa —dijo, atropelladamente—. Solo en el ayuntamiento, y quizás una fiestecilla después. Escucha, sé que suena loco, porque no es ningún bodorrio de película, pero… —respiró hondo y soltó— me encantaría que fueras mi dama de honor. —Puso una carita esperanzada y a la vez un poco avergonzada, esperando el rechazo.

Por un momento, Jules la miró con la boca abierta, pero luego se recompuso.

—Por supuesto que sí —aceptó, poniendo la mano sobre la de ella, y apretándola con cariño—. Será un placer. Aunque tendré que buscar en Google qué se supone que tengo que hacer.

—Ni yo lo sé —admitió Freya—. Es como el padrino, pero en versión novia. No sé… Ayudarme a elegir vestido, asegurarte de que llegue a tiempo, ese tipo de cosas.

Los ojos de Freya se llenaron de lágrimas, y puso cara de disculpa, mientras se secaba con los dedos.

—Ay, tu madre —dijo Jules, comprendiendo al instante, y apretando el brazo de su amiga con ternura.

Freya asintió, sorbiendo por la nariz y echando la cabeza hacia atrás, como si eso ayudara a contener las lágrimas.

—Lo siento. Es que… se pasó la vida esperando este momento —dijo—. Llevar a su hija al altar… Y se lo perdió. Ni siquiera llegó a saber que Finn y yo… Le habría encantado.

—Me siento fatal por no haber venido al funeral —confesó Jules, con culpa.

Recordaba la mirada furiosa de su jefa cuando insinuó la posibilidad de tomarse un fin de semana largo para asistir, y cómo cedió al instante. Ahora se sentía como la peor amiga del mundo.

—No pasa nada, de verdad —respondió Freya con dulzura—. No lo esperaba. Desde Londres, con tu trabajo y todo…

—Sí, pero, aun así… —dijo Jules. En ese momento le golpeó con fuerza: ningún trabajo era más importante que las personas que amabas. Ninguno—. Quería mucho a tu madre. Todos la queríamos.

Y era cierto.

Fue al comparar y contrastar a la madre de Freya con la suya propia, cuando Jules comprendió, ya de adulta, lo mucho que Maggie había fallado como madre: su incapacidad para criar, para cuidar. Era una revelación importante. Ella y su madre se sacaban de quicio mutuamente, pero supuso que debía estar agradecida de que Maggie todavía siguiera en su vida. Aunque a menudo no lo sintiera como una ventaja.

—Tengo tanta suerte de tener a Finn —indicó Freya, secándose las lágrimas con la palma de la mano—. Él y su familia han sido increíbles conmigo. No podría haber superado todo sola.

Jules apenas conservaba recuerdos vagos de Finn.

Solo sabía que ambas habían estado locamente coladas por él. Era uno de los chicos populares, que se quedaban en la esquina con sus amigos, en ese tugurio de discoteca donde todos solían reunirse. Rumours, en el muelle. Según recordaba, era un poco arrogante y creído… Pensándolo bien, él y Roman habían sido amigos, así que… Lo mismo. Pero claro, era de esperarse que pensara eso, considerando que ella no tenía ni un ápice de *cool* en aquella época. Ni ahora.

—¿Sigues yendo a Rumours? —preguntó Jules.

—¡Qué antro! —recordó Freya—. Hace tiempo que no. Aunque sigue ahí

—Definitivamente, deberías hacer tu despedida de soltera en ese lugar.

—Umm…, puede ser —dijo Freya—. O en Sails. Es un poco más fino.

—¿Sí?

—Bueno, el listón está bajo… —admitió Freya.

—Un momento —dijo Jules—, ¿por qué no se lo has pedido a Hattie? Quiero decir, te adoro y me siento superhonrada, pero tú y Hattie siempre habéis sido inseparables.

Estaba siendo generosa. Había momentos en los que Jules se

sentía como la tercera rueda entre Hattie y Freya.

«Y Hattie nunca había hecho mucho por cambiar eso», recordó Jules, aunque Freya nunca sería cruel, adrede. No estaba en su naturaleza.

Freya se sonrojó.

—Probablemente, os lo habría pedido a las dos —dijo con diplomacia—, pero Hattie ya se ha comprado un billete para dar la vuelta al mundo. Se va a finales de mes. ¡Qué emocionante para ella!, pero no volverá antes de fin de año… Quizás ni entonces, si todo le va bien, así que…

—Bueno, al menos me tienes a mí —señaló Jules con decisión —. Y lo primero que voy a hacer es programar una reunión de planificación para tu próxima noche libre. Puede que hasta te cocine algo, si tienes mucha suerte —añadió, haciendo una mueca de falsa valentía.

«Qué clase de amiga cocina para una chef profesional…».

***

Al volver a la librería, encontró a la tía Flo enfrascada en una conversación con una mujer alta, elegante… ¡Diana! Una de las amigas más fieles de su tía —leal, perspicaz y siempre divertida—.

—¡Ajá! —dijo Diana, girándose para saludarla—. Otra de mis Capuleto favoritas. Me han dicho que les estás dando guerra a esos Montesco.

—Mientras no se te ocurra comparar a Roman y a mí con Romeo y Julieta —advirtió Jules—. Porque es más probable que lo mate a él, que matarme yo. Y de todas formas, no nos pongas como las causantes del problema —añadió—. Fueron ellos los que abrieron una librería de pacotilla.

—No estoy segura de que sea tan de pacotilla —indicó Diana, ladeando la cabeza.

—¿Y tú cómo sabes eso? —replicó Jules, borde—. No me digas que te has ido a confraternizar con el enemigo.

—Estuve en la inauguración.

—¡Traidora! —gruñó Jules.

—Ah, pero ahora soy portadora de información confidencial, potencialmente útil —subrayó con una sonrisa traviesa.

—Vamos, suéltala —dijo Jules, algo más animada.

—Bueno —empezó Diana, acomodándose en el mostrador—, se han gastado una buena pasta, eso puedo decirlo.

—Algunos tienen más dinero que sentido común —murmuró Jules, y al ver la mirada de reproche de Diana, hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera, para asentir con la cabeza, animándola a que continuara.

—Gracias —dijo Diana, con solemnidad—. Así que…, una reforma de lujo, mucha madera, un café fabuloso en el entresuelo, ¿sabes? Donde antes tenían la lencería picante. Todo muy elegante. Mesas y sillas delicadas, servilletas de lino, pastelería que diría yo que es de Freya…

—¡¿Freya?! —saltó Jules, sin poder evitarlo—. ¡Así que ella también es una traidora!

«Podría habérmelo dicho», pensó con amargura. «Tal vez temía que, si lo confesaba, no querría ser su dama de honor».

—¿Estoy contando yo esta historia o no? —preguntó Diana, arqueando una ceja impecable.

—Sí, sí… Tú, cuenta —dijo Jules.

—Pues eso, con seguridad, mucho dinero invertido. Sobre el personal, no te sabría decir, aunque hablé con una americana glamurosa. ¿Cally? ¿Kayley? ¿Carly? Era muy simpática, y lista, también. Me pregunto si los demás que ha contratado sabrán lo que hacen…

Esta vez fue la tía Flo quien intervino:

—No irá a ninguna parte sin el personal adecuado. Si no saben de libros, si no pueden hacer buenas recomendaciones a los lectores…

—Totalmente de acuerdo —asintió Diana—. Pero he de decir que todo tiene muy buena pinta. Además, ese Roman es de lo más atractivo, y ahora es el niño bonito de los Montbeau. Al parecer, conquistó Nueva York, y la familia espera grandes cosas de él. No le

envidio la presión, la verdad…

—No sientas pena por él —estalló Jules.

—Oh, no, para nada —dijo Diana con rapidez—. Lo admiro, eso sí, y a ti también. Sois listos, enérgicos, con la vida por delante… «Jóvenes promesas», eso es lo que sois. Seríais un auténtico equipo de ensueño —añadió con picardía, y luego se rio al ver la cara de Jules—. Solo bromeo, querida. Soy muy consciente de la enemistad, y mejor ni hablemos del trágico final de Romeo y Julieta —añadió, poniendo una mueca—. Pero, en lo que respecta a libros, da la sensación de que sabe lo que hace. Y tiene a esa glamourosa…, cómo se llame, con su carpeta en mano y cara de muy eficiente. Me pregunto si no habrá un pequeño *flechazo* entre ellos, por lo que quizás tú y él no estéis destinados a acabar juntos, después de todo.

—Como si esa fuera la razón —dijo Jules con una sonrisa, para demostrar que no le molestaba la broma, aunque por dentro sentía que se derretía un poco.

«¡Ridículo! Te invita a un café y ya estás perdida», se reprochó. «Era desesperante no poder quitarse de la cabeza la risa burlona de Roman de aquella noche, cuando llevaba su vestido verde de seda, a los dieciséis. ¡Por el amor de Dios, era historia antigua! Y con todo lo que tenía encima: salvar un negocio, vencer a un enemigo… Lo último que necesitaba era un drama adolescente».

—En fin —dijo Diana, soltando por fin a Jules y dirigiéndose a Flo—, vengo a encargar el libro para el club de lectura. Creo que será una buena elección… *Hijos de los hombres*, de P. D. James. ¿Lo conoces?

—Oh, ese es muy bueno —asintió la tía Flo con aprobación—. Nada que ver con el estilo habitual de P. D. James. Más bien recuerda a John Wyndham… Creo que os va a gustar mucho. ¿Quién lo ha elegido?

—Yo —respondió Diana con un toque de orgullo—. Llevo tiempo queriendo leerlo. Dicen que, si te va el rollo postapocalíptico, distópico, y a mí me encanta, es una joya.

—Por supuesto, tenéis el habitual diez por ciento de descuento para los miembros del club —recordó Flo, haciendo una nota en un papel junto a la caja—. Me temo que no lo tengo en *stock*, pero si

las demás vienen esta semana, puedo hacer el pedido el viernes. —Diana bajó la vista, de repente, incómoda—. O —continuó Flo, sin alarmarse—, para simplificar, puedo pedir una docena de ejemplares y que vengan a recogerlos cuando quieran, ¿te parece?

—Mejor no —admitió Diana—. Algunas quizás lo compren en otro sitio… —Evitó la mirada de Flo, mirando un punto sobre su cabeza.

—Espero que no te estés refiriendo al librero en línea que-no-debe-ser-nombrado, que también resulta ser el río más largo de Sudamérica —dijo Flo en tono fingidamente severo.

—¡Ay, Dios! —exclamó Diana—. Me lo has sacado a la fuerza. Ese Roman ha estado haciendo la pelota a las demás del grupo. La verdad, todas unas busconas para un hombre más joven. Unas auténticas pumas. Incluso Joan. Y nos ha ofrecido conseguirnos los libros del mes con un 25% de descuento. Ya está, lo he dicho.

Se veía abatida al mirar a Flo, que sostenía su mirada con desánimo, aunque enseguida se recuperó:

—Diana, querida, no te preocupes. No puedo ofrecer ese descuento, y tú lo sabes. Ya gano poquísimo con lo que me dejan los mayoristas. Si Roman puede hacerlo, por supuesto que deberíais aprovecharlo. Estaríais locas si no lo hicierais.

—Ni pensarlo —afirmó Diana con firmeza—. Yo siempre compraré mis libros en Capelthorne's, ya lo sabes. —Suspiró—. Pero no puedo hablar por las demás.

—Claro que no puedes —respondió Flo con serenidad—. No pasa nada, ¿verdad, Jules? Ya verá ese tal Roman que llevar una librería no es un *sprint*, sino un maratón, y se hundirá bastante rápido si va ofreciendo descuentos así cada dos por tres. Las demás acabarán viendo que Capelthorne's es la mejor opción a largo plazo.

A Flo se le encendió una bombilla:

—¿Vais a celebrar aquí la reunión del mes que viene otra vez? Puedo preparar un termo de té y unas galletas, como la última vez. —Diana volvió a poner cara de apuro—. No me lo digas. —Suspiró Flo—. Roman os va a poner champán y caviar si hacéis la reunión allí, ¿a que sí?

—¡Qué tontería! —protestó Diana. Hubo una breve pausa—.

Bueno… prosecco y sushi —admitió, sonrojándose. —Jules pensó que nunca había visto a Diana tan incómoda—. Pero no está decidido. Todavía no —añadió, como disculpándose con los ojos, suplicando comprensión a su amiga.

—Bueno, la oferta sigue en pie —dijo Flo, apretando los labios.

Jules no podía imaginar que muchas del club de lectura prefiriesen un té en termo y galletas de supermercado, antes que el embrujo de prosecco y comida japonesa. La competencia sana era una cosa, pero aquello ya rayaba el soborno. Ella y Flo tendrían que confiar en que las señoras del club pusieran la lealtad por encima del glamur barato.

Pronto lo sabrían.

Capítulo 7

¡Maldito sea!

Cuando Diana se marchó, no sin antes disculparse, Jules intentó con todas sus fuerzas sacar de su cabeza el último truco sucio de Roman, para poder concentrarse en redactar su plan de negocio.

Por mucho que se obligara a trabajar en estrategias de marketing, los adjetivos para describirlo seguían apareciendo en su mente: arrogante, creído, privilegiado, rastrero… ¿Y qué decir de esa mujer glamurosa, Cally, que había importado de Nueva York? Estaba claro que se creía por encima de las mujeres del lugar, que seguro aún estarían encantadas de liarse con él, aunque fuera así de insoportable…

Por alguna razón, esa última idea era la que más le molestaba.

—Cerdo —murmuró entre dientes—. Cerdo Montbeau.

Jules seguía gruñendo para sí misma, mientras intentaba escribir algo ingenioso para publicar, en la poco usada cuenta de Instagram de la librería —su nuevo hábito diario—, cuando sonó la campanita de la puerta y entró una figura alta, delgada, andrógina, con un llamativo corte de pelo blanco platino, múltiples *piercings* faciales y pantalones negros anchos, sujetos por unos tirantes arcoíris. Se movía con una gracia natural, elegante, como si flotara hasta el mostrador, donde Flo estaba sentada.

—Hola, otra vez —dijo esta con calidez, antes de que Jules pudiera saludar—. Te recuerdo.

—Ey —respondió con una gran sonrisa, extendiendo una mano morena, impecablemente cuidada—. Vine la semana pasada, pero no me presenté. Charlie. Él, él. —Su voz era ligera y musical, con un tono burlón, casi risueño.

—Flo. Ella, ella —respondió su tía con rapidez, dándole un buen apretón de manos—. Un placer, Charlie. ¿En qué puedo ayudarte hoy?

—Vengo a preguntarte algo —dijo, alzando las cejas decoloradas, pidiendo permiso para continuar.

—¿Qué clase de «algo»? —preguntó con una sonrisa alentadora.

—¿Una especie de favor? —Charlie hizo una mueca, como disculpándose, pero la expresión acogedora de Flo le infundió valor —. Bueno, básicamente…, librería superguay. Me encantaría trabajar aquí —soltó de golpe y suspiró aliviado, encogiéndose un poco.

—Ah… —dijo Flo con tristeza, lanzándole una mirada a Jules—. Me temo que eso no va a poder ser. No podemos permitirnos contratar a nadie en este momento. ¿Por qué no pruebas en Portneath Books, al otro lado de la calle?

Jules le lanzó a su tía una mirada fulminante. «¿En serio?», le dijo con las cejas. «¿Ahora íbamos a ayudar *al enemigo*?».

—¿Y si quiero trabajar gratis? —insistió Charlie.

Esta vez las cejas de Flo salieron disparadas hacia arriba.

—No le digas eso a Portneath Books —aconsejó—. Te estarías vendiendo muy barato.

—Tienes razón. Pero, de todos modos, no quiero trabajar allí —continuó el joven—. Demasiado brillante, demasiado reluciente. No es lo mío.

—Lo sé, ¿verdad? —intervino Jules, ya mucho más interesada en la conversación—. Es tan ostentoso y sin gusto, ¿no crees?

—S-sí… —respondió Charlie, algo inseguro—. ¿Y sabes qué? Son demasiado nuevos. Solo tienen libros nuevos, y a mí me van más los antiguos. En realidad, soy experto en libros antiguos. —Pasó los pulgares por sus tirantes, con un toque de orgullo—. Bueno, aún no, pero casi —añadió, encogiéndose de nuevo.

Jules estaba intrigada. No sabía exactamente cómo se suponía que lucía un experto en libros antiguos, pero estaba segura de que no solía parecerse a Charlie, quien además le caía mejor a cada segundo que pasaba. Sobre todo, por no soportar Portneath Books.

Animado por el evidente interés de Flo y Jules, Charlie continuó:

—Sí, bueno, resulta que estoy haciendo un doctorado —explicó —. Primero estudié Literatura Inglesa y ahora estoy metidísimo en los libros antiguos. Hice un máster, y estoy en mitad del doctorado. Y, bueno, quiero ser subastador o quizás bibliotecario especializado… —Su rostro se iluminó, lleno de entusiasmo.

—Todo eso suena encantador, Charlie, y nos encantaría ayudarte, pero… ¿Qué tenías en mente exactamente? —preguntó Flo.

—Vale, pues… —dijo Charlie, dejándose caer en uno de los taburetes con forma de seta de la sección infantil, piernas abiertas y codos apoyados en las rodillas—. El otro día estuve husmeando un poco en vuestra sección de libros de segunda mano.

—¡Ah, con que eso estabas haciendo! —exclamó Flo—. Te quedaste tanto rato ahí que pensé que te habías echado una siesta.

—¡Ja, ja! ¡Noo! —siguió Charlie, riendo—. Imagino que no tenéis muy claro lo que hay ahí arriba, ¿verdad? —Se detuvo a mirar a Flo y Jules, procurando no ofender—. ¿Tal vez… no tenéis un inventario?

Sacudieron la cabeza al unísono.

«¿Un inventario?», pensó Jules. «Ni por asomo».

—Pues me gustaría evaluar y catalogar lo que tenéis.

—Eso sería genial —admitió Jules—. Un buen comienzo, pero en realidad pensaba más en liquidar el *stock* para liberar espacio. —Le lanzó una mirada de disculpa a Flo, ya que aún no habían hablado del tema—. Casi no vendemos libros usados. Podríamos aprovechar mejor ese espacio.

—¿Cómo por ejemplo? —preguntó Flo.

—No sé… —admitió Jules—, pero digamos que Roman no tiene el monopolio de meter una cafetería en una librería. No es física cuántica, y tal vez atraeríamos a más clientes, ¿no?

—Umm… ¿Derrames? ¿Manos pegajosas y llenas de migas sobre nuestros libros impolutos? —meditó Flo—. No lo sé. Pero tampoco lo descarto del todo.

—Venderlos me parece bien —indicó Charlie—. De hecho, iba a decir que he estado investigando un poco, no en plan raro, y me he fijado en que no tenéis presencia *online*. Ningún coleccionista serio de libros antiguos se pasea por las librerías hoy en día. Al menos, no la mayoría. Para libros importantes están las subastas, pero también todas las librerías especializadas tienen su *stock* en línea. ¿Conocéis bookfinder.com? —Jules y Flo negaron—. Básicamente, es como eBay, pero para libros antiguos —explicó Charlie—. Hoy en día, los

compradores buscan ahí, y puedes ser superespecífico con lo que quieres.

—Pero no pagarte, no nos parece justo —insistió Flo.

—¿Y si hacemos esto? —intervino Jules, ya emocionada—. Tú evalúas y catalogas esos libros. —Hizo un gesto hacia el techo—. Y una vez que Flo o yo lo aprobemos, puedes subirlos a esa web y te quedas con el diez por ciento de lo que vendas. ¿Qué te parece?

—Hecho —dijo Charlie de inmediato, poniéndose de pie con agilidad y extendiendo la mano para que Jules la estrechara.

***

Más tarde, mientras Jules seguía metida hasta el cuello en las cuentas, su mente volvió una y otra vez a la conversación con Charlie. Se moría de ganas de hacer algo más emocionante, y las sugerencias del joven le habían despertado una curiosidad enorme.

Cuando era niña, el segundo piso siempre había sido su parte favorita de la librería. Podía esconderse ahí durante horas, sin que nadie la molestara, perdida en su propio mundo. Y, sin duda, salvo que contrataran una cuba para vaciarlo todo de golpe, necesitaban el tiempo y la experiencia de Charlie.

Era un golpe de suerte en un momento en que la suerte escaseaba.

Y, con suerte, Charlie sabría lo suficiente como para evitar que vendieran sin querer un *First Folio* de Shakespeare por cinco libras.

«No es que hubiera algo tan emocionante allá arriba», se dijo Jules.

No era muy creyente del karma. Si lo fuera, se pasaría aún más tiempo del día imaginando las elaboradas formas en que el destino podría vengarse de ella, por la presencia indeseada de Roman Montbeau en su vida.

Jules estaba decidida a rechazar cualquier gesto de acercamiento. Se compraría su propio café a partir de ahora. Muchas gracias.

***

Para la cena, le preparó a Flo huevos revueltos con tostadas, mientras se arrepentía constantemente de su promesa de salir esa noche con Freya.

Se puso el vestido negro sin forma, que había recuperado el día anterior del armario de su infancia en Middlemass.

Había decidido pasar por la casa al mediodía, sabiendo que su madre estaría fuera, y aprovechando que Diana se había ofrecido amablemente a llevarla. No es que odiara del todo pasar tiempo con su madre, pero se sentía un poco baja de ánimo y —en ese estado —, le costaba mucho soportar la negatividad de Maggie.

El contenido polvoriento de su viejo armario no ofreció muchas opciones: o el vestido soso o un par de petos morados que, inexplicablemente, le habían encantado quince años atrás. El pintalabios rojo que rescató del fondo del bolso, junto con un poco de rímel negro, fueron su único maquillaje. Con su piel pálida y sin color —estaba demasiado ocupada en la tienda para tomar el sol—, el resultado era más de gótica malhumorada que de sofisticada editora londinense.

—Te va a venir bien —insistió la tía Flo mientras Jules buscaba otra excusa para echarse atrás—. Eres su dama de honor, y no puedes negarte a salir con ella esta noche —argumentó.

—No es una despedida de soltera. Aún quedan semanas para la boda —refunfuñó Jules.

De todos modos, Freya, adicta al trabajo, se había negado a hacer una despedida tradicional, alegando cansancio y dificultad para conseguir una noche libre en el restaurante. Le había hecho prometer, solemnemente, a Jules, que no organizaría una sorpresa, y mostró un terror genuino ante la posibilidad de que esta apareciera con camisetas a juego con frases cursis, diademas rosas con antenitas o —Dios no lo quiera —, un *stripper*. En su lugar, y por los viejos tiempos, habían acordado salir por la ciudad como en su juventud, aunque era probable que no fuera la mejor idea. Revivir las noches adolescentes en el antro mal ventilado y de suelos

pegajosos llamado Sails en el muelle. Ahí, en manada, bebían soda con lima y vodka de una petaca escondida, y bailaban sudorosas al ritmo de *Teenage Dirtbag* o *Dancing in the Moonlight* hasta que las echaban a las tantas.

Buenos tiempos.

Flo ya estaba acostada, con una taza de té al alcance y Merlin ronroneando feliz sobre sus rodillas. Jules deseaba más que nada acurrucarse al pie de su cama, charlar y dejar pasar la noche con tranquilidad.

Se quedó un momento en el umbral, dudando.

—Anda, vete —insistió Flo, señalando la puerta—. Y pásatelo bien, o tendrás que rendirme cuentas.

Capítulo 8

Freya estaba eufórica, dando saltitos de emoción, mientras el pequeño grupo se reunía junto a las cuerdas rojas de terciopelo de fuera de Sails. Las observaba con desdén un portero corpulento, con camiseta negra y un auricular de cable enrollado. Soplaba un viento frío a lo largo del paseo marítimo y todas tiritaban vestidas solo con su ropa de salir.

Todas iban más glamurosas que Jules.

Junto a Freya estaban dos chicas de su antigua clase del colegio, que Jules no odiaba, pero con las que tampoco habría hecho un esfuerzo por reencontrarse. Ambas eran perfectamente amables, expresando asombro por la carrera profesional de alto vuelo que Jules ya no tenía, y poniéndola al día con los años intermedios: trabajos, novios y —en el caso de una—, la adquisición de un marido y un hijo pequeño. Si acaso, ella estaba incluso más emocionada que Freya por la rara oportunidad de salir.

La última en llegar fue la vieja enemiga de Jules, Hattie, diez minutos tarde, con los tacones más altos que esta había visto jamás, avanzando con peligro mortal por los adoquines.

Por supuesto que Hattie estaría allí.

Siempre había sido la mejor amiga de Freya; la misma que se iba a perder su boda por irse de viaje. En lugar de alegrarse de que Jules asumiera el papel de dama de honor, esta le lanzaba miradas asesinas, lo cual ya era demasiado.

Jules habría estado feliz de cederle el puesto, si Hattie hubiera considerado la boda lo bastante importante como para estar presente.

Iba a ser una noche divertidísima, decidió Jules, sintiéndose agotada desde ya.

Para colmo, las viejas dinámicas se restablecieron con rapidez: ella siempre había sido la «Capitana Sensatez» del grupo; la que se aseguraba de que todas volvieran sanas y salvas a casa, y no parecía que eso hubiera cambiado.

Por consenso, las demás la arrastraron directamente al sótano, pasando de largo el bar de cócteles en la planta baja, donde sonaba la música. Era Noche de los 2000 y Jules, con resignación, se encontró guardando una mesa y pidiendo las bebidas, mientras las demás bailaban como si fuera la última noche de sus vidas.

Las luces de la discoteca cegaban, y la música era tan fuerte que Jules la sentía en el suelo. Su frente empezaba a tensarse de forma ominosa, y pronto su cabeza palpitaba fuera de ritmo con la música. Se quedó sentada en la mesa, con una sonrisa fija y sorbiendo un gin-tonic. El alcohol era lo último que quería, pero si no se emborrachaba un poco, no creía que pudiera aguantar.

Freya y su séquito iban ya por su tercer Pornstar Martini, cuando Jules se rindió ante la discoteca.

No quería molestar a Freya yéndose por completo, así que le gritó su intención al oído y luego se escabulló escaleras arriba.

La puerta insonorizada se cerró tras ella y la música se convirtió en un zumbido sordo.

Suspiró aliviada.

Arriba, el bar de cócteles —varios grados más fresco—, se estaba llenando a gran velocidad, pero, por una rara casualidad, un taburete se liberó justo cuando Jules llegaba, y se dejó caer en él con gratitud.

Esperando que el camarero la notara, se frotó las sienes con desaliento.

Se había hablado de pedir *pizza* al final de la noche, pero no había forma de que pudiera apartar a Freya y a sus amigas del *DJ* en las próximas dos horas.

Al verse reflejada en el espejo ahumado de la pared, desplomada sobre el taburete con su vestido poco favorecedor, se vio como un cuervo negro y malhumorado. Su dolor de cabeza se había consolidado en una banda apretada sobre la frente, y los destellos de luz al borde de su visión prometían algo peor.

—Un Espresso Martini, por favor —le dijo al camarero con acné, cuando por fin la atendió.

«A veces, el café evitaba que se desencadenara una migraña completa; y esa noche…», pensó, «la combinación de cafeína y

alcohol sería o cura o condena».

Libre de la obligación de hablar con nadie, pronto estaba acunando una copa de cóctel, contemplando fijamente el pequeño grano de café, que flotaba en su mar de espuma blanca.

Estaba inmersa en los problemas que giraban en su cabeza.

De alguna manera, en solo un par de meses, tenía que elevar Capelthorne's a un estado lo bastante saludable como para pagar sueldos en condiciones, permitirle volver a lo que quedara de su carrera y que la tía Flo pudiera empezar a tomarse las cosas con más calma —incluso jubilarse—, con la seguridad de que la tienda le proporcionaría un pequeño ingreso.

También tendría el piso de arriba, por supuesto.

Jules no podía imaginarla viviendo en otro sitio.

Las escaleras quizás serían un problema. En un edificio protegido —que lo era—, dudaba que les permitieran poner una silla salva-escaleras, por no hablar de si podrían hacerlo técnicamente.

Pero se estaba adelantando.

Si Flo se debilitaba lo suficiente como para necesitarla, probablemente la solución sería una residencia, lo cual odiaría.

Se le llenaron los ojos de lágrimas solo de pensarlo —sin contar la preocupación que sí tendría dinero para costearlo…—. Primero, lo primero: el verano que se avecinaba tenía que servir para estabilizar Capelthorne's, al menos hasta que los ingresos igualaran los gastos. Nada más.

Estaba absorta calculando cifras de ingresos y gastos —había pasado la tarde mirando una hoja de cálculo desmoralizante—, cuando apareció una mano grande y bronceada, deslizando una nueva copa de Espresso Martini sobre la barra, hasta su campo de visión.

El brazo iba vestido con una camisa de algodón a rayas azul cielo, con puños dobles y discretos gemelos de oro.

Al reconocer el elegante reloj, sus ojos subieron con rapidez hasta el rostro para confirmarlo…, y el corazón le dio un vuelco.

Roman sonrió.

Tenía —objetivamente, se descubrió pensando—, una sonrisa devastadoramente sexi, con un hoyuelo en un lado de la mandíbula

oscurecida por la barba.

—Es casi como si tuvieras un «no molestar» tatuado en la frente —observó.

—Y, aun así, aquí estás —respondió Jules, arrastrando las palabras, intentando parecer aburrida.

¿Cómo sería tener ese atractivo físico y ese encanto sin esfuerzo, que poseía Roman? Solo podía imaginar lo fácil que debía resultarle la vida, con gente adulándolo, ruborizándose, como ella misma, para su vergüenza, en cada interacción que tenía, desde una camarera hasta una duquesa. Y además era rico. Eso ayudaba.

«Sí, debía de estar bastante bien ser Roman», pensó Jules, con el labio torcido de desprecio.

—Vaya, esa ha sido una mirada demoledora —comentó él—. Me da pena quien haya provocado ese pensamiento.

—No lo hagas —replicó—. *Él* no necesita tu compasión.

Jules apuró su copa y miró con recelo la nueva. Le vendría bien, pero aceptar regalos del enemigo le causaba tal disonancia cognitiva que no estaba segura de que su dolor de cabeza pudiera soportarlo.

—Anda, sabes que lo quieres —insistió Roman con tono persuasivo—. Por cierto, ¿con quién estás? —preguntó, mirando a su alrededor—. No pareces del tipo que bebe sola.

—Con unas amigas —admitió a regañadientes—. ¿Y por qué no parezco alguien que bebe sola? Puedo hacerlo si quiero. Una mujer puede beber sola. Es el siglo veintiuno, por si no lo habías notado. Y tú, ¿con quién estás? Aunque francamente, sí pareces un triste bebedor solitario.

—Nah…, beber solo es el principio del fin. Siempre lo he pensado —dijo alegremente, levantando su pinta en señal de saludo —. Es algo casual. Estoy con algunos empleados a los que estoy invitando a unas copas. Celebrando una buena semana de ventas.

«¿Ah, sí?».

Jules siguió su mirada hasta un grupo animado en la esquina del bar, donde esa mujer rubia, fastidiosamente glamurosa, reinaba sin esfuerzo, contando una historia que provocaba carcajadas.

«Vaya, hermosa *y* graciosa. Qué maravilla», pensó Jules con amargura. «Dios, se estaba convirtiendo en una vieja celosa y

amargada».

—Y, hablando de trabajo —continuó Roman—, me alegra especialmente que nos hayamos encontrado, porque no dejo de pensar que empezamos con mal pie.

—No me digas —soltó Jules, llevándose automáticamente el segundo martini a los labios.

«Vale, sí, era confraternizar con el enemigo, pero dejando a un lado el orgullo, y la rabia, tenía más posibilidades de sacar algo útil hablando con él que rechazándolo».

—Así que, ¿cómo está tu…? ¿Qué es para ti? ¿Tía? ¿O es tía abuela? —preguntó, mirándola con una sonrisa cortés.

—Tía abuela. Es maravillosa, como habrás visto.

Roman ladeó la cabeza.

—Pobre señora. A su edad, lesiones así pueden tener consecuencias duraderas.

—Oh, estará perfectamente, no te preocupes —replicó Jules con firmeza.

—Con tu cuidado, no lo dudo.

Jules decidió que ya estaba bien de conversación educada.

—Entonces dime, ¿por qué ahora? ¿Y por qué una librería? —le soltó, echándose hacia atrás con su mejor mirada de acero.

Él alzó las manos en gesto de rendición.

—Quiero que entiendas que no es nada personal, ni hacia tu tía abuela, ni hacia ti. He tenido la suerte de trabajar en una gran editorial en Nueva York durante los últimos diez años. En Harper Collins, de hecho. —Jules asintió brevemente, con un respeto a regañadientes—. He trabajado duro en la empresa —prosiguió—. He aprendido mucho de la industria, cometido errores, hecho contactos… pero, en el fondo, quería volver a casa, ver a la familia, reconectar con viejos amigos. —Se encogió de hombros—. Además, siento que he adquirido buena experiencia allí. ¿Suficiente para que este nuevo proyecto tenga éxito? Eso espero. Supongo que el tiempo lo dirá.

Le sonrió con facilidad; su mirada recorriéndola, pasando por su vestido anticuado, y volviendo a su rostro.

«Tenía una voz grave, sumamente agradable al oído», admitió

Jules, mientras lo observaba hablar. Lo que podría haber sido un molesto acento elitista de escuela privada, estaba sutilmente matizado con un deje americano de la costa este, apenas perceptible, pero justo el toque necesario para hacerlo irresistible —como una pizca de pimienta negra sobre una carbonara o unas gotas de limón sobre una ostra—.

En lugar de analizar con ojo crítico lo que decía, en busca de ventajas competitivas, Jules se descubrió mirando su boca, observando su sonrisa fácil y sus dientes blancos y rectos. En un hombre mayor, esos dientes habrían parecido falsos; en él, simplemente hablaban de salud y odontología americana de primera.

—… así que supongo que ya sé que los libros son lo mío —concluyó, con una sonrisa absolutamente razonable—. Como dije, no es personal.

—Eso está bien, porque cuando Capelthorne's cierre después de cien años en funcionamiento, será fantástico saber que «no fue personal» —soltó Jules con sarcasmo.

Aunque una pequeña voz, en el fondo de su mente, le pinchaba la conciencia. A pesar del intenso rechazo, ¿por qué no iba a tener derecho el tipo a volver a casa? ¿Y por qué no dedicarse a lo que mejor sabía hacer?

Pero enseguida hizo callar a esa vocecilla racional.

—Tienes un espacio de venta enorme —dijo con tono cortante —. Esa remodelación elegante no debe haber sido barata. Claramente, tienes un gran presupuesto de marketing y un equipo de empleados a tu disposición, pero todo eso tiene un coste. No me digas que no planeas, necesitas y esperas acabar con Capelthorne's como parte clave de tu plan de negocio.

Se detuvo para esperar confirmación, pero él bajó la mirada, haciendo girar los hielos en su vaso, pensativamente. No respondió.

Eso era todo lo que necesitaba saber.

—Tú y yo sabemos que no puedes mantener ese nivel de gastos indefinidamente, sin asegurarte el monopolio del mercado local. No me digas que eso de hacerle la pelota a los clubes de lectura, las escuelas, y todo lo que tengas planeado, no es más que una serie de maniobras estratégicas para hundir Capelthorne's lo antes posible.

Entonces, él alzó la mirada y la clavó en los ojos de Jules, quedándose quieto, con una tensión peligrosa, mientras los segundos pasaban.

Finalmente, suspiró y extendió las manos en un gesto de «me has pillado».

—Es cierto —admitió—. Mi plan a medio plazo es que Portneath Books sea la única librería del pueblo, y calculo que lo lograremos para Navidad, si no antes. Tienes razón, no tiene sentido mantener el presupuesto para ganar cuota de mercado a cualquier precio, no indefinidamente, pero te aseguro que enterraremos a Capelthorne's de una forma u otra. Y pronto. Así que, ¿por qué no te lo pones fácil a ti y a tu tía y tiras la toalla? No quiero hacer que el rival gaste más dinero del que tiene, luchando por una causa perdida. Capelthorne's ya ha tenido su momento. Ríndete. No quiero hacerte más daño del necesario.

Todo su encanto se había esfumado. Dejó su vaso vacío y sostuvo la mirada furiosa de Jules sin un ápice de emoción. Su expresión era inescrutable.

—No —gruñó ella.

Roman esbozó una sonrisa ladeada, apartando la vista.

—Ya estás haciendo esto personal, otra vez. ¿Cuándo aprenderéis tú y tu familia?

Dicho eso, se dio la vuelta y se marchó, mientras Jules se quedaba mirando al frente, intentando no gritar de rabia y, un segundo después, intentando no llorar.

Se llevó la mano al pecho para calmar los latidos desbocados de su corazón.

Era exactamente como había sospechado. Acabar con Capelthorne's formaba parte estructural de su plan de negocio.

Tener la confirmación no la hacía sentir mejor.

Pasaron largos minutos hasta que su pulso volvió a la normalidad.

Se bebió lo que quedaba de su bebida y se levantó. La adrenalina y la desesperación la inquietaban, y ya había dejado a Freya y a las chicas solas bastante tiempo.

Al abrir la puerta que daba a la sala de la discoteca, el estallido

de sonido casi la hizo retroceder físicamente. El dolor de cabeza se intensificó al instante, y tuvo que avanzar entre la multitud, con las manos sobre las orejas, y el ceño fruncido de dolor.

Las otras tres chicas estaban en el centro del gentío sudoroso, bailando con un abandono que indicaba muchas copas de por medio.

No había rastro de Freya.

Jules gritó una pregunta al oído de Hattie.

—¡Baño! —le gritó ella, señalando, sin dejar de moverse, antes de volver a contonearse sugestivamente frente a un joven entusiasta que, por la forma en que le embestía la entrepierna, parecía *muy* interesado en llevar la relación más lejos.

Jules volvió a abrirse paso por la pista de baile hasta llegar a una fila de mujeres que desaparecía tras una puerta negra con el cartel «sirenas».

Se deslizó dentro, murmurando disculpas, mientras avanzaba de lado por la cola, que —como siempre— era seis veces más larga que la del baño de al lado, el de los «lobos marinos».

Freya no estaba por ninguna parte.

Mirándose en el espejo manchado sobre los lavabos, Jules hizo contacto visual con una mujer alta, con un mono verde de lentejuelas, que se aplicaba otra capa de rímel negro sobre sus pestañas ahumadas.

—¿Chica bajita, rubia? —preguntó la del mono verde, mientras rizaba sus pestañas con maestría.

Jules asintió.

—Entró al cubículo del fondo —dijo, señalando con su cepillo de rímel hacia la última puerta—. Lleva un buen rato allí.

Jules golpeó con firmeza la puerta y llamó.

No hubo respuesta.

Llamó de nuevo y —esta vez—, escuchó un quejido, seguido del inconfundible sonido de alguien vomitando. Vomitando *mucho*.

—Freya, déjame entrar —ordenó con firmeza, y, tras una larga espera, oyó cómo se descorría el pestillo.

—Ay, madre… —murmuró con simpatía al abrir la puerta del estrecho cubículo.

Freya estaba encorvada sobre el inodoro, gimiendo.

—He vomitado —informó solemnemente, incorporándose con cuidado y dejándose caer contra la pared, derrotada—. Creo que ha sido una gamba chunga —añadió, cerrando los ojos y dejando la boca entreabierta al deslizarse hacia un plácido sopor.

—Una gamba chunga disfrazada de media docena de Pornstar Martinis —sugirió Jules, pero Freya no escuchaba—. Ni hablar —dijo con urgencia, sacudiéndole el hombro—. No puedes dormirte aquí.

—Solo… una siestecita —balbuceó Freya, sin abrir los ojos.

Jules la miró desesperada.

No podía dejarla dormir allí en el suelo de un baño de discoteca cochambroso. Pero tampoco tenía la fuerza suficiente para cargarla sola fuera del local, y menos aún para llevarla hasta casa.

Con la idea medio formada de encontrar un taxi —aunque dudaba que alguno aceptara llevarlas en el estado de Freya—, se abrió paso fuera del baño, mordiéndose el labio con ansiedad, mientras escaneaba la pista abarrotada en busca de las otras tres chicas.

Justo cuando empezaba a pensar que quizás habían subido al piso de arriba o incluso se habían ido sin ella, Roman apareció, plantándose frente a ella y bloqueando su visión.

Trató de esquivarlo, pero él le sujetó los brazos y se inclinó hacia ella.

Por un instante delirante, pensó que iba a besarla. Sintió una ráfaga de su colonia —una mezcla embriagadora de cuero y lima—, y alzó la cabeza, cerrando los ojos en rendición.

—¿Qué pasa? —gritó él, con los labios casi rozando su oreja.

Despertando de su casi-desmayo, se debatió durante una fracción de segundo sobre si mandarlo a freír espárragos, pero no podía dejar sola a su amiga, solo para marcarse un punto contra su enemigo.

—Es Freya —vociferó.

Roman comprendió al instante.

Señaló con las cejas hacia el baño de mujeres y ella asintió.

Al segundo siguiente, él ya estaba dentro, apartando a mujeres desconcertadas, como un zorro en un gallinero.

Jules lo siguió de inmediato.

Durante un momento, Roman miró a Freya —desplomada contra la pared, plácidamente dormida—. Luego, se agachó y la levantó en brazos con aparente facilidad.

Lo siguiente que supo Jules, fue que iba detrás de él, con el bolso y el abrigo de Freya colgados del brazo, mientras Roman avanzaba —como si no notara el peso—, por las calles oscuras.

Un viento cortante proveniente del mar les azotaba, y Jules temblaba, deseando estar en su cama.

Agradeció que el piso de Freya y Finn sobre la tienda estuviera a solo unos metros de Capelthorne's y de su propio colchón.

Roman no dijo una palabra mientras caminaban.

Al llegar a la puerta del deli, se hizo a un lado para que Jules pudiera tocar el timbre del piso; cosa que hizo con sumo cuidado de no rozarle ni un centímetro. Su rostro era neutro e inexpresivo. Todo el encanto de antes había desaparecido, aunque su expresión se suavizó un poco al mirar a Freya, que seguía dormida tranquilamente en sus brazos.

—Perdona, tío —dijo, cuando Finn abrió la puerta en calzoncillos y nada más.

«El hombre parecía una escultura griega», pensó Jules, sorprendida por la perfección de sus abdominales. Luego, sin poder evitarlo, se preguntó en qué estado estarían los de Roman. Probablemente, bastante decentes, si el resto era indicio.

Roman, en cambio, no parecía distraerse del asunto.

—Lo ha vomitado todo, así que no tienes que preocuparte —le dijo a Finn—, pero mañana se va a sentir fatal, y bien merecido lo tiene.

Los dos hombres hicieron el traspaso de Freya de los brazos de uno a los del otro con delicadeza.

Entonces, ya cumplida su tarea, Roman se volvió hacia Jules, con expresión seria y aburrida.

—Supongo que puedes volver a casa sin ayuda, ¿no? —dijo, mirando hacia la puerta de Capelthorne's.

Jules se sintió herida por su tono condescendiente.

—Correcto —respondió con rigidez, tentada de añadir un «le

deseo buenas noches, señor», con saludo militar incluido, pero, vamos a admitirlo, él le había sacado de un buen lío, así que se conformó con decir:

—Gracias por ayudar con Freya. Debería haberla vigilado mejor.

—Deberías —coincidió—. De todas formas, lo he hecho por Finn.

«Claro que sí».

—He disfrutado de nuestra copa —se atrevió a decir Roman.

—Yo no —replicó Jules, dándose la vuelta y alejándose.

Capítulo 9

—Di lo que quieras de esos Montbeau —comentó Flo a la mañana siguiente, cuando Jules le contó lo sucedido—, pero al menos Roman hizo lo correcto.

Jules no pensaba angustiar a su tía contándole las demoledoras revelaciones de Roman sobre sus planes para Capelthorne's, así que solo gruñó, sorbiendo su café, aliviada de que la migraña finalmente la hubiera soltado.

Normalmente, le duraban días.

Hoy —se dijo con determinación—, terminaría los últimos detalles de sus planes de marketing para los próximos meses, incluido un verano de celebraciones por los cien años de Capelthorne's. Podía ser su último año de actividad, sí, pero Jules haría todo lo posible para que fuera inolvidable.

Por Flo.

«Y, quizás, un poco, para demostrarle algo a Roman», reconoció para sí, recordando lo que su tía le había dicho sobre la venganza.

Charlie esperaba fuera, paciente, cuando Jules fue a abrir.

Ese día, sus pantalones con tirantes arcoíris habían sido sustituidos por un amplio peto verde oscuro, una sudadera amarilla y calentita —perfecta para la mañana primaveral fresca y luminosa—, y un par de Dr. Martens bastos, con cordones de rayas amarillas y negras.

—¡Jules! —exclamó Charlie, saludándola con los brazos en alto como si la estuviera viendo desde kilómetros de distancia, aunque apenas los separaban dos metros.

La cara de Flo se iluminó.

—Llegó el entretenimiento —observó con sequedad desde su sitio tras la caja—. Jules, querida, será mejor que pongas la tetera.

Tras armar a Charlie con una buena taza de té —leche de avena, dos cucharaditas de azúcar—, Jules lo instaló arriba, entre los libros viejos, envidiando su tarea del día.

El plan era que el joven comenzara a catalogar los libros en una

hoja de Excel, evaluando cada uno, y preparando una lista para subir a Bookfinder, con precios mínimos, para asegurarse de que nada potencialmente valioso se escapara por unos pocos peniques.

Básicamente, Charlie estaba haciéndoles el favor de quitarse el trabajo de encima, despejando el piso entero, para dar paso a los planes de expansión de Jules.

A Jules le encantaba que Capelthorne's tuviera algo que Portneath Books no.

Ella tenía a Charlie, y quién sabía qué tesoros dormían en esas estanterías polvorientas.

***

Roman estaba inquieto. Su ceño fruncido no era solo por el esfuerzo físico mientras corría, obligándose a sí mismo, pisando con fuerza, en su ruta matutina habitual.

Al llegar a lo alto de la colina, desde donde podía admirar el pueblo de Middlemass, se detuvo a limpiarse el sudor de la frente. Desde ahí, podía ver el río serpenteando plateado a través del valle, pasando por la tienda, por la charca del pueblo junto al verde, hasta ensancharse camino a Portneath y desembocar en el mar.

Ese era su hogar.

Buena parte de las tierras por las que corría eran propiedad de los Montbeau desde hacía siglos. Ya no las trabajaban directamente. Las arrendaban. Pero la influencia y el control de la familia —su familia—, seguía siendo absoluta. Y eso importaba, ¿no? Mantener ese poder siempre había sido importante, o al menos eso creía su padre. Por eso se lo habían inculcado desde pequeño, ¿no? Pero, después de diez años fuera, las «verdades eternas» del hogar, ahora se sentían… algo más desdibujadas.

En realidad, para eso había vuelto.

Y lo cierto era que Roman solía lograr lo que se proponía.

Reanudó la carrera, el aliento nublándole el aire mientras la escarcha del césped crujía, respirando al ritmo de sus pisadas. Había

un pensamiento que no podía quitarse de la cabeza: se arrepentía de su conversación con Jules —de haber admitido que su plan era cerrar Capelthorne's—. ¿Qué demonios lo había poseído? ¿Estaba confesando? ¿Advirtiendo? ¿Provocando?

No lo sabía, pero había cedido la ventaja del factor sorpresa y, desde una perspectiva empresarial, había sido una estupidez.

No era propio de él, no saber guardar silencio.

Pero le había invadido una necesidad absurda de seguir hablando con ella a toda costa, de mantener su atención, de que esos grandes ojos verdes —tan rápidos para llenarse de lágrimas y chispear de rabia—, siguieran mirándolo.

«Su problema», se dijo, «era que llevaba demasiado tiempo sin una relación».

En Nueva York, no había querido complicarse la vida con mujeres —o al menos no en serio—. Lo último que necesitaba ahora era la distracción de una, y menos una que claramente lo odiaba con razón.

¿Qué esperaba de ella?

Tenía que centrarse. Consolidar el negocio, demostrarle a su familia —sobre todo a su padre—, que era digno de su confianza.

Ese debía ser su único enfoque.

Lo demás eran solo sueños y fantasías.

***

Unas horas más tarde, almorzando juntos —Jules y Flo con sándwiches de queso tostado y Charlie con una caja *bento* de ensalada de pasta, que había traído consigo—, el joven los puso al día:

—Bueno, pues, lo mejor de la mañana es este set antiguo de Dickens —dijo entusiasmado—. No son primeras ediciones, obviamente. Salieron primero por entregas en revistas, claro, pero es un conjunto precioso. Encuadernado en cuero. Elegante. Muy codiciado.

Jules se animó.

—¿Cientos?

—Fácil —dijo Charlie—. Tal vez más. Probablemente, lo comprará algún decorador de interiores, que trabaje para un cliente con la billetera bien gorda. Los libros bonitos y legibles siempre se venden.

—Sé que te pedimos que despejes el piso, si puedes —le explicó Jules—, pero eso no significa que vayamos a abandonar del todo la línea de libros antiguos. Es una de nuestras principales diferencias con Portneath Books, y me encantaría demostrar que podemos tener una fuente de ingresos que ellos no estén explotando.

—Y…, ¿qué tal si consigo generar ingresos suficientes para pagarme a mí, o a alguien más, un salario, aunque sea pequeño? —sugirió Charlie con timidez.

—Totalmente a considerar —indicó Jules—. Vamos a mover *stock*, ver en dónde estamos y luego decidir si tiene sentido que empieces a comprar, además de vender. Podríamos probar en Bookfinder para empezar, si encuentras algo del que podamos sacar un margen. O, más prometedor aún, podríamos contactar con empresas de vaciados de casas, para conseguir libros por esa vía. Pero no demasiado, claro. No tenemos espacio para almacenarlo, como ya sabes —añadió—. Ese piso tiene que generar ingresos. Pero, si es principalmente en línea, podríamos usar un almacén cercano para gestionar las ventas de segunda mano. Todo bien registrado y catalogado. Estás montando el sistema para eso de todos modos…

—*Coolamundo* —respondió Charlie, con la boca llena de pasta —. ¡Estad atentos!

En el fondo, Jules no creía que la venta de libros usados fuera a marcar la diferencia necesaria para evitar el cierre, pero tenía otras ideas bajo la manga, y no pensaba rendirse sin ofrecer pelea.

Seguía recordando, con un escalofrío, la expresión de Roman cuando confesó sus planes la noche anterior. Esa mirada dura en sus ojos azul intensísimo —normalmente encantadores y sonrientes—, se habían vuelto fríos y despiadados. Ojos de tiburón. Como él mismo había dicho, no era nada personal. No era —según afirmaba

—, ni siquiera por la enemistad entre las familias. Eran «solo negocios».

***

La primavera llegó arrastrando ráfagas de viento y chubascos intercalados con sol. Los gruesos y aterciopelados brotes del magnolio stellata en el patio de Flo estallaron, casi de la noche a la mañana, en una masa de flores blancas como la nieve, y la charcutería de Freya, al otro lado de la calle, empezó a sacar a la acera adoquinada cubos galvanizados llenos de narcisos de pétalos finos.

Los cansados y viejos huesos de Flo finalmente empezaron a soldar.

Primero le quitaron el yeso del tobillo y, finalmente, el del brazo, revelando extremidades dolorosamente rígidas y débiles.

Fue un apuesto y joven fisioterapeuta del hospital de Portneath quien logró, con un coqueteo amable, convencer a Flo de usar un bastón. Con él, Jules podía notar que su tía se sentía más segura al caminar, pero no podía evitar observarla con ansiedad, aterrada de que volviera a caerse, quizás cuando ella no estuviera cerca para ayudarla.

Flo, por su parte, estaba animada; ya podía —más o menos—, volver a subir las escaleras hasta su cama, y el negocio, a pesar de la competencia omnipresente, comenzaba a repuntar con el regreso de los turistas durante las vacaciones de Pascua.

—Tienes un aspecto pálido —le dijo Flo a Jules a media mañana, cuando esta salió de la oficina para poner la tetera—. Olvídate del té un momento. ¡Tómate un verdadero descanso! Sal a tomar el aire fresco, ¿te parece?

—Estoy demasiado cansada —protestó Jules, bostezando.

—Te vas a sentir mejor, te lo garantizo. Ve a caminar por la playa, que eso despejará las telarañas. Lleva mi impermeable, eso sí, que parece que va a llover.

—Estoy esperando la entrega de Gardner's esta mañana —respondió Jules—. Sabes que no puedes con esas cajas enormes y pesadas que mandan. Y también llega un palé de Hachette, lo del *stock* de saldos del que te hablé.

—Charlie está arriba —dijo Flo—. Es fuerte. Nos las arreglaremos perfectamente. Ahora ve. No quiero verte durante al menos una hora.

Jules lo consideró. No era la peor idea del mundo. Un poco de aire fresco tal vez le cortara de raíz el dolor de cabeza, y todavía no había logrado hacer su paseo favorito por la playa desde que había llegado.

***

Fue al llegar al puerto cuando el viento, soplando desde el mar, la golpeó de lleno, removiendo su cabello y azotándole la cara.

Empezó a lamentar no haber aceptado el abrigo, pero no valía la pena regresar y arriesgarse a que la atraparan con más trabajo.

Flo tenía razón: había pasado demasiado tiempo encerrada en la oscura oficina.

Las nubes cruzaban el cielo, veloces, tapando por momentos el sol amarillo limón, que apenas daba calor.

Bajó con cuidado por los escalones de piedra del muro del puerto y saltó los dos últimos hasta aterrizar en los guijarros de la playa. A esa hora del día, se podía caminar sobre ellos hasta los acantilados, al este del pueblo, y, sin darse cuenta, iba a paso ligero, disfrutando de estar un poco sin aliento, maravillada con las sombras cambiantes de las nubes reflejadas en la superficie del mar, que el viento transformaba en crestas espumosas.

El viento le empujaba la espalda, la arrastraba, y —en lo que pareció un instante—, ya había dejado atrás el pueblo. Sola. Excepto por las aves marinas que giraban sobre su cabeza o flotaban en el mar, y sus gritos solitarios eran el único sonido, además del hipnótico vaivén de las olas.

Jules miró su reloj y, con leve preocupación, vio que era más tarde de lo que pensaba.

Al girarse para regresar, se sorprendió al ver que las nubecillas blancas en el cielo azul pálido del oeste habían dado paso a densos nubarrones púrpura, que se cernían sobre la costa. El sol aún brillaba, lanzando una luz dorada y baja, que hacía que el mediodía pareciera el atardecer, pero Jules podía ver la cortina gris de la lluvia —como un enjambre lejano de abejas—, cayendo sobre el promontorio, a unos cuatrocientos metros delante de ella, y avanzando en su dirección.

Mientras caminaba, enfrentando el viento, un arcoíris vívido —y luego otro—, aparecieron en la bruma. Un arco doble, con un extremo en el promontorio y el otro saliendo del mar.

Era hipnótico.

Jules maldijo no haber llevado el móvil: podría haber subido algo a Instagram con un *hashtag* bendecida, que hubiera sido un buen punto a favor en su lista de tareas.

Pero luego se alegró de no tenerlo.

Ese espectáculo era solo para ella. Y, por eso, más valioso aún.

Lástima que no fuera cierto el viejo mito del tesoro al final del arcoíris.

Más rápido de lo que parecía posible, la lluvia la alcanzó.

Un momento estaba luchando solo contra el viento, y, al siguiente, sentía como si alguien le arrojara agua helada directamente al rostro. Las gotas eran enormes, gélidas, e inmediatamente la calaron hasta los huesos.

Estaba demasiado lejos de casa como para que valiera la pena correr, o incluso agachar la cabeza.

En vez de eso, se quedó quieta, alzando el rostro, con los ojos cerrados, los brazos abiertos, y abrazó los elementos. Si eso no era una lección de cómo enfrentar tus problemas de frente, no sabía qué lo sería.

La lluvia fue tan feroz y repentina que, cuando salió de la playa, corría agua por el centro de la calle, y la tormenta había vaciado de turistas las mismas.

Jules empujó la puerta, con la esperanza de que algunos

visitantes se hubieran refugiado en la tienda y se hubieran quedado a comprar algo. En cambio, encontró a Charlie y a Flo muertos de la risa.

Su tía estaba encorvada sobre su bastón, riendo, sin emitir sonido, con lágrimas de risa corriéndole por las mejillas. Charlie intentaba detenerse, pero rompía en nuevas carcajadas cada vez que cruzaban la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Jules, sonriendo al verlos, mientras se apartaba el cabello empapado de la cara.

Charlie agitó las manos, incapaz de hablar. Después de varios intentos, logró enderezarse para explicar, pero Flo lo interrumpió:

—Clientes haciendo el ridículo —dijo, restándole importancia con un gesto—. Nunca dejan de entretenerme. Estás completamente empapada, hija. Te vas a resfriar. ¿Por qué no subes y te das un baño caliente? Yo te llevo una taza de té.

—Estoy bien —respondió Jules, pasándose los dedos por el cabello mojado—. ¿Han llegado los pedidos?

—Sí —respondió Charlie—. Los he puesto en el almacén, ¿te parece?

—Perfecto —afirmó Jules, demasiado intrigada con el *stock* de saldo, como para obedecer la sugerencia del baño.

Veinte minutos después, estaba entusiasmada, llevando pilas de libros al frente de la tienda.

—Mira todo esto —le decía a Flo, encantada—. Memorias deportivas, en tapa dura, además… Y estos *thrillers* psicológicos en bolsillo, son de nombres importantes… —Jules iba apilando libros sobre el mostrador—. ¿Y este libro de cocina? Fue un bombazo hace un par de Navidades…

—¡Precioso! —dijo Flo, hojeándolo—. Qué fotos tan bonitas. Me encantan las buenas fotos de comida, ¿a ti no?

—Ya sé a quién le gustaría este —dijo Jules, astuta—. A tu amigo especial y aspirante a chef favorito. Ya sabes a quién me refiero.

—No sé si «amigo especial» sea la expresión adecuada —respondió Flo, pero Jules no pasó por alto la sonrisita cómplice que asomó en su rostro.

—Pero ¿cuánto pagamos por todo esto? —preguntó Flo, con inquietud.

—Te sorprendería lo poco que ha costado —la tranquilizó—. Podemos permitirnos venderlo con grandes descuentos y, aun así, obtener un margen muy decente. Si tan solo dejara de llover… Haré una pequeña exposición fuera de la tienda con los precios, en esas tarjetas fluorescentes con forma de estrella que tenemos en el cajón.

Capítulo 10

A pesar de haber vuelto a su acogedora y familiar habitación de la infancia, en el piso de arriba, tuvo un sueño agitado, con fiebre y pesadillas sobre un hombre extraño sin rostro, que le ofrecía su abrigo para cruzar un charco, intentaba atraerla a un coche misterioso y, al negarse, comenzaba a perseguirla por la playa, acercándose más y más, por mucho que corriera.

Se despertó jadeando, presa del pánico, con dolor de garganta y una tos seca y fuerte. La cabeza le palpitaba cada vez que tragaba, tenía la nariz totalmente congestionada, como si estuviera rellena de cemento, y la piel le escocía como si la hubieran lijado.

Se puso sus viejos pantalones de chándal, la camiseta con la que había dormido y un jersey marrón de cachemira, gastado, pero maravillosamente suave, que le había prestado la tía Flo, porque casi no tenía ropa.

«El color no le favorecía, pero, a decir verdad, nada combinaba con su cara pálida como la tiza, las ojeras azuladas y la nariz intensamente rosada», pensó al mirarse al espejo del baño.

—Te lo dije —le soltó Flo al verla.

—Sip…, la he cogido fuerte —admitió Jules—. Aunque es un hecho bien conocido que mojarse bajo la lluvia no da catarro. Solo los gérmenes lo hacen.

—Has estado trabajando demasiado, llevando la tienda, cuidándome a mí… —Se preocupó Flo—. No es de extrañar que estés enferma.

—Estoy bien —insistió Jules, aunque salió como «estoy mien»—. Es solo un resfriado. A lo mejor te acomodo en la tienda, saco esos libros de saldo y me quedo en la oficina después, para que así no contagie a los clientes.

—Creo que deberías irte a la cama —sugirió Flo, pero Jules le lanzó una mirada de esas suyas, arruinando el efecto al estornudar estrepitosamente.

***

Esa mañana se notaba un calorcito real en el aire, en contraste con las tormentas del día anterior, y, cuando Jules salió a montar su puesto de libros, las calles estaban repletas de turistas.

Lo hizo simple: dos mesas con libros apilados. Una para los libros de bolsillo, con un vistoso cartel en forma de estrella naranja que anunciaba: «3 por £10». La otra, para los de tapa dura, que incluía la autobiografía —escrita por un negro literario—, de un famoso jugador de críquet, y libros de cocina bellamente editados, con una oferta de «2 por £10».

Eran precios fantásticos —muy por debajo del precio recomendado—, y perfectos para los veraneantes. Todos leen más durante las vacaciones, ¿no? Y la tía Flo siempre decía que las novelas —no solo románticas, sino también de crímenes horripilantes —, las compraban las mujeres, mientras que los hombres se inclinaban más por libros de no ficción.

«Así que había algo para todos», pensó Jules con satisfacción, encantada de ver a la gente hojeando los libros, incluso antes de terminar de montar.

—Oooh…, qué refinado —dijo una voz grave y familiar justo detrás de ella.

Se giró de inmediato. Era Roman. Por supuesto.

—Imagino que estás siendo sarcástico —señaló ella, intentando sonar lo más fría posible.

—No, no… Me gusta vuestra sinceridad —respondió, haciendo una mueca teatral ante los carteles fluorescentes, que Jules había pegado con masilla azul—. Simple, pero eficaz. —Hizo una pausa—. Si es ese el mercado al que apuntas.

—Sí, en realidad, lo es —dijo Jules, molesta—. Ofrecemos un valor excelente, y no hay nada de malo en eso. No todos los clientes pueden permitirse tus ediciones especiales recién salidas, con tapa dura y nominadas al Booker. Aunque también tenemos de eso —añadió deprisa—. No hay absolutamente nada malo en querer una ganga —resopló—. Eres un esnobazo, si piensas lo contrario.

Pero Roman no la escuchaba.

—¿Estás bien? —preguntó, agachándose para buscarle la mirada, con su rostro apuesto teñido de preocupación.

«¿Iba en serio?».

—Claro que sí, estoy «mien» —dijo Jules, deseando poder pronunciar la «b», y mirando al suelo, al escaparate, a cualquier sitio menos a sus ojos.

—Pero parece que hayas estado llorando —insistió. No había burla ni confrontación en su tono. Era, en todo caso, como si realmente le importara—. ¿No será por la presión de la competencia?

«Ja. Ahí estaba». A Jules casi le alegró tener razón. «¿Roman? ¿Empático? No lo creía…».

—Tengo un resfriado —le espetó, fulminándolo con la mirada, muy consciente de su nariz roja y brillante, y sus ojos enrojecidos—. Aparte de eso, estoy perfectamente… bien.

—Eso lo decidiré yo. —Rio—. En serio, deberías entrar en calor, antes de que se convierta en neumonía.

***

De vuelta en la tienda, se llevó las manos a las mejillas ardientes. ¿Y si tenía fiebre? Pero no había tiempo para eso. Si los puestos de fuera iban a atraer a los turistas, más le valía que también encontraran algo llamativo dentro.

Había colocado un expositor justo en medio del paso hacia la caja, con mapas locales, guías turísticas y una pequeña colección de historias de fantasmas locales, que incluía un par de relatos espeluznantes sobre el castillo en ruinas de la colina.

Era una gran atracción turística, y la gente siempre venía a la tienda preguntando más.

Había también un módulo con folletos gratuitos de la Oficina de Turismo, y Jules se sintió satisfecha al ver que los transeúntes hojeaban los libros de fuera y entraban con sus elecciones.

Flo iba a todo ritmo en la caja, charlando animadamente, mientras registraba las compras.

Charlie se mantenía al margen, arriba, subiendo libros usados en Bookfinder.

Jules se sintió un poco de más, así que fue a la panadería a por bollos de azafrán y puso la tetera. Luego los llevó, a Charlie y a Flo, una taza de té y un bollo cortado y untado con mantequilla, para que aguantaran hasta el almuerzo.

—Te ves fatal, cariño —le dijo Flo cuando Jules le entregó su tentempié.

—Gracias —replicó esta con sarcasmo, pero la verdad es que se sentía fatal. Incluso el leve fresco que le dio al recoger los bollos, la había dejado dolorida de pies a cabeza.

Roman tenía razón. Maldito sea.

—Por el amor de Dios, vete a la cama un par de horas —le rogó Flo—. Usa la mía. Es más cómoda, y acabo de cambiar las sábanas.

Jules se dejó convencer.

No planeaba quedarse mucho tiempo, así que no se molestó en ponerse el pijama. Simplemente, se metió vestida en la cama de Flo, con una taza de té y su libro: una relectura reconfortante de *Los buscadores de conchas*, de Rosamunde Pilcher, que le encantaba, porque podía imaginar perfectamente que transcurría en Portneath.

***

Lo siguiente que supo fue que se despertó y vio que la luz comenzaba a desvanecerse.

Fuera, las estrellas empezaban a asomar, pequeños puntos de luz, en un cielo azul cobalto.

«¡Maldición! Debía de ser tarde».

Casi las cinco y media. Había estado inconsciente unas seis horas.

Mareada, se calzó, bajó pesadamente las escaleras hacia la tienda para ayudar a Flo con el cierre.

Al llegar, descubrió que Charlie ya se había ido y que Flo estaba cuadrando la caja.

—Eso sí que ha sido una buena siesta —dijo Flo—. Subí a ver si querías algo de almuerzo, pero estabas profundamente dormida. ¿Cómo te sientes?

—Algo mejor —mintió Jules—. ¿Cierro la puerta?

—Hazlo —le indicó.

Había una cesta de mimbre en el umbral.

«Qué raro», pensó Jules al abrir la puerta y meterla dentro.

—Alguien se ha dejado la compra —dijo, dejándola sobre la mesa.

Al rebuscar para ver si había algo que identificara al dueño, encontró un limón grande y brillante, un trozo de raíz de jengibre, un tarro de miel de Hollytree Farm y media botella de wiski escocés. No había cartera ni billetera, pero —al fondo—, había un sobre blanco con su nombre. Intrigante.

Dentro había una nota:

HOT TODDY
Mezcla miel, jengibre rallado y rodajas de limón con agua hirviendo.
Añade wiski y bebe.
Repite cuantas veces sea necesario hasta curarte.

—Ah… —dijo Jules, conmovida—. Qué detalle. Debe de ser de Freya. La miel seguro que es de ella.

—¡Ja! ¿O será de un admirador secreto? —sugirió Flo.

—Un admirador de narices mocosas y toses de perro —se burló Jules—. Sí, soy irresistible.

Estar de pie empezaba a marearla. Aunque había dormido demasiado como para volver a la cama de inmediato.

—Ve arriba y prepárate esa bebida —le dijo Flo—. Yo termino aquí. ¡Hemos tenido un día espectacular, por cierto! ¡El mejor desde Navidad! Bien hecho, con ese *stock* de saldos.

***

Arriba, en la pequeña cocina, siguió las instrucciones y luego llevó su vaso humeante al salón. Se envolvió en la manta escocesa peluda del sofá y se acurrucó en el banco, junto a la ventana, sorbiendo mientras miraba distraídamente hacia fuera.

La miel calmó su garganta irritada y el limón realmente pareció despejarle un poco la nariz. El alcohol caliente, con el estómago vacío, se le metió rápidamente en la sangre, relajándola y aliviando sus dolores.

Sí, el encuentro con Roman la había alterado y descolocado, pero habían tenido un buen día en la tienda.

«Quince a cero para Capelthorne's», pensó Jules mientras miraba hacia las líneas enemigas.

Qué raro que Portneath Books tuviera todas las luces interiores encendidas después del cierre. Normalmente, dejaban solo los focos halógenos ultrabrillantes iluminando los escaparates, lo cual —ya por sí solo—, hacía que Jules soltara un suspiro, apenada por el planeta. ¿No estarían abriendo por la noche, verdad?

Y entonces lo vio.

Un grupo de mujeres estaba sentado en la mesa más grande de la cafetería del primer piso, quizás ocho o diez, charlando animadamente.

¡El club de lectura!

Y ahí estaba Diana —nada menos—, sentada a la cabecera de la mesa, echando la cabeza hacia atrás, para apurar su copa de champán, y luego extendiéndola para que se la rellenaran.

«*Et tu*, Diana», pensó Jules, entrecerrando los ojos.

Si él quería jugar sucio, perfecto. Todo lo que él pudiera hacer, ella —Jules—, podía hacerlo mejor. Y lo haría.

Tan pronto como dejara de sentirse tan hecha polvo.

Capítulo 11

Al final de la semana, Jules por fin se sentía mucho mejor, con solo las piernas algo temblorosas y la cabeza un poco nublada, como recuerdo de lo mal que había estado.

—Gracias por lo del *hot toddy* —le dijo a Freya mientras recogía el pan.

Ella y Flo se daban el capricho de comprar un pequeño pan de masa madre, un par de veces por semana, y el de Finn en el deli era el mejor.

—¿Qué *hot toddy*? —preguntó su amiga, frunciendo el ceño con curiosidad.

Jules le explicó:

—Era miel de Hollytree Farm —añadió—. Así que supuse que…

—Tienes un admirador secreto —se burló Freya, mientras Jules se dirigía a la puerta.

—Sí, eso mismo dijo la tía Flo. Pero, tristemente, sois mis únicas dos *fans* en todo el mundo.

—¿Y quién dice que yo sea *fan* tuya? —bromeó Freya, al mismo tiempo que Jules cerraba la puerta con un gesto.

«Qué raro», pensó Jules mientras cruzaba la calle de vuelta a la librería.

***

Al entrar a la tienda, recogió el correo del felpudo.

Hojeaba los catálogos de distribuidores y escuchaba con una sonrisa, mientras la tía Flo jugaba a «veinte preguntas» con una señora de mediana edad, vestida de azul marino.

—La protagonista se llama «Ella» —decía la mujer—. O puede que «Emma». De todos modos, me recordaba a esa serie de la tele donde creemos que la narradora secreta es la anciana, pero en

realidad es la chica joven con rizos…

—¿Bridgerton? —sugirió Flo, lanzándole a Jules una mirada de reojo que amenazaba con hacerla reír.

Flo era excelente encontrando libros con las pistas más vagas.

—No, Bridgerton. La otra…

—¿Sanditon?

—¡Sí! Como esa, pero no esa… Y he visto el libro. Tiene una portada con una mujer en un vestido rosa…

Jules fingía estar completamente absorta en un catálogo de Gardners, el mayorista de libros, pero se mordía los labios para no reír, pensando que tal vez Flo por fin había encontrado un reto digno, cuando todos oyeron un grito de Charlie desde el piso de arriba.

—Voy yo —le dijo Jules a Flo, subiendo a toda prisa las escaleras, imaginando que Charlie se había caído de una de las escaleras de biblioteca, con huesos rotos o algo peor.

Pero en lugar de eso, lo encontró agachado, al pie de una de las estanterías más viejas y torcidas del local. Alguien, en tiempos remotos, las había hecho con tablas de roble sin tratar —probablemente antiguas tarimas—. Charlie miraba fijamente un hueco, entre la parte trasera del estante inferior y el suelo, apenas lo suficientemente ancho como para meter una mano.

—¿Es una araña gigante? —preguntó Jules, acercándose con cuidado—. Las odio. Quizás podamos convencer a Merlin de que la cace. Es lo que hago yo, cuando estoy desesperada.

—No es una araña —dijo Charlie—, aunque puedo sentir telarañas en la grieta… Qué asco. ¿No sabrás cuándo fue la última vez que estas estanterías estuvieron vacías?

—Probablemente hace un millón de años —admitió Jules—. Seguro que hay libros ahí que son de antes de que yo naciera… Y puede que incluso de antes que la tía Flo.

Charlie asintió con gravedad, ya casi tumbado en el suelo, con el brazo estirado, los dedos explorando el polvoriento espacio, entre el zócalo y el yeso ya sin encalar.

—Solo estoy… —jadeó—. ¡Ajá! —Y con eso, Charlie sacó con cuidado la mano, sujetando lo que a primera vista parecía un pliego

doblado de pergamino.

—¿Qué es? —preguntó Jules.

Ahora que Charlie lo acercaba a la luz, vio que sostenía un libro, de tamaño más o menos A5, con una cubierta oscura, posiblemente de cuero.

—Veamos —dijo Charlie, colocándolo con cuidado sobre la mesa, junto a la ventana. Metió la mano en el bolsillo y sacó un par de guantes blancos de algodón, sin apartar la vista de su curioso hallazgo.

—¿Guantes blancos? —Sonrió, Jules—. ¿Eras mago en tu otra vida?

—Mimo, en realidad. —Le devolvió la sonrisa el joven.

El libro tenía el grosor de un novelón de Jilly Cooper, pero con páginas gruesas y amarillentas, y lo que Jules ahora podía ver claramente era una cubierta de cuero oscuro, cuarteada por el paso del tiempo.

Charlie estaba fascinado.

Jules lo observaba mientras doblaba con sumo cuidado la cubierta y examinaba con atención la primera página. Estaba muy manchada y amarillenta. Sobre todo, en los márgenes, e inscrita con una elaborada caligrafía manuscrita. La tinta estaba tan desvaída que era de un marrón rojizo, apenas más oscuro que el borde del papel.

Jules se inclinó para intentar descifrarla.

—La primera es «A», creo —dijo—. Esa es fácil. Luego… B, O, O, K, E… Oh, eso es simplemente «Book», supongo.

—«Of» —aportó Charlie, entusiasmado.

Los dos se encorvaron, hombro con hombro, intentando descifrar la siguiente palabra.

—Parece una F, P, E, L, L, F —dijo Jules, confundida—. ¿«Fpellf»? ¿Qué significa eso, por favor? ¿Holandés?

—Holandés de chiste, —Rio Charlie—. No, recuerda que en los manuscritos antiguos escribían la ese como si fuera una efe.

—¡Claro! Entonces es «spells» —dedujo Jules con rapidez—. ¿Qué? No puede ser un libro de hechizos…, ¿o sí?

—Alucinante —dijo Charlie, con los ojos brillando de emoción.

—¿Vale algo? —preguntó, yendo directamente al grano. Incluso una pequeña entrada de dinero sería muy útil para el negocio.

Charlie negó con la cabeza.

—No te emociones demasiado. Aunque está claro que tiene su antigüedad…

—¡Pero es un libro de hechizos! Tiene que haber pertenecido a una bruja… ¿Tú qué crees? ¿«Ojo de tritón y dedo de rana»?

—Vamos a tomárnoslo con calma —indicó Charlie—. Necesito manipularlo lo menos posible, pero…

Lo examinaron a la luz, de la pequeña ventana con celosía, mientras Charlie pasaba las páginas con sumo cuidado, usando las yemas de los dedos, enfundadas en guantes blancos. Algunas páginas estaban más desvaídas que otras, pero todas eran difíciles de descifrar.

—¿Qué hacéis ahí arriba? —gritó Flo, mientras subía cojeando las escaleras, habiendo despachado al último cliente—. ¡Vaya! —exclamó, cuando Charlie le explicó—. Qué extraordinario…

—«Reumatismooos» —leyó Jules en voz alta, entornando los ojos para ver el texto desvaído en la página—. Algo sobre «mustz»… Ah…, «mostaza». Algún tipo de cataplasma de mostaza… Prefiero no probarlo. No muy brujeril —añadió, decepcionada—. Es más bien un recetario, que un libro de hechizos.

—O un manual de medicina —sugirió Flo—. Ya sabes, probablemente eso se consideraba magia hace unos siglos. ¿Y no eran las mujeres quienes solían proporcionar atención médica, dentro de lo que cabía? Remedios básicos, y seguramente también partería… La mayoría de la gente no se podía permitir un médico. ¿De qué época crees que será, oh, experto en libros antiguos? —le preguntó a Charlie, haciendo una exagerada reverencia.

—Aún no soy experto —sonrió Charlie—, pero… No sé, tal vez, del siglo XVI. O del XVII, viendo el papel. Estoy bastante seguro de que es vitela, piel de ternero machacada muy fina. Y habría sido un recurso valioso, bastante caro. ¿Qué antigüedad tiene este edificio?

—Uy, antiquísimo —dijo Flo—. Que no te engañen las fachadas victorianas. La mayoría de los edificios de este lado de la calle son del siglo XVII. Incluso XVI, algunos.

—Pues parece que lleva atascado en esa rendija muchísimo tiempo —comentó Charlie—. ¡Oh! Y acabo de acordarme, de que el nombre para un libro de hechizos es «grimorio». ¡Esto es un grimorio! —declaró.

—Qué maravilloso, «Harry Potter» —dijo Flo—. Me pregunto si la persona que lo escribió sería antepasada nuestra. Me gustaría pensarlo, viendo dónde lo encontramos.

—Desde luego que era alguien instruido —observó Jules—, aunque su ortografía dejaba bastante que desear.

—Shakespeare tenía una actitud muy relajada con la ortografía —le recordó Charlie—. Ni siquiera se ponía de acuerdo en cómo se escribía su propio nombre.

—Cierto. Y parece una libreta personal, así que supongo que puede escribir como le dé la gana.

—Exacto. Al fin y al cabo, ya era impresionante saber leer y escribir en aquella época. Quizás haya alguna pista aquí dentro: quién lo escribió y cuándo. Creo que voy a intentar transcribirlo por completo —declaró Charlie, cerrando con cuidado el libro y quitándose los guantes.

—¿Te vale la pena? —preguntó Jules, muy consciente de que Charlie solo estaba cobrando por comisión con los libros que vendía.

—Totalmente —afirmó el joven—. Además, me apetece muchísimo. Es fascinante.

—¿Y de valor? —preguntó Flo, astutamente.

—¡Sois igualitas! —exclamó Charlie, haciendo que Jules se sintiera vergonzosamente interesada en el dinero—. Umm, probablemente no mucho —continuó—. Pero es bastante guay, ¿no crees?

***

Jules dio un sorbo al *flat white* perfecto, que había recogido en la cafetería de Freya —una parte fija de su nueva y encantadora rutina matutina, especialmente cuando lograba evitar a Roman—, y se

permitió sentirse un poquito satisfecha.

Estaba sentada en la oficina, con el sol brillante de principios de verano colándose en ángulo por la ventana, mientras preparaba su publicación diaria para Instagram. Merlin ronroneaba en su regazo, la tía Flo atendía la tienda, y Charlie —casi seguro—, estaba arriba, supuestamente subiendo existencias a bookstore.org, aunque Jules sospechaba que probablemente estaba absorto con el grimorio, su nueva obsesión favorita.

La agenda de eventos y promociones que había estado preparando para celebrar el centenario de Capelthorne's se estaba llenando bastante bien, con actividades en su mayoría de bajo coste, que ayudarían a dar un empujón a la librería.

Ese era ahora su patrón de trabajo: Jules tras bastidores y Flo en el frente, donde estaba la acción.

Encajaba perfectamente con la personalidad de ambas.

Tener a Charlie allí también, era genial.

El joven encajaba perfectamente en el pequeño equipo, aunque Flo y Jules coincidían en que se sentían mal por no poder pagarle un salario por su trabajo. No era solo por el grimorio —del que no tenían muchas esperanzas económicas—, pero el goteo de ingresos de los libros usados, del piso superior, estaba creciendo de manera constante y muy satisfactoria.

En ese preciso momento, observó Jules que la tía Flo estaba teniendo una charla algo coqueta con el hombre de los libros de cocina.

No había nada escandaloso, tenía que admitir Jules; podía distinguir vagamente su suave voz, describiendo con timidez sus habilidades recién adquiridas para preparar salsa holandesa, y Flo elogiaba las virtudes de los primeros espárragos de la temporada, como acompañamiento.

Observó con interés su lenguaje corporal. Estaban parados, en ángulo de cuarenta y cinco grados, uno respecto al otro, cada uno con un pie apuntando directamente al objeto de su atención. Muy prometedor. Él era bastante más alto que la tía Flo, por lo que tenía que inclinarse ligeramente hacia ella, mostrándose atento.

De vez en cuando, Jules los oía reír al unísono, y, una vez, Flo

incluso le tocó ligeramente el antebrazo.

—Deberías invitarlo a una cita romántica —le dijo a su tía cuando él, por fin, se marchó.

—No será necesario —respondió Flo, con aire triunfal—. Graham ya ha tenido el detalle de invitarme a un almuerzo ligero el próximo martes…

—¡Vaya! Muy bien, tú —dijo Jules—. ¿«Graham», eh? Eso ya es confianza. ¿A dónde te va a llevar? Dónde Freya, espero.

—Mejor aún, va a cocinar para mí.

—¿Qué? ¿Vas a ir a su casa? —saltó Jules, preocupada—. ¿No es un poco arriesgado? Podría ser un asesino en serie. ¿Debería acompañarte como carabina?

—No, gracias —indicó Flo con firmeza—. No necesito una tercera rueda, y tú tienes suficiente trabajo aquí. Especialmente, si yo no estoy. Es perfectamente adecuado que almorcemos en su casa. Cenar ya habría sido otra cosa, por supuesto, pero jamás haría algo tan inapropiado. Graham es el alma de la corrección. Tiene una casita al norte de Middlemass, en lo alto de la colina. Creo que sé cuál es. Tendré que pedirle a tu madre que me lleve.

—Buena suerte con eso —murmuró Jules.

Flo sabía mejor que nadie, que Maggie no hacía favores si podía evitarlo, y llevaban semanas sin verla. Habiendo alcanzado finalmente la edad de jubilación, hace un mes, había dejado de trabajar a tiempo parcial en el *pub*.

«Por fin algo de tiempo para mí», había declarado, aparentemente sin considerar que Flo —o incluso Jules—, podrían necesitar ayuda.

Jules ya había decidido que reservaría y pagaría un taxi local con Terry, para llevar a su tía a la cita. Flo se merecía un premio, y ese tal Graham parecía encantador.

El móvil de Jules sonó: «¿Libre para quedar en Belinda's, después de cerrar?», preguntaba un mensaje de Freya. «Tengo algo que mostrarte…».

Jules respondió con un pulgar arriba.

¿Qué más tenía que hacer esa noche?

Para ella y Flo, una noche ideal era cenar en el sofá con Netflix,

y a Jules le gustaba así. Una pequeña aventura con Freya en Belinda's, la tienda de ropa de segunda mano del pueblo, sería el evento de la semana.

En ese momento, la campanilla de la puerta anunció la llegada de alguien, y Jules salió a tiempo de ver a Flo saludando a un joven elegante, con un traje brillante, que le quedaba grande, y un peinado que parecía haber sido aplastado por una niñera demasiado entusiasta.

—¡James! —lo saludó Flo—. ¡Cuánto tiempo sin verte! Esta es mi sobrina Jules, que se encarga de los pedidos. Jules, este es James, que solía ser nuestro agente de Gardners, pero que no nos honra con su presencia desde hace tiempo. Te echamos de menos —le dijo con severidad.

Él agachó la cabeza, con aire de disculpa, al tiempo que tendía la mano para saludar a Jules.

—¿A qué se debe este placer tan excepcional? —insistió Flo, claramente decidida a no dejarle una fácil escapatoria.

—Estaba por la zona —admitió él, encogiéndose un poco bajo la mirada censora de la mujer.

—Con seguridad, visitando al enemigo de enfrente —dijo Flo.

Las puntas de las orejas de James se pusieron rosas. Su silencio decía mucho, aunque su incomodidad era tal que Jules acabó sintiendo un poco de pena por él.

—Te preparo una taza de té —sugirió—. Así puedes contarme qué se está vendiendo y qué no. Flo me ha puesto a cargo de las compras últimamente.

Merlin le había hecho el honor a James de elegir su regazo para sentarse, y el pobre hombre ahora se mantenía completamente inmóvil, sosteniendo su taza incómodamente alta sobre la cabeza del gato, para no molestarlo de ningún modo.

Ser amable con el animal contaba mucho a ojos de Jules.

—Vamos a hacer una gran campaña con el último libro de Cressida Cornworthy a principios de mes —le dijo James a Jules, una vez intercambiaron los saludos de rigor.

—Aquí hay un excelente público para eso —indicó Jules. Esa misma mañana había estado revisando el aumento en las ventas del

catálogo anterior, cuando salió el último—. Además, la mayoría de los niños siguen de vacaciones de Pascua, así que tendremos muchos turistas. Si llueve, darles algo nuevo que leer a los niños va a ser muy popular entre los padres.

—Entonces, te apunto cincuenta ejemplares —dijo James, listo con su bolígrafo y libreta.

—Ve con cien —indicó Jules—. ¿Y supongo que habrá buen material de publicidad para los expositores?

—Por supuesto, y también una gran campaña nacional en medios —comentó James con entusiasmo—. Las cadenas de Londres esperan colas, acampando toda la noche. Quizás podrías coordinar algo con los medios locales y contar una historia parecida.

—No sé si tanto como acampar… —admitió Jules—, pero creo que podemos lograr una foto con una cola decente. Ya sabes, una imagen vale más que mil palabras. Además, tenemos un buen seguimiento en redes sociales por aquí.

Eso podía haber sido una pequeña exageración, pero los seguidores en Instagram estaban subiendo exponencialmente, y Jules incluso había estado considerando seriamente hacer algunos tiktoks. Sabía perfectamente que BookTok era enorme, aunque Flo —como era de esperar—, no podía ser persuadida para interesarse en ello.

—Y supongo que le están ofreciendo el mismo apoyo a Portneath Books, ¿no? —preguntó Jules implacable, sintiéndose solo un poquito cruel.

James volvió a enrojecer, con los ojos suplicándole que no insistiera.

—¿Cuántos ejemplares han pedido? —insistió.

Él suspiró.

—Cien.

—¡Ja! Bien —dijo Jules—. Apúntanos también cien. Le vamos a demostrar quién manda.

Capítulo 12

Quizás era inevitable que Jules pasara frente a Portneath Books de camino a Belinda's, para encontrarse con Freya, justo en el momento en que Roman y Cally salían, profundamente enfrascados en una conversación.

—Ajá —dijo él, al verla intentar pasar disimuladamente con la cabeza girada—. Incursión enemiga.

—Tengo entendido que la acera se considera territorio neutral —replicó ella, contemplando empujarlo para pasar, pero Roman estaba plantado firme en su camino.

—¿Qué opinas de nuestro nuevo escaparate? —preguntó él—. Deberías iluminar mejor los tuyos…

Jules echó un vistazo. Siempre sabía exactamente lo que tenía él en el escaparate. ¿Acaso no le lanzaba miradas furtivas durante todo el día?

—Una palabra —le dijo con desprecio, señalando los focos cegadores—: El planeta.

—En realidad, son dos…

—Lo sé —saltó ella.

—Y en nuestra defensa, son todos de bajo consumo —continuó Roman, en un tono exasperantemente razonable.

—No hay excusa —respondió—. La contaminación lumínica es dañina. Confunde a los murciélagos, por si no lo sabías. Lo sabrías, claro, si supieras algo. Con permiso —dijo, empujando para pasar por la estrecha acera—. Tengo sitios a los que ir.

Aún tenía el corazón acelerado, cuando llegó a Belinda's, donde Freya ya la esperaba con la dueña de la tienda homónima.

—Lo siento —se disculpó Jules, esforzándose por reprimir la rabia y la agitación que le había causado ver a Roman con Cally—. ¿He llegado tarde? ¿Quieres cerrar ya?

—No me importa lo más mínimo, querida. Le prometí a Freya que tendría abierto —le dijo Belinda.

Era una mujer agradable, de unos cincuenta años, siempre

impecablemente arreglada, que hacía buen negocio con ropa de diseñador de segunda mano, y también alquilaba vestidos.

—He encontrado una absoluta joya—indicó Freya, emocionada —. Supe que era perfecto en cuanto lo vi.

—¿Tu vestido de novia? —preguntó Jules—. ¿Te vas a convertir en una «Novzilla» con un vestido de merengue?

—No, nada de merengue. —Rio Freya—. Tengo un vestido precioso que era de mamá… Quería tenerla presente de alguna manera, así que es perfecto… —Se detuvo, triste, pero luego se recompuso—: Este es un vestido para ti. Va a quedarte increíble, pero, si no te gusta, me lo tienes que decir, ¿vale? Promételo.

—Enséñamelo. —Rio Jules—. Si a ti te encanta, seguro que a mí también.

Con cierto ceremonial, Belinda sacó un vestido amarillo natilla de satén, con una especie de capa vaporosa del mismo color, sosteniéndolo con reverencia, para que ambas pudieran admirarlo.

—El color es perfecto. —Suspiró Freya—. Voy a llevar un ramo principalmente amarillo, ¿te lo había dicho? Narcisos tardíos, de una granja de flores en Cornualles. Ventajas de casarse en primavera… Así que, cuando vi esto… ¿Qué te parece? ¿Te lo pruebas? —Freya la miró ansiosa, mientras Jules lograba esbozar una sonrisa forzada.

—Claro —dijo, dejando que Belinda la guiara hacia un pequeño probador, con cortinas, al fondo de la tienda.

Al ponérselo y mirarse en el espejo, a Jules se le cayó el alma a los pies.

El vestido quedaba peor puesto, que en la percha. Hacía bolsa en la cintura, sobresalía de forma rara en las caderas y terminaba justo en el largo, más poco favorecedor, por debajo de la rodilla. Para rematar, el amarillo yema era un color que Jules —con su cabello rojo y ojos verdes— no vestiría ni en cien años.

Pero esto no se trataba de ella.

Salió y dio una vuelta para Freya.

—¿No es precioso? —preguntó Freya, con los ojos brillantes y las manos en las mejillas—. Mamá… —Tragó saliva—. Mamá lo habría adorado —dijo, alzando la barbilla con decisión y secándose las lágrimas de los ojos—. Grrr…, siempre llorando —se regañó

distraídamente.

—Creo que va a estar genial —indicó Jules, dándole un fuerte abrazo a Freya. ¿Cómo iba a decirle otra cosa?—. Muy bien encontrado —añadió con todo el entusiasmo que pudo reunir.

***

—¿Qué vais a hacer tú y Finn en la luna de miel? —le preguntó Jules a Freya, mientras bajaban por la calle juntas. El vestido amarillo detestado, dentro de su funda de plástico, colgaba con cuidado del brazo de Jules.

—Una especie de luna de miel con trabajo —admitió Freya feliz —. Vamos a hacer un recorrido por Irlanda, en una furgoneta camper preciosa, que hemos alquilado. Solo Finn, yo y la carretera. Quiere llevarme a un *tour* gastronómico por Irlanda; yo nunca he estado, y hay productos increíbles allí: mariscos, quesos y mantequillas, pan de soda… Algunos de mis chefs favoritos tienen restaurantes en los alrededores de Dublín, y hay muchas recetas tradicionales que los grandes nombres han refinado en sus menús. Finn ha hecho reservas; vamos a comer en todos los sitios *cool*, y además me ha inscrito en un curso de cocina de fin de semana con ¡Declan Kelly! —Los ojos de Freya brillaban ante la idea.

—¡Guau! —exclamó Jules. No era muy *foodie*, pero incluso ella había oído hablar de Declan Kelly—. ¿No se sentirá intimidado teniendo a una chef de un restaurante con estrella Michelin en su clase?

—Dios, no. —Rio Freya—. ¿Yo? ¡Para nada! Además, ya no estoy en París, y Freya's no tiene estrella. No es ninguna sorpresa…

—No te subestimes —le dijo Jules—. Y asegúrate de beber mucho wiski irlandés, mientras estéis allí.

—¡Uy… sí, café irlandés! ¡Qué rico! A Finn le encanta la Murphy's. No quiero decirle que yo prefiero la Guinness… Podría decidir no casarse conmigo.

—Nada va a hacer que ese hombre decida no casarse contigo —

la tranquilizó, dándole un cariñoso apretón en el brazo.

Era maravilloso que a Freya le fuera tan bien en la vida. Finn era un verdadero tesoro. Y después de todo, Freya —como Jules— había regresado a Portneath, tras años de intentar construir una vida en otro sitio. ¿Tal vez quedarse a largo plazo en Portneath también era lo correcto para ella? ¿Quizás hasta encontraría a su propio Finn y se asentaría en una nueva vida?

«Nah… Cuando los cerdos vuelen».

***

De vuelta en la tienda —donde Flo ya estaba terminando el día—, Jules le contó brevemente a su tía lo acontecido en su pequeña excursión.

Luego, después de cenar juntas, sintiéndose repentinamente agotada, se acurrucó en la cama con un libro. Tenía un nuevo *thriller* muy esperado, de una de sus autoras favoritas, que acababa de llegar esa misma mañana. No estaba permitido ponerlo a la venta hasta dentro de una semana, pero no había nada que le impidiera leerlo ella misma.

Había ciertas ventajas en dirigir una librería.

***

A la mañana siguiente, Jules se alegró muchísimo cuando Jess, la coordinadora de la biblioteca infantil de las escuelas locales, pasó a darles las gracias a ella y a Flo por las sesiones de cuentacuentos del Día del Libro.

—Distráeme —suplicó Jules—. Si no te sientas a tomar una taza de té conmigo, no tendré excusa para no ponerme con las facturas.

Ya instaladas en la pequeña oficina, con sus tazas humeantes y un paquete de galletas de higo, Jules le contó a Jess algunas ideas

para celebrar el centenario de Capelthorne's.

—Me encantaría tener uno o dos escritores residentes este verano —dijo—. ¿No tendrás contactos con escritores locales? No tienen que ser novelistas. También podrían ser poetas, autores de memorias, incluso autopublicados…

—Lo pensaré —indicó Jess—, pero la primera persona que me viene a la mente es una escritora e ilustradora de libros infantiles. ¿Te serviría?

—¡Totalmente! ¿Quién?

—Bueno…, supongo que ya lo sabes… Imogen Crawley. Vive justo aquí al lado.

—¿La Imogen Crawley, ganadora de la Medalla Carnegie? ¿La de los libros de *Tango y Ruth*? Me encantan esos libros.

Imogen Crawley había irrumpido en la escena editorial con un éxito sin precedentes, no hacía mucho. Era uno de esos unicornios de la industria: un debut triunfal. Incluso se rumoreaba que venía una película animada en camino.

—Sí, esa misma —confirmó Jess—. Vive en Middlemass. Casada con el guapísimo Gabriel Havenbury, de Middlemass Hall. Aunque ya no viven en la mansión, sino que ahora están en Storybook Cottage… ¿Conoces esa casita tan mona junto a la entrada de Middlemass Hall?

—¡Sí! ¿Cómo puede ser que una ilustradora de libros infantiles, ganadora de un Carnegie, viva en mi antiguo pueblo de la infancia y yo no me haya enterado?

—Es una recién llegada, como yo. —Rio Jess—. Llevo un poco más que Imo, pero sí, se ha integrado muy bien. Es parte del mobiliario ya.

—Debe de ser muy estirada —comentó Jules, recordando bien al guapo e intimidante Gabriel de su juventud.

No había manera de que él se acordara de ella. Era uno de los amigos de Roman, como Finn; parte del grupo *cool*. Seguro que su esposa era igual de inaccesible.

—Supongo que debería hacerle una reverencia, ¿no? ¿Cómo se dirige uno a la pareja de un lord? ¿*Milady*? No tengo ni idea.

—¡Dios, no! —dijo Jess—. Solo llámala Imo. Es supersencilla.

Espera, no me lo creo. Esto es ridículo…

Jess, que había estado mirando distraídamente por la puerta de la oficina hacia el frente de la tienda, se levantó de un salto y salió corriendo a la calle, sorprendiendo a una mujer pequeña y de pelo rizado, que pasaba con una niña en un cochecito.

Jules observó cómo Jess —hablando entusiasmada—, arrastraba a la pobre mujer hasta la tienda y la llevaba a la oficina.

—Si esto no es el destino, no sé qué lo es —declaró Jess—. Jules, permíteme presentarte a la inigualable Imogen Crawley, futura artista en residencia en Capelthorne's, nada menos.

Jules no estaba segura de cuán contenta debía estar con la impulsividad de Jess. El destino estaba muy bien, pero lo del artista en residencia era solo una idea en ciernes —habría preferido tener más tiempo para prepararse, antes de tener que presentarla oficialmente—. Ahora Imogen pensaría que era una idea improvisada sin profesionalismo.

—Es un placer conocerte —le dijo a Imogen con una sonrisa—. Conozco y adoro tu trabajo, por supuesto… No tenía ni idea de que eras local, hasta que Jess me lo ha dicho, hace diez segundos.

—Yo tampoco llevo mucho aquí —bromeó Imogen, levantando a la niña del cochecito, ante los ruiditos cada vez más intensos.

Al tomarla en brazos, la niña se acurrucó en su cuello y se metió el pulgar en la boca con satisfacción.

—Es adorable —dijo Jules, enternecida. Y eso que no le gustaban mucho los bebés.

La pequeña, ya satisfecha, cerraba los ojos, con sus largas pestañas sobre las mejillas rosadas.

—Es Ruth —dijo Imogen, tomando una manita y agitándola a modo de saludo—. ¡Ja! Ya está frita, y con razón, después de tenernos a Gabriel y a mí en vela media noche.

—¿Qué? ¿Tu bebé se llama Ruth, como la del libro? —dijo Jules, encantada—. No me digas que Tango también es un gato real.

—Culpable. Falta de imaginación, lo sé —admitió Imogen—. Aunque, en mi defensa, la bebé vino después del personaje, pero… ya tenía el gato.

—¿Y el verdadero Tango también es un ególatra como el del

libro? —preguntó Jules.

—Peor. —Rio Imogen—. Pero adora a la bebé. Ella le tira de la cola todo el día y él ni se inmuta. Así que…, ¿de verdad estás buscando un artista en residencia? —Imogen observó la pequeña tienda, como si esperara ver a alguien ya pintando en un rincón.

—Creo que sí —dijo Jules, haciendo una mueca—, aunque no había llegado mucho más lejos. ¿De verdad lo considerarías? Me dejarías alucinada si dijeras que sí.

—Me encanta esta tienda —admitió Imogen—. Y sé que ahora tienes competencia con Roman, por lo que debe de ser duro. Recuerdo venir mucho aquí, cuando estaba esperando a Ruth. Fue justo antes de que saliera mi primer libro y… Bueno, desde entonces no he parado ni un segundo. —Negó con la cabeza, incrédula—. Me encantaría ayudar… Devolverle algo a esta industria que ha sido tan generosa conmigo. Sé que soy increíblemente afortunada.

—Pero estarás demasiado ocupada, ¿no? —respondió Jules, preguntándose por qué demonios trataba de disuadirla.

—La verdad es que hasta me vendría bien —insistió Imogen—. Gabriel trabaja en el piso de debajo de mi estudio, en la mansión, y siempre está subiendo a charlar. Somos terribles para interrumpirnos mutuamente. Su productividad también ha caído muchísimo. Ahora mismo estoy trabajando en un nuevo libro —continuó—, y me vendría genial venir aquí, para concentrarme un poco. Tengo caballete y pinturas, me desplazo donde sea, pero… —hizo una mueca—, solo podría un par de días a la semana, cuando Ruth está en la guardería. ¿Serviría de algo?

—¡Sería fantástico! —exclamó Jules, sin poder creer lo que oía —. ¿Quizá podrías venir dos semanas? Me encargaría de tener un montón de tus libros en *stock*, por supuesto, y podrías firmarlos para los clientes, si te apetece. Te haremos toda la promoción posible, entrevistas en la radio local, todo eso…

—Claro —dijo Imogen—. Ya he salido en Devon Sound varias veces, y conozco a uno de los presentadores, así que eso estaría bien…

—Ah, y tal vez… —Jules se detuvo. Era demasiado atrevido pedir más.

—¿Tal vez podría hacer una charla o un taller, algo así? —propuso Imogen.

—¡Sí! —afirmó Jules, con su mente desbordada de ideas—. Podríamos vender entradas que incluyan refrescos y un ejemplar firmado, ¿qué te parece?

—¡Oooh! —exclamó Jess—. ¡Si haces talleres, yo me apunto! Tengo algunos alumnos con un talento artístico increíble en mis escuelas. Podría ser una actividad de enriquecimiento impresionante para ellos, realmente inspiradora. Hay una chica, bueno, mi hijastra, si soy sincera, que es una artista de manga extraordinaria. Volaría si recibiera un poco de ánimo de una ilustradora de carne y hueso.

—Hecho —dijo Imogen.

—Esto va a ser increíble —soltó Jules feliz.

«Ja. No había manera de que Roman pudiera superar esto».

Capítulo 13

A medida que la primavera daba paso al verano, la vida se fue volviendo cada vez más ajetreada.

Hubo un periodo prolongado de clima inusualmente caluroso y soleado, que atrajo a miles de turistas de fin de semana. Paseaban por el puerto en pantalones cortos, con helados derritiéndose entre los dedos, como si fuera agosto y no mayo, y todos los negocios de la calle principal se beneficiaban del aumento de ventas.

El sábado era el día de cambio en la mayoría de los hoteles y alojamientos de Airbnb locales, así que Jules estaba encantada de que el libro de Cressida Cornworthy se publicara el jueves de la semana de vacaciones escolares. Eso le daba cinco días completos para meterles en la cabeza, a los recién llegados, el mensaje de que Capelthorne's era el lugar ideal para comprarles a sus adorables criaturas el último éxito infantil, justo a tiempo para mantenerlos entretenidos durante el largo viaje de vuelta.

Había avisado al periódico local con la idea de que se formarían colas fotogénicas fuera de la tienda, antes de que abriera por la mañana, y le habían prometido enviar a un fotógrafo. También había hablado con la radio local, que esperaba entrevistar a clientes y hacer vox pops, y Jules no había parado de publicar en Instagram.

Incluso había logrado convencer a la tía Flo de que —por un solo día—, la tienda abriría más temprano, a las nueve. A Jules no le iba a robar el protagonismo Portneath Books, y mucho menos ventas, por una diferencia tan fácil de resolver como media hora en el horario de apertura.

Gracias a un poco de insistencia y encanto, Jules estaba encantada de haber conseguido que la editorial le prometiera dos ejemplares firmados por la autora. Uno lo iba a esconder entre el resto del *stock*, como un «Billete Dorado», y el otro se ofrecería como premio en un concurso de arte, que Jess había tenido la amabilidad de promocionar en las escuelas locales, en los días previos a las vacaciones.

Jules había prometido exhibir las mejores obras en el escaparate, y el alcalde iba a ser el encargado de juzgar y entregar el premio.

Estaba razonablemente segura de tener todo bajo control, y dudaba mucho que Portneath Books estuviera tan preparada. Solo había un número finito de ventas disponibles, y Jules estaba decidida a quedarse con la mayoría —si no con todas—, para sí.

Para aumentar la visibilidad de antemano, Jules estaba en la calle con su teléfono, sacando fotos del nuevo escaparate dedicado a Cressida Cornworthy para su *feed* de Instagram.

Era complicado, con el sol reflejando en el cristal. Tenía que encontrar el ángulo perfecto.

En pocos minutos estaba sudando, mientras sacaba fotos, una y otra vez, para luego meterse bajo la sombra del marco de la puerta y revisar lo que había capturado.

Un helado gigante apareció de repente entre la cara de Jules y la pantalla de su móvil, haciéndola dar un respingo.

—Para ti —dijo Roman, antes de darle una lamida al suyo.

Era un cucurucho de Ghirardelli, de esos de galleta, coronado con lo que parecía ser su famoso helado de limón y merengue. Pensó Jules, que era una mezcla cremosa, blanca, con trozos de merengue y vetas de crema de limón.

Lo aceptó, lamiendo con resignación los primeros chorretones, antes de que terminaran sobre su teléfono. Estaba delicioso, por supuesto, lo cual la irritó aún más.

—¿Por qué me estás poniendo un helado en la cara? —preguntó con la boca llena.

—Pareces acalorada —dijo Roman, simplemente.

—¿«Acalorada» por el calor o por guapa? —soltó Jules sin pensar.

«¡Dios mío! He hablado antes de pensar, como siempre».

Deseó con desesperación poder retroceder cinco segundos y haberse quedado callada, pero Roman solo se rio.

—Creo que será mejor decir lo primero, para no meter la pata, pero…, ahora que lo mencionas, me gustan tus pantalones cortos.

Jules miró hacia sus pantalones cortos, de rayas rojas y blancas.

En realidad, eran sus pantalones de pijama —esa mañana no tenía muchas opciones—, pero ni loca iba a confesarle eso a su peor enemigo.

«Dios, pero qué bueno estaba el helado. El de limón y merengue era su favorito. ¿Cómo sabía él esas cosas? ¿Era tan obvia?».

—Es decir —continuó Roman—, en realidad me gustan tus piernas, pero creo que debería limitarme a tus pantalones cortos… A hablar de los pantalones, claro —añadió apresuradamente—. No es que sugiera que debería estar dentro de tus pantalones… —Se interrumpió, confuso, volviendo su atención al helado, que se derretía a toda velocidad bajo el sol.

Jules se echó a reír a carcajadas. Era imperdonablemente atrevido, pero era un alivio saber que no era la única con la mala costumbre de soltar lo primero que se le pasaba por la cabeza.

Durante unos segundos, comieron en silencio. Jules se sintió menos acalorada y pegajosa, gracias al delicioso helado, cremoso y ácido a la vez.

—¿Por qué estás siendo amable conmigo? Es raro —dijo, finalmente, antes de morder un trozo del cucurucho.

—¿Por qué no iba a serlo? Soy una buena persona.

—No lo eres. Eres el enemigo —respondió Jules entre crujidos —. Y no puedes ir por ahí, diciendo que eres una buena persona, no funciona así. Además, yo sé que no lo eres, porque quieres cerrar la tienda de mi tía.

—No quiero cerrarla —replicó Roman—. Simplemente, es probable que eso ocurra, como efecto colateral de mis objetivos empresariales —indicó con una honestidad que le estropeó el momento.

—Genial, acabas de arruinarlo —le espetó Jules, sintiéndose de nuevo deprimida.

«En otra vida, podrían haber sido amigos», pensó con melancolía. «Más que amigos… Pero esta era la vida real, y eso era otra historia completamente distinta».

***

Los preparativos para la boda de Freya avanzaban a toda velocidad.

Jules ya no estaba convencida de esa afirmación, que Freya había repetido tantas veces: que sería un evento discreto y sin complicaciones.

El grupo de WhatsApp creado por el séquito de mujeres que Jules, en teoría, lideraba como dama de honor, había alcanzado un nivel ensordecedor de notificaciones. Había desde planes para una sesión de prosecco, mientras preparaban los detalles de los recuerdos, hasta otra quedada para hacer guirnaldas de papel personalizadas, para la recepción en el ayuntamiento. Se sumaban interminables hilos sobre vestidos y zapatos, en los que cada opción recibía una atención desproporcionada, para que todas pudieran opinar sobre qué debía llevar cada una. Incluso había un hilo dedicado a pruebas de maquillaje, lo cual fue la gota que colmó el vaso para Jules.

Silenció las notificaciones y suspiró de alivio al recuperar un poco de paz.

Ya sabía lo que iba a ponerse: el odiado vestido amarillo.

Cuanto menos alimentara su ego interior, mejor.

El vestido colgaba de la puerta del armario; y al menos tenía claro que no iba a lucirse precisamente con su mejor *look*.

Con el lanzamiento del libro programado para el jueves y la boda el sábado siguiente, agradecía tener un día entre ambos para tomarse las cosas con más calma.

Los días en la librería, junto a Flo y Charlie, eran largos pero gratificantes.

Su creatividad e imaginación florecían, y Jules empezaba a reconocer lo extremadamente cautelosa que se había vuelto en su antiguo trabajo, donde nada de lo que hacía era suficiente, y la feroz competencia entre el personal dejaba poco margen para desarrollarse.

Flo, en cambio, vivía preocupada por estar frenando a Jules en su carrera profesional, y se desvivía por alabarla y animarla.

Para Jules, este contraste con su vida en Londres era casi conmovedor, y poco a poco empezaba a confiar más en sí misma.

El envío de los libros de Cressida Cornworthy llegó del almacén con tan solo un día de margen antes del lanzamiento, lo cual era preocupante.

Jules colocó las cajas reverentemente en el almacén trasero.

Publicar los libros antes de la fecha oficial estaba terminantemente prohibido: a otras librerías ya las habían vetado por menos.

Ni siquiera se atrevió a colocar copias en el escaparate, hasta el mismo día del lanzamiento, pero ya tenía expuesta la obra artística del concurso infantil a un lado de la puerta, y pilas de los libros anteriores de la autora al otro, acompañadas de material promocional enviado por la editorial. Incluso había rescatado algunas decoraciones de Halloween del desván de Flo, descartando la mayoría, pero conservando accesorios brujeriles muy apropiados, como una fabulosa escoba de ramas y unas telarañas artificiales.

Quedaba genial.

Jules se preguntó si lograría convencer a Merlin de sentarse en el escaparate como gato familiar de bruja, pero él le devolvió la mirada, con su típico gesto impenetrable.

Probablemente no.

***

A la mañana siguiente, se despertó temprano y permaneció un rato arropada en su cálida cama, observando cómo el cielo pasaba de un azul cobalto a uno cerúleo.

Tenía que levantarse.

Por los comentarios que había ido escuchando en los días previos, sabía que algunas familias tenían intención de madrugar para hacer cola. Todos querían ser los primeros en conseguir el libro, y había mucha expectación por ver quién se haría con los dos ejemplares firmados.

Jules había decidido bajar temprano a la tienda y ofrecer bebidas calientes para mantener el ánimo de quienes esperaban. Aún hacía fresco a primera hora.

Se vistió deprisa, se aseó lo justo y, demasiado emocionada para esperar más, bajó de puntillas al local.

Fue un poco decepcionante no ver a nadie haciendo cola todavía, pero no pasaba nada: apenas estaba amaneciendo. Después de todo, esto era la campiña de Devon, y no Oxford Street. Además, madrugar no era precisamente algo buscado por los veraneantes.

Jules estaba segura de que los medios locales, a los que había preparado con tanto esmero, conseguirían todo lo que les prometió: testimonios memorables y fotos brillantes con el cartel de Capelthorne's en primer plano.

Ese tipo de publicidad no se puede pagar.

Respiró hondo y se llevó la mano al pecho, en su gesto habitual para calmarse.

¡Ahí estaban por fin! Una mujer de la mano de un niño de unos ocho años, y —benditos sean— el niño iba disfrazado para la ocasión, con el sombrero y la capa púrpuras que tanto gustaban entre los *fans* de la saga.

Jules preparó su mejor sonrisa y ensayó mentalmente su ofrecimiento para preparar té, pero, en lugar de llegar a Capelthorne's, al pie de la colina, ambos cruzaron la calle en el último momento.

Jules observó incrédula cómo se dirigían hacia la puerta abierta de Portneath Books y entraban.

«¿Abiertos a las seis de la mañana? ¡Indignante! Y, además, incumpliendo el embargo».

Estaba más que dispuesta a informar a la editorial sobre semejante infracción.

Con una indignación creciente, observó cómo llegaban más personas. Unas pocas se colocaron frente a Capelthorne's, pero incluso esas, al ver lo que ocurría al otro lado de la calle, se dejaron tentar.

Un nudo se le formó en la garganta.

Si hubiera podido hacerlo sin ponerse a llorar o gritar de frustración, habría cruzado la calle a enfrentarse, pero el orgullo le impidió montar una escena.

Portneath Books no tenía ejemplares firmados.

Portneath Books no se había pasado días publicando una cuenta atrás visual en Instagram…

Pero, aun así, se estaban llevando las ventas.

Robándoselas.

Sus ventas, ganadas con esfuerzo.

Finalmente, con un arrebato de determinación, Jules dijo: «¡Al diablo!».

Forcejeó con los cerrojos y abrió la puerta de par en par, justo cuando un padre somnoliento, con dos niñas de la mano, subía por la calle desde el puerto.

Al verla abrir, pareció que el movimiento captó su atención y entró a la tienda con una sonrisa cansada.

—He sacrificado mi mañana de dormir y me va a costar dinero —le dijo a Jules, de buen humor—. A mis dos les encantan estos libros. Son los que les enseñaron a leer solas —añadió con orgullo, mientras las niñas lo arrastraban hasta la caja, sujetando sus ejemplares.

Después de eso, hubo un flujo intermitente de personas entrando a la tienda, comprando el libro de Cressida Cornworthy y, algunos de ellos, aprovechando para comprar otras cosas, mientras estaban allí: tarjetas de felicitación, mapas, la última novela de Dick Francis, que Jules había colocado en la mesa de «novedades».

En general, se podría decir que Capelthorne's consiguió la mitad de las ventas madrugadoras. Demasiados clientes habían cruzado la puerta de su acérrimo enemigo al otro lado de la calle, y cada venta perdida se sentía como un golpe físico.

Flo bajó poco antes de las nueve y media, como de costumbre, y felicitó a Jules por la excelente facturación, que ya había logrado en lo que iba del día.

Algo más tranquila, pero todavía furiosa por las tácticas sucias de Portneath Books —de Roman—, Jules pasó por la tienda de Freya para su *flat white* de rutina, en su taza reutilizable, y, en lugar de

volver a Capelthorne's, fue directamente a Portneath Books, donde Roman, al verla acercarse, salió a su encuentro.

—Buenos días —la saludó, haciendo una pequeña reverencia cortés.

Estaba especialmente guapo esa mañana, con una camiseta blanca impecable y el pelo peinado hacia atrás, como si acabara de salir de la ducha del gimnasio.

Jules no pudo evitar fijarse en sus brazos musculosos, bíceps marcados, pero no exagerados, ¿y cómo había logrado ese bronceado? Ella aún estaba pálida de tanto tiempo trabajando en una librería a la sombra. Roman parecía haber pasado ya todo un verano surfeando.

—Eso ha sido un golpe bajo —le indicó, apartando la mirada, y esforzándose por mantener la voz calmada.

—¿Qué? ¿Abrir temprano? —respondió él, alzando las cejas—. El embargo decía un minuto después de la medianoche, pero eso me parecía un poco extremo. Además, me gusta dormir por las noches. Lo sé, poco convencional… Quiero decir, no es lo único que me gusta hacer en la cama, pero…

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Jules, ya furiosa. Ella hablaba de negocios y él… ¿flirteaba?—. El día de publicación es esta mañana —insistió, furibunda.

—Efectivamente —le dijo con paciencia—, y esta mañana empezó hace nueve horas y media.

Jules entrecerró los ojos. ¿Tenía razón sobre el embargo? De cualquier forma, parecía que para él la conversación había terminado, porque se giró para saludar a otro grupito de pequeños magos, acompañados de sus padres.

De vuelta en la oficina, Jules rebuscó entre los archivos hasta encontrar el comunicado de prensa.

¡Maldita sea! Tenía razón. Ahí estaba: la fecha del día de hoy, y luego «12:01 AM» —un minuto pasada la medianoche—. ¿Cómo no lo había visto? Estaba tan segura de que se refería al horario comercial habitual…

«Vale, quince a cero para Roman».

A regañadientes, decidió concederle ese punto, aunque aún le

latía el corazón tras su encontronazo.

***

—Pues es una lectura curiosa —dijo Charlie sobre el grimorio, cuando los tres se reunieron a media mañana para tomar el café—. Pero hay algo raro… —Flo alzó las cejas con interés, pero Charlie se contuvo—. No quiero decir nada que os condicione antes de conocer sus primeras impresiones —dijo—. Me interesa saber qué opináis vosotras, sin influencia previa.

—Gracias por haberte molestado en transcribirlo todo —indicó Flo, tomando el fajo de papeles que le entregaba—. Yo jamás habría podido descifrar ese manuscrito, con esa escritura tan desvaída y recargada. No con mis ojos de anciana.

—Se le pilla el truco con el tiempo —señaló Charlie, jugueteando con su *piercing* del labio.

Jules ya sabía que eso era señal de que algo lo tenía inquieto.

—Lo leeré, seguro —dijo—, pero danos un adelanto. Por ejemplo, ¿sabemos ya el nombre de la autora?

—¡Lo sabemos! —exclamó Charlie, volviendo a centrarse en ellas de golpe—. Os va a encantar. La autora es una mujer, que se refiere a sí misma como Biddy, que yo pensaba que solo significaba «vieja chiflada», pero potencialmente es una abreviatura de Bridget, y… ¡Tachán! ¡Se apellida Capelthorne!

—¡Bridget «Biddy» Capelthorne, qué maravilla! —exclamó Flo, dando palmaditas entusiasmada—. ¡Una antepasada! Supongo que no debería sorprenderme, ya que lo encontramos aquí, y los Capelthorne han sido dueños de este sitio desde siempre.

Charlie asintió.

—Y ese dato importa —añadió—. El hecho de que lo halláramos aquí forma parte importante de su procedencia. Necesito consultar los archivos locales, para ver si encuentro a esta Bridget Capelthorne en registros de nacimientos, defunciones y matrimonios… Quizás hasta demos con su lápida en el cementerio de la cima, el de la

iglesia de San Nicolás, junto al castillo en ruinas.

—¿Pero estaría enterrada en un cementerio cristiano, si se hacía llamar bruja? —preguntó Flo—. ¿No habría sido persona *non grata* para la Iglesia?

—Buena observación —añadió Jules—. Se supone que las brujas eran paganas, ¿no? Quizás andaba bailando desnuda alrededor de hogueras a medianoche…

—No con este clima, seguro —dijo Flo con un escalofrío—. Además, pensábamos que, al llamarla bruja, solo querían decir que era la curandera del pueblo. Podría haber sido bastante convencional, ¿no?

—Aún queda mucho por hacer —admitió Charlie—. Ni siquiera he empezado a analizar ni fechar los materiales, el pergamino y todo eso, pero tenemos fechas en el texto, que ya es un buen comienzo. La entrada más antigua está datada en 1635, y la más reciente en 1681, aunque no es la última página del libro, así que… —Se detuvo un momento, pensativo—. En fin —concluyó, cambiando de tono—. Ya lo leeréis vosotras, pero… digamos que tiene un giro final.

Flo insistió en que Jules lo leyera primero, por lo que tomó el manojo de páginas A4 impresas que Charlie le entregó con cierta reverencia, prometiendo leerlo esa noche, y pasárselo al día siguiente.

***

—Y lleva el móvil encima —exhortó Jules a Flo, mientras la despedía en el taxi hacia su almuerzo con Graham—. Llámame, y si pasa algo mínimamente raro, sal de ahí, ¿vale? Tienes el número de Terry guardado y estará pendiente por si necesitas que vaya…

—Cariño, voy a almorzar con un amigo, no a hacer de mochilera por el mundo —le respondió Flo con un toque de impaciencia, mientras se pintaba los labios sin espejo, cerraba el tubo con un clic y lo dejaba caer en el bolso—. ¿Y no estás exagerando un poco con el discurso de «peligro, desconocido»? Llevamos más de un año

charlando en la tienda.

Jules suspiró.

—Tienes razón, tía Flo —dijo—. Solo quiero que lo pases genial —añadió, dándole un beso en la mejilla—. Vas a llegar tarde, por lo que será mejor que te vayas.

***

La tienda estuvo tranquila esa tarde, con pocos clientes.

Flo estaba con su cita y Charlie hacía un turno pagado en la tienda de productos naturales, en lo alto de la calle; a Jules le alegraba que el pobre al menos tuviera trabajo remunerado.

Aburrida y sola, se puso a limpiar, reponer libros y, ya sentada sola en la caja con una taza de té, se dispuso a leer la transcripción del grimorio de Bridget Capelthorne hecha por Charlie.

Tras haber visto el original, con su tinta marrón desvaída y su escritura en espirales, la transcripción era un milagro de claridad. Charlie había sustituido las efes por eses donde correspondía, lo que hacía el texto mucho más legible. Aunque en general había respetado la ortografía original.

La mayoría de las entradas tenían poco que ver con los clichés de las brujas de Shakespeare: ni rastro de ojos de tritón ni patas de rana. En su lugar —y con ayuda de Google—, Jules vio que muchos de los tratamientos herbales no eran conjuros o supersticiones, sino perfectamente legítimos o, al menos, probablemente inofensivos. La lavanda y el romero se utilizaban para un montón de cosas distintas, y seguramente porque eran fáciles de conseguir.

Había un remedio para «el dolor de cabeza», que instruía al paciente a masticar «la corteza del sauce», o —como alternativa— Biddy había escrito unas notas sobre cómo remojar la corteza en alcohol y dar una cucharada del brebaje resultante.

Debía saber a rayos, pero Google le confirmó a Jules que Biddy estaba en lo cierto: la corteza de sauce contenía ácido salicílico, que era el principal componente de la aspirina.

Otro remedio que podría haber curado, en lugar de matar, era dar al enfermo de «la fiebre» un queso azul con moho y lleno de gusanos. No muy apetitoso, cierto, y los gusanos quizás sobraban, pero Jules sabía que la penicilina era un moho, así que —básicamente—, Biddy estaba dando antibióticos primitivos a alguien con una infección bacteriana.

Impresionante.

Entre lo lógico, también había cosas bastante disparatadas que hicieron sonreír a Jules, como una encantadora, pero poco científica sugerencia, para que un hombre se enamorara de una mujer: meterle un mechón de su cabello debajo de la almohada, para que soñara dulcemente con ella.

Jules no tenía a nadie que quisiera embrujar… Aunque, si hubiera una forma de hacer que Roman desarrollara unas verrugas horribles o se quedara calvo, de la noche a la mañana, no le importaría intentarlo.

Soltó una risita ante esa idea y, como siempre, su mirada se dirigió instintivamente a la tienda de enfrente, y, justo al mirar, varias chicas adolescentes entraban riendo.

Maldito sea. Esas clientas habrían comprado en Capelthorne's por defecto hace apenas un par de meses.

Justo entonces, el taxi de Terry se detuvo fuera, y Flo bajó del asiento del acompañante, con una expresión feliz y relajada.

—¿Y bien? —le soltó Jules apenas entró por la puerta.

—¿Y bien, qué? —respondió ella con una sonrisa pícara—. Estuvo muy agradable —concedió al final—. Éramos cuatro, así que nada de «cita caliente». Mungo y Diana también estaban, y nos llevamos de maravilla. Diana es toda una fiestera —rememoró—. Podría convertir una merienda parroquial en una rave.

—¿Y qué habéis comido? ¿De verdad se ha vuelto buen cocinero?

—¡Desde luego que sí! —exclamó Flo, con un tono de orgullo—. Hemos comido espárragos asados, envueltos en jamón de Parma y con una holandesa casera para mojar; totalmente delicioso, y luego un cordero marroquí con cuscús y más cosas. Era de ese libro de Ottolenghi que le hice comprar hace un par de meses. Te digo, ese

hombre ha pasado de no saber hervir un huevo, a ser un chef que podría competir con Freya.

—¿De verdad? —preguntó Jules, al recordar que tenía que ir a planchar el odiado vestido amarillo para la boda del día siguiente.

—Bueno, quizás no del todo al nivel de Freya —admitió Flo—. Ella es excepcional.

—¿Y de postre?

—Ah, Diana muy amablemente ha traído una enorme y etílica trifle —contó Flo—. A los hombres les encantan los postres de la infancia, ¿verdad? Los dos chicos lo han devorado, y estaba bien, pero la trifle no es lo mío. —Puso una mueca—. Pero me puse al día con Diana, eso sí —añadió—. La pobre está mortificada por lo del club de lectura, aliándose con el enemigo.

—Y con razón —indicó Jules—. Dile que avise a su grupito: la próxima vez habrá burbujas y pastel. Cualquier cosa que ese hombre haga, nosotras podemos hacerlo mejor… Pareces cansada —añadió, notando el leve rubor y brillo en los ojos de Flo.

—Creo que estoy un poquito achispada —admitió—. No se me da bien eso de beber al mediodía.

—Ve a echarte una siesta —le sugirió Jules—. Aquí me las arreglo perfectamente sola.

Estaba deseando volver con Biddy Capelthorne y sus encantamientos, aún intrigada por ese «giro final» que Charlie les había advertido.

Al final, como la tienda se llenó de gente de forma bastante grata, no fue hasta que se metió en la cama esa noche que pudo terminar la lectura.

Capítulo 14

Jules se sentó en la cama con una taza de cacao y las páginas extendidas sobre su regazo. Había más remedios, con una ciencia más o menos sensata detrás, y luego los elementos más supersticiosos, los hechizos —o «hechiss», como los llamaba Biddy —, que resultaban bastante tiernos e inofensivos. Era evidente que también ejercía como partera, cuidando a mujeres y bebés, ya que había bastante información sobre alimentos y hierbas para la madre durante el embarazo; además de remedios herbales para todo, desde favorecer la expulsión de la placenta, hasta estimular una buena producción de leche materna.

«Biddy debió de ser una figura clave en la comunidad», reflexionó Jules.

Probablemente, era la única fuente de atención médica para la gente común en una época en la que la vida solía ser «desagradable, brutal y breve». No había ninguna mención de marido o hijos, así que también habría sentido la presión de ganarse la vida. A no ser que tuviera dinero familiar… Después de todo, menos de doscientos años más tarde, los Capelthorne eran considerados parte de la aristocracia local —una familia de alcurnia, favorecida por la monarquía—. Estaba claro que los descendientes de Biddy lograron cerrar buenos matrimonios en algún momento.

«Ser una mujer importante en la comunidad debía de haberle granjeado antipatías en ciertos círculos patriarcales», pensó Jules.

Charlie se había negado a revelarle mucho por adelantado, con sus ojos oscuros brillando ante el conocimiento contenido, pero Jules podía ver —por las fechas que aparecían de vez en cuando—, que el libro abarcaba más de cuarenta años. Suponiendo que Bridget lo hubiera comenzado de joven, tendría por lo menos sesenta años cuando lo dejó. ¿Por qué lo dejó? ¿Murió de vieja? Con seguridad, no sería «vieja» en el sentido actual, pero claro, la esperanza de vida era otra en aquel entonces, incluso con acceso a ciertos cuidados básicos.

«Médica, cúrate a ti misma», pensó Jules con una sonrisa. Había empezado a sentir cercanía por esa mujer. Su antepasada.

Todos esos pensamientos e impresiones le daban vueltas por la cabeza mientras leía, anotando de vez en cuando en los márgenes cosas que quería preguntarle a Charlie o a Flo. Pero entonces, al acercarse al final, comenzó a emerger un relato distinto y perturbador.

Jules se enderezó y dejó la taza vacía a un lado.

Incluso en las primeras partes, el libro ya era algo desordenado, sin una estructura clara, pero —a partir de las tres cuartas partes—, el caos aumentaba y la escritura se volvía fragmentada. Charlie había hecho todo lo posible, pero Jules se encontraba cada vez más con pasajes donde él había anotado «ilegible» o «¿página faltante?». En otras partes, Charlie simplemente había apuntado «incompleto» en medio de un remedio, evidentemente interrumpido.

«Por supuesto, era totalmente plausible que algunas páginas se hubieran perdido», se dijo Jules. Charlie había estudiado el original con más detalle que ella —y Jules no tenía ilusiones sobre el estado del libro—.

Pero había algo más…

Jules dejó la transcripción a un lado y respiró hondo. ¿Qué era? Estaba bien arropada en su cama de siempre, en su habitación favorita, con el peso cálido de Merlin acurrucado sobre sus rodillas, ronroneando.

Sacudió la cabeza, como si así pudiera despejarla de pensamientos negativos.

Era tarde. A través de las cortinas abiertas, podía ver el cielo nocturno, azul marino, profundo, salpicado de estrellas. Esta noche haría frío, con el aire tan claro —quizás incluso helara—.

«Si seguía sin nubes, el sol sería espléndido para la boda de Freya y Finn—, se dijo, queriendo —de algún modo—, anclarse en el presente. Pero el caos inquietante del manuscrito tironeaba de su conciencia, molestándola con una opresión maligna. Debería estar durmiendo, pero no… No podría dormir sin conocer el final.

Jules decidió leerlo entero. Tal vez así lograra despejar la cabeza, dejarlo todo aparcado —junto a sus notas—, para después

de la boda.

Apenas retomó la lectura, volvió esa sensación de inquietud creciente. Era casi como si se sintiera acechada por el espíritu de aquella mujer, muerta hace tanto tiempo, con la que sentía una cercanía extraña. Su pariente. Donde antes se mezclaban ciencia rudimentaria y superstición entrañable, ahora todo se había tornado mucho, mucho más oscuro. Había extrañas invocaciones para apaciguar a los muertos; un hechizo para protegerla de intentos de envenenamiento; una diatriba maldita contra otra mujer del pueblo que, según ella, le «robaba los pensamientos»… ¿«Le robaba los pensamientos»?

Jules se detuvo, mirando por la ventana, sin ver nada, con el ceño fruncido. Aquello era más que ignorancia y superstición, se dio cuenta. Era más incluso que los pensamientos de una mujer que podía haberse considerado a sí misma una bruja.

A través de las páginas de ese diario-libro de recetas-memorias, estaba presenciando el deterioro mental de esa pobre mujer. ¿Estaba viendo fantasmas? ¿Oyendo voces? ¿Y si en realidad la estaban envenenando? ¿O siendo acosada por algún enemigo desconocido?

Fuera verdad o no —¿y cómo podía serlo?—, estaba claro que Biddy creía estar sumida en las artes oscuras.

La transcripción terminaba poco después de la declaración sobre el envenenamiento. El último pasaje —lleno de notas entre paréntesis de Charlie diciendo «ilegible»—, acababa abruptamente, a mitad de una frase.

«¿Simplemente murió en ese punto?», se preguntó Jules, con los ojos llenos de lágrimas inesperadas. Había algo profundamente aterrador y desolador en esa mujer que había vivido hacía más de trescientos años.

Dejó la transcripción sobre la mesita de noche, pensativa. Tenía que dársela a la tía Flo al día siguiente —quizás su tía pudiera aportar algo de perspectiva—, pero había una parte de ella que quería ahorrarle a la mujer mayor el mal trago. Después de todo, era su familia. Su sangre.

Apagando la luz con un suspiro tembloroso, se acurrucó para

dormir, con cuidado de no molestar a Merlin, con la esperanza de que se quedara a acompañarla.

***

Jules durmió de mala manera.

Primero tenía demasiado calor, luego demasiado frío. Le dolía la cabeza. Tenía la garganta seca como la arena. Sus sueños, que se entretejían a lo largo de la noche, también la inquietaban. En ellos, ella era Bridget Capelthorne. Enferma, confundida, sin confiar en nadie, lanzando hechizos y maldiciones cada vez más desesperados, temerosa de la oscuridad y sumida en el caos.

Una y otra vez se despertaba de golpe, jadeando de terror, y al final, cuando llegó la mañana, se levantó agotada y con un fuerte dolor de cabeza. Había llegado el día de la boda de Freya, y era lo último que le apetecía afrontar.

***

—Tienes un aspecto terrible —le dijo Flo.

—Gracias —respondió Jules, empezando a desear que su tía abuela no fuera tan franca con sus opiniones—. Estaré bien, pero me sabe mal dejarte sola con la tienda.

—Ni lo pienses —le indicó—. No es como si no hubiera hecho eso mismo durante décadas. Creo que puedo con un fin de semana de puente en mayo.

—Siento que te vayas a perder la boda.

Flo se encogió de hombros.

—Dios los bendiga. Es tan bonito ver a los jóvenes comenzar una vida juntos… Me hace preguntarme cuándo… —Y miró a Jules con intención—. Las bodas pueden ser un gran lugar para ligar, ¿sabes? Mucha gente joven y soltera. El amor en el aire. Cualquier

cosa podría pasar.

—No pasará —respondió Jules, con tono cortante, levantándose para recoger los restos del desayuno.

El vestido amarillo no había mejorado. Observó con desdén, mirándose al espejo. Ese color ya era difícil de llevar incluso en el mejor de los días, pero combinado con sus ojos cansados y su piel pálida, era un auténtico desastre.

La sugerencia de Flo de que tal vez ligara, le pareció de un optimismo desmedido, aunque Jules tuviera el más mínimo interés en ello.

Hizo lo posible por disimular las ojeras, y luego se aplicó un colorete rosa chillón que la hacía parecer enferma. Se lo quitó. Finalmente, intentó abrir un poco su mirada —empequeñecida por la mala noche—, con un par de capas de rímel que se apelmazaron y empezaron a desmoronarse de inmediato. No iba a resistir nada bien el llanto. Siempre lloraba en las bodas.

Se giró para ver el vestido por detrás, estirando el cuello.

No había mejora, pero daba igual.

Miró el reloj y, deprisa, metió un pañuelo, un pintalabios y su tarjeta de débito en el pequeño bolso de mano, que había encontrado en el armario de su infancia, agradeciendo tener al menos el gris brillante. De no haberlo encontrado, habría tenido que considerar seriamente usar la riñonera de My Little Pony, con cola peluda incluida.

Estaba claro que necesitaba ir de compras, si iba a quedarse más tiempo en Portneath, aunque, sin cobrar un sueldo por su trabajo en la tienda, no estaba segura de que su cuenta bancaria pudiera soportarlo.

El viento era suave y despiadado.

Jules tuvo que apretar los dientes mientras subía la cuesta hasta la floristería. La amable señora que había regentado la tienda, desde que tenía memoria, ya tenía lista una gran caja blanca de cartón sobre el mostrador.

Levantó la tapa y le mostró a Jules el contenido.

—Ramo para la novia, por supuesto —le explicó—, luego los ramilletes para ti y la madre del novio, y el resto son los prendidos

para los hombres, ¿de acuerdo?

Toda la colección estaba compuesta por narcisos aromáticos; pequeños *pied-a-terre* de un amarillo ácido, contrastando con dos tipos de flores dobles de tonos melocotón, junto con las blancas y estrelladas «paperwhites» con centros anaranjados…

El conjunto entero tenía un aspecto y olía glorioso.

—Dale mis mejores deseos a Freya para hoy, ¿quieres? —dijo la florista, cuyo nombre Jules sentía que debería recordar. ¿Vanessa? ¿Serena?—. La recuerdo cuando era una cosita diminuta —añadió con nostalgia.

—Sigue siendo diminuta —confirmó—. Aunque tiene su genio cuando hace falta.

Era cierto; la risueña y encantadora Freya había demostrado una férrea determinación, logrando alcanzar el éxito en su carrera y resistiendo en cocinas duras y dominadas por hombres. Y ahora, tras una década en Francia, tenía su propio restaurante y se casaba con Finn, y su encantadora familia, que sería ahora también la de ella.

¿Y qué había conseguido Jules en ese mismo lapso de tiempo? Nada, básicamente.

—Ella y su madre venían casi cada semana a comprar un ramillete de flores sencillo —recordó la florista con ternura—. Narcisos en primavera, tulipanes después, girasoles más adelante… Una mujer encantadora. Qué pena que muriera así.

Entonces, Jules se sintió fatal por haber envidiado a Freya. Pocas personas describirían a su madre, Maggie, como «encantadora», y ella misma no conseguía evocar ningún recuerdo feliz de la infancia, como esas compras de flores… Pero, aun así, al menos tenía a su madre todavía. Debería llamarla pronto. Quizás la semana que viene. O la siguiente… No había por qué apresurarse.

***

Fue Finn quien abrió la puerta, tan guapo como siempre, con pantalones de raya diplomática y una camisa blanca impecable,

desabrochada en el cuello. Sostenía unos zapatos negros brillantes, que dejó a un lado para coger la caja de flores de manos de Jules.

—¿No está Freya? —preguntó Jules, confundida.

—Está arriba —le dijo Finn, con amabilidad. Parecía que ya había olvidado, o perdonado, que Jules le devolviera a su futura esposa tan descompuesta, tras la noche de discoteca—. Vaya, estas flores huelen increíble —añadió—. Ya que estás aquí… Espera un segundo…

Dejó la caja en el mostrador y desapareció por la puerta que conectaba la tienda con el restaurante. Volvió enseguida con dos copas de champán en una mano y una botella del mejor espumoso inglés en la otra.

—No deberías verla antes de la ceremonia —se alarmó Jules, adivinando sus intenciones. Si llevara perlas, se las habría agarrado al pecho.

—Tranquila. —Rio él—. He estado bien lejos. Y ahora te tengo a ti para llevarle esto.

Mientras hablaba, destapó la botella con destreza, quitando la jaula de alambre y deslizando el corcho con cuidado. Sirvió las copas, inclinándolas para evitar que hicieran demasiada espuma.

—Valentía holandesa —indicó, entregándole las copas—. No quiero que le entren dudas y se eche atrás.

***

—¡Jules! —exclamó Freya, encantada al verla.

Se levantó de su tocador para abrazar a su amiga de toda la vida.

Freya llevaba un camisón de seda color crema y ropa interior a juego; su pelo rubio recogido en enormes rulos de esponja. Su rostro, a medio maquillar, irradiaba alegría, y su entusiasmo era tan contagioso que Jules le devolvió la sonrisa mientras le pasaba una de las copas.

—¿Nerviosa? —le preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—¡No puedo esperar! —chilló Freya—. No quiero pasar ni un minuto más de mi vida sin estar casada con ese maravilloso hombre.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—En un momento puedes ayudarme a ponerme el vestido sin mancharlo con el maquillaje —le indicó Freya, haciendo una «O» con la boca, mientras se aplicaba otra capa de rímel con cuidado. Su piel era de porcelana, con un rubor delicado en las mejillas.

—Estás preciosa —le dijo Jules, sonriendo, mientras la observaba aplicar un color de labios casi imperceptible. Solo lo justo para completar el *look*.

Jules se sentó con cuidado a su lado para no moverle el brazo. Miró sus reflejos en el espejo, y observó su cara verde pálida junto a la radiante de Freya.

—No puedo creer que seamos lo bastante adultas como para casarnos, y todo eso —reflexionó.

—¿Verdad? —respondió Freya, girando la cabeza de un lado a otro y juntando los labios—. En serio, ¿qué opinas? Estoy intentando mantenerlo sutil. Finn no está acostumbrado a verme con tanto maquillaje y me da miedo que vea a una desconocida caminando hacia él, y salga corriendo.

Jules sonrió.

—No lo hará —la tranquilizó—. Está igual de impaciente que tú. ¡Uy! —dijo de pronto—. ¿Quién te va a llevar del brazo al altar? Me siento fatal, debería saber estas cosas…

Freya sonrió, serena.

—¿Deberías? —respondió con naturalidad—. Claro, habría sido mamá, y tú llevando la cola del vestido, pero lo hablamos hace unas semanas y el padre de Finn, que es encantador, se ofreció. Fue tan delicado al decirlo, pobrecito… Por supuesto, le dije que sí. Creo que se emocionó un poco —añadió, con un leve gesto de tristeza.

—Qué suerte tienes —indicó Jules con cierta nostalgia—. Son una familia encantadora.

—¿A qué sí? —dijo Freya, sonriendo—. La madre de Finn dice que no ve la hora de tener por fin una hija. —Sus ojos se oscurecieron por el dolor—. Es que…

—Lo sé —señaló Jules, rodeándola con un brazo y abrazándola

—. Lo sé. —Sí, definitivamente iba a llamar a su madre pronto. Se lo debía a Freya, al menos.

—Es solo que… a mamá le habría encantado saber que estoy feliz y asentada. —Suspiró, secándose cuidadosamente las lágrimas con las yemas de los dedos, para no arruinar el maquillaje recién aplicado.

Jules le contó lo que había dicho la florista, y Freya se animó de nuevo antes de volverse a emocionar.

«Este torbellino de emociones iba a ser agotador», pensó Jules. «Pero ella tenía que ser la fuerte hoy. Mantener el equilibrio de Freya era lo más importante».

Le colocó con cuidado el vestido de seda color perla con pedrería, por encima de la cabeza, evitando que el tejido rozara su rostro, y luego dio un paso atrás para verla.

—Estás deslumbrante —le dijo, y esta vez fue Jules quien se emocionó. Olfateó con determinación. «Fuerza», se recordó. Y, muy apropiadamente, parecía fuerte con su vestido amarillo de mangas abullonadas, que la hacían parecer una jugadora de rugby—. Aunque vas a pasar mucho frío, ¿no crees? —le preguntó a Freya con preocupación.

—Estaba pensando que tú serías la que tendría frío —le respondió Freya—. Pero mira, tengo esto —dijo, sacando de una percha un bolero a juego, de seda, con plumas de avestruz en los puños y el cuello, que enmarcaban su rostro con encanto.

—Perfecto —indicó Jules, poniéndose detrás de ella, mientras ambas se admiraban en el espejo—. Y yo estaré bien, no te preocupes. En Londres vivía en la casa más fría y húmeda de Hackney. Estoy acostumbrada. ¿Sin velo?

—Sí —contestó Freya, algo insegura—. Pensé que sería demasiado para una boda civil… —Frunció los labios, dudosa.

—Estás perfecta, tal como estás —la cortó Jules con una sonrisa, y mirando el reloj añadió—: ¿Vamos?

***

La preocupación de Freya por el frío resultó acertada mientras caminaban por la calle principal desde el piso.

Ella había insistido en que no tenía sentido contratar un coche de lujo para un trayecto de dos minutos hasta el ayuntamiento.

A mitad de camino, Jules tuvo que apretar los dientes para que no le castañearan.

La gente se apartaba a su paso, como si se abriera el mar Rojo, murmurando sonrisas de aprobación al ver a Freya —una novia radiante—, pasar con su falda levantada del suelo.

Jules sintió un orgullo casi posesivo al caminar a su lado, preguntándose si esto sería lo que se siente al ser la asistente de una celebridad.

Al girar en la calle del ayuntamiento, Jules se detuvo en seco y extendió el brazo para frenar a Freya.

—Es Finn, ¡no puedes verlo! —explicó con rapidez, y entonces vio otra razón para detenerse, pero esta vez mucho más personal.

Junto a Finn —luciendo un impecable chaqué y un narciso en el ojal—, estaba Roman.

Por supuesto.

—No me importa, quiero verlo —indicó Freya, alegre—. No soy supersticiosa. —Y entonces ella también se paralizó—. Uy… Roman es el padrino de Finn. ¿Te lo había dicho?

Ambas sabían que no lo había mencionado.

Simplemente, no había surgido.

Finn se había ocupado de sus cosas y Freya de las suyas.

«Por supuesto, si Jules hubiera hecho bien su trabajo», pensó, «lo habría preguntado, ¿no?».

Se dio cuenta de que Freya la miraba con ansiedad, con su dulce rostro nublado por la angustia.

—¿Cómo no se me ocurrió pensarlo? Tú y Roman, con todo el lío de las librerías… Tendría que habértelo advertido. Si lo hubieras sabido, no habrías aceptado.

—¿Qué? —logró decir Jules, forzando visiblemente una expresión neutra—. ¿Roman? Sin problema. De verdad. Y estás loca, jamás habría rechazado ser tu dama de honor. Jamás.

—¿De verdad?

—De verdad —le aseguró, apretándole el brazo y esforzándose por sonar segura y tranquilizadora.

Suspirando feliz, Freya enlazó su brazo con el de Jules y se dirigieron hacia los dos hombres.

Si Finn y Freya eran como dos imanes que se atraen, Jules y Roman eran los que se repelen.

Ignorada por Freya, ahora completamente centrada en su prometido, Jules se colocó a regañadientes al lado de Roman y trató de no mirarlo.

—Bonito vestido —comentó él, examinándola de arriba abajo con desfachatez—. ¿Cuándo tiene que devolverlo Big Bird?

—Bonito chaqué —replicó ella—. ¿De qué funeraria lo has sacado? O de pingüino —añadió—, ya que estamos con las aves.

Para colmo —y para su irritación—, su insulto era completamente absurdo. Roman estaba increíblemente atractivo con su chaqué, porque en los Montbeau era totalmente normal hacerse uno a medida en Savile Row por cinco mil libras, solo para estar perfectamente vestido en las bodas.

—¿Te parezco un hombre que alquila su traje de etiqueta?

—Creo que pareces un hombre que debería estar saludando a los invitados, y no insultando a la dama de honor —le gruñó Jules por lo bajo, antes de forzar una sonrisa para saludar a una pareja que, afortunadamente, había llegado justo a su altura en ese instante.

A partir de ahí, todo fue un torbellino de llegadas: hombres en trajes y mujeres con vestidos floreados, aferrándose a sus sombreros por culpa del viento.

El sol brillaba con fuerza, el ambiente era de euforia y —aunque Jules era hiperconsciente de la presencia de Roman a su lado—, no pudo evitar que se le elevara el ánimo.

Finn y Roman desaparecieron finalmente en la sala donde se celebraría la ceremonia, seguidos por los invitados, gentilmente guiados por un ejército de jóvenes de aspecto impecable que hacían de ujieres.

El silencio se instaló entre las dos mujeres, ahora solas en el vestíbulo de mármol.

—¿Estás bien? —murmuró Jules.

Freya asintió, sin sonreír, pero serena.

Jamás la había visto tan hermosa.

El encantador padre de Finn, Brendan, se unió a ellas, posando sus cálidas y pesadas manos sobre los hombros de ambas.

—¿Todo bien? —preguntó con su acento dublinés, que no había cambiado ni un ápice, pese a todos sus años en Devon.

Era sólido y confiable, el padre perfecto.

Brendan era la viva imagen de Finn, pero más robusto y canoso: un hombre apuesto, de ojos brillantes y amable sonrisa.

Jules guardaba recuerdos entrañables de él desde su infancia, cuando solía encapricharse de los padres de sus amigas, al no tener uno propio. El hecho de haberlo visto solo unas pocas veces no había impedido su fascinación.

Conmovida, notó que él la recordaba —o al menos fingía hacerlo—. Freya tenía tanta suerte, y, por la expresión radiante de su rostro, lo sabía.

El cuarteto de cuerdas comenzó a tocar los compases iniciales del *Canon* de Pachelbel, y Freya y Brendan se pusieron en marcha.

Esta llevaba su mano enganchada con confianza al brazo del padrino, y lo miraba, cada pocos pasos, buscando tranquilidad.

Jules les siguió, tres pasos atrás, tan concentrada en la espalda de Freya y en no pisarle la pequeña cola del vestido, que apenas registró las sonrisas y lágrimas de los invitados alineados a lo largo del pasillo.

En el estrado, Finn y Roman esperaban.

El rostro del novio estaba tenso por los nervios, pero Roman lucía relajado y completamente en su elemento.

Freya le sonrió a Finn, y Jules vio cómo sus ojos se suavizaban, colmados de amor, al mirarla.

«¿Alguna vez alguien la miraría así a ella?», se preguntó Jules.

Distraída por su melancolía, dejó que Freya se quitara sola la chaqueta con ribetes de plumas de avestruz, reaccionando tarde para cogerla junto con el ramo.

Luego, la pareja se colocó en el centro del escenario.

Finn, firme y sereno; Freya, resplandeciente de felicidad.

Parecían ajenos a todos los que los rodeaban.

Jules, en cambio, era muy consciente de Roman.

Hubo un momento incómodo cuando ambos tomaron sus posiciones detrás de los novios: Jules se comprimió en un espacio mínimo para evitar tocarlo accidentalmente.

La tradicional declaración de si alguien conocía algún impedimento para la boda fue seguida de un breve y tenso silencio. Cuando el oficiante continuó, una oleada de alivio recorrió a los presentes, seguida por algunas risas nerviosas que se apagaron con rapidez.

Después, Jules se perdió en la familiar solemnidad de las palabras. La garganta se le cerró y el calor le subió al rostro. Siempre había sido una llorona en las bodas. No había otra forma de describir sus ataques de llanto incontrolables. Pero hoy tenía que ser distinto, se dijo con severidad. Al principio, contar hacia atrás de siete en siete funcionó bastante bien, pero luego —con el murmullo del oficiante y las suaves repeticiones de Finn y Freya, mirándose fijamente a los ojos—, Jules se perdió:

—Para tener y mantener, desde este día en adelante…

La novia radiante, el novio apuesto, la unión de familiares y amigos como testigos, con una marea palpable de buenos deseos y emoción en la sala…

Jules trató desesperadamente de contener el tsunami de sentimientos, pero ya era tarde. Los ojos se le llenaron de lágrimas y la nariz comenzó a gotear como un grifo.

Intentó sonarse con disimulo, pero no fue suficiente.

Se llevó la mano al rostro para secarse los ojos, alarmada al ver que el rímel ya empezaba a correrse. ¿Por qué, por qué no había metido un pañuelo en la manga de ese espantoso vestido? Se secó torpemente, intentando coordinar pequeños sorbetones nasales con los momentos más ruidosos de la ceremonia.

«Un pañuelo, un pañuelo… Su reino por un pañuelo», pensó en vano, inclinando un poco la cabeza, como si así pudiera impedir que los mocos siguieran cayendo.

Y justo cuando se resignaba a limpiarse la nariz de forma indigna —y asquerosa—, con la manga del vestido; total, no iba a

empeorar su aspecto, vio por el rabillo del ojo un movimiento: Roman sacó el pañuelo de seda inmaculado de su bolsillo y se lo ofreció, sin apartar la vista de Finn y Freya.

Rechazarlo no era una opción.

Tragándose el orgullo, Jules se lo quitó con un leve tirón de entre los dedos y se secó el rostro con desesperación, horrorizada al ver cómo el blanco seda se manchaba al instante de maquillaje y mocos. Definitivamente, no iba a devolvérselo.

Capítulo 15

No había tiempo para correr al baño a revisar su cara.

En cuanto terminó la ceremonia, la gente salió de la sala charlando y riendo, cruzando el vestíbulo de mármol hacia el salón de baile, donde se celebraría el banquete de bodas.

La luz del sol de principios de verano inundaba la estancia, iluminando el papel pintado a mano de estilo chino y el suntuoso techo de estuco moldeado, con frescos clásicos de ninfas y querubines retozando. La sala daba paso a una gran terraza con balaustrada de piedra.

Jules se dirigió directamente hacia allí, esperando recomponerse fuera de la vista de los demás invitados.

La vista que se desplegaba ante ella, con los tejados de Portneath cayendo en cascada hacia el mar aguamarina, que brillaba a lo lejos, era mágica. Podía ver, sin problema, el techo torcido, de tejas hundidas, de Capelthorne's, y el elegante techo con claraboyas de Portneath Books justo debajo. Inspiró profundamente y se sonó la nariz con determinación, usando el pañuelo de seda de Roman. Luego frotó debajo de sus ojos para borrar lo peor de su rímel corrido.

Las tres puertas francesas estaban ahora abiertas y el aire estaba impregnado del olor meloso de las magnolias en flor. Incluso flotaban en el aire pétalos rosados, como confeti.

Todo era perfecto.

Jules no estuvo sola mucho tiempo.

Dentro, los invitados eran agasajados con copas de champán y canapés mientras se tomaban las fotos en la terraza. Un fotógrafo organizaba a los distintos grupos, colocándolos meticulosamente y luego despidiéndolos sin piedad.

Expuesta al viento, Freya se puso de nuevo su bolero de plumas. Mechones de su brillante cabello rubio se soltaban y se agitaban en torno a su rostro, sonrojado por la emoción.

Por turnos, Freya sostenía el ramo o se lo entregaba a Jules,

quien —con los labios ya azulados del frío—, se mantenía a su lado, siendo empujada dentro y fuera del encuadre.

A un lado, mientras se organizaba la parte del novio para su foto familiar, se permitió un temblor sísmico, que al menos le dio algo de calor. Cada vez que relajaba la mandíbula, los dientes le castañeaban, así que la apretó con firmeza, sonriendo con resignación mientras se limpiaba las lágrimas que ahora le provocaba el viento.

—Estás helada —susurró la voz grave y sedosa de Roman justo detrás de ella.

—Estoy bien —respondió Jules entre dientes, sin volverse a mirarlo.

—No seas ridícula —espetó él, y, segundos después, Jules sintió cómo el abrigo de Roman le era colocado sobre los hombros, aún cálido por su cuerpo.

El alivio fue tan grande, que tuvo que contenerse para no echar la cabeza hacia atrás y gemir de gusto.

—De nada —dijo él con ironía.

—Yo no te lo pedí…

—Lo sé. Solo póntelo, por el amor de Dios, mujer, antes de que cojas una pulmonía. Otra vez.

Jules lo miró de reojo, desconcertada. ¿Qué sabía Roman sobre sus enfermedades?

Por primera vez, se le ocurrió que quizás había sido él quien le dejó la cesta del *hot toddy*.

Le echó una ojeada, con la camisa arremangada y su chaleco gris paloma de doble botonadura. Estaba incluso más guapo sin el abrigo de pingüino, tuvo que admitir para sí misma, aliviada de que él no pareciera notar su escrutinio mientras entrecerraba los ojos por el viento, perdido aparentemente en sus propios pensamientos mirando hacia el mar.

***

Por suerte, la cercanía forzada entre Jules y Roman no se extendió al plan de asientos para el almuerzo.

Ya dentro, y con el abrigo de Roman de vuelta en sus manos, tras un gruñido de agradecimiento y sin mirarlo a los ojos, Jules tomó su lugar en el extremo de la mesa principal, agradecida de estar sentada entre el encantador nuevo suegro de Freya, Brendan, y un primo lejano de cabello fino y mandíbula inexistente.

La comida fue olvidable: gambas y salmón ahumado, seguido de pollo con una especie de salsa y un trío de postres pequeños —no a la altura de Freya, desde luego—, aunque ella, por lo que Jules pudo ver, casi no probó bocado.

Como Jules no había desayunado, y estaba aburrida, comió y bebió todo lo que le pusieron delante, mientras observaba, sin poder evitarlo, a Roman y a la mujer que claramente era su acompañante.

Era Cally, la glamorosa rubia de Nueva York.

Jules trató conscientemente de no torcer el gesto, mientras analizaba con total objetividad qué tipo de mujer era el estilo de Roman.

Pura pérdida de tiempo, obviamente.

Cally llevaba un vestido azul marino de escote barco, sencillo y sin adornos, pero tan caro como discreto. Sus brazos tonificados por el yoga quedaban perfectamente expuestos. Se reía y lanzaba su peinado de peluquería como si participara en unas olimpiadas de meneo de melena, riendo de forma encantadora ante todo lo que Roman decía o hacía.

Aquello, decidió Jules, era muy irritante.

Aunque a Roman no parecía molestarle en lo más mínimo.

El vino fluía, y el volumen de las conversaciones aumentaba a medida que la gente subía la voz para ser escuchada.

El estruendo y la deshidratación por el champán formaban una banda de acero en la frente de Jules, que amenazaba con transformarse en migraña. Deseaba desesperadamente estar en su rincón de lectura, en la acogedora salita de Flo.

Durante el café y los *petit fours*, Finn dio un discurso encantador, que hizo llorar a todos, seguido por risas y aplausos cuando se refirió por primera vez a «mi esposa y yo».

Jules se sentó al borde de la silla, nerviosa, cuando le tocó el turno a Freya, quien había estado ensayando su breve discurso durante días.

La animaba en silencio, mientras se terminaba otra copa.

Cuando Freya llegó a la parte donde mencionaba que deseaba que su madre estuviera allí, el llanto volvió a invadir la sala. Jules, con un esfuerzo hercúleo y toda su concentración enfocada en un macaron de pistacho, logró mantener la compostura esta vez.

El discurso de Roman —naturalmente—, fue impecable, ingenioso y perfectamente medido, incluso Jules tuvo que admitirlo. Se sentó rígida, forzando una sonrisa y mirando un punto justo por encima de sus ojos, cuando él alzó su copa para brindar por la dama de honor.

Jules se encogió por dentro bajo la mirada de toda la sala, muy consciente de su rímel corrido y su vestido espantoso.

Gracias al cielo, ella y Freya habían decidido que no daría un discurso. Era suficiente con que Freya rompiera moldes. Además, ya había discursos de sobra.

Y entonces —por fin—, terminó la parte formal del día.

Al planear el gran día, Freya y Finn habían rechazado rotundamente la sugerencia de Jules de hacer un baile nupcial coreografiado.

Finn lo consideraba exagerado y Freya estaba de acuerdo, más que nada por timidez.

Sin embargo, accedieron a dar vueltas lentamente por la pista, al ritmo de la versión de la banda en vivo de *I Will Wait* de Mumford & Sons, porque —le contó Freya a Jules—, era la canción que Finn le había cantado la noche que se besaron por primera vez.

Mientras Freya estaba segura en brazos de Finn en la pista de baile, Jules estaba desplomada en su silla, observando la abarrotada sala y suspirando de alivio por lo bien que había salido todo. Solo quedaban la disco y la cena…

De pronto, todo su campo visual se llenó de una camisa impecablemente blanca.

Al levantar la vista, vio a Roman de pie frente a ella, con la mano extendida.

—Es tradición que el padrino baile con la dama de honor en este momento —le dijo con una sonrisa.

—Estoy bastante segura de que acabas de inventarte eso.

—Te aseguro que no me lo he inventado —insistió Roman—. De todos modos —añadió, con la mano aún extendida—, no me dejes con la mano en el aire. Pensé que lo último que querrías sería montar una escena, con todo el mundo mirando. —Inclinó la cabeza hacia los invitados cercanos que —tenía razón—, los observaban sonriendo con expectativas.

—Está bien —espetó Jules, poniéndose de pie de mala gana y tomando su mano, lo que provocó aplausos entre los presentes.

Roman la condujo hasta el centro de la pista, sonriéndole a Freya, que giraba ensoñada, apoyando ya la cabeza en el hombro de Finn.

Lo siguiente que Jules supo fue que tenía el brazo de Roman firmemente alrededor de la cintura y su otra mano, sujetando la de ella, contra el lado izquierdo de su pecho. Podía sentir su corazón latiendo constante, bajo la impecable camisa blanca, mientras él la acercaba aún más.

Por un instante, Jules se sintió abrumada. Percibía su loción con aroma a lima y el movimiento de los músculos del pecho bajo la tela. Estaban tan cerca, que su calor corporal volvió a envolverla por segunda vez ese día, con una intensidad aún mayor.

—¿Ves? No está tan mal —murmuró él, mirándola desde arriba, con una sonrisa enorme, sus ojos azules chispeando con picardía y sus labios curvados en una expresión divertida.

«Dios santo, sus labios…».

Jules se quedó hipnotizada por su boca, preguntándose cómo sería ponerse de puntillas y presionarlos con los suyos. Estaba tan cerca, que podía ver la sombra de su barba, más oscura que por la mañana.

Al bajar la mirada, se topó con su ancho pecho, que se estrechaba hacia una cintura esbelta, y se mordió el labio con aprobación.

Por más que su mente le gritaba que saliera corriendo, su cuerpo le pedía acercarse más.

«Esa camisa estaba bien elegida», admitió. «Como su chaqué: diseñada para resaltar y no ocultar, un cuerpo marcado por el gimnasio».

En realidad, Jules pensó que debía pasar una cantidad embarazosamente narcisista de tiempo en el gimnasio para lucir así sin ropa. No es que ella lo estuviera imaginando sin ropa. Para nada. Maldición. Ahora estaba sonrojándose por sus lascivos pensamientos, y por supuesto Roman se dio cuenta.

Él rio y la atrajo aún más.

—De hecho —susurró con tono travieso en su oído—, tradicionalmente el padrino obtiene algo más que un baile de la dama de honor.

Jules se tensó. Justo cuando empezaba a verlo con otros ojos, él le recordaba por qué tenía razón al detestarlo.

—Eso —dijo con la voz cargada de desprecio—, es posiblemente lo más ofensivo que me has dicho nunca, y mira que la competencia es alta.

«Maldito».

Roman echó la cabeza hacia atrás y emitió otra carcajada, soltándola al terminar la canción, para girarse hacia Cally, como si Jules ya estuviera olvidada.

Despachada, Jules se recompuso y se alejó tambaleándose, deseando con desesperación llegar al baño para recuperar la compostura.

***

Dos horas después, Jules había bebido tanto champán, que la boca se le secaba y el sabor era agrio.

Había gritado conversaciones con varias tías irlandesas muy bebedoras y bailado con varios tíos, igual de borrachos —y lamentablemente manoseadores—, pero todo con tan buen humor, que Jules no podía molestarse de verdad. La extensa familia de Finn era un torbellino de diversión.

Alegando su incipiente migraña —lo cual no era mentira, especialmente con la música de la disco retumbando—, Jules gritó al oído de Freya que se iba a retirar.

—Haz que Finn te lleve a casa —gritó su amiga, preocupada.

—¿Para que no me asalten o secuestren en dos minutos caminando por Portneath High Street? Creo que estaré bien —respondió.

—¿Qué? —gritó Freya, llevándose la mano al oído.

—He dicho que… Bah, da igual… —le soltó a volumen normal, incorporándose y dándole una palmada en el hombro—. Estaré bien —le articuló con los labios.

Pero Freya no quiso saber nada y, cuando Jules fue a recoger su bolsito con las llaves de la mesa principal, Roman —no Finn—, la esperaba en la puerta para escoltarla a casa.

—No necesito un guardaespaldas —dijo Jules de mala gana mientras salían al bendito silencio relativo del vestíbulo de mármol.

—No, pero yo sí —indicó Roman—. Esa irlandesa vestida de verde, con la peluca torcida, quiere otro baile. Ya van seis, y la gente empieza a hablar.

Jules resopló, pero dejó de protestar. Tal vez era mejor simplemente dejar que la acompañara.

—Primero las damas —dijo Roman, sujetando la puerta abierta y haciéndole un gesto para que saliera al exterior—. Después de todo, podría haber algo horrible ahí fuera —añadió al aire.

—Ja, ja —respondió Jules, mientras él salía detrás de ella y, sin dejar lugar a discusión, le tomaba la mano y la enlazaba con su brazo.

Incluso con el odiado vestido amarillo, tuvo que admitir que formaban una pareja imponente, caminando por la calle principal, esquivando a los fiesteros del sábado por la noche, con Roman con su chaqué y corbata de seda azul, impecable.

—¿Tienes la llave? —preguntó al llegar a Capelthorne's.

—Por supuesto —respondió Jules, metiendo la mano en su bolso —. Ya puedes irte. ¿O quieres que te acompañe a casa?

—Quizás vuelva un rato más a la fiesta —admitió—. Aún hay chicas bonitas con las que no he bailado, y el bar no se ha quedado

sin Guinness, lo que es un milagro digno de Canaán. Esa familia irlandesa sabe divertirse.

—Pues ve —lo animó, con el corazón cayéndosele sin razón aparente, al pensar en Roman bailando con otras mujeres.

Por supuesto que lo haría. Y, si su reputación y la belleza de Cally eran indicios, cuando volviera a casa, no lo haría solo.

—Si no te importa, quiero asegurarme de que entras bien —dijo Roman, aparentemente decidido a no irse aún.

Jules también quería que se fuera. Tenía problemas con la cerradura y no necesitaba testigos. Debería acordarse de echarle aceite mañana.

—¿Problemas? —preguntó, observándola girar la llave en vano.

—Uy… —murmuró Jules, dándose cuenta.

—¿Qué pasa?

—Parece que tía Flo ha olvidado que yo estaba fuera y ha echado el pestillo.

—Déjame probar… —le pidió Roman, acercándose.

La llave giraba, pero no del todo.

—Tienes razón. Ha echado la doble cerradura —murmuró—. ¿Y si tocas el timbre?

—Ay, pobre… Supongo que tendré que hacerlo —se lamentó Jules—. Siempre se acuesta a las nueve, y ya casi es medianoche. Estará profundamente dormida. Y si la despierto, lo último que quiero es que baje medio dormida por las escaleras. Ya se ha caído una vez…

—¿Hay alguna entrada trasera? —preguntó Roman.

—Umm…, tal vez —respondió—. Están las puertas francesas de la oficina. A menudo nos olvidamos de cerrarlas, lo cual no importa mucho porque la puerta del callejón trasero siempre está cerrada. Cualquier ladrón tendría que escalar un muro de ladrillos de casi dos metros para entrar.

—Por suerte, el salto es uno de mis muchos talentos especiales —le dijo Roman—. ¿Dónde está el callejón?

—Va por el lateral de la heladería —le indicó Jules, señalando un pequeño y extraño arco de ladrillo, unos metros más arriba de la calle, que atravesaba la hilera de tiendas—. Luego es la puerta

pintada de negro, toda desconchada, en el muro, tres puertas más allá.

—Espera aquí —le ordenó Roman, quitándose el chaqué y, por segunda vez ese día, envolvió a Jules con él, para protegerla del viento que subía por la calle principal, directamente desde el mar.

Cansada, pero con el dolor de cabeza ya muy aliviado tras alejarse del bullicio, Jules se arropó con el abrigo, agradecida, y se recostó contra el escaparate de la tienda. El calor de la prenda —y, siendo honestos, todo el alcohol que había bebido—, la hicieron sentirse soñolienta, relajada y tranquila.

Por una vez, tal vez, estaba feliz de dejar que Roman tomara las riendas.

Capítulo 16

Medio dormida, Jules empezó a preguntarse si Roman se habría quedado atascado.

Justo cuando pensaba en ir tras él, se oyó un traqueteo y un clic: había logrado girar la cerradura y abrió la puerta de par en par.

—Madame —anunció, con una pequeña reverencia.

Jules se agachó para entrar a la tienda, bajo su brazo, quitándose el chaqué, mientras él cerraba la puerta tras ellos.

—Gracias —dijo, devolviéndoselo con una sonrisa genuina.

—Me gusta verte con el puesto —confesó Roman, mirándola fijamente. Jules, hipnotizada, encontró imposible apartar la mirada —. De hecho, simplemente me gusta verte —añadió, bajando la voz tan suavemente que Jules tuvo que inclinarse.

Quiso inclinarse en realidad, para acortar la distancia entre ellos.

Dio un paso hacia él, luego otro… Él permanecía completamente quieto, una mano sosteniendo el abrigo, la otra relajada a su costado. Sus ojos azul glaciar, con esas pestañas imposiblemente oscuras y espesas, fijos en los de ella, bajaron perezosamente a su boca y luego volvieron a subir, en un momento interminable.

El tiempo se detuvo.

—Quiero besarte —susurró ella.

Sus propias palabras le sonaron extrañas en el silencio.

Roman asintió levemente, invitándola, con el rostro serio. Aun así, no se movió, esperando que fuera ella quien diera el paso.

Recordó todas las historias que había leído sobre vampiros. Mortales. Irresistibles. Pero siempre necesitaban una invitación de su víctima dispuesta. Jules era la presa. Y, aun así, avanzó.

Apoyó las manos, con timidez, en la parte superior de sus brazos, con apenas un centímetro de aire entre sus cuerpos. Podía sentir el calor de él, y deseaba con todo su ser apoyarse contra su pecho. ¿Qué clase de locura era esa?

—Nuestras familias se han odiado durante siglos —susurró, cerrando los ojos y balanceándose levemente.

—Ya va siendo hora de sanar esa grieta, ¿no crees? —respondió él, en voz baja—. Los Montesco y los Capuleto, al fin unidos. Romeo y Julieta también se enamoraron, ¿no?

—Y mira cómo acabaron —murmuró, pero no se apartó.

En lugar de eso, se puso de puntillas y, con lentitud inexorable, rozó sus labios con los de él, sintiendo la aspereza de su barba, la suavidad aterciopelada de su boca, respirando su aroma: cabello limpio, las últimas notas de su colonia de lima y su calor animal.

Durante un largo momento, él la dejó explorar, hasta que —una vez su consentimiento quedó claro—, respondió. Primero con suavidad, y luego con firmeza, atrayéndola hacia sí y rodeándola con los brazos para evitar que cayera. La besó sin parar, hasta que el estómago de Jules dio un vuelco y la cabeza le dio vueltas.

—Jules, Jules, Jules… —murmuró Roman al separarse por fin, sacudiendo la cabeza con asombro—. ¿Es diminutivo de Juliet?

—Julia —le aclaró con una mueca. Siempre había odiado su nombre completo—. Pero nadie me llama así.

—Julia —repitió él, acariciándole la mejilla con un dedo—. Me gusta. Será mi forma especial de llamarte.

De pronto, a Jules empezó a gustarle mucho más su nombre completo.

—¿Qué significa esto? —preguntó, perdida en su mirada, notando por primera vez la pequeña cicatriz blanca que atravesaba su ceja izquierda.

Lejos de parecer un defecto, realzaba el efecto de sus profundos ojos azules, ahora casi negros, por lo dilatadas que estaban sus pupilas en la penumbra de la tienda, iluminada solo por la farola de la calle.

—No sé qué significa —respondió él, sonriendo con ternura—. ¿Todo? ¿Nada? Tú decides… Pero sé que me gusta. Y que tú me gustas, Julia. Aunque tu apellido sea Capelthorne.

El tiempo se desdibujó mientras se quedaban abrazados. Besándose.

—Debería irme —dijo él, al apartarse con un suspiro—. Es tarde. Estás cansada, y me esperan de vuelta en el ayuntamiento.

—No —protestó ella. Pero ¿qué era lo que quería?

Vale, lo que realmente deseaba era arrastrarlo escaleras arriba y comprobar por sí misma esos abdominales marcados que claramente escondía bajo su camisa blanca de batista.

Aunque eso no sería muy sensato, ¿verdad?

Con esfuerzo, deslizó los dedos por su pecho y se separó. Fue como hacer el mayor sacrificio del mundo.

***

Al final, Roman no regresó a la fiesta.

En su lugar, subió la colina para caminar de regreso a casa, en Middlemass. Necesitaba la oscuridad, el esfuerzo físico y la soledad. Sus zapatos negros de cuero rígido le provocaron ampollas, pero apenas lo notó.

Mientras caminaba, se reprochaba a sí mismo: ¿cómo había dejado que esto llegara tan lejos? ¿Qué demonios estaba pensando al besarla así?

Durante todos los años desde que recordaba haberla visto por primera vez, con aquel vestido de seda verde, nunca había creído seriamente que pudiera ser suya.

Pero nunca la había olvidado…

Así que, al reencontrarla hacía apenas unas semanas, se había sentido divertido al principio. Intrigado. Quizás incluso pensó en que la típica aventura superficial, a la que estaba acostumbrado en Nueva York, sería un buen pasatiempo para ambos, una compensación por haber tenido que regresar, contra su voluntad, a Middlemass.

¿No habría sido mejor quedarse lejos? ¿Cruzar el océano y mantenerse a salvo de todo esto?

Pero ahora, con su familia empeñada —una vez más—, en aplastar a los Capelthorne, ya no podía soportar más esa enemistad destructiva y absurda.

No la entendía.

No la compartía.

Pero ambos trenes estaban lanzados por la misma vía, directos a colisionar.

Y, aunque ahora admitía —por fin—, que se preocupaba por ella, no había nada que pudiera hacer para detener el desastre.

No. Era un desastre. Solo podía acabar mal. Solo podía acabar hiriéndola, y hacerle daño a esa mujer era lo último que quería en el mundo.

***

Jules pasó la mayor parte del domingo en pijama, agradecida de no tener que abrir la tienda.

Debería haber estado haciendo las cuentas y los pedidos, en realidad, pero no lograba concentrarse. Una y otra vez revivía ese beso, sintiendo sus brazos, ahogándose en todas las emociones que despertó.

Era un Montbeau, se repetía. Pero su corazón no quería escucharlo.

Tía Flo sabía que algo pasaba; Jules la sorprendía mirándola con una sonrisa enigmática más de una vez.

—¿Qué? —le espetó Jules durante el almuerzo.

—¿Qué, tú? —replicó Flo, alzando una ceja y esperando.

No consiguió respuesta.

—Cambiando de tema —prosiguió Flo, aceptando la derrota táctica por el momento—, ¿qué vas a hacer con tu madre el domingo que viene?

—Em… ¿y si les hacemos un favor a todos y no tengo nada que ver con ella en absoluto? —sugirió Jules—. ¿Por qué?

—Porque es el Día de la Madre, niña desagradecida —la regañó.

—¡Ajá! —dijo Jules, que en efecto lo había olvidado—. Será mejor que la invite a almorzar —comentó, frunciendo el ceño al recordar el estado de sus finanzas—. Preferiría invitarte a ti. Podemos ir todos al Middlemass Arms. Tú vendrás, para evitar que nos matemos, ¿verdad?

—Claro que no. No me necesitáis —dijo Flo—. Y si el Middlemass Arms es el plan, más vale que llames ya para reservar mesa. Tienen un nuevo encargado muy bueno, y últimamente están a reventar. Sobre todo los fines de semana. Ah, y he transferido algo de dinero a tu cuenta bancaria. No puedes alimentar a tu madre con aire, y ya era hora de que te pagara por todo tu trabajo.

—¡No tenías que hacerlo!

—No tenía, pero lo he hecho —indicó con firmeza—. Y no quiero oír ni una palabra más al respecto. El mes que viene habrá más. Y el siguiente también. El negocio puede permitírselo, y lo sabes.

***

«Flo tenía razón», pensó Jules más tarde.

A pesar del evidente desafío de Portneath Books, las cifras no estaban nada mal.

Charlie estaba haciendo un trabajo extraordinario con las subastas de libros de segunda mano en línea, y las ventas en la tienda de abajo también habían sido bastante buenas en las últimas semanas; el buen tiempo, y una ligera mejora en la economía, habían traído turistas en masa al pueblo, antes de lo habitual, y, con ellos, su poder adquisitivo.

Desde que Jules se había hecho cargo del marketing y las promociones, la afluencia de clientes era mayor que en el mismo periodo del año anterior. Estaba mano a mano con Portneath Books, en cuanto a presencia en redes sociales, y lo sabía porque les espiaba la cuenta de Instagram todo el tiempo.

Se preguntaba si Roman y aquella rubia —¿cómo se llamaba? ¿Cally?—, harían lo mismo con la de ella.

A la gente le había encantado la idea de hacerse *selfies* con el cartel de Capelthorne's y publicarlos en Instagram, con los hashtags Capelthornes e *independentbookshops*. Incluso algunos habían hecho videos para BookTok, mostrando sus últimas compras.

Jules inscribía todas las publicaciones en un sorteo semanal,

para ganar ejemplares firmados del autor que estuvieran promocionando, y cada semana había más participación que la anterior.

Muchas veces el premio era un libro de alguno de los —en su mayoría tímidos—, autores locales que habían autoeditado poesía o ensayos sobre la historia de la zona.

Flo siempre trataba de apoyarlos, cuando entraban con su obra maestra en las manos. A veces pedían hacer firmas de libros, cosa que Jules había aprendido a detestar por ellos, ya que pasaba medio día conversando con los escritores, para animarlos, mientras se sentaban con una pila de libros que casi no se movía.

Eso sí, el periódico local siempre estaba dispuesto a hacer un perfil, mencionando la tienda, y, en un par de ocasiones, Jules incluso consiguió una entrevista en la radio, preparando al autor, para que repitiera tantas veces el anuncio de su firma, que parecía tener algún tipo de Tourette literario.

«Sí, el marketing y las promociones no podían ir mejor», pensó Jules.

Con el trabajo hecho durante el día, estaba acurrucada en su rincón de lectura con la última novela de misterio: *Murder at Mass Time*. Pero, como siempre —y hoy más que nunca—, su mirada se desviaba constantemente hacia Portneath Books.

Estaba abierta, por supuesto, pero —por lo que Jules alcanzaba a ver—, gratamente tranquila.

No había ni rastro de Roman.

No es que estuviera mirando a propósito, pero un mensaje de texto o un WhatsApp no habría estado de más, ¿no? ¿Una mínima señal de que la pasión inconfundible de la otra noche no había sido un error colosal o, peor aún, una cruel manipulación?

¿La había hecho *ghosting*?

***

Cuatro días y contando —no es que estuviera contando—, y Jules

estaba fuera de la tienda con su confiable mesita de «ofertas especiales», centrada en el fabuloso *Murder at Mass Time*.

Era el cuarto libro de esa autora y tan bueno, que decidió poner también el debut con un descuento especial, esperando enganchar a nuevos lectores con la serie.

Las estrellitas de cartulina naranja fluorescente eran tan útiles, que no sabía cómo había vivido sin ellas.

Satisfactoriamente, apenas marcó el precio, la gente empezó a detenerse a mirar.

Tras enviar a otros dos clientes dentro de la tienda con sus compras, estaba enderezando las pilas de libros, cuando notó a un nuevo posible cliente frente a ella.

Al alzar la vista, abrió los ojos sorprendida.

—Hola, forastero —dijo con desdén fingido, sin poder ocultar del todo el reproche en su voz, mientras el corazón le daba un vuelco.

Roman estaba ojeroso, pálido, y con la mandíbula tensa.

—Tienes un aspecto horrible —añadió Jules, sin saber qué tan compasiva se sentía en realidad.

—La facturación es vanidad, y el beneficio es cordura —observó él, señalando con la cabeza sus etiquetas de precio con descuento.

—Si te vas a preocupar por algo, preocúpate por tus propios números, Montbeau —replicó tajante.

Eso le sacó una leve sonrisa.

—Tenemos que hablar —dijo, mirándola por fin a los ojos, para luego apartar rápidamente la vista, mientras tanteaba el libro de arriba en la pila, como si fuera a levantarlo, pero cambiando de idea.

Jules comprendía su dificultad para mirarla; mirarlo era insoportablemente abrumador. Sintió cómo el rubor le subía desde el pecho hasta el nacimiento del cabello, recordando su beso… Su abrazo. Todo.

—¿Café? —sugirió, señalando con la cabeza hacia la tienda de Freya.

Por supuesto, la imagen de un Montbeau tomando café con una Capelthorne encendería los rumores en el pueblo como la pólvora, pero qué más daba.

A Jules ya no le importaba.

Capítulo 17

—Lo de la otra noche… —dijo Roman con cautela, una vez que estuvieron sentados con sus cafés *flat white* delante y un cruasán de almendra para Roman.

Hizo una pausa, arrancó la punta del cruasán y luego se quedó mirando el trozo, con el ceño fruncido, como si hubiera olvidado qué hacer con él.

Jules no habría podido comer ni aunque le ofrecieran correr una maratón —no con el corazón latiéndole como lo hacía—.

Abandonando el cruasán, Roman empezó a juguetear con la cucharilla, sin mirarla. Luego, con un esfuerzo visible, la dejó en el platillo y levantó la vista, repasando su rostro, como si nunca hubiera visto a otro ser humano —como si él fuera Adán y ella, Eva —. Tenía la boca entreabierta, como preparándose para decir algo, que le costaba horrores pronunciar.

Jules asintió y suspiró por dentro. Sabía a dónde iba todo eso. Había esperado cinco agónicos días de silencio absoluto y ahora, viendo su actitud tensa, estaba claro que venía el discurso de ruptura.

Perfecto.

Aunque no le parecía perfecto.

—Soy una adulta —dijo—. Puedes soltarlo.

—No eres tú —señaló él.

«Ay, Dios», pensó Jules. «¿De verdad iba a soltarle un «no eres tú, soy yo»? ¿En serio?».

Su corazón seguía latiendo como un tambor, pero no respondió. Estaba aterrada de ponerse a llorar. Miró su mano sobre la mesa, que temblaba levemente con cada latido. La retiró discretamente y la metió en el regazo, fuera de su vista.

—Este asunto entre nuestras familias… —continuó Roman—. Es ridículo, lo sé… Alguna disputa histórica… Lo que sea…

—Ya, ¿y? —lo apuró Jules, deseando que terminara de una vez, pero sin evitar lanzarle un desafío inútil—. Hablaste de Romeo y

Julieta.

—Fui un idiota —admitió, con una leve sonrisa torcida—. Como tú misma señalaste en su momento, si mal no recuerdo. Hay fuerzas en juego —continuó, soltando un suspiro largo, mientras se recostaba en la silla. Se frotó el rostro con las manos—. Cosas que no puedo controlar…

De pronto, Jules no lo soportó más. Él estaba terminando algo que ni siquiera había empezado. No iba a dejar que se le escapara sin luchar.

—Mira —dijo ella—, competimos, lo entiendo… pero son nuestros negocios los que compiten. Eso no significa que nosotros, como personas, estemos enfrentados, ¿no? —le suplicó, olvidando, o al menos perdonando por completo su risa burlona durante aquel baile tantos años atrás. Era como si aquel niño pijo, engreído, que tanto había detestado en su adolescencia, nunca hubiera existido. Ahora lo conocía. Era amable. Era divertido. Y, que Dios la ayudara, estaba buenísimo—. Soy una mujer adulta —continuó—. Sé lo que hago, tú sabes lo que haces… ¿Quién dice que dos adultos que consienten no pueden contemplar algún tipo de relación, a pesar de lo que hagan para ganarse la vida? ¿Por culpa de una pelea entre un montón de muertos que ocurrió hace más de cien años?

Hubo un brillo en los ojos de Roman, una chispa diminuta de… ¿esperanza?

—Lo haces sonar tan simple —comentó, agachando la cabeza.

—Es simple —insistió Jules—. La competencia entre las tiendas es algo totalmente aparte de esto. Yo quiero ganarte. ¿Tú quieres ganarme? Es una contienda justa…, salvo porque yo soy mejor que tú, obviamente —añadió con una sonrisa pícara—. Y no me digas que no lo disfrutas, al menos un poquito.

Por una fracción de segundo, la expresión de Roman le confirmó que sí lo disfrutaba. Pero luego vio otra cosa: una desesperanza total, sombría, devastadora…, que fue sustituida de inmediato por su expresión habitual, neutra, inescrutable.

La intimidad y la conexión de aquel beso habían desaparecido.

Por completo.

Ahora le tocó a ella frotarse la cara con las manos. Presionó los

dedos contra sus párpados, hasta que vio estrellitas, mientras pensaba un momento.

—Tengo una idea —dijo al fin, dejando caer las manos y empujando su taza vacía a un lado—. ¿Por qué no seguimos con nuestras tiendas, compitiendo la una con la otra, como hasta ahora, sin concesiones, sin piedad, y luego, al final del día, cuando el cartel de «abierto» se gire a «cerrado», por qué no pasamos un rato juntos de tanto en tanto? Tú y yo. O con amigos. No tiene que ser nada serio. Podemos ver a dónde va esto. ¿Y la opinión de los demás? No importa. ¿Vale?

—¿Un romance de verano? —tanteó él, con una sonrisa irónica.

—Exactamente —afirmó Jules, aunque se sintió al instante desinflada.

«¿Eso era todo para él? ¿Una distracción temporal? ¿No tenía ya a la elegantemente fastidiosa Cally para eso?».

Se irguió un poco, canalizando a Flo para obtener fuerza interior.

—Una aventura de verano es exactamente lo que es —declaró con firmeza—. ¡Dios! ¿Qué te hace pensar que quiero algo más?

***

Roman se odiaba a sí mismo. Era débil, y —como resultado directo de su debilidad—, quien iba a sufrir, era la mujer a la que amaba.

Después, ella terminaría aún más herida de lo que ya iba a estar.

Todo, porque no había podido resistir el canto de sirena de fingir que todo estaba bien, solo para pasar un poco más de tiempo con ella, antes de que lo llegara a despreciar tanto como se despreciaba a sí mismo.

Iban a «salir». Se había acordado. Iban a «quedar». Nada serio. Sin compromiso. Solo unos meses de diversión, durante el verano.

Y luego… ella lo odiaría.

***

Fiel a su palabra, Roman le mandó un mensaje a Jules para que se uniera a él, y a unos amigos, para tomar algo el viernes en el Castle Arms.

Había redactado un «no, gracias», con el dedo suspendido sobre «enviar» durante un buen rato.

A decir verdad, Jules se había sorprendido gratamente al ver, en la boda de Freya, que los amigos de Roman habían mejorado bastante, pero la Jules adolescente, con el papel higiénico pegado al zapato, todavía pesaba. Además, odiaba entrar sola en bares, y especialmente en el Castle Arms, que solía estar repleto de multitudes ruidosas viendo el fútbol.

Al final fue Flo quien insistió en que fuera.

—No me da vergüenza admitir cuando me equivoco —le dijo a Jules—. Ese joven ha subido puntos en mi estima. Puede que estuviera en mi lista negra por abrir su tienda, pero, viendo nuestras cuentas, me enorgullece decir que Capelthorne's está más que a la altura de la competencia. Y él es decente y correcto al respecto, hay que decirlo. Ahora vete, niña. Eres demasiado joven y guapa para pasar el viernes por la noche en pijama, con la cabeza metida en un libro.

Roman debía haberlos preparado bien: Jules podría jurar que todos actuaban como si llevara años yendo a tomar algo los viernes.

Roman la rodeó discretamente con su brazo, apoyando la mano en su cintura, mientras ella aceptaba con timidez la oferta de bebida de Gabriel.

Ayudó que Jess estuviera allí, con una cálida bienvenida, un beso en la mejilla y la presentación de su pareja Aiden, a quien Jules había visto, pero no había hablado en la boda. Gabriel se disculpó por Imo, ya que Ruth estaba pasando por una fase difícil por las noches, y claro, Jules no tenía a Freya con quien bromear, ya que ella y Finn seguían de luna de miel.

Como era de esperar, la conversación giró en torno a la boda de Finn y Freya, con Ciaran teniendo que defender entre risas a todas

las tías y tíos irlandeses que se habían entregado a la celebración con tanto entusiasmo. La tía del vestido verde, la que había estado tan prendada de Roman, había desaparecido al final de la fiesta, y finalmente fue encontrada en los sótanos del ayuntamiento, durmiendo la mona en un armario de la limpieza.

—Escuchad, mi tía Breda es una leyenda —declaró Ciaran ante las risas—. Sus fiestas del Día de San Patricio han llegado a durar hasta el Día de la Anunciación —les dijo con orgullo—. Esa mujer me enseñó a beber sin hacer el ridículo. Siempre estaré agradecido.

—Lástima que no siguiera su propio consejo —le respondió Jess con picardía, pero sin malicia.

—Entonces, ¿qué tal el magnate empresarial? —bromeó Aiden con Roman—. Acaparando el mercado editorial en Portneath, supongo.

—Para nada —replicó Jules, ofendida—. Mis ventas subieron un ocho por ciento respecto al mismo período del año pasado, muchas gracias.

—Mis respetos —dijo Aiden, alzando su pinta en su dirección—. No solo una cara bonita.

—Ni siquiera una cara bonita —murmuró Jules, sonrojándose, pero la conversación ya había cambiado de rumbo, y gracias al cielo nadie los interrogaba abiertamente a ella y Roman sobre lo que fuera que tuvieran entre manos.

Con dos negronis encima, Jules empezaba a sentir que perdía el control de la conversación. Se encontró junto a Gabriel, con quien jamás había hablado, porque era demasiado alto, guapo y estirado, como para parecer accesible. Hizo esfuerzos por parecer interesada, le realizó una serie de preguntas, torpemente formuladas, sobre su trabajo como herrero artístico, y empezó a sentirse agotada por intentar mantener la charla.

Cuando él le preguntó por la librería, ella se lanzó a hablar de lo feliz que estaba de que Imogen fuese a ser la artista residente.

Entonces, él se animó mucho más, y su expresión se suavizó al hablar con orgullo de su mujer.

No necesitaba muchos ánimos, descubrió Jules, para hablar largo y tendido sobre lo increíble que era Imogen como artista,

escritora y madre. Fue un placer verlo ser el *fan* número uno de su pareja.

Jules se sorprendió mirándole los labios —casi no podía oír nada en el bullicioso ambiente del *pub*—, y pensando en lo bonito que sería tener a un hombre que hablara así de ella. Trató de imaginarse a Roman haciendo lo mismo, pero, admitámoslo, el material no daba para tanto.

No había mucho que alabar en alguien que solo vendía cosas.

Y eso era ella, ¿no?

Había intentado ser editora —incluso albergaba sueños privados de escribir su propio libro algún día—. Pero, afrontando la realidad: no había avanzado con ninguna de las dos cosas. No había boda en el horizonte, ni bebés hermosos como Ruth, ni progresos en su carrera, y encima había vuelto arrastrándose de su aventura londinense; casi nueve años de esfuerzo, sin nada que mostrar.

«No era precisamente un gran partido», pensó con tristeza, preguntándose qué —si es que había algo—, veía Roman en ella.

Se le revolvió el estómago. ¿Y si solo se estaba aprovechando de ella para obtener alguna ventaja comercial?

Se quedó helada.

Tratando de concentrarse en los labios de Gabriel, en un intento de comprender lo que decía, Jules sintió que el resto del local se desvanecía. El bullicio se volvió un zumbido sordo, y empezaron a bailar manchas negras ante sus ojos, cerrándole el campo visual, como si mirara por un túnel oscuro.

A través de esa niebla, surgió la voz clara de Roman:

—Tengo que llevarme a Jules a la cama —anunció, provocando una oleada de risas pícaras—. Idiotas —murmuró, mientras le tendía la chaqueta a Jules, para que se la pusiera, y luego le pasó un brazo por los hombros, para acompañarla hasta la calle.

La puerta se cerró tras ellos y ella inhaló el aire fresco de la noche, como si se estuviera ahogando. Luego —ajena a las miradas curiosas de los transeúntes—, se dobló hacia delante, con la cabeza entre las rodillas.

Al instante se sintió mejor, y agradeció el silencio de Roman y su falta de aspavientos.

Varios largos segundos después, se enderezó con cuidado.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Mientras la neblina se despejaba, Jules se concentró en su rostro preocupado.

—Sí, perdona. Me sentí un poco rara —admitió.

—Te has puesto pálida —le dijo—. Hacía calor ahí dentro, y ha sido una semana larga.

—Estoy bien —respondió con firmeza—. Puedes volver adentro.

—Ni pensarlo —contestó, tomándola del brazo, para prácticamente obligarla a caminar calle abajo—. Te vas a casa, y yo me voy a asegurar de que llegues bien.

Discretamente, refugiados en la entrada de Capelthorne's, Roman y Jules compartieron un tierno beso.

—Esto ha estado bien —señaló ella, alejándose al fin, con la mano apoyada en su pecho—. Tus amigos son agradables.

—Sí —asintió él—. Les has caído bien. A mí también. Ahora, ve a dormir un poco.

***

Más que llevar a su madre a almorzar, tenía la impresión de estar yendo al dentista a hacerse una endodoncia.

Con un hermoso ramo de tulipanes en la mano, del florista de la colina, Jules subió al autobús hacia Middlemass.

Era un hermoso día de primavera, y se alegraba de haber reservado una de las mesas con vistas al jardín del Middlemass Arms.

No dejó nada al azar: nada de lo que su madre pudiera quejarse, aunque Jules estaba segura de que encontraría algo. Pero no era la actitud adecuada, se dijo, sentándose más recta. Ella y Maggie tal vez elegían no verse demasiado, pero era su madre, era el Día de la Madre, y era —¿se atrevía a decirlo?—, agradable estar lejos de la tienda por un rato.

Y si, se había sentido destrozada por tener que rechazar la

sugerencia de Roman —mandada por WhatsApp esa misma mañana —, de dar un paseo hasta las ruinas del castillo y hacer un pícnic en la cima, era una mala hija por admitirlo.

Además, no tenía motivos para quejarse, porque Roman y ella se habían visto con bastante frecuencia.

—Vaya, esto está bien —le dijo Jules a su madre con valentía, mientras Colin, el dueño del *pub*, les llevaba platos repletos de comida.

Ambas habían elegido el asado dominical y Jules ya había observado los postres; le tenía echado el ojo a un *crumble* de ruibarbo rosado, con natillas cremosas, salpicadas de semillas de vainilla en la mesa vecina… Pero, al enfrentarse a una porción principal tan contundente, temía que el postre tuviera que posponerse.

Esa semana el asado era de cerdo de Hollytree Farm, camino arriba, les contaba Colin mientras comían. Con carne jugosa, enormes pedazos de corteza crujiente y todos los acompañamientos habituales.

Tenía motivos para sentirse orgulloso.

Hollytree Farm era principalmente lechera, explicó, pero la carne que producían era excelente, y carniceros de todo el país querían abastecerse allí. Los hermanos preferían, en cambio, proveer a *pubs* y restaurantes locales, incluido Freya's, aunque —como señaló Colin a las dos mujeres—, por suerte, haber sido compañeros de escuela de los hermanos fue suficiente para entrar en su lista de clientes, ya que no le apetecía casarse con ninguno.

—Hablando de amor —dijo Jules, retomando la conversación cuando Colin se alejó—, la tía Flo ha encontrado a un hombre encantador y, según ella, es un cocinero fabuloso. ¿No es genial?

—No hay peor tonto que un tonto viejo —bufó Maggie—. No me digas que se ha metido en una aplicación de citas en su vejez.

—Mejor que eso —dijo Jules, describiendo cómo se había desarrollado la amistad entre Flo y Graham—. Es un amor mutuo por los libros y la comida —añadió—. ¿No deberías alegrarte por ella?

—No he dicho que no —respondió Maggie, que bien podría haberlo hecho—. Pero, por favor, dime que no va en serio.

—¿Y por qué no? —preguntó Jules—. A mí me encantaría ver a la tía Flo con una pareja agradable —continuó con firmeza—. Se ha pasado décadas cuidando a todo el mundo. Ya es hora de que alguien la cuide a ella, ¿no crees?

—No dirás eso cuando se case con él y la última pizca de lo que queda de la fortuna Capelthorne salga de la familia —soltó Maggie, dando un gran sorbo de vino.

Estaba mirando hacia otro lado, o habría visto la microexpresión de absoluto desprecio en el rostro de Jules.

—No puedes pensar ni por un segundo que me importa lo que la tía Flo haga con su dinero después de que muera —señaló Jules, haciendo un gran esfuerzo por mantener un tono neutral y sereno—. Es asunto suyo. No tengo expectativas. Y tú tampoco deberías.

—Me sorprendes —dijo Maggie—. ¿De verdad no te molesta la idea de que tu querida librería se la quede otra persona? Solo el edificio debe valer unas seiscientas mil. Claro, no me imagino que el negocio valga mucho por sí solo… —continuó, tomando el silencio de Jules como señal de aprobación o, al menos, de interés—. Pero los Capelthorne no tienen casi nada a su nombre. Yo, por mi parte, espero llevarme algo cuando ella se vaya, porque no es agradable tener más de cincuenta y seguir pagando alquiler, como si fuera una losa. Tú eres joven. No tienes que preocuparte por acumular patrimonio, pero te aseguro que cuando llegues a mi edad, te empezará a importar muchísimo.

Era el momento de cambiar el rumbo de la conversación, antes de que una de las dos —vale, Jules— dijera algo de lo que se arrepintiera.

—Estoy saliendo con Roman Montbeau —anunció.

El efecto fue inmediato.

Maggie se quedó en silencio y cuando Jules alzó la vista, con aprensión, vio que su madre tenía la boca abierta por la sorpresa.

—¿En serio? —dijo Maggie al fin. Su voz había subido una octava.

—No, no «en serio» —indicó Jules, fingiendo malentender—. Es solo algo casual. Disfrutamos de la compañía mutua.

Lo cual, siendo honesta, era una gran subestimación del lío

emocional en el que se encontraba. Estuvo a punto de decirle aquellas tres palabras el día anterior, pero menos mal que no lo hizo.

—¿Quieres decir que de verdad estás saliendo con un Montbeau? —aclaró su madre, con el tono aún tan agudo que podría haber roto cristales—. ¿¡A pesar de que está tratando de arruinarte!?

—Es verdad, me molestó cuando Portneath Books abrió —admitió Jules—, pero, siendo justos, no tenemos derecho a tener el monopolio. Roman solo está haciendo lo que sabe. Trabajaba para una gran editorial en EE. UU. y tiene ideas de negocio que quiere explorar. Ideas interesantes, de hecho. Hemos hablado mucho…

—Tonterías —interrumpió Maggie—. ¿Dos librerías en un sitio del tamaño de Portneath? Es ridículo. Quiere sacarte a ti y a la tía Flo del negocio. Sin peros ni excusas.

Pero Jules se negó a dejarse intimidar.

—Es probable que Hay-on-Wye no sea más grande que Portneath, y tiene treinta librerías —dijo—. Tienen el festival literario, claro, y además cada librería ha establecido su propio nicho. Capelthorne's puede hacer lo mismo. Charlie lo está haciendo genial con los libros antiguos…

—¿Ese con el peto, la cabeza rapada y un aro en la nariz? —se burló Maggie.

—Charlie simplemente se expresa como le resulta auténtico. Nadie tiene un problema con eso… Excepto tú —señaló Jules con frialdad, perdiendo la paciencia—. Y los libros antiguos son algo totalmente único nuestro. Portneath Books no vende libros usados, y Roman no tiene planes de hacerlo. Me lo ha dicho.

—Ay, pobrecita, dulce e inocente ilusa —se mofó Maggie, dejando el cuchillo y el tenedor, para limpiarse la boca con la servilleta. Exudaba condescendencia, sazonada con veneno—. ¿De verdad piensas que ese tal Montbeau siente algo por ti?

—Creo que sus intenciones son honorables —soltó Jules, confundida, preguntándose por qué de pronto hablaba como si estuviera en una novela de Jane Austen. Debería haber recordado que su madre siempre lograba desequilibrarla—. No nos debemos nada. Es solo algo casual. Pero está bien —añadió, desafiante—. Y, por el amor de Dios, ¿no se está volviendo un poco ridículo todo

esto entre los Montbeau y los Capelthorne? Según lo que me ha contado la tía Flo, todo se remonta a una apuesta dudosa, o una deuda de juego, de hace literalmente cien años. ¿Qué demonios tiene que ver eso conmigo y con Roman, o con cualquiera de nosotros?

—Ha habido mala sangre entre las familias durante mucho más tiempo, y más recientemente, que hace cien años —insistió Maggie —. Ese padre suyo es de mi generación, ¿recuerdas? Es un pedazo de cabrón monumental, y no confiaría en su hijo ni aunque me pagaran.

***

Aunque era encantador caminar por la calle y encontrarse constantemente con gente conocida, la incipiente relación entre Roman y Jules era objeto de un intenso interés, lo que podía llegar a agobiar algunos días.

Ahora tenían una nueva rutina los miércoles, si el clima lo permitía: alrededor del mediodía, cada uno tomaba un almuerzo sencillo y lo llevaba, junto con un termo de té, hasta el final de la calle principal, donde las tiendas se acababan y comenzaba el cementerio que conducía a la iglesia.

La cripta de los Montbeau, con su tapa de piedra ancha y plana, era el lugar perfecto para hacer un pícnic.

«Las mejores vistas de Portneath» había declarado Roman, la primera vez que animó a Jules a subir con él. «Desperdiciadas en los muertos, ¿no crees?», explicó, señalando la escena ante ellos: una maraña de tejados rojos y grises formando una línea dentada, que llevaba la mirada colina abajo hasta el mar.

Ese día, tres días después del almuerzo con su madre, el sol brillaba cegadoramente, con un viento animado, que arrastraba hilos de nubes delgadas por el cielo.

«Era bueno salir del pueblo», pensó Jules, pasándole a Roman uno de sus sándwiches.

—Aún me pregunto qué pensarían tus antepasados de esto —dijo, dando unas palmaditas al mármol templado por el sol—. Faltarles el respeto a los muertos, y todo eso.

—¿Y qué mejor forma de vengarse de un Montbeau? —respondió él con picardía, robándole un beso.

—Ja, me vengo de ti cada semana —replicó Jules, dando un gran bocado a su sándwich y pasándole sus cifras semanales de ventas, escritas en un pósit, justamente para ese fin—. Léelo y llora, Montbeau —dijo con la boca llena.

—Bien —admitió, asintiendo con lentitud—. Pero no tan bien como esto —añadió, sacando un trozo de papel de su bolsillo superior, y poniéndoselo frente a la cara.

—Maldita sea, eso está bien. ¿Cómo lo has logrado?

Roman se tocó la nariz con el dedo.

—Puro talento —dijo—. ¿Cómo fue tu almuerzo con tu madre?

—Ay, por Dios —resopló Jules, al recordarlo.

—Tu madre es una tremenda pieza. —Rio cuando le resumió brevemente la conversación sobre Maggie y su negativa a que Flo tuviera novio—. ¿Y qué piensa de que tengas tú novio? —preguntó Roman, casualmente, pero su mirada era intensa.

—Sí, no está suavizando nada el odio hacia los Montbeau —admitió Jules—. Sobre todo, con tu padre, por alguna razón.

—Ni yo soy muy *fan* de él, algunos días.

—Umm… Me pregunto si ella y tu padre tuvieron algo en su momento —aventuró Jules.

Ya con los sándwiches terminados, se acurrucó en los brazos de Roman, con la espalda contra su pecho. El sol calentaba, pero en un sitio tan expuesto, el viento era frío.

—¿Algo? Sí, puede ser —aceptó, envolviéndola con su chaqueta —. Quiero decir, papá puede ser un imbécil a veces, y no voy a negar que fue un poco mujeriego cuando era soltero. Y tienen más o menos la misma edad, así que probablemente se conocían de jóvenes.

—Aunque, es de esperar que las familias no se hablaran entre sí —dijo Jules.

Roman se rascó la cabeza.

—Sí, pero siempre es trabajo de la siguiente generación rebelarse contra esas cosas, ¿no? Quizás el mal rollo actual se debe a que tu madre tenía un flechazo con él, y esta la rechazó. Incluso puede que se burlara. No me la imagino tomándose eso muy bien…

Jules se preguntó, con un vuelco en el pecho, si Roman estaba insinuando que ellos también estaban simplemente rebelándose contra el *statu quo*. La idea de que su madre hubiera sido humillada, le resultaba incómodamente parecida a aquella noche del vestido de seda verde. Incluso sintió una insólita punzada de simpatía por su madre.

—¿Ella sería su tipo? Quiero decir… ¿Soy yo realmente tu tipo? —se aventuró, buscando sin pudor una afirmación.

—Umm…, normalmente me gustan las mujeres altas —musitó Roman, provocativo.

—¿Estás diciendo que soy bajita?

—Lo llevas bien, pero sí. Eres menudita. Seamos honestos.

—O sea que, ¿tu preferencia son rubias altas, asumo? —lo pinchó, pensando celosamente en la esbelta y larguirucha Cally.

—O tal vez —canturreó Roman—, mi preferencia es este precioso pelo rojo —añadió, ignorando sus celos y enredando un mechón entre sus dedos—. No creo haber salido nunca con una pelirroja.

—Es «tiziano» —lo corrigió, altiva, pero sonrió, a pesar de sí misma.

—Lo que sea —murmuró Roman, bajando la cabeza para besarla en los labios—. Me encanta —dijo, contra su boca.

Eso la estremeció y, durante un buen rato, Jules no pensó en nada más.

—Bueno, volviendo al negocio —dijo al fin—. También le conté a mi madre la idea del festival literario. Sabes, deberíamos hacerlo, ¿no crees?

—Sí, tal vez —comentó, sonriendo ante su entusiasmo.

—Quiero decir, no este año —continuó Jules, animada—. Llevará tiempo organizarlo bien. Estaba pensando en otoño del año que viene, tal vez. Empezar en pequeño, obviamente.

Una sombra cruzó el rostro de Roman.

—Sí, tal vez —repitió, en voz baja.

***

El servicio de suscripción de libros para regalar —una idea de Flo—, estaba resultando un verdadero éxito entre los clientes adinerados, que tenían dificultades para pensar en qué obsequiar. Por un pago único, de doscientos cincuenta libras, o un pago mensual de veinticinco, el destinatario recibiría cada mes un libro envuelto para regalo por correo, seleccionado específicamente tras reflejar sus intereses.

«Era sorprendente», pensó Jules, «cuántos maridos de lectoras —porque eran principalmente hombres—, entregaban agradecidos el importe total del año de una sola vez, lo cual estaba resultando muy beneficioso para su flujo de caja».

—Es mi tarea favorita: elegir y envolver esos libros —dijo Flo—. Lo que me recuerda que eso está en mi lista para mañana. ¡Qué bien!

Cada mes, el primero del mes, la pequeña oficina se llenaba de cajas de cartón, bonitos papeles de regalo y cintas, y pilas de libros cuidadosamente seleccionados.

Flo contaba con «información privilegiada» sobre cada destinatario, cortesía del cuestionario redactado por Jules y completado por quien compraba la suscripción.

El perfil detallado, que hacían completar al comprador, era justo lo que Flo necesitaba para hacer su elección: a un amante de la naturaleza se le enviaba el diario de escritorio de la RHS —Royal Horticultural Society—, lleno de hermosas láminas botánicas en color; a alguien aficionado a la cocina y a la lectura se le mandaba el encantador y bellamente ilustrado *The Little Library Year* de Kate Young, lleno de recetas y textos para cada estación. Y no se trataba solo de libros nuevos; una mujer que había sido bailarina de niña, y recibió recientemente una edición antigua de *Ballet Shoes* de Noel Streatfeild, que Charlie había encontrado entre los libros del piso de

arriba.

Los comentarios de los agradecidos destinatarios habían sido excelentes hasta el momento, y estaban sumando nuevos suscriptores, a razón de varios por semana.

A Jules le encantaba haber encontrado una forma de aprovechar el don especial de Flo: ese instinto para escoger el libro perfecto para cada cliente. Estaba en el corazón de la magia de Capelthorne's.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó, enlazando su brazo con el de Flo y guiándola con suavidad hacia el piso de arriba. Flo trabajaría toda la noche si Jules la dejaba.

Capítulo 18

—Raro, ¿no? —dijo Charlie.

Charlie, Jules y Flo estaban reunidos en la trastienda, almorzando té y sándwiches de queso tostado, mientras atendían a los clientes.

Jules le había pasado a Flo la transcripción de Charlie del grimorio, para que la leyera, pero había tardado en hacerlo porque la tienda la tenía muy ocupada.

Finalmente, la había terminado la noche anterior y ahora estaban comparando notas.

—«Raro» es exactamente la palabra —dijo Flo, asintiendo—. Quiero decir, las recetas son fascinantes, pero ese final… Parece que se desintegra… Esos fragmentos extraños donde lanza maldiciones a diestro y siniestro, pensando que está hechizada, que hay espíritus malignos a su alrededor… Envenenando su comida… Estaba delirando, seguro. ¿No? —señaló, inclinando la cabeza.

—¿Crees que estaba enferma? —preguntó Charlie.

—Bueno, no creo que estuviera realmente hechizada, si es eso lo que preguntas —indicó Flo, más tajante de lo habitual.

—Parte el alma ver cómo esa pobre mujer se va desmoronando —dijo Jules, con los ojos vidriosos, llenos de lágrimas, sorprendida de sí misma.

Parpadeó con rapidez.

Era ridículo llorar por compasión por una mujer que, fuera cual fuera su destino final, estaba claro que había muerto hacía más de trescientos años.

—Y termina tan de repente —murmuró—. Quiero decir, he estado pensando que es ahí cuando muere y… ¿Sabes qué? Quizás ese estado mental extraño era parte de su enfermedad final.

—Tiene sentido —dijo Charlie.

—O —prosiguió Jules—, quizás la mataron. Quizás de verdad iban tras ella.

Cayó el silencio. Todos masticaban, pensativos.

—Podríamos intentar averiguar qué le pasó —comentó Jules.

—¿Cómo? —preguntó Flo.

—No lo sé, pero hay fuentes. Registros parroquiales, por ejemplo —tanteó Jules—. Podría preguntarle al vicario de St. Thomas, en la colina. Tú lo conoces, tía Flo, ¿podrías presentárnoslo? Iba a hablar con él de todas formas, para ver si su tumba está en el cementerio de la iglesia.

—No tengo la impresión de que nuestra Biddy Capelthorne fuera muy asidua a la iglesia —señaló Flo.

—No hace falta que lo fuera —continuó Jules—. Los registros de la iglesia deberían cubrir a todo el mundo. Era uno de los trabajos de la Iglesia, recopilar datos básicos para la Corona. Es decir, nadie más lo hacía. Esa es la única cosa útil que me enseñó mi asignatura de Historia. Así que pensemos… ¿Qué sabemos? Sabemos que estaba viva durante el siglo XVII y, asumiendo que la esperanza de vida media era de unos cincuenta o sesenta años…

—Con suerte —dijo Charlie.

Jules asintió.

—Lo sé, es complicado, pero hay que partir de alguna suposición. La última entrada con fecha en el libro es de 1685, así que, si es más o menos cuando murió, probablemente habría nacido en torno a 1620 o después. Y creemos que vivía en Portneath, posiblemente en este mismo edificio. ¿Podríamos buscar un acta de nacimiento? ¿Un matrimonio, quizás? Seguro que hay un registro de defunción.

—Esa segunda opción no parece probable —indicó Charlie—. No parece del tipo que se casa.

—Mujer sensata —murmuraron Flo y Jules al unísono.

Charlie les lanzó una mirada cómica de reojo.

—Vaya par de románticas empedernidas. —Rio, metiéndose el último bocado del sándwich y limpiándose los dedos grasientos con un trozo de servilleta.

—Podemos empezar por los registros de defunción —continuó Jules, entregando su plato a Charlie para que lo fregara—. A partir de 1685. No debería llevar mucho tiempo, a menos que haya cientos… Quiero decir, ¿hubo un brote de peste por esa época?

¿Podría haber sido algo como la peste negra lo que la mató? Aunque no creo que uno de los síntomas fuera pensar que tus vecinos te hechizan, ¿no?

—Creo que la peste mataba bastante rápido —sugirió Charlie—. Así que tal vez no fue eso, pero… ¿Sabes qué pasaba por esas fechas? —Las dos mujeres lo miraron, en blanco—. ¿Y si fueron cazas de brujas, quizás? —aventuró.

—¡Oh, los juicios por brujería! —dijo Flo—. Eso sí que sería increíble. ¿No había alguien que se hacía llamar el general cazador de brujas o algo así por entonces?

—El General cazador de brujas, Matthew Hopkins —dijo Charlie —. Solo estuvo activo un par de años. Creo que murió joven, a mediados del siglo XVII, en torno a 1640.

—Vaya, dos años… Qué poco tiempo —comentó Flo—. ¿Y ya era un experto?

—Autoproclamado —admitió Charlie con una sonrisa—. No le faltaba confianza. Escribió un libro muy famoso sobre cómo hacer una caza de brujas, llamado *The Discovery of Witches* —continuó—. En el mundo de los libros antiguos es básicamente como el Arca de la Alianza, así que las copias valen una fortuna.

—Desde luego, dejó su huella —reflexionó Jules—. Yo no sé nada sobre brujas, y hasta yo había oído hablar de él.

—Pero estaba en East Anglia —dijo Charlie—. Aunque viajaba un poco, no recuerdo nada sobre que llegara tan al sur, como Devon.

—Pero las fechas más o menos encajan, ¿no? —preguntó Jules —. ¿Un poco pronto, tal vez?

Charlie asintió.

—Dicho eso —continuó—, él inició un fuerte movimiento anti-brujas que continuó después de su muerte, así que los juicios por brujería podrían haber seguido ocurriendo en Devon más tarde, ese mismo siglo.

—Estás muy bien informado sobre todo eso —indicó Flo, visiblemente impresionada.

—Tuve una etapa friki de intereses raros cuando era niño —admitió Charlie—. Era toda esa moda de brujas, hombres lobo y

vampiros —dijo, algo avergonzado—. Era lo más, por entonces, en mi defensa. Además, ¿lo adiviináis? Me tomaba la saga de *Crepúsculo* de Stephenie Meyer súper en serio. Era un poco *geek*.

—Genial —soltó Jules—. Me impresiona la amplitud y profundidad de tu frikismo. Yo no pasé de los libros sobre ponis y colegios internos. —Pensó un momento—. Así que sí, hablaré con el vicario para ver dónde podemos encontrar registros antiguos y partimos de ahí.

***

La forma más fácil para que Jules entablara una conversación con el vicario sobre los registros parroquiales fue acompañar a Flo a la iglesia el domingo siguiente, lo que significó lamentablemente cancelar su habitual café matutino con Roman.

Dado el tiempo que llevaba alejada de todo lo religioso, Jules no sabía si sentirse impresionada o avergonzada cuando el vicario —el reverendo Martin Reeves—, la saludó por su nombre. Era un hombre amable de unos cuarenta y cinco años, con una esposa dulce, de aspecto maternal y tres hijos adolescentes, que se parecían notablemente a él, excepto por la barba.

Era Pentecostés y, dentro de la pequeña iglesia de piedra en la colina, los niños del colegio local habían pegado sus obras de arte —*collages* de palomas—, por todas las paredes. El sol de mayo se filtraba en diagonal a través de los vitrales, pintando abstracciones multicolores sobre los suelos de piedra, pero hacía un frío en la pequeña iglesia que hizo a Jules pensar en la cripta de los Montbeau de fuera.

Se alegró cuando la pequeña congregación regresó al calor de los rayos del sol, la mayoría con tazas y platillos en la mano, tomando un té aguado del hervidor que burbujeaba en la parte trasera de la iglesia.

Afuera, vientos racheados empujaban nubes en forma de bolas de algodón por el cielo, su Los ojos de Jules se iluminaron.

—Hay tumbas aquí que datan del siglo XIV —explicó—. Esa es la parte más antigua —añadió, señalando innecesariamente.

Era evidente dónde comenzaba el cementerio original, al oeste de la iglesia, donde las lápidas estaban dispuestas en filas sueltas, ladeadas de un lado a otro, bajo la sombra de dos antiguos tejos que custodiaban el camino. En la esquina más lejana, crecía un delicado mar de perejil de vaca hasta la cintura. Algunas lápidas más pequeñas, aún más antiguas, habían sido trasladadas en algún momento, porque el terreno se había reutilizado para nuevas tumbas cuando escaseó el espacio, imaginó Jules. Estas piedras estaban apoyadas en fila contra el muro perimetral de piedra al norte del cementerio.

—Las inscripciones están muy desgastadas, en la mayoría —admitió Martin, siguiendo la mirada de Jules—. Y luego, por supuesto, tienes la cripta de los Capelthorne al sur, pero estoy bastante seguro de que la inscripción más antigua es de principios del siglo diecinueve… De después de la época de Biddy Capelthorne, por lo que parece.

—Sí, eso creemos —asintió Jules—. Según lo que sabemos, probablemente murió alrededor de 1685. Si fuera así, ¿su cuerpo estaría enterrado aquí?

—Si vivía en Portneath, sí —confirmó Martin—. A menos que fuera una asesina —añadió riendo—. Si eras de «mala calaña», te colgaban y te enterraban en un cruce de caminos. —Sonrió ampliamente como si la mera idea le resultara encantadora—. Eso también te sacaría del registro parroquial, por supuesto. —Entonces notó la expresión horrorizada de Jules—. Seguro que no lo era —añadió—. Supongo que tengo una fascinación con la gente mala —admitió, con aire avergonzado—. El mal puede ser fascinante, ¿no?

—¿Qué cruce? ¿Cualquiera? —preguntó Jules, con un escalofrío involuntario.

¿Por qué sentía frío en la nuca? Seguro que era solo por estar de pie con las rachas de viento.

—Cada comunidad tenía su propio «cruce de la condena» —continuó Martin—. Y no sé con certeza cuál era el nuestro, pero creo que es bastante revelador que haya un «Camino del Verdugo» en

ese cruce, justo a las afueras de Portneath, en la carretera de Middlemass —dijo Martin distraídamente. Estaba saludando a alguien por encima del hombro de Jules, ya con la atención puesta en la siguiente conversación.

***

Jules envió a Flo a casa para que se resguardara del frío y pasó un rato breve estudiando lo que parecían ser las lápidas más antiguas, antes de regresar al piso para entrar en calor.

No tuvo suerte, aunque sí vio un par de tumbas antiguas de los Capelthorne, además de su lujosa cripta, con su mármol pulido y los ángulos tallados en las esquinas.

—Además —le dijo a Flo mientras almorzaban tarde—, no sabemos realmente si su nombre de pila era Biddy, Bridget, o si simplemente la llamaban así porque era una solterona y una mujer mayor.

—Qué divertido descubrir más sobre una antepasada —reflexionó Flo—. ¡Imaginad que realmente se sentó en esta habitación!

—¿La tienda ha estado en posesión de los Capelthorne todo ese tiempo? —preguntó Jules.

—Probablemente —indicó Flo—. Mi madre siempre me dijo que los Capelthorne tenían un montón de propiedades en Portneath, aunque ahora solo queda esta tienda y el piso, y, por supuesto, los Montbeau también han metido sus sucias manos en esto, si ese pago raro que tengo que hacer cada año significa algo.

—¿Es mucho?

—¡Dios, no! Solo cien libras al año. No es un alquiler propiamente dicho, según lo que entiendo del término —dijo Flo, vagamente—. Lo que me recuerda que tengo que ir a ver a nuestro encantador abogado para revisar ese asunto aburrido del contrato de arrendamiento pronto. Me envió otro correo hace un tiempo. Sigo olvidándolo y ya me está dando vergüenza.

—Estás demasiado ocupada pensando en tu galán —bromeó Jules.

Flo se acomodó el cabello, con un gesto de timidez.

—No sé de qué me hablas. Graham y yo solo somos amigos, unidos por nuestro amor por los libros y la comida.

—Y a los libros sobre comida. Hablando de eso, ¿esa copia de *The Library Year* que le dijiste que comprara? Llegó ayer por la mañana, pero se me olvidó decírtelo.

—¡Perfecto! —exclamó Flo, feliz—. Se la puedo llevar cuando vaya a almorzar con él mañana. ¿Está bien si me ausento de la tienda una o dos horas?

—¡Por supuesto! —dijo Jules con rapidez—. No tienes que pedir permiso. Charlie estará aquí para entonces, así que, no te preocupes. Lo pasaremos genial sin ti. —Le lanzó a Flo una sonrisa pícara.

—Gracias, querida. Me ha prometido cordero a lo Ottolenghi, con verduras asadas y un *gooseberry fool* de postre.

—Ah, la comida del amor —bromeó Jules.

—Amm… Demasiado mayor para todas esas tonterías —insistió Flo, sin mucha convicción—. Es solo un hombre muy amable y agradable. Buena compañía.

***

Jules había sido reacia a dejar a Flo con la tienda llena la mañana siguiente, pero su tía prácticamente la empujó por la puerta, para que fuera a tomarse un café con Roman.

Al final se fue, pero prometiendo volver a tiempo para la cita de almuerzo de su tía.

Capítulo 19

Como siempre, una vez tenían sus cafés delante, lo que más les ocupaba era el tema del negocio.

—Tía Flo lo está petando con nuestro servicio de suscripción de libros —le contó Jules, dando un sorbo a su perfecto *flat white*. Era información valiosa, pero todos los detalles estaban en la web de todos modos, y no pudo resistirse a presumir un poco. Le explicó brevemente cómo funcionaba el plan.

—¡Genial! —exclamó Roman—. ¿Puedo copiártelo?

—Ni hablar.

—Me parece justo —dijo, sonriendo—. Pero te vas a morir de envidia cuando te cuente mi última genialidad. Portneath Books se ha convertido en editorial.

—¿Ah, sí? —preguntó Jules, intrigada, aunque intentando disimularlo.

—Estamos organizando un concurso de poesía para todas las edades. Hay un montón de poetas por aquí, e incluso hay una sociedad de apreciación de la poesía en la biblioteca de Portneath.

—No tenía ni idea —admitió.

—¡Ja! —respondió Roman, triunfante—. Ya tenemos treinta y dos participantes. Jess está coordinando a los niños de sus escuelas, pero es una competencia aparte: elegimos al mejor de cada curso…

—¿Y luego qué? —preguntó con impaciencia, y algo dolida de que Jess hubiera decidido trabajar con Roman—. ¿El premio es una copia de *El tesoro de la poesía inglesa* o algo así?

—Mejor que eso —dijo Roman, sonriendo—. ¡Reunimos todas las entradas y publicamos *La antología poética de Portneath*! Todo con impresión bajo demanda, claro. La calidad hoy en día es increíble.

Jules asintió, fingiendo algo de desgana.

—Vale, es muy buena idea —admitió—. Venderías una copia a cada participante, y también a sus amigos y familiares, y solo para empezar.

—Exacto. Y haremos una gran presentación, con medios locales y todo ese rollo. Además, elegimos a un ganador absoluto, y le damos… No sé, una pila de nuestros últimos superventas. Podemos pedirles donaciones a nuestros editores favoritos.

—Qué majo —dijo Jules, sonriendo ahora con sincera aprobación—. Y podrías convertirlo en algo anual.

—Buena idea.

—De nada, serán sesenta billones de libras, por favor —indicó Jules, alzando la mano como si esperara el pago—. Pero lo que quiero saber es cómo tienes presupuesto para todo esto —añadió con envidia—. Tienes un respaldo serio de financiación, y no puede venir del beneficio, ¿no? No después de todos los gastos de apertura.

—Nos va bien —admitió Roman, más serio—. Pero sí, tengo algo de financiación de capital riesgo.

—¿Dinero familiar? —insinuó Jules. Sabía que era un poco injusto. Era bien sabido que el padre de Roman era más rico que Craso, y no precisamente discreto al respecto.

—En realidad, no —respondió, jugueteando con el asa de su taza vacía—. Me lo ofrecieron, pero lo único que quise de mi padre fue la oportunidad de alquilar el local. Necesitaba demostrarle que podía hacer esto, que había aprendido lo suficiente en Estados Unidos para sacarlo adelante sin su apoyo financiero. Además, si te soy sincero, mi padre no es tan millonario como le gusta aparentar. Me odiaría por decir eso.

—¿No os lleváis bien? —se interesó Jules.

Ella y Roman no solían hablar mucho de sus familias. ¿Para qué? Cuanto menos pensara Jules en su madre, mejor. Recordó con desgana que tenía otra comida programada en casa de su madre, el domingo. Al menos esta vez iría la tía Flo también.

—No, nos llevamos bien, supongo —respondió Roman con diplomacia—. Somos personas muy diferentes.

—Probablemente, sea mejor así —dijo—. No estoy segura de que me cayeras bien si fueras demasiado parecido a tu padre, por lo que he oído. Uy, perdón, ¡qué borde! —Se tapó la boca con la mano, pero Roman rio.

—A él le caerías bien —admitió este. Su padre no ocultaba su tendencia a encandilar a mujeres guapas—. No tengo prisa de que os conozcáis —añadió, tomando la mano de Jules y acariciándole el pulgar distraídamente—. Prefiero mantener mi vida personal alejada de mi familia todo lo que pueda.

—Si se parecen a mi madre, probablemente sea lo más sensato —indicó Jules.

—Son un mundo —asintió Roman, masajeándole los dedos uno a uno con el ceño fruncido, como si estuviera concentrado en ello.

Por fin levantó la mirada para encontrar la de ella. Como siempre, al cruzarse sus miradas, el estómago de Jules dio un vuelco.

—Me encanta esto —confesó Roman—. Hablar así. Del trabajo. De la familia. De todo.

La intensidad brillando en sus ojos azules. Serios.

—A mí me encan… —Jules dudó una fracción de segundo, y luego se echó atrás—. A mí también me encanta esto —dijo.

***

El día siguiente, la tienda estuvo agradablemente concurrida —demasiado como para dejar a Charlie solo—, así que no fue hasta mitad de semana que Jules pudo ir al registro civil en Exeter.

Era un edificio bajo y gris de los años sesenta, afortunadamente cerca de la estación.

Poco después de llegar, se encontraba instalada con un enorme *latte* de avellana, en una mesa de esquina, donde una amable señora de moño gris y gafas la había acomodado.

Tras un curso intensivo de cómo manejar el microfichero, Jules respiró hondo y se lanzó.

Con solo una vaga fecha de defunción como referencia, y deseando obtener una visión lo más completa posible, decidió empezar por el principio y buscar registros de bautizos de mujeres de apellido Capelthorne.

Comenzando en 1600, pronto acabó bizca y frustrada.

El texto era tan tenue y enrevesado —el párroco del siglo XVII no habría ganado ningún premio por su caligrafía—, que había llegado a 1612 sin rastro de ninguna Bridget, ni de ningún otro Capelthorne.

Estaba considerando seriamente salir a por otro café cuando tuvo su primer hallazgo.

La entrada decía:

«Veintiocho de abril, mil seiscientos diez. Reginald John Capelthorne, de High Street, Portneath. Causa de la muerte: hidropesía».

Fuera lo que fuese, sonaba doloroso.

Tomó con rapidez una foto de la entrada con el móvil y se recostó con un suspiro. Tenía sesenta y dos años. ¿Sería el padre de Bridget? Con seguridad era demasiado mayor… Más probable que fuera su abuelo.

Animada por el éxito, Jules siguió leyendo, usando un lápiz en horizontal para no saltarse ninguna línea sin querer.

Pronto fue recompensada.

Un tal Edwin Capelthorne se casó con Elspeth Winner en la iglesia de St. Thomas en mayo de 1612.

Aquello sí que era interesante.

Jules se imaginó la escena en la pequeña iglesia de piedra, en la cima de la colina: habría flores en los árboles frutales del antiguo huerto, junto al cementerio. Ese huerto ahora era diminuto, ocupado en parte por una gran casa victoriana llamada Orchard House. Tal vez el resto del terreno bajo la iglesia, en aquella época, fuera campos todavía.

Los edificios más antiguos de Portneath estaban junto al muelle, en la parte baja de la calle principal, y las partes más elevadas de la colina eran sobre todo victorianas y eduardianas.

La pareja debió salir de la iglesia junta, quizás bajo el sol de principios de verano, y caminar entre los dos tejos —mucho más pequeños entonces—, hasta el arco del cementerio, del brazo; quizás con amigos y familiares lanzando pétalos, como confeti…

En su ensoñación, Elspeth era ella misma, y Edwin tenía más

que un parecido pasajero con Roman…

Pero ya estaba bien, se dio un pequeño golpe.

¿Qué fue lo siguiente en la vida de aquella joven pareja, tantos años atrás?

Los hallazgos se estaban acumulando con rapidez.

Tuvieron una hija, Eileen, apenas un año después de casarse. Luego otro hijo, John Capelthorne, seguido de cerca por un segundo niño —Joseph—. Pero, para devastación de Jules, pronto encontró el registro de su entierro: Joseph había muerto con solo seis meses, de «la fiebre».

Por supuesto, la mortalidad infantil era brutalmente alta en esa época, pero se le hizo un nudo en la garganta al leer sobre el nacimiento —y después la muerte—, de tres hijos más de los Capelthorne.

Y no eran los únicos.

El registro estaba plagado de entierros infantiles.

En un año particularmente espantoso, murieron muchos niños y adultos con solo semanas de diferencia —todos por la viruela, presumiblemente—.

Jules empezaba a perder la esperanza de encontrar a su «Bridget» Capelthorne, y comenzaba a preguntarse si la «Biddy» que buscaban no sería en realidad un diminutivo de otro nombre. ¿Quizás era una de las niñas que ya había encontrado…?

Se le hundió el ánimo ante la idea de tener que volver a revisar todo desde el principio.

Y, entonces —casi desapercibido—, ahí estaba: el bautismo de Bridget Capelthorne en diciembre de 1621. Parecía ser la última hija de esa generación de los Capelthorne.

Una hora más tarde, Jules había logrado esbozar un árbol genealógico aproximado.

La historia que emergía era una de tragedia.

Elspeth tuvo un total de seis hijos con Edwin. Solo dos parecían haber llegado a la edad adulta.

¿No era eso demasiado poco incluso para aquella época?

Para la década de 1640, el hijo mayor, John, ya se había casado y comenzado a tener hijos propios. La única hija que sobrevivió,

Bridget, vivió más que sus padres y no parecía haberse casado, al menos según lo que Jules podía ver.

¿Cómo se había mantenido como mujer soltera en una época en la que eran los hombres quienes heredaban todo? Además, sus opciones educativas y laborales debieron ser muy limitadas.

Jules estaba cada vez más segura de haber encontrado a su mujer. No era de extrañar que se hubiera convertido en la sabia del pueblo, con sus remedios herbales y hechizos.

Tenía una imagen vívida de Bridget en su mente: una mujer fuerte, fibrosa, de cabello canoso, con vestido y delantal, recogiendo plantas medicinales y preparando sus remedios —esas tisanas, cordiales y tinturas del libro de hechizos—, en la misma casa alta y torcida donde Jules vivía ahora. En su imaginación, Bridget se parecía un poco a la tía Flo, y también la veía sentada frente a un fuego encendido, en una mecedora de madera, con un gato —igual que Merlin—, en su regazo.

***

—Umm… No era fácil ser mujer soltera en aquella época —reflexionó Flo, una vez que Jules la puso al día, y a Charlie—. Debió de ser dura, sin duda.

Los tres estaban almorzando en la pequeña oficina del fondo de la tienda, con los oídos atentos por si alguno debía salir a atender a un cliente.

—¿Y no hay rastro del registro de su entierro? —verificó Charlie.

—Revisé hasta final de siglo —confirmó Jules—. Aunque ya iba medio bizca, así que no estoy cien por cien segura de no haberme saltado algo. Parece que quizás nos equivocamos al suponer por qué dejó de escribir el grimorio. Tal vez simplemente envejeció y abandonó su labor. Aun así, es raro que no haya ningún registro de qué fue de ella. A no ser que se mudara a otro sitio, por alguna razón, lo cual significaría que estuve buscando en el registro parroquial equivocado… Y, si hizo eso, ¿por dónde empiezo? —

Entonces recordó los comentarios del párroco Martin sobre ejecuciones y entierros en cruces de caminos—. ¿Y si fue ejecutada? —preguntó en voz baja.

—¿Por qué? —exclamó Flo.

—No lo sé… Pero si la pena fue la ejecución, tuvo que ser por algo bastante grave. ¿Asesinato, tal vez?

—La mayoría de los asesinatos son de hombres matando a mujeres —afirmó Flo con firmeza—. Siempre ha sido así.

—Pero entendéis lo que esto implica, ¿verdad? —intervino Charlie, sin poder disimular la emoción en su voz—. Es otro indicio más a favor de la teoría de los juicios por brujería. Ejecutaban a las brujas, eso lo sé. Y, en cuanto a no ser enterradas en un cementerio cristiano… Si los asesinos eran desterrados, las mujeres acusadas de brujería, de rechazar el cristianismo y adorar al diablo, o lo que fuera… seguro que también las desterraban, ¿no creéis? —Jules y Flo se encogieron de hombros y asintieron. Charlie tenía un punto—. Esto es fascinante, Jules —añadió, alcanzando el árbol genealógico trazado a lápiz por ella, que había hecho con la información de los registros parroquiales—. Tengo que irme a trabajar al herbolario, pero mañana contactaré con mi amiga historiadora en la Universidad de Exeter, a ver si puede echarle un vistazo, ¿sí?

Capítulo 20

Era una somnolienta tarde de jueves y Jules se suponía que debía estar archivando papeles, mientras Flo atendía a los clientes, pero, aburrida, estaba haciendo *doom-scrolling* en el perfil de Instagram de Portneath Books.

Tuvo que admitir que esa tal Cally era realmente buena con el marketing en redes sociales.

Entonces lo vio:

—¡Maldita sea! —exclamó Jules, tirando el teléfono con irritación sobre el escritorio.

—¿Qué pasa? —preguntó Flo, entrando apresurada y alarmada.

—Raymond Perry —mencionó Jules—. También va a hacer una firma en Portneath Books la semana que viene, y está programada justo después de la nuestra.

«Ajá. Roman no había mencionado eso en ninguno de sus encuentros».

—¿Estás segura?

—Lo han publicado en su Instagram —respondió, mostrándoselo.

—Mejor «después» que «antes», ¿no crees? —sugirió Flo, mirando las horas en la publicación.

Jules suspiró.

Raymond Perry —autor de una serie de novela negra muy popular—, era una estrella editorial muy cotizada, pero famoso por ser complicado y malhumorado. Jules ya estaba nerviosa con tenerlo en la tienda, temiendo que cualquier espectáculo que pudiera montar no estuviera a la altura de sus expectativas. Ahora, además, tendría que compartir las colas de *fans* adoradores y —más importante aún—, las ventas, con Portneath Books. Y eran ingresos que no podía permitirse perder.

Entrecerró los ojos. Puede que ella y Roman estuvieran disfrutando de su compañía últimamente, pero la batalla entre las dos librerías no se había detenido.

De acuerdo.

Haría todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que Capelthorne's vendiera más ejemplares firmados que Portneath. Al menos ellos iban primero, así que tenían muchas probabilidades.

***

Treinta minutos completos después de la hora prevista, Raymond llegó a la tienda, dejando las disculpas a cargo de la representante editorial, una joven nerviosa que entró a toda prisa tras él.

A Jules le dio pena la pobre chica. Dios sabía que ella misma había estado demasiadas veces en esa posición. El estrés de tener que mantener contento a un autor diva la invadió de nuevo.

Instaló a Raymond en una mesa grande y bien visible, con una pila de libros, y más en una caja a sus pies, calmándolo con planes de almorzar en el restaurante de Freya más tarde, y ofreciéndole bebidas calientes y su elección de galletas, mientras tanto.

—Quiero agua caliente con una rodaja de limón —le indicó a Jules—. Y digo caliente, pero no hervida, y ni rastro de cal, por favor. De hecho, si puedes calentar agua mineral, preferiblemente Evian, te estaré muy agradecido.

—Lo siento muchísimo por el retraso —balbuceó la asistente, que resultó ser una joven de veintidós años, llamada Miranda—. No consigo que salga de ningún sitio a tiempo, y además se negó a firmar en la Waterstones de Exeter porque dijo que quería «descansar». En la oficina me van a matar si vuelve a hacer lo mismo aquí. Ya está murmurando que no quiere cruzar la calle después del almuerzo…

Jules se permitió desear por un instante la posibilidad —muy tentadora—, de que Raymond cancelara su firma con Portneath Books, pero al ver a la pobre chica temblando delante de ella, se apresuró a tranquilizarla.

—No te preocupes —le dijo—, le daremos un almuerzo espectacular y controlaremos el reloj con firmeza. El restaurante es

precioso, y lo dejará de buen humor, te lo prometo. Esta tarde será un corderito.

Siempre que no vendiera tantos libros para Roman como, con suerte, lo haría para Jules.

Inesperadamente, Raymond resultó encantador, siempre que Jules mantuviera un flujo constante de *fans* adoradores acercándose a su mesa. Cuando había una pausa, se ponía a firmar ejemplares sin descanso, lo cual era algo molesto, ya que Jules esperaba poder devolver el stock no vendido a la editorial. Una vez firmado, eso ya no era posible. Pero sería poco caritativo asumir que esa era exactamente su intención.

La firma transcurrió sin contratiempos, y, tras ella, Jules lo llevó, junto con Flo y Miranda, a un almuerzo —esperaba—, agradable en el restaurante de Freya.

Su humor mejoró aún más ante un entrante de cangrejo local, chuletas de cordero de Hollytree Farm, con guisantes fresquísimos, y una gran ración de la famosa *mousse* de triple chocolate de Freya, todo acompañado de casi una botella entera de vino espumoso local. También se bebió dos copas de oporto, junto con generosas cantidades de un delicioso queso azul de oveja, también de Hollytree.

Jules y las otras dos mujeres lo observaban boquiabiertas mientras devoraba todo, y no pudo evitar notar el parecido con el protagonista, gran bebedor y comilón, de sus novelas.

Jules lo acompañó personalmente a Portneath Books, donde Roman la arrastró al almacén para un rápido beso y una breve puesta al día.

—Es como un niño tirano, como casi todos —le confió Jules—. Suerte.

—¿Ventas? —disparó Roman, entrecerrando los ojos.

—Sesenta y ocho ejemplares —indicó, con tono triunfal—. Y bastantes ventas de catálogo también.

—¡Ja! —respondió Roman—. Diez libras a que te supero. Comparamos cifras cuando pase a buscarte a las siete. ¿Sigue en pie lo de esta noche?

El corazón de Jules se hundió. Era una cena en Middlemass con

algunos amigos de Roman. No podía negarse, pero prefería tenerlo para ella sola, y todavía recordaba el temor que le inspiraba de adolescente el «grupo guay», al que Roman siempre había pertenecido sin esfuerzo.

—Claro —afirmó—. ¿Llevo algo?

—No te preocupes por eso. Solo estate lista —respondió él, besándola de nuevo, pero esta vez en la frente, con ternura, antes de empujarla con suavidad de nuevo hacia la tienda.

Allí, Raymond estaba siendo expertamente encantado por Cally, que reía mientras él le contaba una y otra vez anécdotas sobre su propia genialidad.

***

Roman había sido completamente inútil cuando lo presionó para conocer el código de vestimenta para la cena de esa noche.

—No sé, algo informal —respondió vagamente—. Y estarás guapísima con lo que te pongas.

«¿Por qué preguntar siquiera?», pensó Jules, exasperada. «Tampoco es que tuviera un vestuario muy extenso entre el que elegir».

En su diminuta habitación abuhardillada del piso, colocó dos blusas, cualquiera de ellas pensada para combinar con los vaqueros viejos que ya estaba harta de ver.

Con el nuevo y modesto salario mensual de tía Flo recién ingresado en su cuenta, se había dado el gusto de comprarse una blusa verde preciosa, en la tienda de ropa de al lado. Era con los hombros al aire y volantes fruncidos, que realzaban su modesto pecho; el verde siempre combinaba bien con su cabello rojo y el verde de sus ojos.

Recién duchada, se puso la blusa, los vaqueros y unas zapatillas blancas muy usadas, pero recién lavadas. Se miró en el espejo de cuerpo entero, algo polvoriento, y pensó que no estaba mal, aunque seguramente no alcanzaría los niveles de elegancia y glamur de las

otras mujeres que estarían allí.

Se aplicó una capa de rímel negro y su barra de labios favorita. Nada de colorete; desde que estaba con Roman y salían a caminar con frecuencia, su piel había adquirido un brillo saludable… Junto con una proliferación de pecas que este había calificado de «absolutamente encantadoras».

Ignorando la instrucción de Roman de no llevar nada, Jules salió a escondidas a la floristería y compró un ramo de peonías, con sus gordos capullos, empezando apenas a abrirse. Sería como llevar leña al bosque, sospechaba, ya que la cena —como por fin había descubierto—, era en casa de Imogen y Gabriel: Storybook Cottage. El jardín, según se decía, era increíble, y muchas de sus partes estaban inmortalizadas en las detalladas ilustraciones que la artista hacía para sus libros.

Jules tragó saliva para calmar sus nervios.

La casa, escondida dentro de los muros del refugio que era la finca Middlemass Hall, era una preciosidad: una casa georgiana de dos plantas, con una amplia puerta azul cielo, bajo un pórtico cubierto de rosas y madreselvas en plena floración. Las exuberantes enredaderas se mezclaban con gruesas ramas retorcidas de glicinia, que colgaban sus conos lilas desvaídos por todo el frente de la casa. Era como una mansión de campo, pero a escala más modesta, con un estilo clásico palladiano que evocaba a la propia Middlemass Hall, situada al final del sendero. Un *cottage* que no tenía derecho a ser tan elegante.

Imogen abrió la puerta con Ruth en brazos. La bebé llevaba un pijama rosado con lunares, increíblemente tierno. Saludó a Jules y a Roman con un beso en la mejilla, encantada con las flores, y los condujo a la enorme cocina en la parte trasera de la casa. Era todo suelos de piedra con alfombras persas desgastadas y sillas desparejadas, alrededor de una mesa de pino, que claramente servía de superficie de trabajo, escritorio y comedor improvisado.

—Ya casi no usamos el comedor formal —le confesó Imogen a Jules, mientras liberaba con delicadeza la manita de Ruth, con un puñado de su pelo cobrizo y rizado.

Imogen también llevaba vaqueros gastados, para alivio de Jules,

junto a una preciosa chaqueta de punto bordada en color azul petróleo y los pies descalzos con las uñas pintadas. Como siempre, estaba guapa sin esfuerzo, con la cara limpia, salvo un toque de pintalabios.

La habitación estaba llena de actividad y Roman, para facilitarle las cosas a Jules, se encargó de las presentaciones:

—Simon y Genny —dijo, señalando a una pareja que charlaba junto a las puertas francesas que daban al jardín.

El hombre era rubio, altísimo y elegante, con facciones patricias. Jules sabía por su madre que era médico de cabecera y que Genny, su esposa, era profesora en la escuela del pueblo a la que ella misma había asistido. Con lo guapos que eran los dos, sus hijos debían de ser espectaculares.

Ambos fueron encantadores y amables de inmediato, sonriendo y acercándose a saludar.

—¡Portneath High! —exclamó Genny, señalándola—. Me acuerdo de ti, aunque yo estaba un curso por encima, ¿no?

—Encantada de volver a verte —dijo Aidan, saliendo de la despensa con otra botella de vino.

—Igualmente —respondió Jules—. Umm…, ¿ha venido Jess esta noche? Esperaba contar con ella como aliada.

—Está aparcando el coche —respondió Aidan, justo cuando esta entraba por la puerta trasera, y su cara se iluminaba al ver a Jules.

Esta murmuró algo idiota al verla y alzó la mano a medias para saludar, pero Jess no aceptó un saludo tan tibio y fue directamente a abrazarla con fuerza.

A los pocos minutos, tuvo que admitir una vez más lo fácil y agradable que se había vuelto todo con este grupo, ahora que estaba allí con Roman.

—Toma —dijo Jess, entregándole un vaso lleno de hielo, un líquido rojo brillante y una gruesa rodaja de naranja—. Es uno de los negronis de Gabriel. Letal, pero con uno solo te pones en modo fiesta.

Jules no estaba segura de querer estar en «modo fiesta».

De forma entrañable, Gabriel estaba embelesado con Imogen y su bebé, dando un beso a ambas, al pasarles otras dos copas de

negroni a los invitados.

—Ya estamos todos —comentó Imogen, balanceándose suavemente de lado a lado para calmar a Ruth, que empezaba a lloriquear—. Freya no pudo librarse esta noche y Finn está algo resfriado, así que prefirió no contagiar a nadie. Aunque, para ser sincera, parece que Ruth ya lo ha pillado. Me preocupa más que ella os pase los virus a vosotros, que al revés.

—Qué mona —señaló Jules, sonriéndole a la pequeña. No estaba segura de si los bebés le gustaban; no había tenido mucho contacto con ellos, pero Ruth era increíblemente adorable, con sus mejillas rosadas y sus enormes ojos azules, aunque esa naricita respingona y diminuta estaba un poco rosada y mocosa esa noche —. Tiene tus ojos —comentó Jules, por decir algo.

Imogen rio.

—Gabriel siempre dice lo mismo.

Jules miró a Gabriel, buscando el siguiente tema de conversación. También tenía el cabello oscuro, pero bastante ondulado, y era una suerte que la niña no hubiera heredado su ceño fruncido y ojos oscuros.

Imogen, captando al instante lo que Jules pensaba, rio de nuevo.

—¡Lo sé! No se parece nada a Gabe, pero eso es porque no es de él.

—¿Ah? —dijo Jules. Típico comentario metepatas, claramente.

—Estuve casada antes, pero, por desgracia, mi marido falleció —explicó Imogen—. Gabriel se ofreció a asumir el rol con toda generosidad —continuó—. Es un gran padre.

—¿La llevo arriba? —preguntó este, acercándose al grupo y demostrando la verdad de las palabras de su esposa. Los párpados de Ruth ya caían, y sus ojos comenzaban a perderse en el sueño.

—No estoy segura —dijo Imogen con ansiedad—. Tenemos el intercomunicador aquí abajo, ¿verdad?

—En la alacena —confirmó Gabriel—. Y Simon ya la ha revisado. Dice que solo es un bichito que ha cogido en la guardería. Estará bien.

—Podemos intentarlo —indicó Imogen, entregándole a Ruth,

pesada y blandita. Luego le explicó a Jules—: Le cuesta dormirse, porque está cargada de mocos, la pobre.

Aceptó agradecida el negroni que Simon le tendía, con un tintinear de cubitos de hielo.

—Menos mal que pensábamos cenar aquí esta noche —dijo Genny—. Nunca habríamos conseguido que Imo dejara a Ruth con una canguro estando enferma —añadió, sonriendo con comprensión.

—¿Tú y Simon tenéis hijos? —preguntó Jules.

—Pues… no, pero quizás algún día. Eso esperamos —respondió Genny.

Jules captó la mirada indescriptiblemente triste en los ojos de la mujer. Dios mío, ¿qué había dicho ahora? Incluso para sus estándares, la noche parecía un desfile de meteduras de pata.

Genny, desterrando la tristeza, sonrió con brillo forzado y añadió:

—Pero nos llevamos a Ruth bastantes veces, ¿verdad, cariño? —dijo, agitándole la manita a la niña mientras Gabriel pasaba con ella en brazos.

Simon rodeó la cintura de su esposa con el brazo y le dio un apretón.

—Sí —afirmó, con una sonrisa íntima y suave, solo para ella.

«Ay», pensó Jules. «Mi gran bocaza».

Miró a su alrededor, preguntándose de qué otra forma podía volver a meter la pata.

Seguía siendo un poco desconcertante ver a todos esos hombres que de adolescentes le parecían tan «ajenos», con sus bromas internas, su aire confiado de internado, su ropa estilosa y su pelo perfectamente despeinado, ahora todos adultos y asentados. Recordaba especialmente a Gabriel y a Roman, que habían sido mucho más sofisticados que cualquier chaval con acné de Portneath. Y sentía que ellos lo sabían también, de forma instintiva, en ese mundo brutal y adolescente de «supervivencia del más apto».

Ahora, estaban allí, todos con sus parejas, en un entorno completamente doméstico, y era curioso que tanto Imogen como Jess fueran «de fuera», notó Jules. Quizás solo mujeres llegadas de otros lugares eran consideradas suficientemente buenas para esos

hombres. Las chicas humildes y locales, como ella, no entraban entre sus planes.

Por supuesto que acabaría haciendo el ridículo esa noche. Era un hecho. Por suerte, ya estaban todos sentados, así que al menos no se desmayaría otra vez.

Alrededor de la mesa, todos disfrutaban de una divina *pizza* casera, rebosante de aceitunas, cebolla morada y queso de cabra. También había pan de ajo de masa madre —para quien quisiera más carbohidratos—, y una enorme ensalada llena de caléndulas, brotes de guisante y rúcula del invernadero de Imogen.

Mientras comían, la conversación fluía con naturalidad.

Por consenso tácito, las mujeres se aliaron un poco contra los hombres. Imogen y Jess fueron rápidas en bromear con Roman, invitando a Jules a unirse, cosa que hizo encantada, haciéndoles reír con historias del combate entre las dos librerías y —según ella—, la obvia superioridad de los esfuerzos de Capelthorne sobre cualquier intento de Portneath Books.

—Que gane la mejor tienda —brindó Jess, alzando su copa.

—¡Eso, eso! —dijeron los demás, levantando sus vasos.

—Gracias —saltó Jules, lanzando una mirada traviesa a Roman, pero él evitó su mirada, y su corazón dio un vuelco al ver la expresión apagada y desolada de su rostro.

Estaba claro que los demás también lo notaron: la conversación se interrumpió.

Jules, apartando los ojos de la desesperación evidente de Roman, bajó la vista a su copa, con el corazón latiendo con fuerza.

—Jules me ha fichado como escritora residente en su tienda dentro de un par de semanas —anunció Imogen, en un intento evidente de romper el incómodo silencio.

—Fabuloso —dijo Aidan, con un entusiasmo claramente fingido —. Entonces, Roman, ¿tú tienes una escritora residente, por casualidad? —bromeó.

Este se sobresaltó al oír su nombre, pero pareció sacarlo del trance.

—No tengo —respondió con un tono fingidamente jovial—. Me has pillado —le dijo a Jules, sin llegar a mirarla a los ojos—. Ha sido

una jugada astuta. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

—¡Bravo por Capelthorne's! —vitoreó Genny, y entonces, para alivio general, la conversación viró hacia las dificultades para conseguir un buen cuidado infantil, tema de Imogen, y la imposibilidad de obtener financiación para necesidades educativas especiales por parte del Ayuntamiento, tema de Jess.

—Entonces, ¿ya no vives en Middlemass Hall? —le preguntó Jules a Gabriel. Pensándolo bien, quizás tan inoportuno como preguntar a Genny y Simon por los hijos—. Storybook Cottage es muy bonito —añadió enseguida, antes de que respondiera—. Yo sé dónde preferiría vivir.

—Sí —dijo él—. La mansión no es nada acogedora para una familia. Preferimos más estar aquí.

—Es un nombre muy curioso —prosiguió Jules—. Storybook Cottage…

—Eso fue cosa mía —admitió Gabriel—. Mi abuela vivía aquí, cuando yo era niño. Yo vivía en la mansión y esta casa se llamaba entonces The Dower House, pero me encantaba venir a verla, y siempre me leía cuentos geniales antes de dormir, así que la llamé Storybook Cottage. Siempre pedía venir aquí…, y el nombre se quedó.

—Qué tierno —señaló Jules, encantada—. Apuesto a que eras un niño encantador.

—Lo dudo mucho —respondió Gabriel, pero sus mejillas se tiñeron un poco de rosa.

—¡Chicos, chicos! —anunció Jess, dando golpecitos con el tenedor en su copa—. Tengo noticias emocionantes. Gabe e Imo van a organizar un baile este otoño para recaudar fondos para mi fundación de alfabetización.

—¡Genial! Me encantan los bailes —saltó Genny—. ¿Y tú, Jules, te gustan las cenas de gala?

Esta intentó poner cara de entusiasmo, pero luego desistió. ¿A quién iba a engañar? Las fiestas elegantes con ropa formal eran su peor pesadilla. Su habitación 101 personal.

Negó con la cabeza.

—Estoy a favor de recaudar fondos para la alfabetización, pero,

con sinceridad, no entiendo por qué la gente hace bailes —admitió.

—A muchos nos gustan —dijo Roman con tono seco y sombrío —. Yo, por ejemplo, estoy bastante apegado a los míos.

—Ja, ja —dijo Jess—. Bueno, necesito que vengáis todos. Con nosotros, más Finn y Freya, tenemos nuestra mesa de diez. Luego quedan solo catorce mesas más por vender… a dos mil libras cada una.

—¡Madre mía! —exclamó Jules, pero Jess se mantuvo optimista.

—Lo sé, lo sé… Parece mucho —admitió—, pero Gabe tiene muchos clientes con dinero, en su negocio de herrería artesanal, y pensamos convencer a al menos diez de las empresas locales más grandes para que compren mesa. Ellos pueden invitar a sus contactos, clientes… A quien quieran impresionar. Esperamos que lo usen como evento de relaciones públicas. Hay mucho dinero en eso, si sabes dónde mirar —dijo Jess, con los ojos brillantes de entusiasmo.

—Y también hay que vender los patrocinios —añadió Gabriel—. Buscamos patrocinadores separados para cada elemento del evento: la recepción con champán, la cena, plato por plato, si hace falta. Cada uno obtiene su logo y una mención en el programa.

—Portneath Books cubrirá el vino de la recepción —intervino Roman, con mirada astuta.

¿Ciento cincuenta invitados a media botella cada uno? Jules, conteniendo una mueca, sintió un pinchazo de irritación. ¿O era envidia? No había forma de que Capelthorne's pudiera igualar eso.

—¿Incluye los canapés? —preguntó Jess—. Esperábamos contar con el equipo de Freya para eso. No es barata.

—Venga, va —dijo Roman—. La familia tiene un fideicomiso para este tipo de cosas.

«Claro que lo tiene», pensó Jules, intentando no fruncir el ceño.

—Si conseguimos patrocinadores para cubrir todos los gastos, entonces todo lo que recaudemos esa noche será beneficio puro —continuó Jess.

—¿Qué tipo de recaudación estabas pensando? —preguntó Genny.

—Oh, no sé… Una rifa, una subasta… Podríamos hacer una

subasta de promesas, tal vez —sugirió Imogen.

—¿Y una tómbola de libros? —intervino Jules con entusiasmo. Eso sí que era algo con lo que podía comprometerse—. Podríamos cobrar, no sé, diez o veinte libras por intento —explicó—, y hacer que cada boleto tenga premio asegurado. Capelthorne's podría aportar fácilmente ciento cincuenta libros —dijo, mientras la cara de Jess se iluminaba. Jules pensaba con astucia en todo el *stock* muerto que no podían devolver. Nada de desperdiciar. Estaban, para empezar, todos los ejemplares firmados de Raymond Perry—. ¿Qué te parece? —le preguntó a Jess.

—¿Un premio por invitado? ¡Brillante! —dijo Jess—. Con premio garantizado, estoy segura de que podríamos cobrar veinticinco libras por intento, con tranquilidad. Eso es… —Miró hacia la lámpara sobre ellas, calculando—. Pues son tres mil setecientas cincuenta libras de recaudación. Y básicamente sin coste… ¡Gracias, Jules!

Esta asintió, encantada de que Capelthorne's pudiera hacer una contribución visible.

«Ahí lo tienes», pensó, lanzando otra mirada a Roman, que ahora parecía más animado.

Él le sostuvo la mirada con una pequeña sonrisa tranquilizadora, pero ella no estaba convencida. Lo conocía demasiado bien. Había algo importante que no le contaba.

Capítulo 21

—¿Qué? —exigió saber Jules en cuanto estuvieron en el coche de regreso a Portneath.

Él no fingió no saber de qué hablaba.

—Es solo que me cuesta pensar tan a futuro como el «baile» —dijo—. Con… Bueno, contigo y conmigo.

Jules sabía que iba a ser una mala noticia, pero ¿esto? No se lo esperaba.

—¿Te refieres a si todavía vamos a estar juntos para entonces? —preguntó Jules, notando de repente que tenía la boca tan seca que la lengua se le pegaba al paladar.

—No es que… Solo digo… —empezó—. Es el futuro. ¿Quién sabe?

—Encantador —murmuró Jules, dándose la vuelta para mirar por la ventanilla.

Estaba oscuro. Todo lo que podía ver era su propio rostro pálido, y el de él, de perfil, detrás.

—¿Esto es una forma elegante de dejarme? —sugirió, esperando la respuesta.

—¡No! No es eso. No quiero… —Era evidente que estaba desorientado—. Solo que soy consciente…

—¿Consciente de qué? —lo interrumpió Jules, ahora enfadada —. ¿Consciente de que podrías cansarte de mí, supongo? ¿Es eso?

—No, por supuesto que no. —Golpeó el volante con el talón de la mano—. Nunca podría cansarme de ti, pero me preocupa que pueda pasar algo. Algo que te haga… cambiar de opinión sobre mí.

Ya estaban parando frente a la tienda, y Jules salió de un salto, lista para dar un portazo. Pero cambió de idea.

—Solo ten esto claro —dijo, inclinándose hacia la ventanilla—. Yo no voy a dejarte, Roman Montbeau. Si quieres librarte de mí, vas a tener que hacer algo mejor que eso. Si eso es realmente lo que deseas, vas a tener que enfrentarte a mí, como un hombre, y dejarme tú mismo.

Entonces cerró la puerta con un golpe y se alejó sin esperar respuesta.

***

Solo en el coche, conduciendo de vuelta a Middlemass, Roman se maldecía a sí mismo.

Bien hecho, había conseguido que Jules terminara la relación antes de que tuviera que hacerlo él.

Porque iba a pasar, estaba seguro de eso, y esperar a que ella empezara a odiarlo se le estaba haciendo insoportable.

Más difícil de lo que había imaginado.

Deseaba que ocurriera ya, para poder empezar a recomponer su corazón hecho añicos. Y ahora la había enfadado, cuando lo único que intentaba era explicarle que nadie sabe lo que depara el futuro.

Excepto que él sí lo sabía, ¿no?

***

—Tengo noticias —anunció Charlie a la mañana siguiente—. Más o menos.

—¿Sí?

—Mi amiga en la Universidad de Exeter, Brynlee Ann Roberts, ¿te suena? —Charlie alzó las cejas en señal de pregunta, pero Jules negó con la cabeza—. En realidad, es la profesora Brynlee Ann Roberts. Ha escrito un libro sobre las cacerías de brujas, tiene un pódcast… Todo ese rollo. Bueno, está preparando un artículo sobre unas «costumbres populares» raras, sobre todo en Cornwall. Le encantó la historia del grimorio, así que le envié la transcripción y dice que quiere vernos. Tiene «reflexiones».

—¡¿Oh…, qué?! —exigió saber Jules.

—No me lo quiere contar por teléfono. Voy a Exeter la semana

que viene para comer con ella. ¿Te apuntas?

—¿El Papa es católico? ¡Por supuesto! Tú también deberías venir —le dijo Jules a Flo, cuando apareció con una bandeja de té.

—Ah, no. Lamentablemente, no puedo este lunes —explicó Flo cuando le contaron la oportunidad.

—¿Cita con el aficionado a la cocina?

—Ojalá. —Sonrió Flo—. No, por fin he pedido cita para que nuestro querido abogado saque las escrituras y vea en qué punto estamos con esta tediosa renovación del contrato de arrendamiento. Tengo que estar allí al mediodía. Seguro que nos costará un par de miles resolver lo que sea.

Jules infló las mejillas. Era un pensamiento deprimente, pero estaba segura de que Flo tenía razón. Los temas legales podían ser caros.

—Para ser sincera, lo había estado postergando porque no teníamos fondos —continuó Flo—, pero el negocio va tan bien, que ahora es el momento, y ya no puedo seguir ignorándolo.

***

—No tienes por qué hacerlo —insistió Roman, tras conseguir acorralar a su padre durante el desayuno, en la enorme cocina familiar.

—¿Y por qué demonios no lo haría? —gruñó su padre, untando generosamente una segunda tostada—. Nosotros somos los dueños del terreno. Ellos no. Podrían haber ampliado el contrato de arrendamiento o habernos ofrecido comprar la propiedad, en cualquier momento, durante los últimos cien años. Habría costado solo unos miles, si lo hubieran hecho antes, pero no lo hicieron. Ahora es simple: o pagan, o pierden.

—Y tú básicamente obtienes un edificio gratis. Un edificio muy valioso.

—Visión empresarial, hijo —bramó Henry con entusiasmo—. Es la gestión hábil de los activos familiares la que pagó tu educación.

Esta casa. Todas las ventajas que tú y tu hermana disfrutáis.

—«Visión» y «gestión hábil» mis narices —explotó Roman, llevándose las manos a la cabeza—. Mi tataratío, o quien fuera, se lo jugó a una partida de cartas. No hubo ninguna habilidad. Solo fue una apuesta borracha y afortunada que salió bien. Bien por él —continuó, sarcástico—. Perfecto para seguir con la enemistad; seguir con el modo en que los Montbeau explotan a los Capelthorne. Para aplastarlos, humillarlos, arruinarlos… ¿Por qué lo hacemos? Seamos sinceros, nadie lo recuerda ya. Y así sigue…, otros cien años de odio.

—¿Y quién te ha llenado la cabeza con todas estas tonterías? —espetó su padre con desprecio—. Seguro que ha sido esa chica Capelthorne, ¿no? La hija de Maggie. Si se parece a su madre…

—¡Para! —gritó Roman—. Se llama Jules, y si te atreves a decir algo negativo sobre ella o su familia, salgo por esa puerta y, te lo juro por Dios, no volverás a verme. —Su madre jadeó, y Roman se volvió hacia ella—. Ma… —dijo con suavidad—. Tenéis que escucharme, los dos… La quiero. Es «la indicada».

—Cariño… —dijo ella, extendiendo los brazos, sonriendo con tristeza.

Roman fue hacia ella y la abrazó. Era tan alto, y ella tan menuda, que casi desapareció de la vista.

—Solo quiero que seas feliz —admitió contra su pecho—. ¿La traes a casa? Quizás tu padre entre en razón.

—¿Qué? ¡No! No voy a someterla a una inspección de esta familia —indicó Roman firme—. No a menos que me prometas que no vas a usar esa ridícula tecnicidad legal para quitarle los bienes a toda su familia. También estarías dejando sin hogar a una mujer anciana, arrebatándole todo lo que ha conocido, su medio de vida.

Su padre, que ahora parecía avergonzado, terminó su café en silencio.

—Lo siento, hijo —dijo—, pero es lo que es. Solo negocios.

***

Jules se moría de ganas de contarle a Roman las misteriosas novedades sobre la historia de Bridget Capelthorne, pero él había estado esquivo desde la pelea después de la cena en casa de Gabriel e Imogen.

Normalmente, ya habrían dado uno de sus paseos, o al menos tomado un café rápido en donde Freya.

Lo echaba de menos.

Las reuniones diurnas que compartían —encajadas como podían entre sus vidas laborales—, se habían transformado con rapidez en conversaciones espontáneas sobre todos los temas del universo. Cuando sus puntos de vista coincidían, Jules se sentía más validada —más vista—, de lo que se había sentido nunca en su vida. Y, cuando discrepaban, no recordaba haberse sentido nunca tan fascinada por la opinión de otra persona.

Y si todo eso sonaba demasiado serio…

Jules sonrió al recordar todas las veces en que se habían tomado el pelo mutuamente con ternura, mientras quitaba el polvo de las estanterías antes de abrir la tienda.

En un plano más romántico, también le encantaba pasar las noches en el apartamento de Roman, en la gran casa familiar de Middlemass, pero le daba vergüenza encontrarse con el resto de su familia, y había evitado quedarse a dormir. Además, no quería dejar sola demasiado tiempo a la tía Flo, en el piso de arriba de la tienda. No ahora, que tenía la costumbre de caerse y hacerse daño.

¿Quién habría imaginado que ella y Roman desarrollarían esto —lo que fuera que «esto» era—. Esta relación, tan fácil y a la vez tan intensa.

«Tal vez fuera esa sensación de que todo era «demasiado bueno para ser verdad» lo que tanto había inquietado a Roman», reflexionó Jules, empezando a sentirse culpable por haberse enfadado tanto con él.

Lo entendía.

Ella también lo sentía… Era como si su felicidad y buena suerte fueran más de lo que les correspondía; como si el destino tuviera guardado algún giro cruel, listo para arrasar su mundo. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, se trataba de una unión Capelthorne-Montbeau.

¿Cuándo había salido bien esa combinación en el pasado?

Pero ¿y si todo eso había terminado ya, por culpa de su enfado? Tal vez…, el silencio absoluto de cuatro días era una señal.

Su móvil vibró.

Roman:
¿Cena?

***

Roman había cocinado filetes con ensalada y patatas asadas.

Era su comida favorita, pero apenas comió, notó Jules.

En su lugar, ya iba por la segunda copa del vino que ella había traído; un tinto suave y con cuerpo que sabía que le gustaba.

Se sentaba, observándola mientras comía, con los ojos fijos en ella, sobre el borde de la copa, como si con la intensidad de su mirada pudiera retenerla frente a él. La vela entre ambos parpadeaba, acentuando las ojeras bajo sus ojos y los planos marcados de su rostro.

Sin comprender su estado de ánimo, Jules mantuvo una charla ligera: habló de Flo y su nuevo pretendiente, de las travesuras de Merlin, y del viaje que planeaban ella y Charlie al día siguiente, a Exeter, para averiguar más sobre el grimorio.

—¿Y Flo? ¿No va también? —preguntó, haciendo un esfuerzo visible por interesarse.

—Esperaba que viniera, pero dice que tiene que ir al abogado… Algo sobre el contrato de alquiler de la tienda —le contó, tomando su copa.

Jules volvió a cortar un trozo de filete, sin notar de inmediato el cambio repentino en el ambiente.

Pero, cuando levantó la vista, soltó un jadeo de sorpresa. Los ojos de Roman estaban llenos de lágrimas.

—¡Oh, no! ¡Por favor, no! —gimió ella, alargando la mano para coger la de él entre las suyas—. Siento muchísimo que discutiéramos. Eres mi mejor amigo. Por favor…, dime. ¿Qué pasa?

Roman bajó la cabeza un momento, y —cuando volvió a mirarla —, sus ojos ardían con tal intensidad que Jules volvió a jadear.

—¡Tenemos que irnos! —dijo—. Tenemos que marcharnos de aquí, salir de Portneath y no volver jamás… Tú y yo… Podemos casarnos, si quieres. Lo que tú quieras, pero, por favor, vámonos, ¿sí?

—¿Qué quieres decir? ¿Cuándo? ¿Cómo? —susurró, levantándose y rodeando la mesa hasta arrodillarse a su lado, para mirarlo a los ojos sin soltar su mano.

—Esta noche —respondió con vehemencia—. No vuelvas al piso. Lo que necesites, lo compramos de camino. A donde quieras ir, iremos. Pero juntos, los dos, para siempre. Sin familias, sin Portneath, sin Middlemass… Todo fuera. Di que sí, ¡te lo ruego! —Le apretó la mano con tanta fuerza que casi le hizo gritar.

—Yo… No puedo simplemente irme —le indicó Jules. Ahora también lloraba, contagiada por su desesperación—. Tengo que cuidar de la tía Flo, la tienda… Tú tampoco puedes marcharte —intentó razonar—. Mira, esto que pasa entre nuestras familias, podemos solucionarlo. Solo tenemos que decirles que estamos juntos. Tendrán que aceptarlo. Mi madre lo acabará entendiendo —dijo, aunque ni ella misma se lo creía.

—Entonces, ¿no vendrás conmigo? —Agachó la cabeza otra vez. Su rostro era ininteligible a la luz de la vela.

—No es que no quiera. Es que no puedo —insistió Jules con dulzura—. Quiero decir, sí, sería maravilloso viajar. Lo haremos, seguro —añadió, con ánimo—. Tal vez el año que viene. En primavera, ¿vale?

Fuera lo que fuera esto —esta angustia—, pasaría. Estaba segura. Lo que importaba era que se amaban. Ahora lo veía con claridad. Ella lo sentía, él lo sentía. Eso era lo único que importaba.

Todo iba a salir bien.

Jules insistió en llamar a Terry, el taxista, para que la llevara a casa.

Roman había estado bebiendo y estaba agotado. Su fatiga lo volvía irracional, decidió ella, y no tenía sentido lo que decía.

Se fue, prometiéndole que volvería a verlo a la noche siguiente,

para contarle cómo había ido la reunión en Exeter. Eso lo distraería de… lo que fuera que estuviera ocurriendo. Estaba segura.

***

—Me *encanta* el grimorio —dijo Brynlee, la amiga de Charlie, cuando se encontraron en la biblioteca de la universidad.

Con su pelo rosa y múltiples *piercings*, no era lo que Jules imaginaba como profesora, pero era rápida, cálida, divertida y simpática.

Jules entendió al instante por qué sería perfecta para un pódcast, y se prometió buscarlo.

—Es uno de los mejores que he visto —continuó—. Además, hay contenido que guarda mucha relación con un par de grimorios a los que he tenido acceso, que datan de una época parecida. Hay evidencia clara de comunicación y de intercambio de remedios; quizás por la transmisión oral de información entre generaciones. Estoy trabajando en una tesis que plantea que estas «mujeres sabias»… —Hizo comillas con los dedos—. No me gusta llamarlas «brujas», porque puede ser peyorativo. Que compartían ideas entre ellas como profesionales, lo que es increíblemente generoso si consideras que «a», competían por los mismos clientes, y «b», la mayoría nunca se alejaba más de cien kilómetros del lugar donde nacieron.

Jules escuchaba, cautivada. Era su propia antepasada. Una Capelthorne.

Brynlee prosiguió:

—Y lo que *realmente* me encanta es que no es solo un libro de hechizos, sino también una especie de diario. Esos pasajes del final, cuando se pone un poco raro… Es como estar dentro de la cabeza de esa pobre mujer. Asombroso. De hecho, he visto algo parecido en otros casos, y tengo mis teorías… Pero sí, es un hallazgo fabuloso.

—Esos últimos fragmentos son difíciles de leer —admitió Jules —. Me encantaría saber qué pasó. He buscado por todas partes —

confesó—. No encuentro ningún registro de su muerte o entierro, pero, obviamente, murió, así que ahora me centro en por qué no lo he encontrado. ¿Charlie te dijo que busqué también en las lápidas del cementerio local?

Brynlee asintió.

—Bien hecho —afirmó—. Esa habría sido mi siguiente pregunta. Así que…, tengo una teoría…

Hizo una pausa, evaluándolos a ambos.

Jules fue la primera en romper el silencio.

—¿Qué? —preguntó.

—Mira, antes de decir nada más, hay alguien a quien me gustaría involucrar en esto —continuó Brynlee—. Conozco a un tipo, un colega con el que colaboro de vez en cuando, que domina todos los registros archivados en Exeter de aquella época. No solo nacimientos y defunciones, también registros judiciales. Podrían ser relevantes si Bridget tuvo algún contacto con el sistema judicial, en la medida en que existía en aquellos días. Voy a contarle todo lo que sabemos sobre Bridget Capelthorne, a ver qué consigue averiguar. Si no encuentra nada, entonces… —hizo una pausa para mirarlos a ambos.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Jules.

—Entonces no estoy segura de que haya mucho más que podamos hacer —admitió Brynlee.

***

De vuelta en el tren, Charlie se sumergió en revisar las últimas ventas de libros antiguos en su móvil, lo que le dio a Jules la oportunidad de pensar mientras miraba por la ventanilla.

Inevitablemente, tenía la mente ocupada con la conversación que había tenido con Roman la noche anterior. Había sido tan intenso, tan convencido de que los dos debían cortar por lo sano, dejar Devon para siempre… Incluso casarse.

No había sido exactamente la propuesta más romántica que

había oído —si es que lo era—, pero, al recordar aquel extraño momento, Jules se dio cuenta de dos cosas importantes:

La primera, que estaba absoluta y profundamente enamorada de Roman. Y era más que una simple fascinación provocada por el hecho de que, como Montbeau, era un «fruto prohibido».

Era mucho más que eso. Lo sabía con certeza ahora.

El amor —se dio cuenta, mientras el tren cruzaba el agreste paisaje de Dartmoor camino de la costa—, no era solo un corazón acelerado y atracción física. Era un brillo constante. Una alegría serena. Él era su persona, mientras ambos vivieran. En lo bueno y en lo malo, en las subidas y bajadas, iban a vivir sus vidas juntos.

Y parecía algo tan correcto…

Era como si una burbuja de felicidad le creciera en el pecho, y tenía que contenerse para no soltarle a Charlie lo que sentía.

Pero la otra cosa que había aprendido y que veía con claridad, desde la primavera en que había llegado, era que *Devon era su hogar*.

Su corazón estaba en Portneath.

El negocio, la tía Flo, ese paisaje precioso, el mar… Incluso su madre, complicada como era. ¿Que había una enemistad entre las dos familias? ¿Y qué? Ella y Roman superarían eso juntos. Llevarían sus negocios, unirían sus vidas, formarían una familia para asegurarse de que las futuras generaciones de ambas familias estuvieran al fin unidas.

El resto de la vida de Jules se le presentaba ante los ojos, tan claro y tan seguro.

Y Roman no era el único que podía hacer una propuesta de matrimonio.

No habían hecho ningún plan para verse esa noche, pero sabía que él trabajaba desde casa.

Iba a ir a verle. A sorprenderle. Y entonces, le propondría matrimonio. De verdad.

Al fin y al cabo, estaban en el siglo XXI.

Una sonrisa le cruzó la cara.

No podía esperar.

Capítulo 22

Sería fácil haber pasado el resto del trayecto soñando despierta con el futuro, pero había cosas prácticas que atender.

Jules se preguntaba —con todo lo demás que estaba pasando —, si valía la pena dedicar tiempo y energía a seguir investigando sobre Bridget. Con seguridad, no cambiaría mucho el valor del grimorio, y ¿realmente importaba cuánto valía, ahora que el negocio iba tan bien? Aunque…, tal vez para Flo sí sería un alivio saber más sobre lo que le pasó y por qué la información sobre su muerte parecía tan difícil de encontrar.

Cuando regresó a la tienda, tras dejar a Charlie en su apartamento, Jules se inquietó al ver que el cartel del escaparate ya estaba girado a «cerrado», aunque aún no eran ni las cinco de la tarde.

Entró con su llave y llamó, oyendo una débil respuesta de Flo desde el piso de arriba.

—¡Tía Flo! —exclamó, al encontrarla sentada, completamente erguida en una silla, sin leer, sin tomar el té, simplemente sentada. Estaba pálida como la muerte—. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —Se arrodilló frente a ella y le tomó la mano. Estaba helada, a pesar del sol de fuera.

—Ay, querida —dijo Flo, con los labios temblando—. Lo siento muchísimo, pero he metido la pata hasta el fondo. ¿Podrás perdonarme algún día?

—Tú nunca podrías hacer algo que necesitara perdón, pero claro que sí —indicó, con los ojos llenos de lágrimas, al ver la angustia de su tía—. Sea lo que sea, lo arreglaremos. Pero primero voy a prepararte una taza de té para que entres en calor.

En la pequeña cocina, con la mente girando ante todos los posibles desastres que podían haber ocurrido, Jules preparó té para ambas y también llenó una bolsa de agua caliente para que Flo la tuviera sobre las piernas.

Ya con su tía acomodada, con la manta sobre las rodillas, la

bolsa de agua y su taza humeante, Jules se sentó frente a ella, en el banco, junto a la ventana donde había pasado tantas horas a lo largo de su vida.

—¿Entonces…? —dijo.

Flo respiró hondo, tratando de serenarse:

—Fui a ver a nuestro encantador abogado, y él había sacado los papeles del archivo; las escrituras y el contrato de arrendamiento.

—¿Y…? —insistió en el silencio.

—Y parece que hay más cosas, además de ese pago anual de cien libras… Una tontería, realmente… Resulta que, y esto es algo que no comprendí bien, por lo que me siento una completa tonta, la familia Montbeau es la propietaria del *freehold* —dijo la palabra extranjera con cuidado.

—Pero la tienda, este piso, son tuyos, ¿no? Contaste que llevaban en nuestra familia cientos de años. Desde por lo menos la época en que vivía Bridget Capelthorne.

—Ah… sí. En eso tenía razón, en parte —concedió Flo—. Hemos sido dueñas del edificio durante siglos, pero, desde hace cien años, ya no somos propietarias del terreno en el que se asienta. Y ahora el arrendamiento está a punto de terminar. Básicamente, fue un permiso de cien años para usar el edificio, pero el terreno es de los Montbeau y… Bueno…, en un par de meses, serán dueños de todo. Del terreno, el edificio… De todo.

—No… —susurró Jules, con el corazón empezando a latir con fuerza. No podía ser…—. Pero, como dices, hemos estado pagando alquiler. En el peor de los casos, ¿no podríamos seguir haciéndolo?

—Sí… —indicó Flo—, pero solo si acordamos un nuevo contrato de arrendamiento durante cien años.

—Vale, entonces… —Jules podía leer en el rostro de Flo que había un «pero».

—Pero tenemos que comprar ese nuevo contrato de arrendamiento a los Montbeau. Y ellos no pueden negarse, siempre que lo hagamos antes de que expire el actual, en Navidad.

—Bueno, pues, aunque fastidie tener que pagarles a los Montbeau, tendremos que hacerlo. —Jules se recostó contra los cojines y suspiró aliviada.

Tenía que demostrarle a Flo que todo saldría bien. Al fin y al cabo, el negocio iba bien gracias a todo el trabajo extra que había hecho en marketing. Podían afrontar un par de miles. Era lo que Flo había mencionado antes. Estaba bien.

Entonces, miró de nuevo a su tía, y el corazón se le hundió.

—¿Cuánto tenemos que pagar por el nuevo contrato? —preguntó.

Esta se retorcía las manos, abatida:

—Una pequeña fortuna. Es la mitad del valor del edificio, con un nuevo contrato de arrendamiento, aunque aún no lo poseeríamos en su totalidad. Comprar el *freehold* costaría incluso más. En esencia, ahora mismo nuestra parte vale prácticamente nada.

—Entonces, la mitad del valor del edificio. ¿Y eso cuánto sería? —El corazón de Jules latía con fuerza.

Esto era grave.

El precio de las propiedades en Portneath se había cuadruplicado en los últimos años. Era un tema de conversación constante, y especialmente entre los jóvenes que querían comprar.

—Bueno, tendríamos que contratar a un tasador colegiado para obtener una valoración formal y poder negociar —dijo Flo, con voz apagada—. Pero la tienda, más el piso… Tres plantas, en pleno centro de Portneath… El edificio, tres puertas más arriba, la tienda de regalos, ¿te acuerdas? Se vendió por más de seiscientas mil libras, el año pasado.

Jules tragó en seco.

—Pero es solo la mitad, ¿no? —dijo, como si trescientas mil libras fueran una suma menos imposible.

Flo asintió.

—Vale, entonces, ¿qué pasa si no lo hacemos? Si nos negamos a pagar —Jules se aferraba a cualquier esperanza.

—Entonces, a final de año, el edificio completo pasa a ser propiedad de los Montbeau. Podrían hacer lo que quisieran con él. Incluso venderlo sin más, y quedarse con todo el dinero.

—Pero eso significa que no te quedaría nada —susurró Jules.

—Efectivamente —dijo Flo, en voz baja—. La tienda desaparecería. Yo estaría sin hogar. Dios no quiera que tenga que

irme a vivir con Maggie, pero no veo otra opción. Y, querida mía, no tendría nada que dejarte cuando ya no esté. —Y en ese momento, Flo empezó a llorar en silencio, buscando a tientas el pañuelo que siempre llevaba metido en la manga del cárdigan.

Jules estaba horrorizada.

Nunca había visto llorar a Flo.

Nunca.

Quedó paralizada unos segundos, y luego se levantó de un salto para abrazarla con fuerza, sintiendo su fragilidad, su debilidad, y diciéndole que todo saldría bien, aunque en su interior no veía cómo podía ser cierto.

Entonces, mientras Jules intentaba reunir sus pensamientos desesperadamente, la rabia —y la angustia—, desgarraron su mente.

Así que esto era lo que preocupaba tanto a Roman.

Esta era la causa de la sombra en su mirada, de su insistencia en que debían huir y no volver jamás.

Como si eso fuera posible.

Como si pudiera entregarle su vida a un hombre que formaba parte de un plan tan devastador para los suyos, para su querida familia.

Como si alguna vez hubiera podido amar —de verdad—, a un Montbeau.

Capítulo 23

Necesitaba verlo —enfrentarlo—, pero Flo no estaba en condiciones de quedarse sola.

Al final, Jules llamó a Diana, que se presentó enseguida, captando la situación rápidamente, y restándole importancia a las disculpas de Jules.

—Estaremos bien —aseguró por encima del hombro, mientras se sentaba al lado de Flo—. Ve. Aún puedes alcanzar el autobús de las cinco si corres.

En el autobús, Jules trató de distraerse de los pensamientos sobre Roman, que la hacían sollozar con tanta fuerza, que llamaban la atención de los demás pasajeros.

Necesitaba pensar de manera práctica sobre el problema de Flo.

Con su vida entera destruida por los Montbeau, Flo no tendría más remedio que irse a vivir con Maggie en Middlemass.

Lo odiaría.

Las dos lo odiarían.

Y Flo ni siquiera tendría el trabajo para distraerse. Ya no. La librería que había estado, orgullosa, en la calle principal durante cien años, desaparecería, probablemente convertida en un minisupermercado, una licorería o, peor aún, otra tetería más.

Y entonces, Portneath Books —el último y codicioso proyecto de la familia Montbeau—, dominaría el pueblo sin oposición.

Los Montbeau habrían ganado. Otra vez. Y ella, personalmente, no solo lo había permitido, sino que había bajado la guardia, había hecho amigos, se había enamorado… de un Montbeau.

Y todo ese tiempo, él lo sabía. Sabía lo que él y su familia iban a hacer.

Debían de estar riéndose a carcajadas.

Desde la parada junto al estanque, hasta la mansión familiar de los Montbeau —con su elegante fachada georgiana, la entrada circular y el césped perfectamente cortado—, había solo una caminata corta.

Apestaba a privilegio, estabilidad y riqueza.

Todo lo que los Capelthorne ya no tenían.

Como siempre, Jules se coló por el sendero lateral, deseando pasar desapercibida, llegar a la parte de atrás donde vivía Roman sin que nadie la detuviera.

Para su disgusto, los sollozos incontrolables habían regresado, pero esta vez lloraba de rabia. Tenía los ojos hinchados, la nariz roja y chorreante, pero no se detuvo.

Golpeó con fuerza la puerta de roble tachonada y se apartó, esperando, con los puños apretados a los costados.

Y entonces, allí estaba él, en el umbral, su silueta llenando el espacio, su rostro mostrando al instante una mezcla de conmoción y compasión al verla.

Pero entonces ella lo vio: el momento en que entendió por qué estaba allí. La fracción de segundo en que le cuadró todo, y su cara se volvió inexpresiva.

—Lo sabías —lo acusó, clavándole un dedo en el pecho, furiosa consigo misma porque su voz se quebró en un sollozo. Otras dos gruesas lágrimas escaparon de sus ojos hinchados y rodaron por sus mejillas.

—Ven aquí —dijo él, extendiendo los brazos para abrazarla, pero, por mucho que su corazón lo deseara, su cabeza no podía permitir que él, de todas las personas del mundo, la consolara.

Lo empujó con todas sus fuerzas e intentó golpearlo con los puños, pero Roman la sujetó con facilidad, atrapándole las manos y bajándole los brazos hasta envolverla en un abrazo.

Prisionera, respirando el olor familiar de su cabello y su colonia, con su mejilla rozando su incipiente barba, sintiendo su voz vibrar en su pecho, mientras la reconfortaba con palabras vacías, Jules lloró aún más fuerte —llanto rabioso y lleno de mocos—, y ahora se derrumbaba, con la profunda fatiga que le recorría el cuerpo como veneno por las venas.

Si él no la hubiera sostenido, se habría desplomado en el suelo.

—Lo siento, lo siento —murmuraba Roman, una y otra vez. Pasó el tiempo, y cuando la sintió enderezarse un poco, aflojó el abrazo y la miró a los ojos—. ¿Julia? Mírame —dijo con suavidad.

Solo la llamaba así cuando hablaba con todo el amor del mundo.

Ella levantó la cabeza. Lo miró a los ojos y vio su propio dolor reflejado en ellos.

—Tú sabías que esto iba a pasar desde el principio —susurró—. Todo esto… —Lo empujó, más suavemente ahora. Con desesperación. Su rabia se había agotado.

Él asintió apenas. Una confesión.

—Sabías que ibas a ganar. Que podrías cerrar nuestra tienda, sin importar cuál de los dos negocios fuera mejor. Pero me hiciste creer… —Ahora había humillación, amarga, mezclada con la angustia. Nuevas lágrimas aparecieron, y Jules se las limpió con la manga, con impaciencia—. Me hiciste pensar que teníamos una oportunidad. Tú y yo. Y, sin embargo, todo este tiempo sabías que esta bomba iba a estallar. Que nos iba a destruir. Que va a destruirnos.

—Yo no quería esto —confesó él, en voz baja.

Amagó con abrazarla de nuevo, pero Jules dio un paso atrás, con cautela. No podía permitirse que él lo hiciera. No tenía fuerzas para seguir resistiéndose. No, si la abrazaba.

—No tiene por qué ser el final para nosotros, ¿verdad? —preguntó, con un destello de esperanza en los ojos.

—Oh, sí lo tiene —indicó Jules, con tristeza, pero con firmeza—. De verdad que sí. Y así, la historia se repite —añadió—. Las dos familias chocan. Los Montbeau exhiben su poder y la casa de los Capelthorne se derrumba otra vez. Por supuesto que sí.

—Si pudiera detenerlo… —dijo él, extendiendo las manos en señal de desesperación, con los ojos suplicando comprensión.

—Pero no puedes —respondió con frialdad—. O no quieres.

—Eso no es justo —dijo con suavidad—. No soy el único miembro de mi familia…, y tu tía debería haberlo sabido, ¿no crees?

Tenía un punto. El mismo punto que había estado rondando por la mente de Jules, pidiendo atención con insistencia.

—Los Capelthorne fueron dueños de ese edificio —le recordó Jules—. Ni siquiera habría habido arrendamiento si no fuera porque los Montbeau nos fastidiaron desde el principio.

—Pero eso es historia. Esto somos nosotros. Esto es ahora —indicó, sujetándole los brazos con firmeza.

—«Mi único amor brotado de mi único odio» —murmuró Jules, con la mirada perdida. No podía permitirse mirarlo a los ojos—. Me permití amar a un Montbeau —continuó—, y eso fue un error.

—¿Nosotros somos un error? —preguntó Roman con una triste sonrisa, ladeando la cabeza, con los ojos llenos de amor—. ¿De verdad puedes decir eso?

—Oh, claro que puedo —respondió con frialdad. Y le costó más que cualquier otra cosa que hubiera dicho en su vida—. Ha sido divertido —dijo, ahora con un tono de acero en la voz—. Pero esto es un adiós. Por favor, no intentes contactarme —añadió, con un leve temblor en la voz—. Me quedaré hasta el final por Flo. La ayudaré a liquidar el inventario, desmontar el piso… Es demasiado mayor y frágil para hacerlo sola. Te agradecería que nos dejaras hacerlo.

Roman estiró un brazo hacia ella, pero —como si su mente se diera cuenta de lo que su cuerpo hacía—, se contuvo, bajó la cabeza y dejó que los brazos colgaran con pesadez a los lados.

—Si eso ayuda… —dijo con voz apagada.

—Ayuda —indicó ella.

Con eso, Jules se dio la vuelta y se marchó, logrando doblar la esquina antes de que el siguiente sollozo rompiera su autocontrol.

***

«Todo esto era culpa suya», se repetía Roman, mientras deambulaba por el apartamento, incapaz de concentrarse en nada. Tan disperso que ni siquiera podía hacer las tareas más mecánicas.

Había causado un dolor incalculable a la persona que más amaba en el mundo.

Nunca debería haberse dejado llevar por sus propios deseos egoístas.

Nunca debería haber permitido que ella se acercara, sabiendo

cómo acabaría todo. Su destino trágico estaba escrito en las estrellas.

«Amantes desdichados, en efecto», pensó. «¡Ja! Debería haberlo sabido…».

Al menos, en la vida real, Jules sobreviviría.

Eso era algo.

Que él lo hiciera, ya era otra cuestión…

Y ahora tenía que ser fuerte, por ella. Eso significaba mantenerse alejado.

Al menos, eso era lo mínimo que le debía.

Capítulo 24

Charlie observaba a Jules con preocupación.

Nunca había visto a su nueva amiga tan decaída.

Y ver a Flo, normalmente tan animada, también lo inquietaba.

Ambas mujeres deambulaban por la librería como fantasmas, sin centrarse en nada y sin poder concentrarse ni en las tareas más simples.

Esa mañana, incluso tuvo que hacerse cargo de preparar el té, ya que Jules —perdida en sus pensamientos—, estaba a punto de verter agua caliente en unas tazas que contenían una bolsita de té y una cucharada de café instantáneo. Además, Jules solía estar siempre pendiente de Merlin y de sus coquetos intentos por llamar su atención, pero hoy parecía no darse cuenta, a pesar de que el gato se retorcía encantadoramente en su rincón favorito de sol.

—Entonces, ¿quién viene conmigo a ver a Brynlee y a su colega más tarde? —preguntó Charlie con energía, repartiendo las tazas—. ¿Os acordáis? Tiene novedades, ¿eh? Sobre el grimorio —añadió, frotándose las manos—. Y, además, creo que tengo un comprador en la ciudad para esa segunda edición de Thackeray. Otro librero de antigüedades de Exeter que está buscando ejemplares para un cliente. Mejor ahorrarnos los gastos de envío y vernos cara a cara. Todo va de contactos, ¿no?

—Cariño, eres tan amable por hacer todo esto —dijo Flo, recomponiéndose con un esfuerzo visible—. Tenemos que pagarte los gastos y darte algo por tu tiempo.

—¿Estás de broma? —respondió el joven—. ¡Me está encantando todo esto! Nuestra Bridget Capelthorne fue una feminista del siglo XVII que pateaba traseros, y estoy deseando saber más.

—Sí, sin duda, es una mujer afín a mí —comentó Jules, intentando con todas sus fuerzas vencer la desesperación, que le hacía sentir que su corazón pesaba una tonelada.

—Entonces…, ¿te apuntas? —insistió Charlie.

—Sí, claro —dijo Jules, sin energía—. Supongo que no tengo nada mejor que hacer. Tía Flo, ¿te irá bien abrir la tienda?

—Creo que hoy dejaré el cartel de «cerrado» —respondió Flo con un suspiro, logrando esbozar una leve sonrisa—. Me siento muy cansada.

***

En el tren, Jules puso al tanto a Charlie del motivo de su desesperación y la de Flo. Solo del desastre del contrato de arrendamiento, porque no tenía fuerzas para compartir aún el caos nuclear que era su vida amorosa.

—Vaya, tía, eso es grave —comentó Charlie cuando esta terminó —. ¿Y tú y Roman? —añadió, perceptivo.

Jules, simplemente, negó con la cabeza, apretando los labios.

«No iba a llorar», se dijo a sí misma.

—Es lo que hay —dijo con contención—. Estaba condenado desde el principio, en realidad. Deberíamos haberlo sabido. En fin —continuó—, volviendo al negocio, solo tenemos que decidir cuándo cerrar la tienda. El contrato termina en Nochevieja, pero necesitaremos cerrar antes. Tiene sentido vender la mayor cantidad posible de *stock* en las semanas previas a Navidad, para ver si conseguimos reunir algún tipo de colchón para la tía Flo. No creo que tenga muchos ahorros.

—Me pondré en serio con la venta de los libros antiguos —dijo Charlie—. Hasta ahora los he estado subiendo con un precio mínimo aceptable, como acordamos, pero puedo ponerlos sin precio de reserva, para liquidar más rápido.

—Eso sería útil —asintió Jules.

—Y, oye, ¿quién sabe? —dijo Charlie—. Puede que el grimorio valga algo.

—¿Hay alguna posibilidad? —preguntó, negándose a permitirse ni un gramo de esperanza. Las expectativas frustradas dolían demasiado—. Tú sabes más de esto que nadie que conozca.

—Lo cual no dice mucho —bromeó Charlie—. Pero sí, es una pieza interesante. En cuanto a valor…, probablemente no demasiado —admitió—. Sería distinto si su procedencia fuera destacada de algún modo; como… no sé, si hubiera estado firmada por Matthew Hopkins, por ejemplo.

—¿El General cazador de brujas? —preguntó Jules.

Charlie asintió.

—Quiero decir, es evidente que no lo está. Él ni siquiera llegó a venir a Devon, así que…

—Dijiste que Brynlee parecía emocionada, así que, quién sabe… —dijo Jules con desgana, justo cuando el tren entraba en la estación de Exeter.

***

Llovía sin parar cuando Charlie y Jules llegaron a Exeter, y el tiempo reflejaba a la perfección el estado de ánimo de la mujer.

El viento silbaba en las estrechas calles y les azotaba la cara con hojas caídas de los hayedos de la plaza. Un autobús avanzaba por la resbaladiza calzada, salpicándoles las piernas con agua embarrada.

Costaba creer que el otoño ya estuviera aquí.

¿De verdad habían pasado seis meses desde que dejó Londres? Parecía que fueran dos semanas, aunque la vida había cambiado de forma tan drástica… El futuro había prometido tanto, y ahora allí estaba, bajo la lluvia.

Por otro lado, se dijo a sí misma con determinación, estaba allí con el encantador Charlie —una amistad nueva e inesperada—, en una misión emocionante.

Tenía que esperar menos de la vida, esa era la clave —como decía tan a menudo la tía Flo—, debía «apañarse con lo que hay».

Deslizando el brazo por el de Charlie, le dirigió una cálida sonrisa justo cuando él se volvía sorprendido.

—Gracias por esto —le dijo—. Eres un sol.

—Tía, de nada —respondió Charlie con simpatía—. Y no olvides

que hoy el pastel corre por mi cuenta, así que no te cortes.

Un hombre delgado y con gafas estaba sentado al fondo de la cafetería, junto a Brynlee.

Ambos se pusieron de pie al ver a Charlie y, con rapidez, intercambiaron presentaciones.

El hombre era Robert —le explicó Brynlee a Jules—, profesor adjunto de Historia en la Universidad de Exeter.

Charlie —fiel a su palabra—, se ofreció a encargar los cafés y los pasteles, y, tras una complicada discusión sobre qué *muffin* y qué tipo de leche vegetal podían tener disponible, se dirigió a la fila, dejando a Jules, Robert y Brynlee sonriendo con incomodidad. Ninguno quería lanzarse al tema de conversación antes de que Charlie regresara.

—Bien, suéltalo ya —dijo Charlie cuando por fin estuvieron todos sentados.

Robert respiró hondo y pareció como si hubiera nacido para responder a esa invitación.

—Bridget Capelthorne es todo un personaje —comentó—. Y tuvo una vida impresionante, ¿no? —Charlie y Jules asintieron con entusiasmo, deseando saber más—. Bueno, como quizás sepáis —continuó Robert, removiendo el azúcar en su café—, la brujería fue declarada delito capital en 1563. En Inglaterra, los juicios por brujería alcanzaron su punto álgido a partir de mediados del siglo XVI. Fue una época brutal, y Exeter fue un poco el epicentro de todo aquello, por desgracia.

»También hubo juicios en otras partes del país, quiero decir, pero en Essex fue terrible, y en Escocia… ¡Uf! —Se secó la frente teatralmente, y luego, al ver la mirada de Brynlee, se recompuso—. Perdón, me desvío. Bueno —prosiguió—, no sé si Brynlee os lo comentó, pero estoy escribiendo un artículo sobre los juicios por brujería en Exeter durante el siglo XVII. Cuando Brynlee mencionó el nombre de «Bridget Capelthorne», me sonó al instante y… —sonrió al ver la anticipación en los rostros de las mujeres—, tengo un documento. Dos, de hecho. —Hizo una pausa y dio un sorbo a su café. Charlie y Jules se inclinaron hacia delante, intrigados—. Es emocionante —prosiguió—, pero me temo que es con exactitud lo

que probablemente sospechabais. Mi primer hallazgo fue una confesión, fechada en 1685. Así que, según vuestra investigación, Bridget tendría sesenta y cuatro años en ese momento.

«Una confesión». Jules tragó saliva. «Eso no era buena señal».

—Entonces…, ¿brujería? —arriesgó Charlie.

Robert asintió con pesar.

—Me temo que sí. La confesión es bastante notable —dijo—. Pensé que podría interesaros leerla, así que os he traído una transcripción. —Sacó una hoja de A4 de una carpeta y se la pasó a Jules, que la sostuvo entre ella y Charlie para que pudieran leerla juntos—. Os advierto que no es una lectura agradable —murmuró mientras la leían.

Jules y Charlie permanecieron en silencio al leerla.

En un momento dado, Jules soltó un pequeño grito y se llevó la mano a la boca para silenciarse.

Al dejar el papel sobre la mesa, Jules y Charlie intercambiaron miradas.

—Guau… —expresó el joven—. Inquietante.

Jules apenas podía hablar por el nudo que tenía en la garganta.

—Esto es tan impactante… —consiguió decir por fin—. Quiero decir, ¿«visitada por Satanás»? ¿En serio?

—Y cómo «él yació con ella» —añadió Charlie—. Es demasiado.

—Y lo de que la afeitaron para examinarla en busca de pezones extras, conocidos como las «marcas del diablo» —indicó Jules—, y que la estaban amamantando unos «duendes»… ¿A qué se referirá con eso? Es… casi extrañamente pornográfico, en cierto modo. Como si estuviera diseñado para excitar… —Jules negó, incrédula, y Charlie le puso una mano en el brazo, en señal de apoyo—. ¿Vosotros habéis visto este tipo de cosas antes? —les preguntó a Robert y Brynlee—. ¿Es típico?

Robert asintió de nuevo.

—Más o menos —admitió—. Todo esto del sexo con el diablo… Estoy de acuerdo, dice más sobre sus perseguidores que sobre ella. En esa época, existía esta creencia misógina de que las mujeres eran mucho más propensas a aliarse con el demonio porque eran demasiado débiles para resistir sus deseos sexuales, y, por tanto,

más fáciles de corromper. Mi fuente principal, sobre todo esto —continuó— es un texto infame del siglo XV llamado *Malleus Maleficarum*; el *Martillo de las Brujas*, en inglés, que es, francamente, uno de los libros más descaradamente misóginos jamás escritos.

—Encantador —murmuró Jules, releyendo partes del documento y haciendo una mueca—. Pero esto de que la atraparon «comunicándose con sus familiares»… ¿Una cabra? ¿Un gato negro? Supongo que podemos imaginar qué quieren decir con «comunicarse», dadas las connotaciones lascivas de todo esto, ¿no?

Brynlee y Robert asintieron al unísono.

—Me temo que sí —afirmó Brynlee.

—Es todo tan… No sé… Demente —prosiguió Jules.

—Ah, interesante elección de palabras. Porque esa es la otra parte del asunto —indicó Brynlee, tomando el relevo de Robert, pero mordiéndose el labio y mirando a los otros dos con incertidumbre, como si no supiera cómo decir lo que venía a continuación—. Espero que no os importe, Robert me envió por correo electrónico una copia de esto hace unos días, y además he visto otros similares, claro. Tengo una teoría sobre estas confesiones de brujería —señaló, inclinándose hacia delante—. Quiero decir, la pregunta es: ¿por qué todas estas mujeres, que queda claro que no estaban involucradas en estas cosas tan extrañas, confesaban abiertamente haberlo estado?

—¿Tortura? —aventuró Charlie, lanzando una mirada de disculpa a Jules.

—Puede ser —admitió Brynlee—, pero eso no explicaría el extraño final del grimorio —les recordó.

—Cierto —coincidió Charlie, despacio, pensativo.

—Veréis —continuó Brynlee—, la historia nos muestra que, típicamente, las acusadas de brujería eran mujeres mayores, solteras, y las llamadas confesiones eran, con frecuencia, bizarras, como podéis ver —dijo, señalando la transcripción de la confesión sobre la mesa—. Sin duda había una agenda patriarcal y misógina detrás de eso, pero, lo que me resulta emocionante, es que en el grimorio también hay cosas igual de extrañas, lo cual refuerza una

teoría que ya estaba desarrollando. Allí está ella, hablando de fenómenos sobrenaturales y sonando totalmente desorganizada e irracional. Incluso sin que nadie la presionara cuando escribe su diario. Así que… —hizo una pausa, mirando a los otros tres para asegurarse de que seguían su argumento—, creo que podemos plantear la hipótesis de que estas mujeres eran señaladas por los cazadores de brujas, en parte porque eran poco convencionales, por alguna razón. —Charlie y Jules se miraron y luego asintieron a Brynlee para que siguiera—. Bien, entonces —prosiguió—, encontré una fuente hace un par de años que decía que una mujer fue denunciada por miembros de su comunidad como bruja porque hablaba en voz alta, cuando no había nadie cerca. Naturalmente, se interpretó que hablaba con sus familiares invisibles, pero… —hizo una pausa—, la otra interpretación posible, la más obvia, en muchos sentidos, es que tuviera una enfermedad mental.

—Ah —dijo Jules, como si por fin entendiera—. Entonces, parece que estas mujeres tuvieran psicosis… Aunque no soy psiquiatra —añadió, con rapidez.

—Exacto —afirmó Brynlee, triunfante—. Quizás estaban realmente «dementes».

—¿Y suelen ser bastante mayores? —preguntó Charlie.

—Exacto.

—Entonces, ¿estás diciendo que tenían alzhéimer o algo parecido?

Brynlee asintió y se recostó en su silla, segura de haber convencido a los demás con su hipótesis.

—Puede que no tuviéramos un nombre para ello hace trescientos años —continuó—, pero no hay razón para pensar que el alzhéimer, y otras formas de demencia, no existían ya. Pensamos en el alzhéimer como un problema de memoria, y claro que lo es, pero también puede incluir psicosis: tener creencias ilógicas pero inamovibles, sufrir alucinaciones visuales y auditivas… Es decir, «ver cosas, y oír voces». Obviamente, la demencia no era tan común entonces, porque la gente solía morir de otras cosas antes de llegar a una edad avanzada.

—Estas pobres mujeres… —susurró Jules—. Esta pobre mujer.

Mi propia antepasada.

Pensó en Flo envejeciendo, quizás empezando a desarrollar ideas extrañas o comportamientos raros. Al menos ahora tendría la posibilidad de obtener un diagnóstico y recibir la atención adecuada.

No así la pobre Bridget Capelthorne.

—Y, por supuesto, también había ignorancia y superstición —explicó Brynlee—. Hay confesiones en las que estas mujeres vulnerables y sugestionables decían haber lanzado hechizos, causado encantamientos, provocado desgracias… Y, sin embargo, desastres como la muerte de una vaca o que un hombre resultara herido eran simplemente mala suerte cotidiana. No había ninguna razón para atribuirlo a la magia…

—¿Y el otro documento? —se interesó Jules, volviéndose de nuevo hacia Robert. Creía saber lo que venía.

Él se aclaró la garganta.

—Bueno, como indica la confesión, fue juzgada. Revisé materiales sobre los juicios de las *assizes* de Exeter en aquella época, y parece que una «Biddy Capelthorne» fue condenada por brujería en septiembre de 1685, y —Robert tragó saliva—, fue ejecutada en la horca al día siguiente. Lo siento mucho…

—Al día siguiente —repitió Jules débilmente—. No se andaban con rodeos, ¿eh? —Se llevó las puntas de los dedos a los ojos. ¿Lágrimas? Qué ridículo. Era triste, por supuesto que sí, pero era una mujer que, como ya sabía, había muerto hacía más de trescientos años. Tenía que controlarse.

Abrió los ojos y vio a Brynlee y a Robert al otro lado de la mesa, observándola con preocupación.

—Estoy bien —afirmó, agitando la mano como si espantara una mosca.

—Fue brutal —dijo Brynlee, solidaria. Claro que Brynlee no tenía ni idea de todo lo demás por lo que Jules estaba triste, y Jules no iba a explicárselo.

Charlie tenía los ojos muy abiertos.

—Así que eso explica por qué no podemos encontrar su tumba en el cementerio —comentó—. Debe haber sido enterrada en el cruce de Middlemass. Junto al «Camino del Verdugo» —añadió, con

un entusiasmo que a Jules le pareció de mal gusto, aunque luego se dio cuenta de que era injusta. La fascinación de Charlie, y el entusiasmo palpable de los tres por haber descubierto el misterio, era comprensible.

—Sí, puede ser —le respondió Robert a Charlie—. Es plausible que la llevaran de regreso a Portneath para ser ahorcada y enterrada, pero, dado que fue juzgada en las *assizes* de Exeter, es más probable que esté enterrada en una tumba sin nombre aquí, en la ciudad. De hecho, conocemos la ubicación de uno de esos sitios de enterramiento. Es bastante especial, en realidad, por razones que ahora os contaré. —Le brillaron los ojos.

—En cualquier caso, supongo que ya sabemos por qué no está en el cementerio de Portneath —reflexionó Jules.

—No necesariamente —intervino Brynlee—. Intentad buscar en el lado norte de la iglesia. Era común que los entierros menos favorecidos se hicieran al norte: tumbas de pobres, criminales, suicidas…

—¿Por qué en el lado norte? —preguntó Charlie.

—Porque lo normal era que los feligreses siguieran un camino desde el sur por el cementerio, y se pensaba que las tumbas por las que pasaran serían recordadas en sus oraciones, mientras que las del norte serían olvidadas. Lo que servía como castigo para los pecadores. Era una creencia bastante extendida, pero particularmente común en Devon. Además, tened en cuenta que muchas de esas tumbas al norte no estaban marcadas.

—¿Por qué? —se interesó Jules.

—De nuevo, para que, como castigo, fueran olvidadas —explicó Brynlee.

Jules suspiró. No podía convencerse de que la pobre Bridget estuviera allí. Si lo estuviera, razonaba, su muerte habría quedado registrada en los archivos de entierro.

—Una marginada de su propia comunidad, incluso después de muerta —reflexionó en voz alta—. Qué increíblemente triste. Especialmente, si piensas que lo único que hacía era intentar ayudar a la gente con sus problemas de salud, lo mejor que podía.

—¿Y ahora qué? —preguntó Charlie—. Sabemos que fue

juzgada y ejecutada, aunque no sepamos dónde fue enterrada. Aun así, supongo que es justo el tipo de cosa que yo esperaba —comentó, lanzándole una mirada a Jules—. No «esperaba» exactamente —aclaró—, pero al menos algo que le diera más valor al grimorio. Has sido de gran ayuda, Robert, gracias.

Charlie parecía decepcionado de que no hubiera más información, pero el profesor aún no había terminado. Se aclaró la garganta otra vez.

—Hay una cosa más —dijo—. Y creo que convierte a vuestro grimorio en un documento bastante importante. Tu Bridget Capelthorne fue una de varias supuestas «brujas» juzgadas en Exeter en esa época, pero hay algo que la hace especial. Fue ejecutada justo cuando los juicios por brujería en Inglaterra estaban decayendo, gracias a un repentino brote de sensatez, y ya era hora. En fin, resulta que las últimas ejecuciones por brujería en Inglaterra fueron precisamente las de Exeter, en 1685.

Hizo una pausa, mirando a los tres, esperando que cayeran en la cuenta.

—Entonces, ¿la pobre Bridget fue una de las últimas brujas ejecutadas? —preguntó Jules.

—Qué mala suerte —aportó Charlie.

—Ah, bueno, ¿y si os digo que Bridget no fue una de las últimas, sino casi con certeza *la última*? —dijo Robert.

—O sea…, muy mala suerte —aventuró Jules.

—Pero también, algo genial —dijo Charlie—. La última bruja de Inglaterra.

—Exacto —afirmó Robert, mirando a Charlie—. Bueno, no la última bruja, porque todavía hay gente que se autodenomina así, pero he revisado cada documento publicado sobre este tema, y de verdad creo que puedo defender la teoría de que Bridget Capelthorne fue la última bruja en Inglaterra en ser ahorcada.

—Vaya legado —murmuró Jules, sintiéndose abatida. Se giró hacia Charlie, para ver que el rostro de su amigo estaba iluminado por una enorme sonrisa—. ¿Por qué estás tan feliz? —le preguntó, sintiéndose un poco molesta por su antepasada.

—*Provenance* —dijo Charlie—. Esto es exactamente el tipo de

cosa que convierte una curiosidad como el grimorio en una pieza de interés para los grandes coleccionistas. Próxima parada: una casa de subastas de libros antiguos. Y hay una muy obvia.

—¿Cuál? —dijeron a la vez Robert, Brynlee y Jules.

—Sotheby's —proclamó Charlie, golpeando la mesa como si fuera el martillo de un subastador.

Capítulo 25

Desesperada por encontrar una forma de darle a su tía algún tipo de colchón financiero en una situación tan crítica, Jules se sintió aliviada por los hallazgos de Robert, aunque luego se desconcertó al ver que la reacción de Flo, ante las noticias desde Exeter, fue bastante tibia.

—La verdad es que creo que me gustaría conservarlo —anunció, cuando Charlie exploró la posibilidad de subastarlo—. Con sinceridad, no me imagino qué interés puede despertar un cuaderno viejo y deslucido, aunque haya pertenecido a la última bruja ejecutada en Inglaterra —afirmó—. Y Bridget era una pariente —añadió—. Me parecería raro que saliera de la familia. Por supuesto, algún día será tuyo —le dijo a Jules—. Entonces, podrás hacer lo que quieras con él.

***

Un par de noches después, sentada en su rinconcito de la ventana, con una taza de leche caliente para insomnes —debido a la insistencia de Flo—, entre las manos, Jules reflexionaba sobre las palabras de su tía.

Finalmente, esta había aceptado la sugerencia de Charlie de llevar el grimorio a la Feria del Libro Antiguo de Londres, a final de mes, solo para obtener una opinión del representante de Sotheby's que estaría allí.

Un hombre imponente llamado Richard Davenport —el líder indiscutible en su campo—, ya había accedido a reunirse brevemente con Charlie.

El problema era que Jules se preguntaba si Flo había accedido solo por culpa.

Sabía que Charlie estaba desesperado por abrirse camino en el mundo de los libros antiguos y era lo bastante astuto como para ver

que el grimorio podía servirle de carta de presentación profesional. Después de todo, Capelthorne Books no podría hacer mucho más por él. Pronto, también estaría solo. Igual que todos ellos.

Aunque le preocupaba Charlie, Jules estaba sobre todo angustiada por hacer lo mejor para Flo. Normalmente, era animada y positiva, pero ahora su tía parecía cansada. Seguía adelante con Jules en la desgarradora tarea de cerrar el negocio y clasificar las pertenencias del piso, con una especie de resignación que inquietaba a su joven sobrina.

Rendirse no era propio de Flo, pero quizás la edad ya le pasaba factura. Al fin y al cabo, estaba en sus ochenta. Una jubilación tranquila en Middlemass, compartiendo la cabaña con Maggie junto al estanque y la biblioteca telefónica, podía ser lo mejor para ella en ese momento.

Ya se lo habían planteado a Maggie, con la respuesta previsiblemente negativa —aunque resignada—, que tanto Jules como Flo esperaban.

Sin embargo, quedaba una gran incógnita: el futuro de Merlin. Maggie era tajante y constante en su rechazo a las mascotas —cualquier mascota—, pero especialmente a los gatos, a los que de repente decía ser alérgica.

Esa era una novedad para Jules y Flo.

—Está viejo y huele mal —había insistido su madre—. Y nunca me ha gustado. Creo que deberían sacrificarlo.

Jules tuvo que objetar.

—Exterminar a alguien porque no te gusta, puede ser un poco excesivo —razonó, pensando que, bajo esos criterios, la mayoría de los conocidos de su madre deberían estar bastante preocupados.

La sola idea de separarse de Merlin había reducido a la valiente tía Flo a las lágrimas.

Jules la había encontrado una noche, llorando en silencio, con el gato en su regazo.

Ella misma había llorado también, pero —gracias al cielo—, la encantadora Diana había intervenido, insistiendo en que Merlin se iría a vivir con ella y con Mungo, y que Flo lo vería todo el tiempo —todos los días, si quería—, porque ella misma se encargaría de

mantener a su amiga ocupada con mil planes.

Estaba previsto que se uniera al club de bridge, al coro sinfónico de Portneath, a los senderistas y al grupo de mantenimiento del cementerio.

No tendría ni un minuto para echar de menos la librería, insistió Diana.

Eso fue un consuelo para Jules, pero —para sí misma—, el futuro parecía un yermo vacío.

Aunque faltaban menos de tres meses para que finalizara el contrato de alquiler en diciembre, Jules estaba desesperada por dejar Portneath antes. Sentía que la única forma de mitigar el dolor por la absoluta traición de Roman era estar lo más lejos posible.

Esperaba de corazón que, en su caso, la ausencia *no* hiciera crecer el cariño.

Tan dolorosa como era su cercanía a Roman, no era solo por Flo y Charlie que Jules seguía en Portneath. La verdad era que no tenía a dónde ir; sin trabajo, sin casa, y sin nadie en su vida que lo complicara.

Roman, por petición suya, había mantenido las distancias, y Jules se sentía aliviada, pero —como quien se toca un moretón—, había una razón secreta y masoquista para las horas que pasaba acurrucada en el asiento de la ventana por las noches. Apoyando la cabeza con cansancio contra el cristal, a menudo veía el resplandor tenue de una luz en la oficina del primer piso de Portneath Books, justo enfrente, y sabía que era Roman, trabajando hasta tarde; quizás luchando con el mismo insomnio que a ella la desvelaba.

Estaban separados por unos pocos metros.

Pero podían ser continentes.

***

El programa de marketing que Jules había diseñado en primavera seguía su curso, a pesar del inminente cierre de la librería. Esta sentía que, al menos, debía continuar con los planes, aunque ya no

le aportaran ninguna alegría. Si no servían para otra cosa, mantendrían un flujo constante de visitantes, lo cual ayudaba a vender existencias.

Tal como estaba previsto, Imogen apareció con su caballete y sus pinturas para su semana como «artista residente».

Jules se alegró de tener su compañía e Imogen —tan tímida—, agradecía tener a esta como aliada, charlando cuando estaba tranquilo y trayéndole interminables tazas de té cuando se animaba.

Imogen también fue enormemente comprensiva con lo de Roman, aunque no llegó a declarar que era un ser despreciable —algo que Jules habría agradecido, aunque sabía bien que no era cierto—.

En su lugar, centró sus esfuerzos en promocionar la presencia de Imogen en la tienda, encantada de que su nueva amiga estuviera ganando tanta visibilidad.

A pesar de que el curso escolar ya había comenzado, todavía había turistas mayores en el pueblo, encantados de conocer a la autora de los libros que leían con tanto gusto a sus nietos.

Imogen firmó sin parar ejemplares de su serie de *Tango y Ruth*, y Jules —que ya no solía reponer existencias—, se alegró de haber tenido la previsión de encargar muchos ejemplares.

El jueves, Jess trajo a un grupo de niños de las seis escuelas primarias para las que trabajaba. Eran alumnos con un talento especial para el arte, y estaba claro que no podían creer su suerte por salir del colegio.

Al principio, estuvieron tímidos y abrumados, pero pronto, Imogen los tuvo sentados en semicírculo con cuadernos de dibujo nuevos y lápices, aprendiendo a dibujar un gato en muchas posturas distintas, como el personaje de Tango en sus libros.

Tango, explicó a sus rostros embelesados, era un gato real, y eso dio pie a una animada conversación sobre las mascotas de los niños: desde un border collie llamado Steve, hasta un par de ratas —magníficamente llamadas Perséfone y Hécate—, que, según se informó, vivían en la capucha de la sudadera del niño…, pero solo cuando no estaba en clase, aclaró para alivio de las adultas.

Jules estaba repartiendo la bandeja de zumo de naranja y

galletas que Flo había preparado, cuando se le erizó el vello de la nuca.

El rostro de Imogen se iluminó con una sonrisa de pura alegría, y Jules se giró para ver la causa.

Ruth, en brazos de Gabriel, gritaba encantada «¡Ma-ma-ma-ma!», mientras señalaba a Imogen. Gabriel también parecía contento de verla, pero, cuando sus ojos se posaron en Jules, su expresión cambió.

—Jules —dijo con tono cortante, inclinando la cabeza a modo de saludo.

—Hola, Gabe —saludó esta, intentando mantener la voz neutral, reprimiendo las ganas de preguntarle por qué, al verla, ponía cara de haber chupado un limón, cuando si alguien tenía derecho a hacerlo, era ella—. ¿Cómo está Roman? —preguntó con frialdad, decidida a no aceptar ni un solo átomo de la culpa que él, sin decir una palabra, le estaba echando encima.

—No muy bien —gruñó—. Como era de esperarse.

—Bueno, Gabriel —replicó con una vocecita cantarina—, ya que no preguntas, te cuento que no es el único que está pasando un momento de mierda. Pero, ¡ey!, cuando la familia Montbeau está tan interesada en cobrar una «deuda» —aquí hizo el gesto de las comillas en el aire para mostrar lo que pensaba de la legitimidad de dicha deuda—, que, por cierto, es el resultado de una partida de cartas de dos borrachos de hace cien años, y esa «deuda» resulta ser más importante que las relaciones y medios de vida de personas reales, vivas y respirando, entonces creo que todos debemos aceptar que algunos de nosotros vamos a sentirnos un poco como la mierda —remató la última palabra con un chasquido de labios que destilaba desprecio.

—Roman es un buen hombre.

—Lo sé —afirmó Jules con una precisión helada.

—Entonces, ¿por qué le estás rompiendo el corazón? Porque eso es lo que estás haciendo.

Ante eso, Jules titubeó y presionó su mano contra el labio superior, que le temblaba, anticipo de las lágrimas. Lo último que quería era llorar delante de este simio insensible y desconsiderado,

que parecía pensar que todo este doloroso asunto era culpa de ella.

Si hubiera levantado la vista, habría visto que los ojos de Gabriel se ablandaban, pero mantuvo su mirada fija en un punto intermedio, incluso cuando Ruth hizo un pedorreo con la boca y estiró su manita como una estrella de mar, hacia la cara de Jules.

Ella la atrapó y dejó un beso en su palma, provocando una risita encantadora. Su piel suave tenía un leve aroma a vainilla. ¿Tendría ella algún día una niña preciosa como Ruth a quien llamar suya? No a este paso.

Por un fugaz momento, se imaginó a sí misma en la librería, con un bebé en brazos y Roman de pie, orgulloso, junto a ellas.

Respiró con dificultad.

—Lo último que quiero —le dijo a Gabriel, volviendo a mirarlo—, es hacerle daño a Roman. Le quiero. Él lo sabe. Pero no se trata solo de nosotros. No podemos estar juntos. Simplemente, no podemos. Lamento que no lo entiendas. —Gabriel iba a hablar, pero Jules levantó la mano para detenerlo—. No podemos estar juntos —continuó—, porque las acciones de su familia, que han dañado a las personas que yo amo —se golpeó el pecho con el puño—, siempre estarán entre nosotros. Más allá del impacto económico que todo esto tiene en mis seres queridos, la imposibilidad de tener algún tipo de relación con su familia inmediata nos lanzaría a un conflicto permanente y a compromisos imposibles. Al final, nuestra relación quedaría mortalmente herida, y quiero demasiado a Roman como para hacerle pasar por eso. ¿Lo entiendes?

Este pequeño discurso lo dijo con el tono más neutro y desapasionado que pudo reunir. Solo la última palabra estuvo cargada del dolor y el caos interno con el que Jules vivía, desde la última vez que estuvieron juntos. Un momento que no dejaba de reproducirse en su cabeza.

***

—Es extremadamente leal —explicó Imogen con tono de disculpa,

cuando Jules se quejó de la emboscada—. Él y Roman han sido amigos toda la vida. No deberías tomártelo como algo personal.

—¿Por qué no? —espetó Jules—. Ha sido personal. Quiero decir, ¿cómo se supone que debo sentirme ante el hecho de que la familia de mi ex esté decidida a arruinarle la vida a mi tía? ¿Se espera que me encoja de hombros?

—Pero ¿acaso no estás juzgando a los hijos por los pecados de los padres? —preguntó Imogen con suavidad.

—¿Y él no lo está haciendo? —respondió, pero luego suavizó su tono. Imogen tenía su punto—. Roman entiende el porqué —le dijo —. Él lo comprende. ¿Por qué no puede hacerlo el resto?

—¿Y si, literalmente, solo quedarais tú y Roman en el mundo? —insistió Imogen con delicadeza—. ¿Qué pasaría entonces?

—Bueno, entonces… —Jules vaciló—. Pero no es así, ¿verdad? —continuó—. Él es un Montbeau. Y yo soy una Capelthorne. La familia va primero.

Era lo que Jules creía, y —dado que él había aceptado mantenerse alejado de ella—, obviamente Roman también.

Así que, eso era todo.

***

Esa noche, mucho después de que Flo se hubiera retirado, Jules se encontró acurrucada en su rincón de lectura, como de costumbre.

La idea de que —pronto—, ni ella ni su tía tuvieran acceso a ese lugar tan querido desde su infancia, le resultaba inconcebible. Debería aprovecharlo ahora, saborear la sensación, mirar hacia arriba y hacia abajo por la calle principal, como una de las pocas veces que le quedaban, para guardar un recuerdo lo bastante vívido como para sostenerla el resto de su vida.

Cansada, pero alerta, Jules descansaba la cabeza contra el cristal como siempre, con la mirada fija en el resplandor de la ventana del despacho de Roman, en lo alto del edificio de enfrente.

A veces, veía la sombra de alguien moverse frente a la luz y, por

un instante, se sentía un poco más cerca de él.

Cuando finalmente apagaba la luz, quizás a la una o incluso a las dos de la madrugada, Jules —exhausta—, también encontraba por fin fuerzas para irse a la cama y dormir unas pocas horas, sabiendo que Roman, al menos, también descansaba.

Era su nueva rutina.

No era ideal, pero esa cercanía relativa —en las horas nocturnas, cuando solo ellos dos estaban despiertos—, era el único consuelo que le quedaba.

Por supuesto, Roman no tenía ni idea de que estaba allí.

Así eran sus noches —bastante dolorosas—, pero el resto del tiempo Jules se sentía aún peor.

El constante dolor en el estómago, el sudor frío y el corazón acelerado que experimentaba prácticamente cada minuto del día, le parecían ya normales. Era imposible decir si se trataba de estrés o de miedo. Tal vez, era simplemente duelo.

Sabía que se notaba por su rostro pálido y con ojeras, o por la expresión de compasión en la cara de la tía Flo, cuando creía que Jules no la veía.

«Cuanto antes se resolviera la situación y pudiera dejar Portneath, mejor», pensó con cansancio, frotándose la cara con las palmas.

Jules suspiró, y luego se tensó.

¿La luz se había vuelto más brillante?

No. Ese resplandor no era dorado, como la vieja lámpara de escritorio en la oficina de Roman. Era de un rojo opaco, furioso, y venía del piso de abajo. Y ahora estaba casi cubierto por una sombra negra…, antes de reaparecer, un poco más grande que antes.

¿Estaba parpadeando…?

¡Fuego!

Jules se despertó de golpe, con el corazón latiendo tan fuerte que podía oírlo.

Había un incendio en el primer piso, y Roman estaba en la oficina de arriba, sin saberlo. O —peor—, ya inconsciente por el humo.

Jules se puso de pie de un salto.

¡Piensa! ¿Qué hacer primero?

Agarró su móvil y, con los dedos temblorosos, marcó el 999.

Balbuceó la dirección al operador, mientras bajaba las escaleras a toda velocidad y salía corriendo a la calle, descalza y en pijama, dejando la puerta de la tienda, abierta, tras de sí.

Llamas malvadas y anaranjadas eran ya visibles, mientras el fuego se apoderaba del edificio.

A través de los cristales, que se oscurecían con rapidez, Jules podía ver el humo bajando por la escalera hacia la tienda. El último piso, donde estaba la oficina de Roman, debía estar ya lleno de humo y llamas.

Jules sollozó.

Durante unos segundos golpeó la puerta con desesperación, magullándose los puños, pero era de roble macizo y tenía doble cerradura. Jamás lograría entrar por ahí.

Entonces lo recordó…

Cuando la tienda estaba cerrada, Roman usaba la escalera de atrás, a la que se accedía desde el pequeño patio trasero.

Jadeando, corrió por el estrecho callejón hacia el patio, lleno de palets y cajas de cartón plegadas del almacén.

Probó la puerta. Maldición. Cerrada.

Pero entonces recordó: había una llave…

En su mente, lo veía tantear por la llave que siempre dejaba en la repisa sobre el dintel de la puerta.

El dintel era demasiado alto para alcanzarlo, así que arrastró un palet; luego otro, apilándolos de forma precaria, sin importarle las astillas que se le clavaban en las manos por la madera áspera.

Sollozando de frustración, se estiró de puntillas, alzando el brazo al máximo.

Podía rozar la llave con la punta de los dedos y contuvo la respiración, aterrada de que, por culpa de su prisa y pánico, la empujara sin querer y la perdiera en la oscuridad.

La tenía.

Con los dedos temblorosos, abrió la cerradura y giró el picaporte, lanzando una oración de agradecimiento cuando la puerta cedió.

El aire en el rellano de la planta baja todavía era limpio y dulce.

Subió las escaleras de dos en dos, notando en una imagen congelada que unos tentáculos de humo negro salían por debajo de la puerta hacia la tienda del primer piso, pero siguió ascendiendo hasta la planta superior.

Abrió la puerta y se encontró con un muro de humo negro y asfixiante.

Contuvo el aliento y entró corriendo.

La visibilidad era prácticamente nula, pero se abrió paso tocando las estanterías con la mano derecha, pegada a la pared del fondo, donde el humo era un poco menos denso.

Le dolía el pecho y respiraba lo menos posible.

La entrada a la oficina estaba al fondo de esa misma pared, pero el humo era demasiado espeso para verla.

De pronto, la estantería dio paso al vacío. La puerta estaba abierta y Jules entró a trompicones, con los brazos extendidos al frente.

Quiso gritar su nombre, pero el aire se le atascó en la garganta y lo único que pudo hacer fue toser.

Entre arcadas y con los ojos llenos de lágrimas, cayó de rodillas y palpó el suelo, segura de que en cualquier momento encontraría el cuerpo de Roman.

«¿Y entonces qué?».

Buscó cada vez más con más desesperación.

Pasaron segundos, quizás minutos, hasta que se dejó caer sobre los talones, tosiendo sin control, intentando recuperar el aliento.

No estaba allí.

Tenía que volver atrás y comprobar si de algún modo lo había pasado por alto, tal vez inconsciente en el suelo de la tienda.

Gateó de regreso, en dirección a la puerta, buscando la pared con la mano.

Había una esquina donde no debía haberla.

¿Dónde estaba la salida?

Entró en pánico. Su pecho estaba tan oprimido, que apenas podía aspirar algo de aire —si a eso se le podía llamar aire—; aquel humo espeso y maligno le abrasaba los pulmones.

Palpó la siguiente pared, esperando encontrar en cualquier momento la abertura hacia las escaleras… pero se topó con otra esquina.

Llorando, se acurrucó en el suelo, hecha un ovillo diminuto.

Respirar era demasiado difícil. Seguir adelante, imposible.

Roman debía haber muerto…, y Jules supo —en ese momento —, que la vida sin él no tenía sentido.

Ya no podía más.

Capítulo 26

—¡Levántate! —un grito, proveniente de algún lugar lejano, pero no hubo nada distante en los fuertes brazos que la alzaron. Primero, hasta ponerla medio de pie, y luego, directamente en el aire—. Aguanta —volvió a decir la voz—. No te sueltes. Oh, Dios…

Cada respiración era ya una tos para ambos, y la cabeza de Jules daba vueltas, mientras seguía la instrucción de rodear con sus brazos el cuello de Roman y aferrarse fuerte.

Era demasiado difícil mantener los ojos abiertos. Le escocían, así que los cerró, sintiéndose segura.

Si no salían del edificio, al menos estaban juntos.

Estaba en paz.

Ya estaban en el hueco de la escalera.

El humo era más liviano allí, y giraba en espirales gracias a una bendita corriente de aire fresco que entraba por la puerta cortafuegos abierta, y ascendía por la escalera como si fuera una chimenea.

—¿Puedes mantenerte en pie? —le preguntó él con voz ronca, al salir al aire libre. Jules nunca había estado tan agradecida de ver las estrellas.

—Estoy bien —afirmó, mientras sus piernas tanteaban el suelo con cuidado. Se tambaleó, y su brazo la rodeó con fuerza otra vez.

—¿Ahora?

Asintió, secándose los ojos llorosos con el dorso de la mano e intentando dejar entrar aire en sus pulmones, a pesar de la opresión en el pecho. Le dolía como si se estuviera ahogando en alquitrán.

—¡Joder! —dijo una voz áspera con acento devoniano—. ¿Estabais ahí dentro? —Jules y Roman se giraron hacia el bombero y asintieron con disculpa—. ¿Hay alguien más?

Roman negó.

—Solo esta idiota —indicó, mientras el trío poco probable atravesaba el pasaje hacia el frente de la tienda, donde se había congregado un pequeño grupo, contenido por varios bomberos

corpulentos.

—¿Seguro? —insistió el bombero—. Es importante.

—Completamente —afirmó Roman, con firmeza—. Revisé y cerré el edificio hace menos de una hora.

—Bien, porque no me hace gracia meter a los míos ahí dentro —comentó el bombero—. ¿Es usted el dueño? —Roman asintió—. El edificio está perdido, me temo —continuó—. Lo mejor que podemos hacer ahora es evitar que se propague.

Roman levantó el pulgar, sin poder hablar por un ataque de tos.

Cuando logró recuperar el aliento, volvió su atención a Jules.

—¡Estás loca! —gritó—. ¿Qué demonios creías que estabas haciendo?

Por suerte, para ella, los gritos provocaron más tos, haciendo innecesaria una respuesta.

Se quedaron de pie frente al cristal, con el infierno dentro, iluminando el rostro tiznado de Roman, que la observaba con furia.

El bombero tenía razón: la destrucción era total. Al parecer, los libros ardían muy bien.

Jules podía ver la gran escalera de roble convertida ahora en un esqueleto de brasas brillantes y madera carbonizada. Sentía el calor abrasador en la cara, de pie, atónita, con su delgado pijama.

Los bomberos apuntaban sus mangueras al tejado, intentando evitar que las llamas saltaran al edificio contiguo.

Mirando con avidez al hombre que amaba, mientras él la observaba con tos entrecortada y ojos tan llorosos como los suyos, Jules se sintió increíblemente viva. Acelerada. Sentía el frío del pavimento en sus pies descalzos, el calor abrasador que salía del escaparate, oía los gritos de los bomberos, el clank de cadenas… Luego, un sonido de astillas partiéndose, cada vez más fuerte, y un grito:

—¡Todos atrás!

Debieron ser microsegundos, pero —como en cámara lenta—, los brazos de Roman la envolvieron y la giraron, tirándola al suelo.

Cayó pesadamente sobre ella, sacándole el último aliento, justo cuando una ráfaga de calor y fragmentos de cristal los envolvió como un huracán letal.

Jules se llevó la mano a la mejilla y la vio manchada de sangre. La miró sin entender y luego volvió la cabeza hacia Roman.

Él se levantó, apartando su peso, y la ayudó, con cuidado, a ponerse de pie.

—Cuidado —le dijo—. No muevas los pies. Hay cristales…

Tenía razón, el suelo estaba cubierto de fragmentos peligrosos, grandes y pequeños, resultado del escaparate que había estallado por el calor, arrojando vidrios a la calle como una granada.

Roman la levantó en brazos y la llevó hasta la parte trasera de la ambulancia más cercana, sentándola en la compuerta para que los dos paramédicos de verde se hicieran cargo.

—Inhalación de humo —dijo al más cercano.

—¿Y tú? —preguntó Jules—. El cristal…

Roman se giró para mirar los últimos momentos de Portneath Books, cuando Jules soltó un jadeo.

Su camisa, ennegrecida por el hollín, estaba empapada y desgarrada en varios puntos de la espalda. Brillaba con un fluido oscuro, que empapaba la tela hecha jirones.

—Estás sangrando —le señaló—. Está sangrando —insistió al paramédico canoso, que le colocaba la mascarilla de oxígeno.

El paramédico tenía pinta de haberlo visto todo. Y probablemente lo había hecho.

—Un viajecito al hospital para los dos, diría yo —comentó, ofreciéndole la mano a Roman para ayudarle a subir a la otra camilla.

Este accedió a regañadientes, apartando la vista de la devastadora escena.

—Siento muchísimo lo de la tienda —dijo Jules, quitándose la mascarilla.

Estaba destrozada por perder su querida librería.

«Espera…», se recordó, «la perdía de todas formas. Y, sin embargo, se había lanzado al peligro para salvar al hombre que se la quitaba».

—Vuelve a ponértela —le gruñó Roman, aunque su expresión era suave, mientras le colocaba él mismo la mascarilla con ternura.

—Vamos a concentrarnos en ti, ¿sí? —dijo el paramédico,

abrochando las correas.

***

En el hospital, el personal —leyendo el ambiente con tacto—, los colocó en camas contiguas, con las cortinas abiertas, para que Jules pudiera vigilar a Roman mientras una dulce enfermera lo limpiaba.

Por suerte, la mayoría de los cortes eran superficiales, aunque su camisa estaba completamente arruinada.

Una vez que ambos estuvieron atendidos, fueron prácticamente ignorados, mientras el equipo de urgencias lidiaba con los típicos dramas de un sábado por la noche.

—Fuiste una idiota por entrar a buscarme —repitió Roman con voz ronca.

—Lo mismo digo —le respondió Jules al instante.

Roman se echó a reír, lo que provocó otra tanda de tos.

—Pensé que estabas muerta —dijo, tras recuperarse un poco, tragando con dificultad—. Fue el peor momento de mi vida.

—Bienvenido al club —indicó Jules de nuevo, con seriedad. Extendió la mano, y los dos entrelazaron los dedos sobre el espacio que los separaba.

—¿Cómo supiste que estaba ahí dentro? —preguntó ella.

—Yo estaba… —Roman pareció incómodo—. Estaba sentado en el coche, en el aparcamiento detrás de la calle principal, pensando. A veces lo hago, cuando cierro la tienda. Solo un rato, antes de irme a casa. —Hizo una pausa—. Mira, va a sonar raro, pero desde ahí puedo ver la ventana de tu habitación. Últimamente, desde que… Bueno…, simplemente me gusta saber que estás cerca. Eso es todo.

Jules sonrió con suavidad.

—«Pero he aquí, ¿qué luz se abre paso por aquella ventana?» —recitó.

—Sí, algo así —respondió él, sonriendo, visiblemente aliviado de que ella aceptara su hábito un poco de acechador.

Jules no creyó necesario admitir que ella tenía la costumbre de

hacer algo muy parecido. Ya no importaba.

—Pero, aun así… ¿Cómo…? —insistió ella.

—Ah, vale, estaba sentado en el coche, y escuché un ruido, golpes y martillazos. No es el tipo de sonido que esperas oír a las dos de la mañana.

—Era yo, golpeando la puerta de tu tienda —indicó Jules, cayendo en la cuenta.

—Sonaba como el juicio final —dijo—. O como una redada policial.

—Puede que estuviera algo desesperada —admitió. Ahora que lo pensaba, sentía las manos rígidas y doloridas. No lo había notado en ese momento.

—Entonces, salí del callejón a la calle principal —continuó Roman—, y cuando vi la puerta de Capelthorne abierta de par en par y el fuego en Portneath Books, supe exactamente a dónde habías ido. No pasaron más de un par de minutos, y recordé que sabías lo de la llave de la entrada trasera.

—Lo siento mucho —dijo Jules, bajando la cabeza.

—No lo sientas —respondió Roman con infinita dulzura—. Creo que todo esto nos ha servido para entender cómo nos sentimos —añadió, acariciando con el pulgar la mano que aún sostenía.

Al ver que Jules no decía nada, la miró con curiosidad.

Ella asintió, sin palabras.

Las familias, las disputas, el matrimonio, el lugar donde vivir… Ya nada de eso importaba. Saber que uno o ambos podrían haber muerto esa noche, volvía irrelevante cualquier otra cosa. Estaba con Roman, y eso era lo único que contaba. Una sensación de calma, claridad y certeza le llenó el alma.

—Deberíamos volver a Nueva York —propuso él—. Dejar que nuestras familias se peleen todo lo que quieran. Podríamos empezar de nuevo, tú y yo. Una nueva dinastía.

Jules negó con la cabeza, a regañadientes.

—No puedo. Hay cosas aquí que debo hacer —dijo—. Tía Flo…

—Puedo esperar —afirmó.

—¡Dios mío, tía Flo! —repitió Jules con pánico—. ¡Se va a despertar sin saber dónde estoy!

Recordó que tenía su móvil en la mano, cuando corrió hacia la tienda en llamas, pero en algún momento —probablemente mientras golpeaba la puerta—, debió dejarlo caer.

Roman —milagrosamente—, todavía tenía el suyo, y, con calma, organizó que Charlie pasara por la tienda a primera hora de la mañana para contarle a Flo lo sucedido, y así asegurarle que todo estaba bien.

Luego, durante mucho tiempo, no hubo nada más que decir.

Simplemente, se quedaron acostados en silencio, con los dedos entrelazados en el espacio entre sus camas, absortos cada uno en sus propios pensamientos.

Capítulo 27

Con el amanecer, llegó algo parecido a la reanudación de la vida normal, con una oleada de ruido y luz.

Un nuevo equipo de personal entró a la estancia, enérgico y eficiente.

Jules, desesperada por volver con Flo, logró que un joven médico, aún con cara de recién salido de la facultad, accediera a darle el alta con cierta reticencia. Hojeó su historial y luego el de Roman, observándolos a ambos con sospecha.

—Está bien, pueden irse —les dijo al fin—. Pero si algo empeora, especialmente cualquier dificultad para respirar: tos con mucosidad negra, mareos… Vuelvan de inmediato, ¿entendido?

Jules asintió dócilmente, mientras Roman fruncía el ceño, observándola con atención, cuando ella se bajó de la camilla, listo para lanzarse a sostenerla si mostraba el menor signo de inestabilidad.

Una amable enfermera le permitió a Roman quedarse con el pijama hospitalario, ya que su ropa estaba hecha trizas y empapada de sangre, y, aún más amablemente, le proporcionó uno a Jules para que no tuviera que volver a casa con su pijama sucio.

Aun así, ambos olían a barbacoa y parecían haber salido por la chimenea.

—¿A tu casa o a la mía? —bromeó Roman, medio en serio, mientras esperaban a que llegara Terry, el taxista.

Jules inhaló profundamente el aire dulce del amanecer antes de responder.

Iba a ser un día hermoso: el último sol dorado del verano iluminaba las hojas otoñales. Todo le parecía más brillante, el cielo más grande y el futuro infinitamente más esperanzador mientras deslizaba su mano en la de Roman.

—A la mía, si te parece bien —dijo—. Tía Flo no se quedará tranquila hasta verme con sus propios ojos.

—Ajá —asintió Terry, bajando la ventanilla al detenerse—. ¿Pero

qué demonios habéis estado haciendo? —Observó con atención sus manos entrelazadas y sonrió al bajarse para abrirle la puerta a Jules, con una reverencia exagerada—. ¡Caray! —exclamó mientras le contaban lo sucedido—. Me habían dicho que la tienda se había incendiado. Que no haya muertos es una bendición…, y un milagro. Estas cosas te hacen darte cuenta de lo que de verdad importa, ¿eh? —añadió, lanzándole a Jules una mirada cómplice por el retrovisor.

***

Flo bajó las escaleras corriendo demasiado rápido y se lanzó a los brazos de Jules, abrazándola con fuerza.

«Para una mujer que no solía ser efusiva, esto demostraba un alivio inmenso», pensó Jules, sintiéndose culpable por lo que le había hecho pasar.

Después de varios segundos, Jules se separó con suavidad y sostuvo a Flo a cierta distancia de sus brazos.

—Estoy bien —le aseguró con firmeza—. De verdad, estoy bien. De hecho —añadió, dejándose abrazar por Roman de lado—, estoy más que bien.

—Ah… —dijo Flo, juntando las manos con fuerza, mientras los miraba a ambos—. Qué maravilla.

—No estoy segura de que mamá opine lo mismo —señaló Jules, poniendo cara de resignación.

—Pagaría por estar presente cuando se lo digas —bromeó Flo.

—Será una función doble —intervino Roman—. Le damos la noticia a mi padre al mismo tiempo y vendemos entradas.

—Pero ¿por qué estamos aquí parados? ¡Debéis estar muertos de hambre! —dijo Flo, instándolos a subir al piso superior—. Cuando me habéis dicho que veníais, he ido a casa de Freya a por unos cruasanes. Horneados anoche: todavía están calientes.

En el piso, encontraron a Charlie, sonriendo de oreja a oreja, mientras presionaba el émbolo de la cafetera.

—Café para todos —indicó, fijándose en el lenguaje corporal de

Jules y Roman—. Entonces, ¿vosotros dos…? —Levantó las cejas, y Jules sonrió con timidez—. Qué bien —asintió Charlie, satisfecho, mientras su sonrisa se ampliaba.

La mesita redonda del salón estaba preparada con una cesta de cruasanes y *pains au chocolat* envueltos en una servilleta de cuadros, con una buena porción de mantequilla amarilla, mermelada de mora casera y una jarra de leche caliente espumosa para el café.

Jules, que apenas había comido en semanas, devoraba con ganas.

Incluso su apetito parecía más vivo ese día.

Escuchaba, masticando, mientras Roman les contaba los detalles de la noche anterior, y los otros dos reaccionaban con ojos desorbitados por el asombro.

—Y vosotros dos… —dijo Flo con una sonrisa radiante, mirando primero a Jules y luego a Roman—. Al menos algo bueno ha salido de todo esto. —Jules se sonrojó, bajando la mirada, pero no podía quitarse la sonrisa de la cara—. Tenéis mucha suerte de estar vivos —prosiguió Flo, dejando a un lado un trozo de cruasán con mantequilla con cierta angustia—. No puedo ni imaginar…

—Eh… —dijo Jules, poniendo su mano sobre la de Flo, sintiendo su piel suave y los huesos prominentes, con un nudo en la garganta —. Estamos bien, de verdad.

Entonces, Jules notó que Roman se había quedado inmóvil, mirando por la ventana hacia el escenario de devastación al otro lado de la calle.

Las restricciones de tráfico complicaban las cosas ahora que era hora punta y todavía salía humo de las vigas ennegrecidas, que se elevaba lentamente hacia el cielo azul. Una solitaria autobomba permanecía en el lugar, con un pequeño equipo que seguía rociando agua sobre las brasas.

—Lo siento tanto —señaló Jules, con lágrimas de empatía asomándole a los ojos.

Roman salió de su ensimismamiento y miró a los tres que lo rodeaban.

—No importa —afirmó con decisión—. Al final del día, son solo ladrillos y cemento.

—Pero era un edificio tan bonito —dijo Flo—. Y todo el dinero que invertiste en la reforma. Quedó precioso.

—Para eso está el seguro —indicó Roman.

—Cierto. ¿Lo tenías? —preguntó Jules, ansiosa.

—Sí, bastante seguro… —respondió Roman—. Tengo que volver a la capilla en algún momento. Hay algunos papeles allí, que puedo revisar. Por suerte, no todo estaba en la oficina del último piso.

—¿Y el personal? —insistió Flo.

—Se quedarán sin trabajo —dijo Roman con seriedad—. Me aseguraré de que reciban una buena compensación, y… —Entonces se le ocurrió algo—. ¿No estarás contratando? —le preguntó a Jules, medio en broma.

«Claro», pensó ella. «Capelthorne's volvía a ser, sin competencia, la reina, la librería del pueblo».

Pero la idea no le dio la alegría que habría esperado.

En realidad, no cambiaba nada.

La tienda tendría que cerrar para Navidad, igualmente.

Quizás los Montbeau abrieran otra librería allí.

Tal vez incluso Roman la dirigiera.

Sintió un cosquilleo de rivalidad feroz, como la que había sentido hacia él al llegar aquella primavera.

—Aún te quedan un par de meses —comentó Roman, leyendo sus pensamientos—. Creo que anoche quedó demostrado que en dos meses pueden cambiar muchas cosas.

—Sí, habremos vendido mucho más *stock*, para entonces —dijo Jules, pensando en lo poco que la venta había contribuido a los ahorros de Flo, hasta ahora.

—Y tenemos algunos libros antiguos decentes para vender. He seleccionado los mejores para llevarlos a Londres mañana —informó Charlie—. Las tasaciones van a ser… interesantes.

—Cierto —respondió Jules, con un tono un poco más optimista. Y Roman tenía razón: podían cambiar muchas cosas.

—Necesitas una ducha —le dijo Roman a Jules, apurando su café y dejando la taza sobre la mesa.

—Qué grosero —replicó esta con suavidad, y luego bostezó.

—Exacto —indicó Roman, notándolo—. Y después, a la cama.

—Vaya, chicos —bromeó Charlie—, no delante de los niños.

Roman soltó una carcajada.

—Lo digo en serio —le dijo a Jules en voz baja—. Descansa un poco.

—¿Y tú?

—Tengo cosas que hacer —le respondió, levantándose y apilando la vajilla para llevarla a la cocina.

—Te voy a preparar un baño bien caliente, cariño —le dijo Flo a Jules, desapareciendo hacia el baño.

En lo alto de las escaleras, Roman atrapó a Jules entre sus brazos y le dio un beso en la frente.

—¡No te vayas! —suplicó ella.

—Dame el día —le pidió él—. Déjame arreglar este desastre. Tengo que poner cosas en marcha… Ni siquiera sé cómo empezó el fuego. Y tengo que ver a mis padres. Se merecen enterarse, cara a cara, de lo nuestro. —Jules no necesitaba que él le explicara lo que quería decir—. Te quiero —murmuró.

—Yo también te quiero —respondió, apoyando la cabeza contra su pecho.

Y sintió que todo era… simplemente lo correcto.

***

A punto de quedarse dormida en la bañera, Jules —que jamás, jamás dormía la siesta durante el día—, sintió un inmenso alivio al ponerse el pijama limpio que Flo le había dejado preparado, antes de deslizarse entre las sábanas frescas y suaves.

El sol dorado del otoño entraba a raudales por su ventana, iluminándole el rostro, pero Jules cerró los ojos, para no dejarse desvelar por él, y, en cuestión de segundos, se quedó profundamente dormida.

Capítulo 28

Al despertar, aturdida, y ver el cielo teñido de rosa y naranja, Jules se sintió desorientada.

Permaneció quieta unos segundos, mientras su memoria volvía.

El incendio. Roman. Haberse ido a la cama en pleno amanecer…

Se levantó, con un leve dolor de cabeza, y fue a investigar.

—Cariño —dijo la tía Flo al salir de la pequeña cocina—. ¿Cómo te encuentras? ¿Has podido dormir? He hecho macarrones con queso.

—Ñam… —exclamó Jules, abrazando a Flo.

De repente, le pareció importante demostrar a las personas que las quería.

En todo momento.

Porque nunca sabías cuánto tiempo te quedaba con ellas.

—Los macarrones con queso son justo lo que me apetece. En realidad, me muero de hambre…

—No me extraña —indicó Flo—, después de tus emocionantes aventuras. No he querido despertarte a la hora de comer; necesitabas descansar. Ahora, seamos perezosas y cenemos en el sofá. Ve a acurrucarte con Merlin junto al fuego.

Jules obedeció y encontró al venerable felino enroscado en un círculo perfecto, en una de las butacas, junto a la chimenea. Ronroneó con esfuerzo, cuando lo levantó, y luego volvió a acomodarlo en su regazo, donde la amasó brevemente con sus patas, y con las garras cuidadosamente retraídas. Luego, volviendo a su círculo perfecto y escondiendo la nariz bajo la cola, se quedó dormido al instante.

El pequeño fuego crepitaba en la chimenea, tan cálido y benigno, en contraste con el humo espeso, negro y el resplandor siniestro de las llamas que Jules aún tenía grabados en la retina desde la noche anterior.

Miró a su alrededor, a la pequeña sala, tan acogedora y familiar, bajo la luz de las lámparas. Resultaba casi imposible pensar que

todo aquello desaparecería antes de fin de año.

Flo entró con una bandeja con servilletas, tenedores y dos hondos cuencos verde oscuro, rebosantes y humeantes.

Incluso traía dos copas de vino, generosamente llenas, de un tinto púrpura.

—He pensado que nos vendría bien una copita de algo —explicó Flo, entregándole una.

—Guau —murmuró Jules, con la boca llena, segundos después.

Los macarrones con queso estaban, por supuesto, deliciosos: espirales de pasta, en vez de los clásicos coditos, bañadas en una bechamel suave y rica, amarillenta por la mostaza y el queso, con trocitos de panceta y mozzarella fundida. Cada una tenía una generosa capa de cheddar gratinado por encima, brillante por la grasa, y con un sabor intensamente salado.

La tía Flo siempre hacía los mejores macarrones con queso.

Jules tuvo que concentrarse para no devorar el plato entero en un minuto.

Cuando terminó, se quedó quieta, mirando el fuego, mientras acariciaba a Merlin, sorbiendo el vino. Era denso, embriagador, con sabor a frutas rojas que estallaba en su paladar y la calentaba por dentro.

Esa combinación embriagadora de euforia y plenitud era adictiva.

Jules decidió que podría acostumbrarse a esa sensación.

Al girar la cabeza, notó que Flo la observaba en silencio.

—Estoy tan feliz de verte así, querida —dijo Flo con dulzura—. No te imaginas lo que me reconforta el alma… Te lo mereces, mi amor. Tú y Roman, juntos. Sé que vais a tener una vida maravillosa.

—Guau…, tranquila. —Sonrió Jules—. Acabamos de empezar…

Pero sabía que Flo tenía razón.

No podía quitarse la sonrisa de la cara.

Luego, el ambiente cambió.

Estaba bien que ella y Roman fueran felices, pero ¿y la pobre tía Flo? ¿Qué sería de ella en Navidad?

—Me preocupa lo de vivir con mamá —confesó Jules.

—Ah, bueno… Justo hoy he estado mirando —comentó Flo,

esforzándose en sonar optimista—. Hay un pisito de dos habitaciones en alquiler en la Whitchurch Estate. Muy conveniente para ir de compras, y no tan lejos de la playa. Siempre está el autobús.

—Uff… ¿La Whitchurch? ¿No es un poco… complicada?

—Oh, no lo sé… —respondió Flo, animada—. Creo que esas cosas se exageran. Siempre he conocido gente encantadora donde sea que he ido.

—Eso es porque tú eres encantadora.

Flo tomó un folleto de la mesa.

—Mira —le dijo a Jules, pasándoselo.

Era un bloque bajo, originalmente blanco, pero ahora gris, con manchas verdes y marrones. El fotógrafo no se había molestado en quitar el carrito de la compra, ni el colchón manchado.

Jules hojeó la descripción eufemística, enfocándose en el plano y las fotos del interior. Daba una impresión general de papel pintado despegado y cortinas colgando de rieles rotos.

—Tiene una pinta horrible —señaló Jules con gesto sombrío.

—Las habitaciones tienen buen tamaño —respondió Flo.

—Si tú lo dices…

—Y sí, necesita una mano de pintura, lo admito —comentó—. Pero podríamos hacerlo entre todos. Compro cervezas, preparo un chili…, y una fiesta de pintura.

—¿De verdad es lo mejor que se puede conseguir?

—Es asequible —dijo Flo con firmeza—. No tiene sentido andarse con rodeos. Mi pensión bastará, si me administro bien. Eso es lo importante.

—No debería ser lo importante —replicó Jules, obstinada. Su querida tía no debería estar pensando en algo así a su edad, después de toda una vida de trabajo y de cuidar a los demás—. Yo puedo ayudarte —indicó. No sabía cómo, pero sabía que lo haría.

—Ni hablar —replicó Flo con firmeza—. Nunca he dependido de nadie, y no voy a empezar ahora.

—¿Pero no habías aceptado lo de mudarte con mamá? —preguntó Jules—. Al menos estarías en Middlemass, que es encantador. Y tendrías a Diana y Mungo como vecinos, en lugar de a

todos los narcotraficantes de la zona.

—Ahora estás dramatizando, querida —dijo—. Hay que ser realistas. Sabes que tu madre y yo acabaríamos matándonos. Estaré bien.

«Si tan solo tía Flo no estuviera sola en la vida», pensó Jules, conteniendo las lágrimas. No quería que Flo la viera así. Tenía que ser fuerte.

—¿Por qué crees que no has encontrado a tu propio «Roman»? —le preguntó.

Flo resopló.

—¿Quién dice que no lo hice en algún momento? —replicó—. También fui joven y guapa, ¿sabes?

—Claro que sí —respondió Jules—. Y sigues siendo guapa, dicho sea de paso. Al menos tu encantador Graham parece pensarlo.

—Ah, Graham. Un hombre encantador, pero, no, pobrecito, no fue el amor de mi vida.

—¿Y quién sí lo fue?

—Te gustaría saberlo, ¿eh, señorita? —respondió Flo, sonriendo encantada—. Es un placer recordarlo… Hace muchos, muchos años ya.

—¿No terminaste con ese hombre misterioso?

—Por desgracia, no. Pero —dijo, recuperando su tono habitual —, mejor haber amado y perdido…

Flo cayó en silencio, con una expresión triste.

—Entonces, ¿estás segura de que no considerarías mudarte con mamá?

—Me temo que tu madre es una persona bastante complicada. —Volvió al tema anterior—. Un verdadero desafío, como te he dicho muchas veces. Pero tenía sus razones. Perder a su madre tan joven…

—Pero luego te tuvo a ti para criarla —recordó Jules—. Fue afortunada.

—Y yo fui afortunada de estar ahí cuando tú crecías —dijo Flo—. Llegaste por sorpresa, cuando tu pobre madre era apenas una adulta. No estaba preparada para ser madre, eso está claro. —Flo miró el fuego, recordando.

—¿Cuánto sabes sobre quién podría ser mi padre? —preguntó Jules.

Nunca le había hecho una pregunta tan directa a su tía.

Una vez lo intentó, con su madre, y aún no se había recuperado del colapso emocional que le provocó.

No volvió a preguntar.

Flo suspiró.

—Lo supe, claro… O al menos creo que lo supe.

Jules esperó, con el corazón latiendo con fuerza. ¿Era este el momento? ¿Iba a tener un padre, así de repente? ¿Quizás incluso medio hermanos?

—Bueno… —continuó Flo—, fue un verano, justo después de que Maggie, quiero decir, tu madre, terminara el instituto. Había hecho un curso de mecanografía con habilidades de secretariado…

—Un poco cliché —interrumpió Jules—, eso de asumir que las mujeres eran las secretarias que tomaban taquigrafía y se sentaban en las rodillas del jefe.

—No lo sé —dijo Flo—. En esos días era muy popular, y era lo bastante lista, pero muy perezosa y sin constancia, como para ir a la universidad. Una pena. Le habría hecho mucho bien, creo yo. Tal vez la habría hecho madurar un poco… En fin, ahí estaba, buscando a alguien que la llevara de Middlemass a algo más emocionante, sin tener que esforzarse mucho. Pensaba que su belleza sería suficiente y, a decir verdad, lo era. Era despampanante. —Flo tomó un sorbo de vino, observando las llamas, mientras recordaba—. Consiguió un trabajo de recepcionista en el Grand Hotel, el que está en el paseo marítimo. ¿Sabes cuál te digo? —preguntó—. Ese blanco, como una gran tarta de boda, estilo art déco, que fue muy glamuroso en los años veinte. Aunque ahora parece algo anticuado y deslucido. Bueno, pues allí había un hombre que llevaba el bar, se llamaba Alistair. Era bastante mayor que Maggie, pero, para ella, al menos, muy sofisticado, y le encantaba aparentar con el dinero. Ah…, y estaba casado. ¿Lo había mencionado?

—Ay —murmuró Jules, absorta.

—En efecto —dijo Flo—. No estoy segura de quién se lanzó sobre quién, pero la pobre Maggie fue lo bastante ingenua como

para pensar que le importaba a ese hombre. Y creo que él, a su vez, se sintió halagado de que una chica tan guapa lo adorara.

»Ninguno de los dos se molestó en ocultarlo. Se decía de todo. Rumores. La pobre esposa se enteró y… se acabó.

»Maggie se quedó sin Alistair, en la medida en que alguna vez realmente lo «tuvo», y la despidieron del hotel por el asunto. Así que, también perdió su trabajo.

—¡Qué injusticia!

—Lo sé. Enorme. Pobre muchacha tonta. Así eran las cosas entonces: si uno de los dos debía marcharse, era la mujer, la más joven, casi siempre. Completamente ridículo, pero así era. —Flo se quedó pensativa unos segundos, antes de continuar—: En fin, tu pobre madre estaba destrozada. Yo, por supuesto, sentía simpatía, pero ella seguía con ideas ridículas como que él era el amor de su vida, y todo eso… Yo solo quería que ese hombre se fuera de Portneath para siempre, para que ella dejara de suspirar por él.

»Descubrí que lo estaba acosando, rogándole que volviera con ella, hasta que él le pidió que parara. —Flo suspiró—. Fue un verdadero desastre.

—¿Él es mi padre? —apremió Jules, deseando que siguiera.

—Eso deduzco —admitió Flo.

Hubo una pausa.

—¿Y dónde está ahora? ¿Lo sabes? —preguntó, con algo de esperanza.

Entonces, el rostro de Flo se ensombreció.

—Lo siento mucho, cariño, me he dejado llevar por el relato. El caso es que se cumplió mi deseo. Él y su esposa se fueron, y luego… me llegó la noticia de que, bueno… Murió, cariño. —Flo le puso la mano en el brazo—. Por más que fuera un hombre vanidoso, necio y sin principios, me entristeció saberlo. Se habían ido de vacaciones, de esas de «todo o nada», y tuvo un horrible accidente con una moto de agua. Traumatismo craneal. Murió en el acto.

—¿Y él y su esposa… tuvieron hijos? —se interesó Jules, aún sin querer renunciar del todo al sueño de tener medio hermanos.

Pero Flo negó con la cabeza, con tristeza.

—No, no tuvieron hijos. Me temo que lo único que ese hombre

te legó fueron tus preciosos ojos verdes y ese maravilloso pelo. Era guapo, eso sí —añadió con aparente desgana—. Pero cariño, me sorprende que tu madre nunca te haya contado todo esto.

—Una vez me dijo que había perdido al amor de su vida en un terrible accidente. Fue todo muy dramático, eso sí lo recuerdo. Yo era tan pequeña, que casi ni lo tenía presente hasta hoy. Se puso muy mal cuando le pregunté, así que no volví a sacar el tema.

—Típico de tu madre, darle la vuelta al cuento para que parezca que la muerte los separó —observó Flo—. Jamás podría contar que simplemente la dejó por otra. Que es, me temo, lo que sucedió. — Jules asintió, pensativa. Pobre mamá—. Tienes que intentar ser comprensiva con tu madre —dijo Flo con dulzura, como si hubiera escuchado sus pensamientos—. Es una mujer tonta, lo sé, y no ha sido la mejor madre, pero envejecer es duro cuando has dependido tanto de tu aspecto físico, como lo ha hecho ella.

Con el calor del fuego y el estómago lleno, a Jules se le cerraban los ojos de nuevo, a pesar de haber dormido tanto durante el día.

—Pero ya está por hoy —dijo Flo, incorporándose, al mismo tiempo que levantaba con suavidad al gato del regazo de Jules—. Mañana tienes tu viaje a Londres, por lo que a la cama.

Capítulo 29

Flo insistió en levantarse al amanecer, aunque bien podía haberse quedado otra hora en la cama, y, aun así, estar a tiempo para abrir la tienda.

Para cuando Jules estuvo aseada y vestida, su tía ya había preparado una tetera y estaba cocinando gachas.

—Desayuna bien, cariño —dijo, sirviéndole a Jules una taza de té de la vieja tetera marrón—. Vas a tener un día ocupado y no sabes cuándo volverás a tener oportunidad de comer.

—Ojalá me hubieras dejado llevarte una taza de té a la cama —protestó Jules—. Pareces… —La observó—. Pareces enferma, la verdad —concluyó con disculpas—. ¿Estás segura de que estás en condiciones de atender la tienda tú sola?

—Claro que sí, cariño. ¿Por qué no habría de estarlo? Recuerda que hasta hace seis meses la llevaba sola todo el tiempo —indicó con energía—. No es que no haya disfrutado muchísimo de tenerte a ti y a Charlie ayudándome —añadió.

—Vale, bueno… Tómatelo con calma —dijo Jules. Aunque era inútil pedirle eso a su tía—. Quiero decir, que si decides que necesitas una siesta por la tarde o algo, simplemente cierra antes. No es cuestión de vida o muerte, después de todo.

—Lo que tú digas, cariño —señaló Flo, besándola en la cabeza, mientras le ponía un humeante plato de gachas delante.

Jules lo tomó como un «no».

***

—¡Ey, colega! —saludó Charlie a Jules en el andén, bajo la luz gris del amanecer. Le tendió un vaso de café para llevar—. *Latte* con leche de avena.

—Guau…, te adoro —murmuró Jules, agradecida.

—Cuanto amor en el aire —bromeó Charlie mientras llegaba el tren—. Hablando de eso, veo que no vienes con tu galán esta mañana, ¿eh?

—Dios, no. El pobre Roman ya tiene bastante con el incendio, y todo eso.

Charlie asintió, comprensivo. Llevaba un bolso tipo bandolera, que parecía pesado, y destacaba, especialmente esa mañana, porque se había teñido una franja mohicana de azul brillante en su cabello rubio decolorado. Eso, junto con su peto de tartán estilo Vivienne Westwood, lo convertía en una visión inolvidable.

—Traigo algunos de mis mejores hallazgos —le explicó a Jules mientras se acomodaban en un banco de madera, al final del andén —. Demasiado valiosos, o eso espero, como para ponerlos a la venta en línea sin más. Ya veremos qué sacamos hoy.

—Crucemos los dedos —dijo Jules sombríamente, recordando ese horrible piso de alquiler que la pobre tía Flo estaba considerando.

***

Fue un viaje pesado hasta Paddington, pero la ventaja de subir al tren tan lejos era que podían elegir los asientos.

Se acomodaron uno frente al otro.

Lo primero que hizo Jules fue llamar a Roman para ponerse al día.

—Fue un fallo eléctrico, ya lo sabemos —le informó él—. Hice que cablearan toda la tienda durante la reforma y algo falló en la caja de fusibles bajo las escaleras.

—Eso explica lo rápido que se propagó. Esas viejas escaleras de roble…

—Gracias a Dios que no había clientes dentro. Y gracias a Dios que tú y yo teníamos las escaleras traseras para escapar. No quiero ni imaginar…

Hubo un silencio pesado.

—¿Sigues ahí? —preguntó Jules con suavidad.

—Sí —respondió, aclarándose la garganta—. Te quiero.

—Yo también te quiero —indicó Jules, sonriendo, mientras Charlie ponía los ojos en blanco.

***

—Bueno, cuéntame más sobre a qué vamos hoy —preguntó Jules cuando colgó.

—FIRSTS —declaró Charlie—. La Feria del Libro Raro, como ninguna otra. Dos veces al año, en la Galería Saatchi. Es el lugar donde hay que estar, tía.

—¿La que está cerca de King's Road? Genial —dijo Jules—. ¿Y vamos a vender?

Charlie negó.

—Solo a obtener tasaciones. Los libros que tengo aquí son especiales; lo mejor de nuestro *stock* de segunda mano. Vale la pena ponerlos en una subasta física. O eso creo. Si mi contacto está de acuerdo, se los dejo.

—¿Y a quién vamos a ver?

—A todo el mundo, pero… —Charlie se puso una mano sobre el pecho, justo sobre el corazón—. En realidad, vamos a tomar un café con un tal Richard Davenport. —Se hinchó visiblemente de orgullo—. Es un pequeño logro, si me lo permites. Es el subastador principal de libros antiguos en Sotheby's.

—Guau… —exclamó Jules de inmediato, con un tono que esperaba mostrara suficiente impresión—. ¿Y crees que se interesará por el grimorio?

Charlie se desinfló; parecía preocupado.

—No lo sé —confesó—. Si alguien puede tasarlo, es él. Pero el tema es que, cuando algo entra a subasta, cualquier cosa puede pasar.

«Y Flo todavía tenía que dejarse convencer de venderlo», se recordó Jules.

Durante un rato, se quedó mirando por la ventanilla, observando el paisaje pasar.

—¿Tú qué harás? —le preguntó a Charlie por fin.

—¿Cuándo?

—Cuando la tienda cierre en Navidad.

—Ah, claro. —Suspiró Charlie—. Pues habré terminado mi tesis, para entonces. —Parecía estar considerando decir algo más.

—¿Y…? —lo animó Jules.

—El siguiente paso sería, idealmente, una pasantía con un librero de libros antiguos.

—¿Quizás incluso en Sotheby's? —dijo Jules, emocionada—. ¡Deberías preguntarle a ese Richard cómo-se-llame hoy!

—¡Ja! —respondió este, sin humor—. Las pasantías van para chicas blancas, de buena familia, con educación privada y nombres como Lucinda, con una «mami» y un «papi» que les pagan para vivir en el centro de Londres, porque no les pagan el puesto. Admitámoslo, soy exactamente lo opuesto.

—Lo siento tanto —empatizó Jules. No se equivocaba. El mundo editorial era parecido.

—Supongo que me ha tocado bailar con la más fea. —Se encogió de hombros, filosóficamente.

—¿Y si decimos que «Charlie» es diminutivo de «Charlotte»? —sugirió Jules.

***

Dentro del abarrotado salón había un olor muy característico: una mezcla de lana mojada, pintura fresca y una inconfundible base de libro viejo —cuero, polvo y moho—, que a Jules le resultaba inmensamente reconfortante.

Olía prácticamente igual que la primera planta de Capelthorne's.

Había un murmullo de conversaciones, interrumpido por el tintinear de la vajilla en el puesto de refrigerios.

Charlie paseaba nervioso, apenas distraído por la fascinante

variedad de mercancías: libros abiertos con impresionantes ilustraciones botánicas, colecciones encuadernadas en cuero de edad venerable e incluso mapas, tanto enrollados como enmarcados.

—Todo saldrá bien —dijo Jules para tranquilizarlo, notando su inquietud—. Vamos por un café, que esta vez invito yo.

Tan pronto estuvieron de pie, bebiendo su execrable café, Jules comenzó a desear haber insistido en que Charlie se quedara con el descafeinado.

Estaba tenso, por los nervios. Se pasaba la mano por sus rubios rizos, una y otra vez, y jugueteaba con varios de sus *piercings* faciales, hasta que Jules casi deseó darle un manotazo para que parara.

—¿Cuándo nos vamos a reunir con este tipo? —se interesó Jules, preguntándose cuánto tiempo más tendría que estar cuidando de Charlie.

Quizás, para evitar que saliera corriendo y se escapara de vuelta a Portneath en el siguiente tren.

Le parecía que la reunión de Charlie con el hombre de Sotheby's era bastante decisiva, y dudaba mucho que en verdad no tuviera esperanzas de conseguir una pasantía.

—Ay, madre, es él —susurró el joven, haciendo un gesto con la cabeza hacia un hombre corpulento, con una chaqueta de tweed chillona y una pajarita roja de paisley.

—Tienes razón: tiene toda la pinta de ser el que reparte pasantías entre chicas blancas de nombre Charlotte, que montan a caballo —murmuró Jules—. Vamos, aguanta la respiración y lánzate. Después, nos podremos ir a tomar un trago fuerte. No soporto mucho más este espantoso café.

Para darle crédito a Charlie, se irguió hasta alcanzar su estatura máxima de metro sesenta y poco, y se acercó decidido a interceptar a Richard, que ahora miraba a su alrededor, algo desorientado.

—¿Richard Davenport? —tanteó Charlie con timidez, extendiéndole la mano.

—Ah, Charlie Adeyemi, supongo —señaló él—. Al fin, nos conocemos. —El joven asintió, como si se hubiera quedado sin palabras—. ¿Y a quién tengo el gusto…? —dijo, volviéndose hacia

Jules, quien se presentó brevemente—. Bien, entonces…, ¿vamos? —indicó, avanzando con rapidez, para asegurarse una mesita libre en la zona de cafetería, liberando una tercera silla del grupo que estaba sentado en la mesa contigua.

Una vez que el motivo de este viaje estaba en marcha, Charlie se relajó.

Con la guía de Richard, comenzó a sacar los libros que llevaba uno a uno, cada uno envuelto con cuidado en papel libre de ácido para su transporte.

Presentó cada ejemplar con un breve resumen de su valor, a lo cual Richard respondía con una mirada astuta, pero neutral.

Había una primera edición de *Frenchman's Creek* de Daphne du Maurier —una favorita absoluta de Jules—, ante la cual Richard esbozó una sonrisa.

—Pero es solo la tercera reimpresión —admitió Charlie.

—Igual me gusta —dijo Richard, generosamente—. Obviamente, he visto unos cuantos, pero Du Maurier siempre tiene demanda, y este está en buen estado —añadió, examinando con cuidado la portada y los bordes de las páginas—. Algo de decoloración en la cubierta…

—¿He dicho ya que está firmado por la autora? —señaló Charlie, inclinándose para mostrar la dedicatoria.

—Vaya que sí —dijo Richard, lanzándole una mirada de admiración—. Supongo que no debería sorprenderme, considerando que ella pasaba bastante tiempo por tu zona. Bien hecho. Le pondría un precio de reserva de tres mil. Algo parecido se vendió por poco más de cinco mil hace un año. ¿Te parece bien? —Miró a Charlie, y luego a Jules, que asintió tragando saliva.

«Ojalá tuvieran más libros de ese calibre. Entonces tía Flo podría permitirse algo mejor que ese espantoso piso en la Whitchurch Estate».

Sin embargo, Richard los desilusionó al descartar un par de ejemplares como menos interesantes.

—¿Con sinceridad? —dijo, al notar sus expresiones decaídas—. Son perfectamente vendibles. Yo los pondría en línea y cruzaría los dedos. Os ahorrarían mi, extremadamente generosa, comisión de

subastador. Buena suerte.

Jules empezaba a pensar que las buenas noticias se habían acabado.

No podía quejarse: el de Du Maurier prometía bastante.

Finalmente, con cierta reverencia, Charlie sacó el grimorio, lo desenvolvió y lo colocó con cuidado sobre su hoja de papel tisú frente a Richard para que lo examinara.

—Esto —explicó—, es un manuscrito original que data, a juzgar por los materiales y el contenido, de mediados del siglo XVII. Aquí está la transcripción completa —añadió, entregando una copia impresa, antes de soltar una serie de datos sobre materiales e investigaciones que dejó a Jules impresionada.

Charlie sabía lo que hacía.

A juzgar por la mirada astuta y admirativa de Richard, él también lo pensaba.

—Según referencias cruzadas con fuentes contemporáneas, la autora fue Bridget Capelthorne, de Portneath —continuó el joven—. El grimorio sugiere que fue una curandera en su comunidad, una bruja, si se quiere, lo que concuerda con registros históricos que indican que fue juzgada en los tribunales de Exeter en 1685, condenada por brujería y ahorcada poco después —terminó Charlie, mirando a Richard, esperando su reacción.

—Buen trabajo —señaló Richard, admirado, lanzándole ahora una mirada evaluadora más larga.

—¿Y es…? Quiero decir, ¿te parece que es de mitad del siglo XVII? —preguntó Charlie.

Richard, sacando de su bolsillo un par de guantes blancos de algodón, comenzó a pasar con cuidado las páginas y examinó la encuadernación.

—A mí me lo parece.

—Quiero decir, está claro que habría que hacer pruebas, comparaciones…

—Déjame detenerte ahí —dijo Richard, levantando la mano—. He dicho que «me lo parece». Cuando llevas tanto tiempo en esto como yo, desarrollas un instinto. Creo que has dado en el clavo —añadió—, y has elegido bien el momento. Hay mucho interés en este

tipo de material ahora mismo. Las brujas y la brujería están en auge.

—Además —añadió Jules—, creemos que la pobre Bridget, mi antepasada, de hecho, fue la última bruja en Inglaterra en ser ahorcada.

Ante eso, Richard alzó la cabeza de golpe.

—Me gusta —indicó, admirado, y luego se detuvo a pensarlo un momento—. Quiero decir, lamento oírlo —añadió sin mucho convencimiento—, pero sí, me gusta mucho. Ese tipo de trasfondo marca la diferencia. Lo que teníamos hace un momento era un objeto curioso. Lo que tenemos ahora —dijo, extendiendo una mano hacia Jules con una reverencia—, es una historia.

—¿Y cuánto crees que podría valer? —se animó a preguntar Charlie, alentado por su evidente interés.

El hombre suspiró, colocándolo con cuidado y extendiendo las manos a los lados.

—¿Valor? Podría ser unos cuantos miles. Seguro que unos miles. Posiblemente, decenas de miles. Potencialmente, el cielo es el límite.

—¿El cielo…? —repitió Charlie, con debilidad.

—Bueno, no es el *Códice Leicester* —matizó Richard—. Pero es una joya. Muy bonito.

Jules le lanzó a Charlie una mirada confundida.

—Te lo cuento luego —murmuró Charlie por lo bajo.

—Entonces, umm…, ¿qué sigue? —preguntó Jules, intentando mantener la voz estable.

—Bueno, suponiendo que queráis que Sotheby's se encargue de esto… —Levantó las cejas, viendo cómo Charlie y Jules asentían enseguida—. Me gustaría que nuestros investigadores lo analizaran —prosiguió—, dar parte a nuestro equipo de prensa, ponerlo en lista… La próxima subasta es a finales de noviembre. Diría que estamos justo a tiempo para incluirlo como una de las piezas destacadas del catálogo.

—Falta un montón para eso —señaló Jules, algo decepcionada.

Todo sonaba tan vago. Esperaba volver con una idea más concreta y una respuesta más clara para tía Flo.

—Tenemos que hacer el trabajo preliminar para conseguirte el mejor precio —continuó Richard—. Nuestro equipo, obviamente,

tiene listas de personas que podrían ser compradores potenciales: coleccionistas privados, museos, y demás… Contactarlos, generar expectación, conseguir algo de cobertura anticipada… Esas cosas llevan un poco de tiempo.

—Por supuesto, por supuesto —indicó Charlie con rapidez, lanzándole una mirada ansiosa a Jules, por miedo a que este dios de las salas de subastas se ofendiera con su impaciencia.

Pero Richard parecía haberse animado mucho con el grimorio, sonriendo a las dos personas frente a él con una bondad palpable.

—Muy buen trabajo —dijo, dirigiéndose a Charlie—. ¿Cuál es tu formación?

Este balbuceó algo, disculpándose sobre sus títulos, experiencia y su doctorado en camino, pero Richard lo interrumpió:

—¿Has pensado alguna vez en dedicarte a las subastas?

Charlie asintió.

—Por supuesto —afirmó.

—Bien. ¿Te gustaría trabajar en Sotheby's? Me queda una plaza para una pasantía, que empieza en enero, si estás disponible. Es un trabajo duro, pero es una oportunidad para involucrarte de verdad, asumir responsabilidad desde temprano, y ganar algo de experiencia.

Charlie asintió con entusiasmo, pero luego su expresión se ensombreció.

—Es básicamente un tema de dinero —murmuró con disculpas.

—No te preocupes —dijo Richard—, no esperamos trabajo gratuito. Hay una beca. No es generosa, pero debería bastar para mantener a raya al lobo. Si haces tan buen trabajo como espero, estarás ganando un sueldo de verdad en poco tiempo. ¿Qué dices?

Capítulo 30

—Eso ha sido increíble —dijo Charlie, suspirando con satisfacción, mientras se dejaba caer en el asiento del tren, al comenzar con Jules el largo viaje de regreso a casa.

Sobre la mesita, entre ellos, había unas latas de gin-tonic, una gran bolsa de gominolas y otra del mismo tamaño de Reese's Pieces.

Ambos habían coincidido en que aquel día era demasiado extraordinario como para cenar algo sensato, suponiendo que las tiendas de la estación de Paddington vendieran algo parecido a comida real.

—Y bien, ¿qué es el *Códice Leicester*? —preguntó Jules, ya acomodados y listos para repasar los extraordinarios eventos del día.

—Nada menos que un cuaderno de unas setenta páginas, escrito por el propio Leonardo da Vinci —le aclaró Charlie, con los ojos brillantes—. Estaba lleno de diagramas de cosas que quería inventar, y su escritura en espejo… Eso es una de las cosas que lo hace inconfundible.

—¡Qué pasada! —dijo Jules, impresionada—. ¿Y se subastó?

—Bill Gates lo compró por unos treinta millones —afirmó Charlie.

—Guau… —repitió Jules—. ¿Y por qué «Leicester»?

—Lo tenía el conde de Leicester —explicó Charlie—. No sé cómo lo consiguió. Supongo que la posesión lo es todo. El grimorio probablemente será conocido para siempre como el *Grimorio Capelthorne*. Da que pensar.

—Al menos eso preservará el nombre de Capelthorne, porque, a este paso, no lo va a hacer nada más —dijo Jules, un poco abatida.

Hubo un silencio mientras ambos reflexionaban.

—Quiero decir, está claro que Bridget Capelthorne no está a la altura de Leonardo da Vinci —indicó Jules.

—No, por supuesto —asintió Charlie.

—Pero si Richard pudiera conseguir una suma de cinco cifras. O incluso de seis…

—Sí, tal vez… —indicó Charlie, con cautela.

—Entonces, tía Flo tendría algunas opciones… —añadió Jules, sin atreverse del todo a soñar.

***

Ambos estaban rígidos, cansados y con frío, cuando el tren llegó a la estación de Portneath, a las diez de la noche.

Jules se sorprendió y alivió al ver a Roman en el andén, esperándolos.

Pero, al acercarse, la sonrisa se le borró de la cara.

Roman tenía una expresión más sombría de lo que jamás le había visto.

Sus ojos le hicieron la pregunta sin palabras.

—Es Flo —indicó con suavidad—. Se ha puesto mal. La he llevado al hospital. Han estado esperando a que volvieras.

—Oh Dios… —Jules se tapó la boca con la mano.

Se sintió terriblemente mareada y enferma. ¡Tía Flo! Y ella la había dejado sola todo el día en la tienda. Esa mañana se había dado cuenta de que no estaba bien.

—¿Qué le pasa a tu teléfono? —preguntó Roman mientras la ayudaba a subir al asiento delantero del coche, con Charlie haciendo lo propio en el de atrás.

—Lo tenía en silencio porque estábamos en una reunión —confesó, sacando el móvil de su mochila y encendiéndolo para ver un montón de notificaciones. Roman había intentado llamarla y escribirle con desesperación—. Dime exactamente qué ha pasado —pidió mientras salían del aparcamiento de la estación.

—Pasé a verla a la hora de comer —dijo Roman, mientras conducía rápido hacia el hospital—. Estaba allí con el perito de seguros, mirando los daños del incendio, por suerte, así que… Sí, pasé a verla, y no estaba en la tienda. La encontré en la oficina, blanca como el papel. Insistía en que estaba bien y… Luego se desplomó delante de mí.

Jules soltó un pequeño gemido.

Roman le puso la mano en la pierna, girando el volante con la otra para entrar en el aparcamiento del hospital, donde se detuvo ocupando dos plazas, lo más cerca posible de la entrada de Urgencias.

—Llamé a una ambulancia —continuó—. Por suerte, llegaron bastante rápido, pero… —Aquí clavó los ojos en los de Jules, antes de seguir—. Escúchame, cariño: su corazón se detuvo, ¿vale? Tuvieron que reanimarla con descargas. Volvió en sí. He estado hablando con ella. Sabe que vienes.

Con el brazo de Roman rodeándola con firmeza, Jules apenas sentía las piernas mientras corrían al interior del hospital, con Charlie justo detrás.

Como si estuviera todo preacordado, Roman asintió hacia la recepcionista con cara de bulldog, que los dejó pasar.

A diferencia de la sala de espera, Urgencias bullía de actividad, pero con un silencio casi sobrenatural.

Roman los llevó hasta un cubículo con cortinas al final del pasillo.

Al cruzar las cortinas, Jules sintió el corazón congelarse.

Por un momento, pensó que Flo había muerto. Estaba tan pequeña y pálida, acostada en la cama con una bata de hospital, llena de cables y tubos. Tenía los ojos cerrados y hundidos, pero —cuando Jules soltó una exclamación ahogada—, los abrió, giró la cabeza y sonrió débilmente.

—Querida niña —susurró, como si hablar fuera un esfuerzo casi insuperable—. Qué escándalo todo esto.

—¿Escándalo? —repitió Jules, sentándose en el borde de la cama y tomando la mano de su tía—. Me han dicho que has dado un buen espectáculo.

—Así es, me temo —sonrió Flo—. Y este —indicó a Roman con cansancio—, ha sido un salvavidas. Literalmente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jules mirando a su alrededor.

¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Por qué no estaban haciendo algo para mejorar a su tía?

—Quieren llevarme al «laboratorio de patología» o al

«laboratorio de cateterismo», o algo así —murmuró Flo. Hablar le resultaba agotador—. He tenido un pequeño infarto, y tengo las arterias atascadas, qué vergüenza. Demasiadas meriendas con nata, supongo. Van a ponerme stents, y estaré como nueva. Es increíble lo que hacen hoy en día. —Sus ojos se cerraron de nuevo y pareció quedarse dormida por unos instantes.

Con el corazón latiendo con fuerza, Jules esperó, sosteniendo la mano suave y fría de Flo entre las de ella, como si la conexión misma pudiera infundir vitalidad a la anciana.

Esta suspiró y volvió a abrir los ojos.

—Qué alegría verte, querida. Me levantas el ánimo. ¿Cómo ha ido lo de hoy?

—Muy bien —afirmó Jules, apretando su mano—. Todo ha salido bien. Charlie y yo te contaremos luego los detalles.

En ese momento, Roman, de pie junto a la cortina, le hizo una seña con el dedo, indicándole que saliera con él.

Jules se levantó, dejando a Charlie en su lugar.

—Estaban esperando a que te viera, antes de subirla —murmuró Roman.

—¿Ahora mismo? —preguntó.

—Ahora mismo, pero Jules, necesito que entiendas… —Sus ojos se clavaron en los de ella, sus cálidas manos se posaron con fuerza y consuelo sobre sus hombros—. Las cosas no pintan bien —dijo despacio, esperando que sus palabras calaran antes de continuar—. Podría irse en cualquier momento, y ponerle los stents no está exento de riesgo.

Las lágrimas le inundaron los ojos. Se las secó, con rabia, con el dorso de la mano.

—No puede verme así —indicó, sorbiendo por la nariz, para enderezarse, a continuación.

—Buena chica —señaló Roman—. Ahora vuelve ahí dentro y dile que la quieres. Yo le diré al equipo que ya está lista.

***

La espera fue angustiosa, pero una oleada de alivio recorrió a Jules en cuanto vio la sonrisa en el rostro del médico que venía a informarles.

Para cuando Flo fue enviada a la planta de cardiología a descansar, Jules estaba tan exhausta que se sentía como si estuviera bajo el agua. Moverse era algo lento y difícil, y hablar le era casi imposible.

Apenas recordaba cómo Roman la había llevado de vuelta a la tienda y la había acostado.

***

Después de los eventos tan extremos, la rutina de las semanas siguientes le pareció extraña.

Flo ya estaba de vuelta en casa, enfadada por no tener permiso de Jules para estar en la tienda. En cambio, estaba confinada en el piso, donde —tras enterarse de que Freya y Finn habían anunciado un embarazo—, empezó a tejerle al bebé un extenso guardarropa, y, sin quererlo, quedó enganchada a los dramas de la televisión diurna.

La única manera en que Jules podía sobrellevar la emoción de la subasta inminente era fingiendo que no iba a ocurrir, enterrándose en los desafíos diarios de la tienda.

Poco a poco, fue deshaciéndose del inventario con ventas relámpago: una semana de novelas negras, la siguiente de románticas… También pasaba mucho tiempo en el almacén, organizando devoluciones con los editores a cambio de reembolsos.

Jules y Flo evitaban hablar del grimorio.

Jules sabía que su tía se sentía mal por dejar salir de la familia un objeto tan importante, pero estaba desesperada por mejorar la situación financiera de esta, y vender el grimorio parecía la única salida.

Graham también se había horrorizado al enterarse de la enfermedad de Flo, y, desde entonces, estaba cortejándola discretamente, apareciendo en la tienda con ramos preciosos de

dalias tardías de su jardín, manjares saludables —como salmón ahumado escocés del deli—, y llevándola, bien abrigada contra el fresco del otoño tardío, a paseos cortos y lentos por el ventoso paseo marítimo.

Jules y Roman habían vuelto a pasar juntos todo el tiempo que podían —sin citas elaboradas—. Simplemente paseando, charlando durante horas, y a veces durmiendo abrazados.

Flo insistía en que necesitaba tiempo sola para recuperar su independencia, y animaba a Jules a pasar tiempo con Roman en la capilla de Middlemass.

Allí se sentían envueltos en su propio pequeño mundo.

A pesar de la desesperada situación, y la casi segura pérdida de la tienda, Jules no recordaba haber sido nunca tan feliz.

Roman estaba ocupado tratando con las autoridades y la aseguradora por los daños del incendio en su propia tienda.

La decisión de la familia Montague había sido realizar reparaciones estructurales hasta dejar el local como un cascarón reformado, y luego alquilarlo a cualquier otro negocio.

La brevísima era de The Portneath Bookshop había terminado.

Por un tiempo, Jules se sintió resentida por lo rápido que los Montbeau habían dejado atrás, un proyecto que tanto daño había causado a su familia. Pero, por otro lado, ese mismo proyecto había sido el responsable directo de que Roman estuviera en su vida, así que reprimió sus sentimientos.

—Es hora de que conozcas a mi familia —anunció Roman una mañana, durante un desayuno de huevos benedictinos.

Pochar huevos de la manera correcta, girándolos en una olla de agua hirviendo, era otro de los muchos talentos de Roman, como Jules se impresionó al ver.

El plan que propuso esa mañana, sin embargo, era aterrador:

—O —sugirió ella—, tú y yo podríamos simplemente irnos y pasar el resto de nuestras vidas juntos, y yo nunca, nunca, tendría que estar en la misma habitación que el resto de tu familia. Jamás.

—Umm… —Roman fingió considerarlo, ladeando la cabeza—. ¿Poco práctico? Creo que vas a tener que enfrentarte a ellos en algún momento. Papá puede ser difícil, no lo niego, pero mamá es

un amor. —Frunció el ceño, haciendo que Roman soltara una carcajada—. Además, te protegeré —añadió, depositando un beso en la parte superior de su cabeza mientras le servía el plato.

A pesar de las reservas de Jules, se organizó una comida familiar el domingo siguiente para que conociera a toda la familia Montbeau.

Capítulo 31

Nerviosa y sintiéndose torpe, Jules había comprado una caja elegante de florentinas de chocolate negro en el deli de Finn, y un gran ramo de hortensias rosa empolvado en la floristería de la calle principal.

Había pasado tantas veces por delante del gran pórtico de piedra y la puerta de roble tachonada de la casa familiar, escabulléndose hacia casa de Roman, en la esquina, que se le hacía extraño estar, esta vez, en el oscuro vestíbulo y llamar a la puerta de roble con arco.

El aldabón de hierro fundido sonó más fuerte de lo que pretendía, resonando por toda la casa.

Hubo una espera ansiosa hasta que —por fin—, se oyó el sonido de pasos firmes y parejos.

Jules soltó un suspiro tembloroso de alivio cuando fue el propio Roman quien abrió la puerta.

—No tenías que haberte molestado —dijo él, mirando los regalos, después de atraerla hacia sí, para darle un beso que le hizo temblar las rodillas.

—Definitivamente, sí tenía —respondió Jules a la defensiva—. Flores para tu madre y chocolate para tu padre. Le habría comprado una botella de algo, pero no sabía qué le gustaba.

—Cualquier cosa alcohólica le habría encantado —indicó—. Pero no te preocupes, les vas a caer bien, traigas algo o no.

Mientras hablaba, guiaba a Jules a través de un enorme vestíbulo, con una majestuosa escalera que subía hacia un balcón que recorría todo el ancho del recibidor. La pared del fondo estaba, salpicada de puertas de paneles georgianos y retratos de antiguos parientes.

Había una puerta cubierta con baize verde bajo la escalera, y fue por allí por donde Roman la condujo.

En cuanto la empujó, los recibió una pared de sonido: perros ladrando, cacerolas chocando y el estrépito de una joven —

seguramente la hermana de Roman—, que lanzaba cuchillos y tenedores sobre una larga mesa de caoba, muy rayada y desgastada.

Al fondo, un hombre mayor, de rostro enrojecido y complexión robusta, con gafas de montura dorada sobre la nariz, tenía los periódicos del domingo apilados frente a él. Bajó el periódico y la miró por encima de las gafas.

—¡Ajá! —dijo—. Así que mi hijo por fin trae a la causa de su distracción durante los últimos meses. Por fin, querida. —Se levantó y se acercó, posando las pesadas manos sobre los hombros de Jules y dándole un beso formal en ambas mejillas.

—¿Esas son para mí? Eres un encanto —dijo la mujer, acercándose desde la cocina, con la cara sonrosada y brillante por el esfuerzo culinario.

Tomó las flores, envueltas en su papel Kraft, con cinta verde de grosgrain, y atrapó a Jules en un cálido abrazo con un solo brazo.

—¿Cómo has sabido que adoro las hortensias? —añadió, buscando algo en qué colocarlas, antes de dejarlas sin más en el fregadero de piedra—. Perdy… —llamó a la joven, que terminaba de poner la mesa. Esta levantó la vista y le dedicó a Jules una sonrisa acogedora—. Cariño, mira a ver si puedes encontrar aquella jarra de esmalte crema en el cuarto de los trastos —dijo la madre de Roman —. Podemos poner estas flores divinas en ella y tenerlas en la mesa con nosotros. Diez minutos para comer —añadió, mientras Roman observaba, divertido, la escena familiar.

—Y esta —le indicó a Jules, con un ademán—, es mi familia.

Los nervios de Jules se habían calmado un poco para cuando el padre de Roman, Henry, le sirvió una enorme copa de vino tinto del que tenía en la mesa, ubicándola a su derecha.

Era untuoso —casi viscoso—, y reconfortante.

Al no haber desayunado, Jules sintió cómo le subía a la cabeza casi al instante.

«Mejor ir con cuidado», pensó. «Lo último que necesitaba era que la familia de Roman la viera como una novata con el alcohol».

La joven, presentada como Perdita, miraba fijamente de Roman a Jules y viceversa, al parecer, a punto de hacer un comentario que

Roman abortó con una mirada.

—Mi hermana menor —le dijo Roman a Jules—. Te aconsejo que no creas una palabra de lo que dice, sobre nada.

—Especialmente, sobre las exnovias —añadió Perdy, sonriendo, mientras Roman le lanzaba una mirada furiosa.

—Especialmente sobre ellas —coincidió este, esbozando una sonrisa a regañadientes.

Perdy era básicamente una versión más joven y guapa de Roman, con las mismas cejas oscuras rectas, vivos ojos azules y cabello negro ondulado.

Henry —su padre—, en cambio, tenía poco pelo, y lo poco que quedaba era completamente gris. Además, su tez enrojecida parecía producto de su afición al vino tinto y la buena comida, contrastando desfavorablemente con la palidez celta de sus hijos.

Estaba claro que tanto Roman como Perdy debían sus buenos genes a su madre.

La madre de Roman —presentada como Bunty, aunque Jules sospechaba que no era su verdadero nombre—, no tardó en poner a sus hijos adultos a desfilar con platos humeantes hacia la mesa. Había montones de judías verdes con trocitos de panceta crujiente, zanahorias brillando con mantequilla y sirope de arce; perfectas patatas asadas crujientes, enormes e hinchados pudines de Yorkshire individuales, y —como pieza central—, un corte de costilla asada de cuatro huesos, con una corteza dorada y crujiente. Jugos rojo rubí brotaban de la carne rosada, revelada cuando Henry la cortó con un cuchillo largo y afilado, y que apilaba en generosas lonchas, en los platos que circulaban en sentido horario, seguidos por las verduras y una gran jarra de cerámica marrón con salsa de oporto.

Jules, que había pasado de estar con el estómago encogido por los nervios a muerta de hambre, se entregó feliz a la comida, mientras Roman y su padre hablaban de negocios.

Resultó que, el perito de seguros, que estaba revisando los daños del incendio, había cuestionado la cantidad presupuestada para la reconstrucción.

—Dice que estábamos sobreasegurados —explicó Roman.

—¡Disparates! —exclamó su padre—. Diles que ese edificio vale dos millones, como poco. Si Capelthorne's se valora en novecientos mil, que sabemos que sí, entonces Portneath Books vale más del doble. Para empezar, es tres veces más grande.

Tarde, Henry pareció notar el gesto adusto de su hijo y se dio cuenta de que mencionar Capelthorne's había sido un error.

—Lo siento, querida —le murmuró a Jules, junto a él—. Tema delicado. *Mea culpa*.

Jules asintió, aceptando la disculpa con gracia, pero por dentro estaba en shock.

¿Novecientos mil? Era aún más que la cifra imposible que ella y la tía Flo ya estaban manejando.

Había albergado la esperanza secreta de que la venta del grimorio, en solo un par de semanas, permitiría —como en un cuento de hadas—, que Flo comprara la propiedad del local y disfrutara su pequeño imperio el resto de sus días. Pero claro… eso era ridículo. Especialmente, si el edificio de Capelthorne valía realmente lo que Henry decía.

En fin, no podía esperar que la vida real se desarrollara como en las páginas de una novela. Sería pedir demasiado.

Volviendo a prestar atención, e intentando parecer alerta e interesada, mientras retomaba su delicioso almuerzo, escuchó que Roman hablaba sobre el estatus protegido del local:

—Así que tuve esa reunión con la encargada de conservación que te mencioné. Está de acuerdo con la reconstrucción, y encantada de que vayamos a restaurar las chimeneas de piedra. Solo necesitan una limpieza muy cuidadosa. He contratado a un cantero profesional. Obviamente, muchas de las vigas tendrán que reemplazarse, y el constructor las está consiguiendo en una empresa de restauración, pero algunas de las del techo de la planta baja, que, como sabes, sufrió menos daños, parece que se pueden conservar.

—¿De verdad? —preguntó Henry, alzando las cejas.

—Sí, son tan viejas y duras que, según el ingeniero estructural, los daños del fuego no afectan su capacidad de carga —dijo Roman —. Solo están un poco ahumadas, con un poco de carbonización

superficial…, pero queda material de sobra para que cumplan su función.

—Asombroso —indicó Henry.

«Era casi hipnótico ver conversar a los dos hombres», pensó Jules. «Henry imponía, pero estaba claro que Roman no le temía. Parecía que Henry distaba mucho de ser el monstruo que su madre Maggie le había descrito».

—Sí, así que la inspectora de conservación incluso nos pidió que no hiciéramos demasiado para limpiar el ahumado —continuó Roman—. Le propuse hacerles un arenado, pero dijo que era mejor que las vigas mostraran signos del incendio. El oscurecimiento aporta a la historia del edificio, al parecer.

—Umm, supongo que sí —dijo Henry, pinchando un enorme trozo de pudín de Yorkshire, empapado en salsa, y llevándoselo a la boca con gesto pensativo.

Con el tema de negocios ya zanjado, los hombres se concentraron en su comida, mientras Bunty sacaba a relucir su encanto para animar a Jules a hablar sobre su antigua carrera en el mundo editorial.

—Parece todo tan glamuroso —decía, mientras servía una pavlova casera celestial, con moras gordas, y un syllabub de vodka de mora para la nata—. ¿Conociste personalmente a Fenella Richardson? Adoro sus libros.

Jules prefirió no decir que Fenella Richardson era un monstruo, y que estaba segura de que su antigua jefa había hecho todo lo posible para arruinarle la reputación en todo el panorama editorial londinense.

Había estado pensando que, cuando se asegurara de que Flo estuviera completamente recuperada, tal vez podría buscar trabajo en una de las oficinas regionales que varias editoriales grandes estaban empezando a abrir. Había oído rumores de una nueva sede de Penguin Random House en Exeter. Tal vez, allí, no se habrían enterado de que era «un desastre».

Podría funcionar.

No quería dar la impresión de ser una causa perdida, con la que el hijo de Bunty se hubiera involucrado emocionalmente.

—Me han chantajeado para comprar una mesa en ese baile el mes que viene —comentó Henry, una vez que el tema editorial londinense se había agotado—. Espero que nos acompañes, querida. —Asintió galantemente hacia Jules—. Es obligatorio para la familia —continuó, señalando a Perdy con el cuchillo, aplastando cualquier posible protesta antes de que hablara—. Tú —le dijo—, puedes traer a ese joven granjero de cabeza hueca que últimamente va detrás de ti babeando.

La pobre Perdy se sonrojó.

—¿Qué? ¿Rupert? Es un idiota —murmuró.

—Seguro que sí, si está tan interesado en ti como dice papá —se burló Roman, y Perdy le sacó la lengua.

—Entonces, seremos seis —intervino Bunty, con firmeza—. Pero la mesa es para diez, ¿verdad, cariño? —preguntó a su marido—. Quedan cuatro lugares por llenar.

—Ningún problema —comentó Roman—. Van todos los de siempre, por lo que veré quién está libre.

A Jules se le revolvió el estómago, lleno de carne asada y merengue, solo de pensarlo.

Los bailes de gala con etiqueta le parecían intimidantes, con sus códigos de vestimenta, el ruido, y todos los demás pareciendo saber exactamente qué hacer. Las dos últimas veces que había asistido se había sentido como una niña de doce años manchada de tinta.

Y no tenía vestido.

***

—Chica guapa —bufó Henry, cuando él y Roman estaban cerrando su reunión habitual del lunes por la mañana.

Roman, que estaba reuniendo papeles sobre la larga mesa de conferencias de la oficina principal, se detuvo en seco.

—Es mucho más que una cara bonita —dijo, con tono sereno.

—No lo dudo —continuó Henry, sin captar la indirecta—. Buen cuerpo también, y los Capelthorne no andan escasos de astucia

natural. Nunca dije que lo estuvieran…, pero ¿es suficiente?

—¿Suficiente? ¿Suficiente para qué?

—Solo digo… que sea atractiva —insistió Henry—. Que lo es, y me alegro. Pero por aquí hay muchas mujeres guapas, recuerda, aunque supongo que ya te has pasado por unas cuantas —bromeó, riéndose—. Igualito que tu padre. Pero bueno, el punto es que el atractivo físico se esfuma, y entonces, ¿qué te queda? Solo te advierto que tengas un poco de cuidado. Eso es todo, viejo amigo. La familia es lo primero, ya lo sabes.

Un músculo palpitaba peligrosamente en la mandíbula de Roman.

—Solo para que quede claro —indicó con amabilidad, pero con una tensión apenas disimulada—, Jules y yo tenemos una relación que valoro por encima de todo, y con la que estoy completamente comprometido. Espero que Jules sienta lo mismo… —Titubeó un instante—. Creo que así es. Y creo que es importante que tú y mamá lo entendáis. Si por alguna razón tienes un problema con eso, te aconsejo que pienses seriamente cuáles son tus prioridades. Solo para que lo sepas —añadió Roman mientras se dirigía a la puerta con una carpeta bajo el brazo—, si tengo que elegir entre mi familia y Jules… —Se detuvo con la mano en el pomo—. Elijo a Jules.

Y, con eso, cerró la puerta con firmeza ante la cara atónita de su padre.

Capítulo 32

—No puedo creer que de verdad hayas ido a almorzar con esa espantosa familia—dijo Maggie.

—Fueron agradables —señaló Jules, revolviendo en los armarios de su madre en busca de más bolsas de té.

—Eso es porque quieren algo —resopló Maggie—. Yo no confiaría en ellos, ni aunque pudiera lanzarlos por los aires. Y ese Henry es el hombre más absurdamente estirado e irritante que he conocido en mi vida —añadió.

—Pues él habló muy bien de ti.

—¡¿Qué?! —saltó Maggie.

Jules suspiró para sus adentros.

—Mira —dijo—, Roman y yo estamos juntos. Esto va en serio. Vosotros podéis superarlo o seguir con una enemistad cuyo origen nadie recuerda ya. En cualquier caso, quienes la empezaron están muertos desde hace mucho tiempo. Así que, depende de ti: acéptalo o no. Si decides que no, para serte franca, Roman y yo preferiríamos que te guardes tus prejuicios.

Los ojos de Maggie se abrieron desmesuradamente, sorprendida.

—Está bien —espetó—. Solo no vengas llorando después…

—¿Por qué lo haría? —murmuró Jules en voz baja.

No tenía energías para lidiar con su madre ese día. Se había sentido culpable por no haberla visto en un tiempo, así que la necesidad de buscar algo para ponerse en el baile había sido una excusa tan válida como cualquier otra para pasar a visitarla.

Ahora lo lamentaba.

Con una taza de té en la mano, Jules se escapó a su habitación, que estaba fría y olía levemente a humedad.

El desorden en el tocador —botellas de esmalte seco, bolígrafos sueltos, restos de labial—, seguía igual que la última vez que estuvo allí, salvo por una capa de polvo que difuminaba todo. En la esquina del espejo, seguía clavada una foto recortada de Liam Gallagher.

Sonrió al cogerla y examinarla más de cerca.

Esa mirada altiva, los labios carnosos en contraste con la mandíbula marcada… Definitivamente, había algo del rostro de Roman en esas cejas gruesas y las comisuras caídas de los ojos.

¿Tal vez era eso? ¿Tal vez Roman era simplemente, facialmente hablando, el «tipo» de Jules? ¿Y su insistencia en tener una relación con él, precisamente con un Montbeau, era solo una especie de rebelión adolescente tardía?

Tenía la impresión de que era algo más, pero ¿cómo podía saberlo? ¿Cómo lo sabía alguien? Allí estaba, un hombre guapo, bien relacionado, rico por donde se lo mirara… ¿Por qué elegiría a alguien como ella?

Buscando distraerse de sus pensamientos, se volvió hacia su abarrotado armario, hojeando perchas con la vana esperanza de encontrar algún tesoro escondido.

Necesitaba hacer limpieza.

No podía imaginarse usando la mayoría de la ropa que tenía colgada. Había demasiados vestidos de moda rápida que le generaban culpa —cosas que había comprado con lo que ganaba en su trabajo de los sábados para usar una vez, en Rumour, los viernes por la noche—. Montones de prendas tan mal hechas que se deshacían en el primer lavado.

Jules empezó a hacer un montón en el suelo, mientras sacaba y descartaba prendas.

La mayoría de la ropa formal seguía en su pequeño cuarto en Londres, pero había dejado en casa un extenso repertorio de ropa cómoda: sudaderas gigantes de algodón, infinitos pantalones de chándal, unos calcetines fluorescentes ridículos que en su momento le parecieron buena idea.

No había nada que pudiera considerarse, ni de cerca, «vestimenta de gala».

—No olvides que tienes algunas cosas en el cuarto de invitados —dijo Maggie, que había aparecido con un paquete de galletas de chocolate como ofrenda de paz, y ahora observaba desde el marco de la puerta, apoyada en él, el creciente montón de ropa descartada.

—Ah, es cierto —indicó Jules, aliviada.

Frustrada por el poco espacio para colgar en su armario, había trasladado algunos vestidos al enorme armario eduardiano, color marrón, que dominaba la habitación que Maggie llamaba su oficina. Solo porque también tenía un escritorio y un ordenador antiguo.

El vestido de seda verde fue lo primero que vio.

—Ese sí que es un vestido bien hecho —comentó Maggie, cuando Jules lo sacó y se lo puso frente al cuerpo, pensativa—. Costaría una fortuna comprar uno así nuevo.

«Tenía razón», pensó Jules, sosteniéndolo a la luz, donde brillaba y destellaba.

Tía Flo —una costurera experta—, le había ofrecido hacerle «el vestido» para aquel inolvidable baile, en el salón del pueblo. Habían elegido juntas la tela: una seda pesada de color verde botella, con reflejos turquesa, como el ala de una libélula.

Jules había reprimido sus dudas de que el vestido fuera demasiado adulto o formal para la ocasión, porque Flo estaba muy entusiasmada.

Como era de esperar, terminó destacando en un momento en que lo último que quería era llamar la atención. Por eso, el incidente del papel higiénico había sido tan humillante.

Jules suspiró. Tal vez ahora podría reinterpretar ese recuerdo.

Porque esa noche importaba por otro motivo: fue la noche en que Roman se fijó en ella por primera vez. Todos esos años perdidos…

Se sostuvo el vestido frente al cuerpo y se miró al espejo. El verde oscuro era perfecto con su pelo rojo y su piel pálida; los destellos turquesas hacían resaltar sus extraordinarios ojos. Con un peinado recogido sencillo y su piel invernal, el escote caído sobre los hombros… Sería un éxito.

Jules olfateó la tela con cautela. Había un claro aroma a bolas de naftalina.

—Tienes tiempo de llevarlo a la tintorería si lo haces hoy —señaló su madre—. ¿Tienes zapatos que le vayan? —Negó—. Espera —dijo Maggie, desapareciendo en su habitación.

Regresó unos segundos después con un par de elegantes tacones negros de ante y un clutch de terciopelo negro, con

incrustaciones de diamantes de imitación.

—Por suerte llevamos el mismo número —indicó, entregándoselos con una pizca de reticencia—. También… —Volvió a desaparecer, y Jules oyó cajones, abrirse y cerrarse—. ¿Qué te parecen estos? —dijo, regresando con un par de impresionantes pendientes de imitación de diamantes; dos cascadas de luz que centelleaban en la penumbra—. Está claro que las mujeres Montbeau llevarán joyas de verdad —resopló, pero luego pareció contener su desdén—. Vas a dejarlas boquiabiertas —añadió, esbozando una sonrisa conciliadora.

—Gracias, mamá —respondió Jules, dándole un beso en la mejilla.

Había que reconocerlo: su madre lo estaba intentando.

Mucho.

—Siento no haber estado… Ya sabes —comenzó su madre. Jugaba con el broche del bolsito de noche, evitando la mirada de Jules—. Sé que he sido una madre de mierda —señaló, con un deje de desafío.

Jules se quedó atónita. Su madre nunca se disculpaba por nada. Jamás. Era como una religión: nunca pedir disculpas, nunca dar explicaciones. Flo lo llamaba «cabeza dura».

—No sé si tanto —dijo Jules, incómoda—. Quiero decir, sé que no lo has tenido fácil —añadió—. Ser madre soltera, y todo eso. Y yo tampoco fui la mejor. No fui precisamente una adolescente fácil.

—No fuiste fácil —admitió Maggie, por fin encontrando la mirada de Jules.

Sonrió, pero la sonrisa desapareció con rapidez, y su boca tembló.

Se llevó una mano a la cara para ocultarlo.

—Solo quería decir… Cuando pasó lo del incendio… Me hizo darme cuenta de que no me importa con quién estés, qué trabajo tengas, dónde vivas… Nada de eso me importa. Solo quiero, y siempre he querido, que seas feliz. —Los ojos de Maggie, ahora suplicantes, se llenaron de emoción—. Aunque eso signifique estar con un Montbeau. Eso sí, no esperes que sea amable con ellos.

Jules sabía lo que le había costado a su madre decir esas

palabras. Fue como si una astilla, incrustada hacía tanto tiempo, que su dolor ya era parte del fondo, hubiera sido finalmente extraída.

—Mamá… —dijo, dejando el vestido y abriendo los brazos.

Maggie se encogió de hombros, pero permitió que Jules la abrazara, y, tras un momento, le devolvió el gesto.

—Voy a mejorar —le indicó con determinación, por encima del hombro de Jules—. Te lo prometo.

***

Toda la comunicación con la casa de subastas la manejaba Charlie, quien, a su vez, mantenía al tanto a Flo y Jules del creciente entusiasmo en torno al grimorio.

Al parecer, la fascinación por todo lo relacionado con la brujería y el feminismo seguía en auge. Varios coleccionistas serios —y adinerados—, ya habían manifestado su interés en pujar por él. El departamento de relaciones públicas de la casa de subastas incluso había organizado algunas entrevistas en medios con Flo, donde se hablaba de las mujeres Capelthorne y —según insistía su tía—, se trazaban comparaciones absurdamente halagadoras entre ella y Bridget Capelthorne, presentándolas como mujeres fuertes y exitosas de sus respectivas épocas.

En cuanto a su posible valor, los contactos de la casa de subastas se mostraban prudentes, aunque la frase «el cielo es el límite» se les había escapado en un momento poco vigilado, según relató Charlie, entusiasmado.

Flo, sensata, no se dejaba llevar por suposiciones sobre fortunas venideras.

El cierre progresivo del negocio y la venta del inventario seguían su curso en las semanas previas a la subasta.

Mientras tanto, Flo iba haciendo planes cada vez más concretos para alquilar el piso vacío en la urbanización. Incluso había empezado a decidir qué muebles se llevaría y cuáles tendría que vender, colocando pegatinas de colores por toda la casa.

A Jules no le costaba entender por qué aún no se había alquilado, tantas semanas después, pero Flo parecía aliviada de haber encontrado algo asequible donde vivir, ahora que mudarse del piso sobre la librería era prácticamente inevitable.

***

—¡Pero si es un sitio encantador! —exclamaba Diana, en tono suplicante—. Nada que ver con ese piso lúgubre y espantoso que me enseñaste la semana pasada —añadió, estremeciéndose de forma teatral.

Diana había interceptado a Flo en la tienda, llevándole pasteles de parte de Freya y un conjunto de folletos impresos de la inmobiliaria, que había unas puertas más allá. Parecía completamente inmune a las protestas de su amiga de que comprar una propiedad era algo completamente imposible, y más aún esa cabaña —adorable, sí—, en Middlemass.

—Está justo al final del camino de donde vivimos Mungo y yo —insistía Diana—, y viene de perlas para el salón del pueblo. ¿Te conté que el mes que viene empezamos con el Flix-in-the-Stix allí? Y ya te he apuntado al club de bridge. Mungo y yo te necesitamos. La mitad de los socios actuales están seniles. Es agotador, te lo aseguro.

—Suena fabuloso —respondió Flo con sequedad—. Pero, ante todo, no es un detalle menor que esta casa cuesta cuatrocientas cincuenta mil libras. —Observó, hojeando el folleto—. ¿Acaso parezco una mujer que lleva medio millón en el bolsillo? Porque te digo que apenas puedo juntar quinientas libras ahora mismo.

—¡Pero tienes el grimorio! —insistió Diana—. Solo digo que vengas a verla. ¿Qué daño puede hacer?

—Ya has reservado la visita, ¿verdad? —Suspiró Flo.

—El viernes a las tres y media —admitió Diana, sin molestarse siquiera en fingir vergüenza.

Capítulo 33

Inevitablemente, las compañeras de piso de Londres le habían mandado un mensaje a Jules para decirle que el contrato de alquiler estaba por terminar y que, por favor, recogiera sus cosas, que seguían guardadas en el desván.

—Yo te llevo —declaró Roman, cuando esta se preguntó en voz alta qué hacer—. Podemos ir mañana.

—Estás demasiado ocupado —insistió Jules—. La obra, la aseguradora…

—No soy yo quien está haciendo los trabajos —señaló Roman—. Pueden arreglárselas un día sin mí. Será divertido. No recuerdo la última vez que estuve en Londres…

***

Jules y Roman salieron al amanecer, en el coche familiar de Henry, porque era el que tenía más espacio, aunque la joven insistía en que no tenía muchas cosas.

Le incomodaba usar el coche de Henry, por miedo a molestarlo.

—No es el único coche de papá —aseguró Roman—. Créeme, tiene garajes llenos para elegir. —Jules no respondió, pero Roman lo notó enseguida—. No soy mi padre —dijo en voz baja, apartando un momento la vista del camino para mirarla.

—Lo sé, lo sé… Pero no puedo entender por qué, con todo ese dinero, tu padre se empeña en quedarse con Capelthorne's solo porque puede. Por dinero. Quiero decir, ahora parece que no habrá librerías en Portneath. ¿Quién lo habría imaginado hace unas semanas?

—No podemos cambiar a nuestras familias —razonó Roman.

—Pero sí podemos ser mejores —insistió Jules, apretando los puños y girando el cuerpo hacia él.

—Lo seremos. Ya lo somos —indicó—. Las cosas van a ser diferentes. Se lo vamos a demostrar.

Ni siquiera la hora punta al llegar a la ciudad los retrasó mucho, gracias a la habilidad de Roman para maniobrar entre el tráfico.

Poco después, con el sol otoñal ya alto, estaban entrando en la estrecha calle Oppingham, llena de humildes casas victorianas adosadas.

La casa de Jules, con su puerta azul desconchada y marcos podridos, le resultaba extrañamente desconocida. Supuso que era porque rara vez la había visto de día, con lo mucho que había trabajado.

El olor a comida rancia, en el estrecho pasillo, sí le resultaba familiar, pero no se sentía como en casa.

Jules se dio cuenta, con un suspiro de consternación, de que no habían traído una escalera para acceder al desván. Se preguntó qué harían, pero Roman se subió a una silla, abrió la trampilla y se impulsó sin esfuerzo hacia la oscuridad. Un momento después, le fue pasando bolsas y cajas llenas de libros a Jules, que las recibía desde el descansillo.

No tenía sentido quedarse más tiempo, así que —una vez cargado el coche—, Jules dejó una nota en la cocina junto con sus llaves, y se marcharon.

—¿Qué se siente al volver? —preguntó Roman, mientras encontraba el camino de regreso a la autopista sin necesidad de GPS.

—Deprimente —respondió Jules.

—¿Cómo en «me deprime no vivir aquí»?

—Ah, no… Aliviada, más bien —dijo Jules, dándose cuenta de que era cierto.

—Entonces, ¿nada de más Londres? ¿Ni de volver a la edición?

—Wow, con calma. ¿Qué otra cosa voy a hacer? Para Navidad no tendré trabajo en Portneath.

—¿Y entonces?

—Dos palabras —dijo Jules—: LinkedIn.

—En realidad es una sola…

—¡Lo sé! —Rio.

—Quiero decir, ya te lo mencioné antes: Nueva York. Tengo contactos… —sugirió Roman.

Pero Jules guardó silencio.

No era que no hubiera sentido la atracción de EE. UU. antes, en todos esos años que se había dejado la piel en Londres. ¿Quién no soñaría con el mundo editorial estadounidense, con sus altos anticipos, presupuestos más generosos, públicos más amplios…? Sin el acuerdo de precio fijo, el panorama británico le había parecido cada vez más empobrecido.

Pero ahora que se lo ofrecían en bandeja, Jules no estaba segura.

Después de haber escapado de Portneath diez años atrás —y tras todos estos meses de lucha y drama—, también había encontrado alegría. Portneath había empezado a sentirse como un hogar.

Era su hogar.

***

—Como nueva —dijo Flo, sacudiendo el vestido de seda verde y mostrándoselo a Jules con aire satisfecho. Acababa de regresar de la tintorería, y su tía acababa de coserle un corchete nuevo al cierre—. Serás la reina del baile —declaró.

—No es muy mi ambiente —murmuró Jules, incómoda, agradeciendo el esfuerzo de su tía con una sonrisa—. Me siento fuera de lugar con todo esto.

—Tonterías —replicó Flo—. Nosotras, las Capelthorne, merecemos estar en la mesa principal tanto como cualquier Montbeau elegante de Middlemass, no lo olvides. Vas a ir —dijo con firmeza—. Y lo vas a disfrutar.

—Cuéntame más de este plan loco de Diana —le pidió Jules, queriendo cambiar de tema.

Cogió el folleto de la inmobiliaria y estudió la foto de la pequeña cabaña en la portada. Era encantadora.

—¿Vienes a verla? —sugirió Flo, mirando el reloj—. Tú y yo podemos unir fuerzas contra Diana. Necesito toda la ayuda posible. Estará aquí en cualquier momento.

Y, entonces, como si lo hubieran ensayado, Diana apareció, haciendo sonar la campanilla de la puerta con estruendo.

«Definitivamente, era una fuerza imparable», pensó Jules, resignándose a su destino… y al de Flo.

***

Hollyhock Cottage era adorable.

Jules se dio cuenta, al llegar, de que la recordaba con cariño de su infancia: aquella pequeña verja blanca daba a un caminito boscoso, que bordeaba el portón del cementerio.

Durante años, había vivido allí una anciana encantadora, que siempre llevaba el pelo recogido en un moño y un delantal de lino blanco atado a la cintura. Su diminuto jardín delantero rebosaba de rosas y malvarrosas, y Jules recordaba a un enorme gato anaranjado tomando el sol en el escalón de piedra.

Ahora, la anciana y su gato ya no estaban. Las malvarrosas crecían torcidas, sin que nadie las enderezara, y se doblaban, mojadas por la lluvia, sobre el caminito.

Aun así, se notaban los años de cuidado y cariño volcados en ese pequeño jardín.

Al recordar a aquella mujer sonriente, cuyo nombre nunca supo, los ojos de Jules se llenaron inesperadamente de lágrimas. Sintió que el pasado se le escurría entre los dedos y que, con el paso del tiempo, su querida tía Flo también sería un recuerdo. La idea de vivir en un mundo sin ella la dejó desolada, de luto por una pérdida que aún no había ocurrido.

Carraspeó, y, al notar la mirada inquisitiva de Diana —que no se le escapaba nada—, fingió examinar una rosa carmesí de intenso aroma, que se deshacía con el mínimo roce, hasta recuperar la compostura.

El alero de paja era bajo y espeso, envolviendo la pequeña cabaña como una manta gruesa y acogedora. Subía para dejar espacio a las ventanas del piso superior y descendía formando un porche sobre la puerta principal de roble tachonada. Jules se distrajo de sus preocupaciones, concentrándose en los detalles de lo que veía, agachándose ligeramente al pasar por la baja entrada que daba directamente al salón principal.

Los ojos de Flo brillaban mientras evaluaba el acogedor salón, con su estufa de leña apilada en una esquina y estanterías profundas a ambos lados del hogar de la chimenea. Para Jules, parecía el lugar del señor Tumnus en *El león, la bruja y el armario*; un libro que había adorado de niña, recordando cómo su tía Flo se lo leía, una y otra vez, en el apartamento sobre la librería, cuando iba allí a pasar la noche.

Una puerta de listones llevaba a la pequeña cocina, con una cocina antigua encajada en una amplia chimenea, un fregadero de piedra bajo la ventana y un suelo de ladrillos abrillantado por cientos de capas de cera. El techo era demasiado bajo para armarios altos, pero Flo asintió con aprobación ante los armarios y estantes bajos, decorados con cortinas de cuadros vichy, que ocultaban una lavadora y un lavavajillas.

Lo que la cocina no tenía en espacio de almacenamiento, lo compensaba con una pequeña y fresca despensa, con una ancha repisa de pizarra y espacio debajo para un frigorífico.

Arriba había un pequeño baño y dos encantadoras habitaciones empapeladas con rosas, con techos inclinados y suelos de madera barnizada. En una había una enorme cama de hierro forjado, y dos camas individuales en la otra. Todas ellas estaban vestidas con colchas de patchwork, hechas con esmero.

¿Las habría cosido, a lo largo de los años, la señora del moño y el delantal?

Al abrir la puerta de establo desde la cocina hacia el jardín trasero, Flo no pudo reprimir un grito de placer y entusiasmo.

—Esto sí que es un jardín —declaró encantada, examinando los nudosos tallos grisáceos de la glicinia que cubrían toda la fachada de la cabaña y el marco de la puerta trasera—. Eso ha llevado su

trabajo —dijo con aprobación—. La glicinia puede ser todo un reto. Y esto, añadió, señalando con el pie un trozo de tierra oscura y mullida, es una tierra estupenda.

—Se nota que sabe de lo que habla —dijo Diana, encantada de que su campaña estuviera siendo tan bien recibida.

—Quizás —admitió Flo—. El patio de Capelthorne's no da muchas oportunidades.

—Siempre has querido un jardín de verdad —le recordó Jules, ganándose una mirada cómplice de aprobación de Diana.

—Tiene más de treinta metros de largo —aportó la joven agente inmobiliaria, que hasta ese momento apenas había hablado—. Es muy generoso para una casa de este tamaño.

El examen del jardín tomó más tiempo que el de la casa, pero finalmente los movimientos nerviosos de la joven agente se volvieron imposibles de ignorar, y Flo terminó a regañadientes su exploración.

***

—Es muy encantadora, eso hay que reconocerlo —concedió Flo, cuando Diana logró convencerlas de ir al Middlemass Arms a tomar una copa de vino a media tarde, con cierta sensación de clandestinidad.

—Es perfecta para ti —afirmó Diana, apoyando ambas palmas sobre la mesa para dar énfasis—. Atrévete a decirme que no lo es.

—Una pena que esté completamente fuera de mi alcance —siguió Flo—. Me asombra que un sitio tan pequeño cueste una cantidad tan extraordinaria —continuó—. ¿Cómo se supone que nuestras jóvenes familias pueden permitirse un techo digno con esos precios? No lo entiendo. ¿Qué se supone que deben hacer?

—Ahora estamos hablando de ti —intervino Jules.

—¿Tienes ahorros? —preguntó Diana, alzando una ceja.

—Sí, claro —admitió Flo—, pero no de ese calibre.

—¿Y si pones tus ahorros como entrada y pides una hipoteca?

—sugirió Jules, dándose cuenta, mientras lo decía, de lo absurdo que sonaba.

—¿A mi edad? —Bufó Flo—. ¿Quién me va a prestar dinero? Una vieja sin trabajo ni capital —añadió, con un gesto involuntario de desánimo.

—No es mucho lo que queda tras tantas décadas de trabajo —concedió Diana con simpatía; su entusiasmo se había agotado, frente a la difícil realidad de su querida amiga.

—¡Pero está el grimorio! —exclamó Jules, alzando su copa—. Que Bridget atraviese los siglos y tenga la última palabra en el duelo Montbeau contra Capelthorne. Una mujer al rescate, ya va siendo hora, y si alguien puede lograrlo, es nuestra Bridget.

—¡Por el grimorio! —repitieron Flo y Diana, alzando sus copas con una certeza que era evidente que ninguna sentía del todo—. Y, en cualquier caso —dijo Flo con firmeza—, aunque por arte de magia el grimorio alcanzara una cantidad absurda, la prioridad sería, obviamente, arreglar el tema del contrato de la librería. Lo cual, por supuesto, también es imposible.

Y eso, Jules tenía que admitirlo, era verdad.

***

Flo, nacida durante la guerra, había preparado bocadillos de queso con encurtidos para el viaje a Londres. No soportaba gastar dinero en los sándwiches del vagón cafetería, que —Charlie y Jules tenían que admitir—, no valían gran cosa.

Aun así, accedió a que Jules comprara unos cafés en la estación, mientras esperaban el tren en el andén, temblando con las manos aferradas a los vasos de cartón para calentarse.

El otoño había llegado con fuerza. El aire era áspero y una neblina gris opacaba el sol. El invierno estaba a la vuelta de la esquina, y con él llegaría otro cambio drástico de circunstancias.

Jules se quedaría sin trabajo y sin hogar.

Su relación con Roman la había protegido y reconfortado —

pasaban juntos todo el tiempo que podían—, pero la realidad terminaría por imponerse.

¿Qué iba a hacer? ¿Dejar que él la mantuviera en el estilo al que le gustaría acostumbrarse? Seguro que eso, a su familia, les encantaría…

—Por supuesto, también está la posibilidad de que se venda por unos cientos de libras —reflexionó Flo—. No está en muy buen estado, después de todo. Quizás nadie puje por él.

—Pujarán —la tranquilizó Charlie—. Desde la casa de subastas nos dicen que ya hay al menos dos compradores interesados para pujar por teléfono. Hay un coleccionista privado en EE. UU. que parece muy interesado. Además, con los otros seis libros que han listado, ganaremos unos cuantos miles.

—Sí, pero nunca se sabe —insistió Flo, obstinada—. Nunca se sabe…

Jules sabía lo que hacía su tía: al restarle importancia, se protegía ante una posible decepción.

Siempre había sido así.

Y a Jules le preocupaba qué efecto tendría un fracaso profundo en ella. La apuesta no podía ser más alta. Y, en un plano más práctico, también le preocupaba la resistencia física de Flo. Hacer el viaje a Londres dos veces en un solo día, con la emoción de la subasta entre medias, era mucho para una mujer de su edad, y más aún para alguien que había estado tan mal hace tan poco.

—Estoy perfectamente —indicó Flo, al notar la mirada preocupada de Jules.

***

Al llegar a la casa de subastas, Jules se divirtió al ver cómo Flo era recibida con entusiasmo y agasajada como toda una celebridad.

Los tres fueron recibidos en la recepción por una mujer encantadora, que se presentó como la directora de comunicaciones de la casa de subastas, Vanessa. Dijo estar encantada de conocer no

a una, sino a dos mujeres Capelthorne.

Llevadas a una sala de reuniones, descubrieron un festín de sushi dispuesto junto a unos adorables pastelitos daneses en miniatura, té, café e incluso una botella de Crémant de Loire con envoltorio dorado, cuyo corcho Vanessa descorchó con una soltura experta.

—Un brindis —declaró, cuando todos tuvieron una copa en la mano—. Por las mujeres Capelthorne. Que reinen por muchos años.

Jules intercambió una mirada divertida con Flo, mientras alzaban sus copas.

No parecía el momento adecuado para señalarle a Vanessa que el apellido Capelthorne parecía destinado a desaparecer para siempre, con esas mismas mujeres presentes en la sala.

Capítulo 34

«Por favor, que tía Flo gane suficiente dinero para tener una vida feliz y estar segura», pensaba Jules mientras se terminaban su delicioso almuerzo.

Varios miembros del personal se habían asomado a la puerta para saludar y examinar a sus importantes invitadas. Algunos se habían tomado la molestia de darle la bienvenida a Charlie, felicitándolo por su próxima incorporación a la empresa.

Después de haberse levantado temprano y de la copa de vino, Jules empezaba a sentirse extremadamente relajada y somnolienta; aún más, una vez acomodadas en la primera fila de la sala de subastas, donde ya se respiraba una palpable expectación.

Las jóvenes encargadas de las pujas telefónicas estaban sentadas discretamente en fila a la derecha del atril del subastador. Hubo una oleada de murmullos y emoción cuando Richard Davenport entró como una estrella de rock. Cruzó una mirada con Flo y le hizo una reverencia cortés, antes de sonreírle a Charlie y Jules, y frotarse las manos con entusiasmo. Luego, se inclinó hacia una de las chicas de las llamadas para una breve conversación en susurros, antes de colocarse detrás del atril.

Como si fuera una señal preestablecida, el murmullo en la sala se apagó hasta convertirse en un zumbido, y comenzó la subasta.

El grimorio, como el lote más esperado de la jornada, estaba cerca del final del catálogo, pero el ritmo era ágil, mientras Richard despachaba con soltura los lotes previos.

Mapas, grabados, primeras ediciones y colecciones completas de enciclopedias encuadernadas en cuero pasaban con rapidez bajo el martillo.

A pesar de su actitud despreocupada, Jules notó que Richard vigilaba la sala con atención de halcón, saltando ágilmente de un postor a otro, reconociendo una paleta levantada con apenas un movimiento de ceja y consultando a su asistente con la mirada para confirmar cada venta.

Los libros del primer piso de la tienda, seleccionados previamente por Charlie, estaban repartidos entre los lotes y, en general, tuvieron buenos resultados.

Un bonito set de Jane Austen con dorados no alcanzó su precio de reserva, haciendo que el rostro de Charlie se ensombreciera, pero él alzó los brazos con júbilo cuando la primera edición de Daphne du Maurier superó las seis mil libras, dejando a los tres sonriendo con alegría.

Jules intentaba calcular mentalmente los montos, y se sintió tranquilizada al ver que Flo seguramente saldría con una suma de cinco cifras.

No sería suficiente para comprar la divina Hollyhock Cottage, por supuesto, pero sí un colchón que le daría algo de seguridad y cubriría unos años de alquiler en el piso cutre. Eso ya era algo, ¿no?

Pero entonces llegó el momento.

Hubo un murmullo general y luego un silencio tenso cuando el grimorio, dispuesto sobre un cojín de terciopelo azul marino, fue traído ceremonialmente por el encargado y mostrado a toda la sala, mientras Richard animaba a los postores con su habitual discurso.

—El diario y memorias, autentificados, de Bridget Capelthorne, nacida alrededor de 1621. Una pieza de rara procedencia, que ofrece una fascinante visión de la vida de una mujer conocida como «la última bruja ejecutada en Inglaterra», trágicamente fallecida en la horca en 1685. Una pieza de valor incalculable, creo que todos estarán de acuerdo. ¿Quién me da cincuenta mil libras?

Las cejas de tía Flo casi desaparecieron en su línea del cabello al escuchar la cifra de salida.

Jules le lanzó una mirada exultante.

La primera puja se confirmó con rapidez y fue superada en cuestión de segundos.

Richard empezó subiendo de diez mil en diez mil, pero pronto cambió a incrementos de veinticinco mil.

Jules alcanzó a distinguir a dos postores en la sala, haciendo apenas un leve gesto con la cabeza para confirmar sus pujas. También hubo competencia desde las líneas telefónicas, con dos de las operadoras asintiendo con rapidez, mientras susurraban

actualizaciones a sus compradores.

Hubo un jadeo general cuando las pujas superaron las doscientas mil libras, luego un cuarto de millón, luego cuatrocientas mil… y no se detenían.

El murmullo creciente alcanzó un nuevo volumen cuando la cifra superó las quinientas mil, luego otras veinte mil, otras diez mil…

Las pujas empezaban a ralentizarse.

Una de las operadoras negó con la cabeza.

Después, uno de los postores fuertes en la sala se retiró.

Las subidas eran ahora de diez mil en diez mil. Quinientas noventa mil… Seiscientas mil —lo suficiente para comprar Hollyhock Cottage al contado—, seiscientas diez… Seiscientas veinte…

Jules sentía como si un globo se inflara con lentitud en su interior.

En cualquier momento, flotaría suavemente desde su asiento y se elevaría hacia el techo de la cálida y brillante sala de subastas.

Tras lo que pareció una eternidad, aunque fueron solo segundos, la puja se detuvo en seiscientas treinta y cinco mil libras.

Richard recorrió la sala con la mirada, bajando el ritmo y alzando la voz con autoridad.

—Tengo seiscientas treinta y cinco mil libras —anunció—. ¿Una vez? ¿Dos veces?… Vendido al comprador del fondo de la sala.

Bajó el martillo con un golpe fuerte, y la sala estalló en aplausos entusiastas.

Jules vio a Flo secarse los ojos con un pañuelo, y luego mirar a su alrededor aturdida, como un potrillo recién nacido. Le tomó la mano suave y fría con la suya, fuerte y cálida, conteniendo el impulso de apretarla con demasiada fuerza por la emoción y el alivio.

—No es suficiente para salvar la tienda —dijo Flo, cuando al fin pudo hablar—. Lo siento, querida —añadió—. Quería conservarla para ti.

—Pero puedes comprar Hollyhock Cottage —dijo Jules, con lágrimas en los ojos, al ver los de Flo llenos también—. Puedes jubilarte. Tener el jardín que siempre has querido.

—Sí, puedo, mi amor. Gracias a ti. Gracias a los dos —añadió,

volviéndose hacia Charlie, que también lloraba sin esconderse.

El resto de la tarde transcurrió en una especie de trance.

Hubo más brindis —esta vez con champán—. Vanessa los condujo de nuevo a la sala de reuniones y, protegiendo a Flo con la ferocidad de una madre leona, organizó una serie de entrevistas con periodistas y cámaras de televisión, despachando a cada equipo en cuanto terminaban.

Jules apenas recordaba cómo había metido a Flo y Charlie en un taxi de vuelta a la estación.

En el tren, se turnaban para reírse el uno del otro, mientras alternaban entre charlas emocionadas, sonrisas lunáticas y lágrimas de felicidad.

—Pobre mujer —dijo Flo, en tono serio, un momento después—. Hizo tanto por su comunidad y luego la traicionaron así. Es desgarrador, incluso ahora. Ni siquiera tiene una tumba en su propio cementerio que la recuerde.

—La estamos recordando ahora —respondió Jules con firmeza, decidiendo no contarle, todavía, las conversaciones que había estado teniendo con el vicario de la iglesia en lo alto de la colina.

Para su asombro, después de tanta emoción, las mujeres lograron quedarse dormidas en el tren, agotadas por el madrugón. La mañana, cuando estaban en el andén con sus cafés, parecía haber ocurrido una vida atrás.

Todo había cambiado.

Capítulo 35

Jules se despertó con una sensación de euforia, pero le llevó un par de segundos recordar la razón. Entonces, al estirarse perezosamente, sonrió.

La puerta se abrió y apareció su querida tía Flo con una taza de té. Se sentó en el borde de la cama y pasó un brazo por los hombros de Jules, atrayéndola para abrazarla.

—¿Cómo estás, querida mía? —Sonrió.

—Lista para comprarte una casa —respondió Jules—. Nos levantamos, nos vestimos y salimos directo a la inmobiliaria antes de que le vendan Hollyhock Cottage a otra persona.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacer eso? Todavía no hemos recibido el dinero.

—Em… Creo que sabrán que puedes pagarlo —dijo Jules con una gran dosis de discreción.

Incluso si no se había enterado por la cobertura mediática, de una historia que se había ganado el corazón de todo el país, Jules, frustrada por haber llegado a Portneath demasiado tarde para encontrarse con el agente inmobiliario, le había enviado un correo explicando las intenciones de Flo y ofreciendo el precio completo de mercado.

Con un poco de suerte, estaría leyéndolo en ese mismo momento.

—Y tú tienes tu maravilloso baile esta noche —le recordó Flo—. No puedo esperar a verte con ese vestido.

***

Charlie apareció para hacerse cargo de la tienda, mientras Flo y Jules iban a tener una conversación extremadamente satisfactoria con el agente inmobiliario. Este se declaró encantado de sacar la

cabaña del mercado de inmediato, y llamó a su cliente para informarle que tenía una compradora al contado, mientras lo escuchaban, sentadas.

Regresaron a la tienda para descubrir un pequeño comité de bienvenida, de vecinos que llegaban para felicitarlas, la mayoría comprando uno o dos libros de paso.

El piso superior de la tienda ya estaba prácticamente vacío, y hasta el *stock* de la planta baja comenzaba a escasear.

Obviamente, el plan de cerrar la tienda aún debía continuar.

La venta del grimorio nunca iba a ser suficiente para detener ese desastre en particular, pero Jules se sintió de nuevo triste —incluso en este día tan emocionante—, al acercarse cada vez más el momento de cerrar las puertas de Capelthorne's para siempre.

***

Por insistencia de Flo, se permitió el tiempo de arreglarse con calma, tomando un delicioso baño, largo y caliente, con uno de los preciados aceites de baño de Aesop de su tía, que olía increíble y dejaba su piel tan suave y sedosa como nunca la había sentido.

Se secó el cabello con un cuidado extra, ya que había decidido llevarlo suelto, y se alegró de haber ido a la peluquería la semana anterior.

Deslizándose dentro del vestido con un susurro de seda sobre seda, se alejó un paso y evaluó el efecto en el espejo.

Su maquillaje era sencillo: solo rímel, un delineado negro con ala y ese labial rojo escarlata que había usado aquella noche de despedida de soltera, cuando Freya se emborrachó y Roman tuvo que venir al rescate.

Y ahora, él venía a llevarla al baile.

Un Montbeau escoltando a una Capelthorne.

Las dos familias, finalmente unidas…, y si eso era una carga de responsabilidad para ella y Roman, no lo sentía así.

Ya no.

Su unión, su vínculo, le parecía la cosa más natural del mundo. Era emocionante —incluso aterrador—, pero también profundamente tranquilo, como un barco llegando a puerto seguro después de una turbulenta travesía.

Jules le sonrió a su reflejo y luego se limpió con cuidado una única lágrima de felicidad.

***

—¡El vestido de seda verde! —exclamó Roman al llegar para recogerla, luciendo increíblemente apuesto con su esmoquin negro.

—¿Qué? —Jules estaba incrédula—. No me digas que… ¿Lo recuerdas?

Aquella noche calurosa de verano, tantos años atrás, con Roman y sus amigos pijos apoyados en la pared, manos en los bolsillos, riendo y observando cómo desfilaban las chicas.

—Eras la chica más guapa de la sala —dijo Roman—. ¿Cómo iba a olvidarlo?

Capítulo 36

Middlemass Hall parecía mágico.

Había una multitud en el salón principal donde tenía lugar la recepción, con champán patrocinado.

Los demás ya estaban allí: Freya, Finn, Gabriel e Imogen; con Imogen ya queriendo llamar a la niñera y Gabriel intentando que se relajara.

—No recuerdo la última vez que logramos salir por la noche —le confesó a Jules mientras bebía de su copa, nerviosa—. Ruth ha estado un poco inquieta. Está pasando una fase de ansiedad, así que puede que no aguantemos mucho. Gabe me ha prometido acompañarme a casa en cuanto lo necesite, si la niñera llama, pero no debería irse. Es el anfitrión… —Puso cara de resignación.

—Tu casa está a un paseo corto, ¿no? —la tranquilizó Jules—. ¿Quieres que vaya contigo? No me importaría tener una excusa. Esto no es muy de mi estilo —confesó.

Freya también estaba inquieta.

Su empresa de catering había sido subcontratada para preparar los canapés de la recepción. El jefe de banquetes del Hall estaba muy molesto por no haber utilizado a su propio equipo, pero Roman había insistido en contar con el equipo de Freya, y ella estaba ansiosa porque todo saliera perfecto.

Iba y venía de la cocina, apurando a las camareras para que sacaran más rápido las bandejas, y su ojo crítico revisaba cada una que pasaba, asegurándose de que la presentación fuera impecable.

La cena no le llegaba ni a la suela de los zapatos a los canapés: una tartaleta de queso de cabra insípida, seguida de algún tipo de pollo.

Por supuesto, todos querían saber más cosas sobre la subasta del grimorio, pero las conversaciones se vieron interrumpidas por las actividades de recaudación de fondos.

Primero pasó un equipo vendiendo boletos para la tómbola de los libros donados por Jules, luego hubo una subasta durante el

postre, y después los discursos, que se alargaron mientras servían el café y los *petit fours*.

Para entonces, tras la excitación del día anterior, Jules se sentía mareada de puro cansancio.

Imogen se había escabullido durante la subasta, disculpándose por marcharse temprano, y Gabriel —asintiendo con desgana, cada vez que alguien más le agradecía por ceder el lugar—, parecía estar aburrido a más no poder.

Roman puso su mano sobre la de Jules, para llamar su atención, y le susurró al oído:

—Finge que necesitas ir al baño. Te espero en el vestíbulo. ¿Entendido?

Roman salió, seguido de cerca por Jules, y se reunieron, entre risas, afuera.

Terry, el taxista, los esperaba en la entrada.

—¿Buena noche? —preguntó alegre, mientras arrancaba, levantando grava al incorporarse a la carretera de Portneath.

Jules —que no quería dejar sola a su tía Flo—, había convencido a Roman de quedarse con ella en el piso. Pero, al llegar a lo alto de la calle principal, olvidado ya el cansancio, tocó el hombro de Terry.

—Déjanos aquí, gracias —le dijo.

Roman levantó las cejas, intrigado, mientras Terry se alejaba sin ellos.

—Quiero enseñarte algo —le explicó Jules, tirando de su mano en dirección a la iglesia en lo alto de la colina.

La entrada al cementerio estaba iluminada por una farola, pero una vez en el sendero, Roman tuvo que encender la linterna de su móvil.

—¿Qué hacemos exactamente en un cementerio a medianoche? —preguntó con suavidad—. ¿Nos hemos vuelto cazafantasmas?

—Está aquí —dijo Jules, tirando de él más cerca—. Justo al final de la fila…

Escaneó las lápidas colocadas en el suelo y allí, al final, tal como el vicario había prometido, había una nueva lápida. Los bordes del césped recién cortado contrastaban con el resto, más desgastado.

En el lado sur de la iglesia, junto al camino por donde pasaban

los feligreses, donde daría el sol y no la sombra, había una sencilla lápida de pizarra:

En memoria de Bridget Capelthorne
1621 - 1685
Una mujer que vivió, como murió: al servicio de su comunidad.

—Es preciosa —dijo Roman, quitándose la chaqueta y colocándosela sobre los hombros—. Ya era hora.

Jules asintió, sin palabras.

—Pensé que estaría recordando a la tía Flo —comentó, estremeciéndose al recordar el infarto.

—Algún día lo harás —indicó Roman, pasando el brazo por sus hombros—. Pero todavía no. Y, cuando pase, yo estaré contigo.

***

Sin decir una palabra más, caminaron juntos hasta el final del cementerio para sentarse sobre la tumba de los Montbeau —su lugar especial—, mirando hacia Portneath, extendiéndose hasta el mar.

Era increíble pensar que América era el siguiente pedazo de tierra.

El cielo cobalto estaba claro y tachonado de estrellas.

Jules inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlas.

Era asombroso pensar que podría haber cientos —miles— de personas en América observando esas mismas estrellas.

—¿Volverás a Nueva York? —preguntó, con el corazón latiéndole tan fuerte, que pensó que él podría oírlo.

—Volveré, si tú vienes conmigo —dijo, abrazándola. Jules podía sentir el calor de su cuerpo pegado al de ella—. Vámonos. ¿Por qué no? Nueva York es perfecta en otoño. Quiero llevarte a mi apartamento en un *brownstone* de Brooklyn. Cuando no esté

trabajando, podemos sentarnos en el pórtico y ver pasar el mundo. Podemos caminar por Central Park en las mañanas heladas, ver cambiar las hojas… Los colores son increíbles. Y hay una panadería diminuta donde hacen los mejores bollos de canela del mundo, enormes y aún calientes del horno. Hay un tipo que sirve café desde una furgoneta en el parque…

»¡Y quiero enseñarte las librerías! América tiene algunas de las mejores librerías del mundo. Está la mía, claro —sonrió—, y Strand, y Barnes & Noble en la Quinta Avenida. De hecho, una vez que nos casemos, quiero que nuestra luna de miel sea un tour mundial por las librerías más increíbles. Shakespeare and Company… Como si necesitáramos una excusa para ir a París…

—Y podemos pasar tiempo en Hay-on-Wye —añadió Jules—. Y, por supuesto, las librerías de Londres son mi especialidad —continuó —. Daunt Books en Marylebone, y Goldsboro… Espera, ¿has dicho «una vez que nos casemos»?

—Ups —dijo él, con una sonrisa perezosa que no disimulaba del todo un leve temblor en la comisura de su boca—. Bueno…, ¿qué dices?

Jules lo miró a los ojos, notando —en la luz tenue—, cómo sus pupilas se habían expandido hasta parecer pozos sin fondo.

—Por supuesto —indicó, acercándose para besarlo—. Pensaba que nunca me lo pedirías.

***

—Señor y Señora Montbeau-Capelthorne —murmuró Roman, un rato después.

—O Capelthorne-Montbeau —sugirió Jules, con un ligero matiz de firmeza.

—¿Puedes imaginarte a nuestras familias juntas en la boda? —reflexionó Roman—. Madre mía. Igual necesitamos seguridad en la entrada.

—Podríamos hacerlo muy, muy en secreto…

—¿Tú y yo, en una playa de Bali?

—Eso no sería justo —admitió Jules, a regañadientes—. Mi madre tiene sus momentos, lo sé, pero ha estado planeando mi boda toda la vida.

—Uf…, pero tu madre y mi padre… —Gimió Roman.

—Tendrán que aprender a comportarse entre ellos. Y lo harán, si saben lo que les conviene —dijo Jules.

—¿Buen comportamiento a cambio de acceso a los nietos? —sugirió Roman, sonriendo.

—¡Eh, vamos a calmarnos un poco! —exclamó Jules, pero luego sonrió, satisfecha—. Una horda de pequeños Montbeau-Capelthornes —murmuró—. Toda una nueva dinastía… ¿Por qué no?

Epílogo

Por miedo a que Jules pudiera cambiar de opinión, Roman la llevó al registro civil apenas dos semanas después, prometiéndole una bendición en la iglesia y una gran fiesta, al regresar de su viaje.

Sus padres, su madre y Flo fueron los únicos testigos, y Jules volvió a usar su vestido de seda verde.

Maggie —como corresponde a la madre de la novia—, se compró un sombrero caro para la ocasión. Lanzó miradas fulminantes desde debajo del ala a los Montbeau, durante toda la ceremonia, pero no soltó ni una palabra sarcástica, so pena de muerte.

Flo —ya entregada de lleno al jardín de Hollyhock Cottage—, empezó a planear, con entusiasmo, el cultivo de miles de guisantes de olor para la fiesta de boda y la ceremonia religiosa del verano siguiente. Mientras tanto, descubrió, encantada, que su hermoso nuevo jardín, cuidado con esmero por su anterior propietaria, ofrecía flores —o al menos color e interés—, durante todo el año.

Cada semana, sin falta, colocaba flores frescas en la placa conmemorativa de Bridget Capelthorne. Almorzaba casi todos los días con Graham, y Diana llenó su agenda de actividades hasta tal punto que apenas tenía tiempo de echar de menos la librería.

Flo había temido que —con dieciocho años—, Merlin fuera demasiado mayor para adaptarse a una nueva vida. Se entristeció, pero también se sintió aliviada, cuando, pocas semanas antes de mudarse a Hollyhock Cottage, su venerable compañero se acurrucó en su cojín favorito, en ese rayo de sol que tanto adoraba, y simplemente no volvió a despertar.

Aun con su apretada agenda social y la compañía diaria de Graham, Flo se sentía algo sola en la nueva casa. Sobre todo, por las noches, con las cortinas echadas y el fuego encendido.

Una mañana de primavera, Diana la llevó al refugio de perros de Portneath, donde fue elegida por un revoltoso bulto blanco y canela: un cachorro de Jack Russell, llamado Digger.

Desgraciadamente, Digger hizo honor a su nombre y causó estragos en el jardín de Flo. Pero era un perro tan alegre y le ofrecía tan buena compañía que le perdonaba, una y otra vez.

***

Siguiendo la tradición moderna, Jules y Roman decidieron unir sus apellidos al casarse.

Ambos adoptaron el apellido compuesto Capelthorne-Montbeau, uniendo así —por fin—, los nombres de las dos familias enfrentadas.

¿Y los miembros de ambas familias enterraron el hacha de guerra tras tantas generaciones de enemistad? Pues bien, gracias a una diplomacia y paciencia infinitas por ambas partes, se logró mantener una relación cordial —aunque no efusiva—; digamos, al menos, que llegaron a celebrarse almuerzos familiares conjuntos de forma ocasional.

En esos encuentros, incluso Maggie y Henry —so pena de ser excluidos de las visitas de sus futuros nietos—, lograban no llegar a las manos, siempre y cuando no se les pidiera ser amables el uno con el otro durante demasiado tiempo.

¿Y Capelthorne's?

Gracias a decisiones pragmáticas y compasivas por parte de la familia Montbeau, la librería más antigua de Portneath nunca llegó a cerrar sus puertas.

En su lugar, gracias a un gerente interino que la mantuvo funcionando hasta que Jules y Roman regresaron de su luna de miel, la pequeña librería fue reabastecida, renovada y empezó una nueva etapa con gran éxito.

El viejo cartel negro y dorado sobre la puerta fue restaurado con sensibilidad, y Roman negoció un acuerdo muy justo con Flo para seguir usando el nombre.

Todo ello garantizó que la librería Capelthorne's, con toda su historia y legado, no desapareciera de la calle principal de Portneath.

Al menos, no mientras Roman y Jules estuvieran vivos.

Agradecimientos

Escribir novelas no se considera una ocupación peligrosa, pero siempre pienso que esta parte está llena de riesgos. Es tentador abdicar de la responsabilidad y dejar esta página en blanco, pero el riesgo de olvidar a alguien me parece un poco menos grave que ni siquiera intentar agradecer a todos, así que allá vamos.

Mi enorme agradecimiento a mi brillante agente Kevan Lyon, de Lyon Marsal, por ser un gigante entre los agentes literarios y por estar siempre dispuesta a hablar de perros. Tengo el privilegio de trabajar con la talentosa Tessa Woodward y Madelyn Blaney en Avon (EE.UU.), junto con todo el equipo increíble, incluyendo a las supremamente dedicadas Allison Carney y Kelly Cronin. Gracias también a HarperCollins por llevar este libro a mis lectores del Reino Unido a través de la encantadora Serena Stent y su trabajador equipo de Harper360.

No sabía nada sobre dirigir una librería, así que gracias al cielo por las oportunas intervenciones de Mel Hewitt, Kevin Crowe y Marty Lowell. Todos ellos fueron excepcionalmente pacientes y generosos con su tiempo y conocimientos. Es a ellos a quienes el lector debe agradecer por todo lo que he hecho bien, aunque no comparten culpa alguna por todos los aspectos que, con toda seguridad, he hecho mal.

También, un reconocimiento general a todos los escritores que me han inspirado, a todos los libros que me han transportado, a todas las librerías en las que me he quedado merodeando —a veces cediendo a la tentación de oler los libros cuando, con suerte, nadie me ve. Me encantan especialmente esas tiendas que venden libros antiguos, ya amados, cargados de historia y salpicados de esas pecas que les salen a los libros viejos... En realidad, ¿qué es eso? ¿Moho? Debería saber ya esas cosas.

El padre de una encantadora adolescente llamada Brynlee participó en una subasta benéfica para que el nombre de su hija apareciera en este libro. Brynlee ha quedado inmortalizada como

una profesora de historia de pelo rosa, fuerte e imparable, y experta en todo lo relacionado con la brujería. ¡Espero que le guste su alter ego! Hablando de brujas, me encanta que mi trabajo también me permita sumergirme profundamente en temas aleatorios. La cultura e historia de las llamadas brujas, a través de la lente del feminismo del siglo XXI es mi obsesión actual, y estoy agradecida a todos los autores y periodistas que me han entretenido y ayudado a documentarme para este libro.

Por último, a mi familia y amigos. No lo digo lo suficiente, pero adoro su apoyo incondicional y su tolerancia mientras divago sobre todo lo relacionado con la publicación. Y gracias por leer fielmente mis libros.

Y muy especialmente, mi gratitud y amor a mis generosos y encantadores padrinos, a quienes está dedicado este libro. Anthony y Caroline han actuado como padres, sin dudarlo, desde el momento en que mis propios padres ya no pudieron desempeñar ese rol, y durante muchos años después de que una «niña» adulta tenga derecho a esperar algo así.

Gracias.

Con cariño,

Poppy